

HISTORIA DEL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO:  
DE LAS EMPRESAS Y LIGAS DE ITALIA.

LIBRO X.

De lo que el cardenal de Sorrento proveyó en el reino, después de la nueva de la batalla de Ravena: y de la declaración que se ordenó por los cismáticos, contra el papa Julio. I.

Tuvieron los venecianos grande temor al tiempo que llegó a su ciudad la nueva de la vitoria que hubieron los franceses en Ravena, estando tan vecina: y alteróse tanto todo el pueblo con tan gran terror, y espanto, que todos se tenían por perdidos: y creyeron que los franceses en un punto ocuparían, no solamente el reino, pero sojuzgarían el resto de Italia. Por esta causa Juan Bautista Espinelo conde de Cariati embajador del Rey Católico fue otro día a su congregación: y con muy verdaderas, y ciertas razones animó aquel senado: persuadiéndoles, que no era posible, que hubiese sido aquella rota tan grande, como afirmaban, sino siendo común: y el daño por ambas partes. Dábales a entender, que cuando todo el ejército de la liga se hubiera perdido, no corría tanto peligro de perderse el reino: porque en muy breves días se esperaba la armada de España: y también que el Próspero Colona con los de su bando, y con los que le seguirían, podían juntar buen número de gente de armas: y que en este medio se rompería la guerra en España por Francia: y se acabarían de juntar los cantones de suizos. Usó en esto de tal elocuencia, con tanta prudencia, e industria, y con tanta eficacia de exhortaciones, que solo él fue causa, que los venecianos no se declarasen en aquella sazón por Francia, antes que supiesen el daño que habían recibido los contrarios. Pasando esta nueva adelante, el cardenal de Sorrento, que quedó por visorey, y lugarteniente general en el reino, temiendo no fuese causa de alguna repentina mudanza, en los ánimos de los barones, por haberse ensalzado esta vitoria en favor del rey de Francia, mucho más que en la realidad de verdad lo fue, como pareció adelante, dio aviso deste suceso a don Hugo de Moncada, que era visorey de Sicilia: y le había dado poder el rey de capitán general de ambos reinos, entre tanto que don Ramón de Cardona andaba ocupado en su expedición. Tenía don Hugo comisión, que pasase al reino, para proveer lo que convenía a la guarda dél, sin esperar que hubiese dello necesidad: y el cardenal le envió a requerir, que pasase luego con toda la gente de caballo, y de pie, que pudiese: para usar del oficio de capitán general: y proveer a lo que fuese necesario. Antes de esta rota tuvo el cardenal aviso del embajador Jerónimo Vic, que el conde de Montorio del Águila traía alguna inteligencia con franceses: y como para en las cosas de Roma no se aseguraban del Próspero, que en esta sazón estaba en Fundi, el cardenal le envió a llamar, con ocasión que estaba solo: y tenía mucha necesidad de su consejo: mayormente habiéndose declarado por la parte de Francia el duque de Urbino, que estaba en su estado: y el rey Luis le había enviado un cambio de Florencia, para que pudiese hacer gente en su

nombre, estando a las espaldas de nuestro ejército. Viniendo don Hugo de Polici a Mesina, tuvo este aviso del cardenal: y apresuró su camino: y con toda presteza comenzó a poner en orden las cosas que eran necesarias para su pasada: y juntó quinientos de caballo, y mil infantes, y algunas piezas de artillería, con determinación, que si tal necesidad le sobreviniese, se hiciese en Calabria más gente: recogiendo los españoles que se pudiesen haber: y los que habían salido de Trípoli con don Jaime de Requesens. Había sido este caballero capitán, y alcaide de aquella ciudad: y alborotáronse los soldados, que estaban en guarnición, que eran más de mil quinientos: y fue proveído en su lugar don Guillén de Moncada, hermano de don Hugo. Con esta gente, y con los caballeros de Sicilia, y del reino, deliberó ir el camino de Sessa, por estar junto a Nápoles, y Gaeta, y del Abruzo, tomando consigo la gente de quien no se tenía tanta confianza: y con ella pensaba dar favor a las cosas del Papa: y tener aquella gente junta, así para la guarda del reino, como para lo que se pudiese ofrecer. Como la nueva desta vitoria llegó muy en breve por la vía de Urbino a Roma, mucho más próspera de lo que fue, publicando ser con pérdida de todo el ejército de la liga, el Papa estuvo firme en su propósito: y con muy buen ánimo: y luego trató de juntar todos los barones romanos: y habló con los oficiales del pueblo, y deliberó de dar el cargo de general al Próspero: y envió por el embajador Jerónimo Vic. Pero no embargante esto, no se dejó de tener recelo de algún alboroto: y que el pueblo no se alterase: y el Papa propuso, en caso que los franceses pasasen adelante, de irse a Gaeta: o ponerse en el castillo de Sant Angel: y con esta ocasión, todos los que eran aficionados a Francia, entendían en persuadirle, que se confederase con el rey Luis. Estando las cosas en tanto disfavor, y quiebra, el embajador Vic hizo su oficio con suma prudencia: y entretuvo al Papa con diversas persuaciones, y esperanzas: afirmando, que el daño de nuestro ejército era sin comparación menor, de lo que se publicaba, y el que recibieron los franceses harto mayor: y que habían llegado a Arimino del ejército de la liga seis mil infantes, y entre ellos había cinco mil españoles: porque siempre se publicó ser muy mayor el número de los españoles, que en la verdad lo era. Con esto mostró por muy cierto aviso, que desde Pésaro, a Arimino había en los lugares circunvecinos más de tres mil de caballo, mezclados hombres de armas, y caballos ligeros: y llegó el aviso al Papa, que el visorey se había ido a Ancona, por recoger la gente que se derramó por aquella comarca: y fue algún socorro en tan gran pérdida, que se salvaron allí treinta mil ducados, que el embajador Vic, y el tesorero Mateo Granada enviaban a nuestro campo: porque con ellos pudo luego el visorey socorrer gran parte de aquella gente. También ayudó mucho, para que el Papa no perdiese el ánimo, ni se rindiese a concertarse con los franceses, que el duque de Urbino le envió con un secretario a ofrecerse, que le serviría: y que si diese orden, cómo aquella gente no se derramase, y estuviese junta, se podría presto rehacer el ejército, y el daño recibido: y por emendar el avieso pasado, dio cargo a don Juan de Guevara, hijo del conde de Potencia, que había escapado herido de la batalla, y se recogió a Urbino, que tuviese cargo de la infantería que allí había: y de recogerla. En este medio Carvajal, y los otros que asistían al conciliábulo de Pisa, mudaron su congregación a Milán: y después de la batalla, confiados en la vitoria que hubieron los franceses, hicieron una declaración muy perniciosa, y sacrílega: y llena de

gran menosprecio del universal pastor de la Santa Madre Iglesia. Conteníase en ella, que atendido, que una, y muchas veces habían suplicado, requerido, y amonestado al moderno papa Julio, que asistiese en el concilio, o nombrase una de diez ciudades, las cinco en Italia, y las otras en tierras del Imperio, para que libremente se pudiese celebrar, y cuando no lo quisiese hacer, no impidiese, ni molestase la prosecución de aquel sínodo, y quitase las censuras declaradas contra el concilio, para lo cual se le dieron cuatro meses, y últimamente veinticuatro días, con citación pública, fijada en las puertas de las iglesias catedrales de Milán, Florencia, y Bolonia, por no le poder citar en persona seguramente, y nunca se había podido acabar con él, que lo hiciese, antes en lugar de enmienda, había sido causa, que se derramase infinita sangre de cristianos, y ninguna esperanza se tenía de la reformatión de sus escandalosos vicios, por tanto a requisición de los fiscales de aquella tan malvada, y sacrílega, y condenada congregación, que ellos llamaban Santo Concilio, por su difinitiva sentencia le declaraban por suspendido de toda la administración temporal, y espiritual del pontificado: y la adjudicaban al santo concilio, conforme a la determinación de la undécima sesión del concilio de Basilea: y de la cuarta, y quinta del concilio de Constanza. Tras estas abominable, y tan reprobada declaración, y en tanta ofensa de la Iglesia Católica, y de los príncipes cristianos, celadores del servicio de Dios, y del aumento de la fe, para que se persiguiese todo género de herejía, y cisma, y se hiciese guerra contra los infieles, se seguía, que le mandaban quitar la obediencia: y fue fijada en las Iglesias de Milán, Florencia, Génova, Verona, y Bolonia: y así en un mismo tiempo era perseguida la Iglesia, y su universal pastor por diversas vías, y con armas tan escandalosas, y sacrílegas: y no sé si fue aquél, por nuestros pecados, el principio de tantos males, y daños, como después se han seguido: y el atreverse los herejes a perder el respeto, y obediencia debida a la Santa Iglesia Católica, y a los sumos pontífices: de lo cual vemos reducida al cristiandad el día de hoy, a tanta diminución, y miseria.

Que el rey con la nueva del suceso de la batalla de Ravena, deliberó de enviar a Italia al Gran Capitán. II.

Supo primero el rey particularmente, lo que había sucedido en la batalla, y destrozo de Ravena, por cartas de Alonso de Carvajal, y de Antonio de Leyva, y Ruy Díaz Cerón, que se hallaron en ella, y del embajador Jerónimo Vic: y considerando bien los casos, y sucesos dudosos de la guerra, y por cuán ligeras causas se trastornan, y revuelven, pasó por aquella adversidad, como se esperaba de un príncipe tan valeroso, y prudente. Quedóle como en manera de consuelo, que habiendo él por tantas veces enviado a mandar, que su ejército tan solamente atendiese a conservarse, en lugar donde pudiese haber vituallas, y que no procediese a dar la batalla, hasta que se cumpliesen las cosas que habían de asegurar aquella su empresa, no lo pudo acabar con aquéllos, que él sabía bien, que habían de poner por su honra, y estado mil veces la vida. Decía, que debía a Nuestro Señor infinitas gracias, porque en todas sus empresas particulares, le había querido dar siempre la vitoria: y

en ésta, siendo suya la causa, y que se había emprendido por su servicio, y por la defensión de su Iglesia, fue servido de darle este revés: y aunque siempre le pesó de cualquier daño que resultase a la cristiandad, pero haber sido el de sus enemigos en tanto grado mayor, había declarado la providencia divina su justicia: y en haber castigado a los suyos con clemencia, señalaba, que los que le servían en cosa tan santa, como era la defensión de la Iglesia, y la destrucción de la cisma, debían trabajar por ser tales, que mereciesen ser muro, y amparo de tan grande empresa, como era aquélla, que tenían entre las manos. Aunque hasta entonces, con un ánimo, y corazón grande se había mostrado muy constante en la prosecución de la defensa de la Iglesia, determinóse después deste caso mucho más, de perseverar en la demanda, hasta alcanzar entera vitoria de los enemigos: y poner en ello todo su estado, y poder. Por esto deliberó luego, por emendar todos los yerros pasados, y dar mayor esfuerzo, y vigor a los suyos, y poner grande ánimo al Sumo Pontífice, de enviar a Italia al Gran Capitán: porque no se hallaba otro, que bastase a soldar tan grande quiebra: ni dar el fin deseado a la empresa, con tanta reputación. Así lo escribió luego al Papa, animándole, para que perseverase en su buen propósito: y declaróse, que determinaba de enviar al duque de Terranova, para que tuviese cargo de capitán general de la liga, y con él otros capitanes, y tan ejército de hombres de armas, y jinetes, y de infantería, que bastasen para echar a los enemigos: y que pasasen a esta otra parte de los montes. Que si demás de aquello fuese necesario, que pusiese su persona, afirmaba estar determinado de aventurarla, y ponerla con grande voluntad a todo trance, y peligro: por el honor, y unión de la Iglesia, y de la sede apostólica: y por la persecución, y destrucción de la cisma. Esto escribió al papa en una carta de su mano, que envió con Pedro Piñeyro contino de su casa: para que así lo ofreciese al Papa en su nombre. Mas aunque lo disimuló con su ánimo, y esfuerzo grande, no le pudo suceder en aquella sazón cosa más terrible, ni de mayor sentimiento: porque aventurándose en aquel negocio todo el resto de la empresa de Italia, y todo el estado de la Iglesia, teniendo por muy cierta, y segura la vitoria, con conservar el ejército, como lo había escrito, se perdió una tal jornada, por sólo no haber querido seguir, lo que con tanta deliberación, y con diversas exhortaciones había mandado: o que no se hubiese tenido valor, para poder ponerlo en ejecución, de manera, que se pudieran entretener muy pocos días. De la gente del ejército, no sólo no tuvo ningún descontentamiento, pero reconoció tenerse por muy servido: porque pelearon generalmente, y como varones de gran esfuerzo: y dejaron el campo con tanta sangre, y estrago de los enemigos: y solamente mostraba tener pena, y sentimiento de quien había sido causa, que en el conservar el ejército, no se hiciese lo que mandaba: queriendo desviar, y atajar toda la contradicción, que por tantas partes de la cristiandad se amenazaba por el rey de Francia. Para remedio desto, y del yerro pasado, el rey con su gran juicio, y prudencia, propuso ante todas cosas, que la causa que había emprendido, no podía ser más justa, ni santa: y que gobernándose bien, era imposible, que no alcanzase en ella muy entera vitoria: y con este presupuesto, por cumplir principalmente en aquella parte, con lo que debía a la Iglesia, como príncipe católico, por cuya defensión, y por destrucción de la cisma, había tomado aquella empresa, se determinó de enviar a Italia al Gran Capitán, con buen número de gente: para que se juntase con el

ejército que había quedado. Esto se determinó por el rey con confianza, que según la mucha experiencia, y autoridad que tenía con la gente de guerra, en llegando su persona a Italia, se encaminarían las cosas de otra manera, que hasta allí habían sucedido: y esforzaba con ello al Papa, ofreciéndole, que luego entendería en proveer a lo que convenía para su partida: y para el bien de aquella expedición. Ordenaba, que entretanto que allá llegaba el Gran Capitán, el visorey don Ramón de Cardona recogiese toda la gente que había quedado del ejército: que se afirmaba, que eran tres mil de caballo, entre hombres de armas, y caballos ligeros: y cinco mil españoles: siendo cierto, que el día que se dio la batalla, según fue avisado el rey por diversas personas, que residían en el campo, no llegaban a cinco mil infantes, los que se hallaron en ella de nuestra nación. Pareció a los del consejo del rey, que recogida toda la gente que se pudo escapar de aquella furia, se pasase a Arimino, si no fuese aquella plaza perdida: porque se acercasen más a los enemigos, si el duque de Urbino siguiese lo que debía: y trabajasen por sostener aquellas plazas de Arimino, y Urbino: y quedase allí aquella gente opuesta a los enemigos: porque en Arimino tenían la mar, por donde se podía proveer el campo. En caso que aquel lugar estuviese en poder de los contrarios, les parecía, que se sostuviese el ejército en otro cualquier lugar importante de la marina, de los más cercanos a los enemigos: porque pudiéndolo hacer sin peligro, era ganar alguna reputación, y poner miedo a la gente francesa: haciéndoles desde allí la guerra: entendiendo, que desta manera les sería forzado detenerse, y no pasar adelante la vía de Roma. Juntamente con esto, porque los suizos comenzaban ya a romper por el estado de Milán, se ordenaba, que prosiguiesen la guerra, en caso que el ejército francés estuviese para pasar en seguimiento de su empresa: y de otra manera se sobreseyese, hasta que el ejército de la liga se rehiciese: y pudiesen a la par, apretar al enemigo: y que para esto los suizos se juntasen con nuestro ejército, por tierras de venecianos, y por la mar: y así se sostuviesen las cosas, hasta que el Gran Capitán llegase. Con este fin proveyó el rey, que el comendador Solís, con dos mil españoles que le enviaban a Nápoles, para reforzar el ejército, pasase a la Romaña: y tan solamente dejase en Gaeta cien soldados, con otros cuatrocientos que allí había: y que procurase, que el Papa diese la artillería necesaria, porque el ejército perdió toda la que llevaba. Suplicaba al Papa, que se tuviese gran consideración, en procurar, que el Próspero, y toda la parte de Coloneses estuviesen constantes en su servicio, y de la sede apostólica: y sobre todo, con gran diligencia se enviase al emperador, lo que convenía para la ida del de Gursa, sobre la concordia que se trataba entre él, y venecianos: porque en haberse diferido tanto, había sido causa del daño recibido: pues era notorio, que si los franceses no tuvieran en su ejército alemanes, sin duda ninguna perdieran la jornada. Como las cosas habían sucedido tan al revés de lo que el rey pensaba, estaba con desconfianza, no sólo del emperador, recelando, que no querría venir a los partidos que se habían platicado, pero aun del rey de Inglaterra su yerno: que no aflojase, y desistiese de la empresa de Guyena: o alomenos no la dilatase con la nueva de tan gran vitoria, como se publicaba por todas partes en favor de los franceses. Con este recelo daba el rey gran prisa a la venida de los ingleses: avisando de la ida del Gran Capitán a Italia: y publicándola, porque todos se animasen, y tuviesen buena esperanza, que se había de restaurar lo

perdido: y acabar aquella empresa gloriosamente. Tenía el rey determinado, que en llegando el Gran Capitán a Italia, don Ramón de Cardona fuese a Nápoles a servir su cargo de visorey: y proveyó, que entretanto don Hugo de Moncada residiese por capitán general del reino, hasta que llegase don Ramón: y porque se temía, que el Papa no se podría sostener en Roma, si aquel pueblo se levantase, aconsejó, que en tal caso se fuese al castillo de Gaeta, por ser lugar tan fuerte, y tan cómoda estancia. Acordó el visorey desde Ancona, de irse al reino, contra el parecer de algunos, que no quisieran, que habiéndole sucedido aquella jornada tan siniestramente, se fuera a Nápoles, hasta que se hubiera reparado en algo, de lo que se había perdido, en la reputación del rey, y suya. Pero como él tuvo más cuenta con proveer a lo necesario, determinó de no dilatar su ida: y salióle a recibir el cardenal de Sorrento a Capua: y acompañóle hasta Nápoles, adonde entró el tercero día del mes de mayo. Aprovechó mucho su ida: para recoger la gente más presto, que estaba derramada: allí entendió con gran diligencia en rehacer el ejército, para volver con toda presteza la vía de Abruzo: entendiendo, que así convenía para dar favor a las cosas de la Iglesia. entonces envió con Luis de Icart, a dar razón al rey de todo lo sucedido: y a Jerónimo Francisco lugarteniente de la sumaria a Sicilia, para que recogiese todos los caballos que se pudiesen haber: y no embargante, que deliberó de volver a la empresa, y guerra de Lombardía, el cardenal de Sorrento, que en su lugar había tenido cargo de las cosas del reino, y le tuvo muy bien gobernado, y pacífico, se descargó dél: y envió a excusarse al rey con el capitán Troilo de Espés: pero no se le dio lugar que lo dejase.

Que el ejército de los suizos se juntó con el de la señoría de Venecia: y fueron en seguimiento de los franceses: y los fueron echando de Lombardía. III.

Después de asentada la tregua entre el emperador, y la señoría de Venecia, solo esto hizo grande efeto: porque luego se dio paso a los suizos, y lugar que se pudiesen recoger en Verona. Juntáronse a diecinueve de mayo en Valcamónica tierra de Brescia, con propósito de bajar de allí al llano de Verona: y juntarse con el ejército de venecianos, en favor de la liga: y el conde de Cariati se fue a su campo para detenerlos: porque entretanto el visorey pudiese llegar con cualquier número de gente: y participase de la vitoria, que estaba tan cierta: a quien principalmente se había de atribuir la gloria della, como a general: pues la culpa de lo pasado se podía imputar a otros. Era el número desta gente hasta dieciséis mil: y traían dieciocho piezas de artillería de campo: y a la parte de Milán hacia Novara, bajaban otros seis mil, y dos mil por la vía de Bérgamo: y era el general de todo el ejército el barón de Altosaxo. Mas aunque fueran muchos menos, el daño que los franceses recibieron en la batalla, era tan grande, que no les quedaban fuerzas, ni eran poderosos para sustentarse en ningún lugar, y defenderse: y temiendo su llegada, comenzaron a salir de Lombardía: y aunque algunos días antes, todos los más gentileshombres de Francia, y los arqueros de la guarda del rey, habían ya pasado los montes, y con ellos hasta trescientas lanzas, quedaba el señor de la Padula con alguna

gente de armas, y con buen número de infantería: y de aquélla cada día se iban poniendo en salvo: de suerte, que en Bolonia, Ferrara, y Parma, y en los otros lugares de Lombardía no les quedaba gente tal, ni tanta, que pudiese hacer resistencia. Llegaron a Verona, a veintisiete de mayo, más de veinte mil suizos: y un día antes, los franceses que quedaban en la guarda de la ciudadela, la desampararon: y a tres horas de la noche se salieron huyendo hacia el Valesio, adonde estaba el de la Paliza con su ejército: y el conde de Cariati, a recuesta del embajador de Sidón, fue con dos embajadores venecianos a darles una paga, y los hicieron partir de Verona. Otro día, que fue el postrero de mayo, el cardenal con los embajadores, y capitanes de la señoría tuvieron su consejo: y acordaron en él, que Pablo Capelo proveedor general de la señoría, con el ejército que tenían los venecianos, que era de setecientos hombres de armas, y ochocientos caballos ligeros, y cuatro mil infantes, se juntase con los suizos, y partiesen la vía de Valesio: y cobrada aquella fuerza, y siendo entregada al emperador, continuasen su camino en seguimiento de los franceses, que estaban en aquel lugar. Con esta determinación se juntaron los dos ejércitos a cinco millas de Valesio: y tenían el río Mincio en medio: y otro día pasaron los suizos primero el río: y los franceses, sin pensar en defender el paso, que lo pudieran hacer fácilmente, y con daño de los contrarios, habían ya desamparado la fortaleza: y se fueron huyendo: y fue saqueado el lugar. El día siguiente, vinieron sobre Castellón: y los franceses se retrujeron hacia Pontevico veintidós millas: y desde Vicovaro enviaron a Brescia alguna artillería: y ellos se vinieron a Pontevico, y a Rebeca, que son dos castillos fuertes, sobre las riberas del Ollio: y pensando que los suizos fueran sobre Brescia, y que perderían en aquello tiempo, hacía cuenta el de la Paliza, de reparar algún día, por la fatiga de los suyos, y recoger más gente. Pero cuando los suizos entendieron, que los franceses se reparaban en Pontevico, dejaron el camino de Brescia, y pasaron a alojar a tres millas de su campo: y allí se resolvieron con Pablo Capelo, de no esperar que se rindiesen los lugares que se tenían por los enemigos, sino romper, y deshacer su ejército: y reducirlos a tal estado, que les fuese forzado huir, o repartirse por las fortalezas, y más principales lugares, que se tenían por ellos. Porque en cualquier destes casos acababan de perder toda la reputación que habían ganado: y el señorío que tenían en Lombardía: y el socorro del dinero, y renta que dél tenían: y con ello las vituallas, sin que pudiesen esperar a dar batalla. Era en esta sazón el número de la gente francesa hasta mil hombres de armas, con doscientas lanzas de florentinos, y siete mil infantes, de los cuales eran los tres mil tudescos: y salieron de Pontevico, y pegaron fuego al lugar: y rompieron una puente que allí había sobre el Ollio: y tomaron el camino de cremona: y porque no los quisieron acoger dentro, alojáronse en el burgo. Los suizos otro día, habiendo reparado la puente, pasaron siguiendo el alcance: pero los franceses se dieron tal prisa a retraerse, que no pensaban en detenerse, hasta llegar a los montes: y porque los suizos no pusiesen a saco a Cremona, proveyeron los venecianos luego de dinero. Estaban las cosas en estos términos, habiendo dejado los vencedores, no sólo el campo que habían ganado, con tanto estrago suyo, pero perdiendo todo lo que tenían en Lombardía: y el visorey se daba gran prisa en hacer su viaje: y juntaba la más gente de caballo que podía, con determinación, que ya que no alcanzase solo la gloria de echar a los franceses de Italia,

alomenos participase en ella. Había asegurado el emperador a los suizos, que no solamente se declararían contra el rey de Francia, y procurarían que los príncipes confederados les diesen pensión, pero se harían por ellos otras cosas que pidían: porque convenía mucho asegurar aquella nación, según eran importunados por el rey de Francia, y requeridos, para que se concertasen con él. Con esto resultó otro grande efecto, que el emperador tuvo forma, que los alemanes que quedaban en el ejército francés, fuesen llamados, y se despidiesen: con promesa de darles el sueldo que les era debido, cuando se pasaron al rey de Francia: porque al mismo tiempo que los suizos dejaron el camino de Brescia, y se acercaron tanto a los contrarios, como los franceses vieron cuán determinadamente los seguían, y que no curaban de acudir a los pueblos, tuvieron su consejo, para deliberar lo que debían hacer: y estando en esto dudosos, los capitanes de los tudescos dijeron al de la Paliza, que no le podían servir, ni seguir. Pero por no faltar a su fe, le servirían seis días que les faltaban, para ganar el sueldo: de lo cual recibió el de la Paliza grande alteración. Aquello puso a los franceses en extrema necesidad: certificándose, que el emperador se declaraba contra su rey: y se determinaron de desamparar a Lombardía: y entonces se alzó la ciudad de Cremona, y se entregó al cardenal de Sidón, por el Imperio, y en nombre de la liga: con protestación que no quería ser de la señoría de Venecia. Visto esto, propuso el de la Paliza de venirse al condado de Aste, en aquellos días que podía servirse de los tudescos: recelando no fuesen maltratados de los villanos, y de la gente de la tierra: y pasó con su ejército el Po en Soma: y viniéronse para Alejandría de la Palla, para pasarse a Aste. Venía el ejército de los suizos en su seguimiento: y luego comenzaron las ciudades de Lombardía a levantarse: y los franceses que estaban en Cremona se recogieron al castillo. Fue en este negocio muy loada la prudencia del embajador don Pedro de Urrea: y la solicitud con que se gobernó: porque asegurando a ciertos mercaderes con algunas joyas, y con su plata, entretuvo dos mil alemanes, que se querían levantar, y poner a saco a Verona: o volverse al campo francés, porque no les cumplían las pagas. Requirieron los suizos a los regidores del pueblo de Verona, que tuviesen a Valesio por el emperador con condición, que siempre que por allí volviesen, tuviesen seguro el paso: y no les embarazasen las vituallas: y por ser aquella plaza de poca defensa, y porque la señoría no tenía gente, no la tomaron: y quedó a los suizos en nombre de la liga. Enviaron en esta sazón el de Gursa, y don Pedro de Urrea por Maximiliano hijo del duque Luis Sforza, que estaba en Alemania, para llevarle consigo: porque se prosiguiese aquella empresa de Lombardía contra los franceses: con más justificación: y los pueblos del estado de Milán tomasen ocasión para levantarse: y con esto se trataba también, que los suizos de la liga que llaman Grisa entrasen por la Valdolina en el ducado de Milán. Como iban faltando las fuerzas al rey de Francia, para resistir a tantos enemigos, y tan poderosos, y se hallaba en un punto excluido de la posesión de tales estados, como tenía en Italia, no hallaba otro remedio, sino procurar toda discordia entre el emperador, y el Rey Católico: y entre las otras sospechas que ponían al emperador fue una, que no era de poca importancia, la cual le tuvo algún tiempo suspenso, y recatado: afirmando, que el rey traía negociación de dejar heredero en el reino de Nápoles a don Juan de Aragón hijo del arzobispo de Zaragoza: y esto se confirmó mucho en



esta sazón, porque se publicó por cierto, que el rey casaba dos hijas que tenía el Gran Capitán, la una con don Juan, y la otra con don Alonso de Aragón duque de Segorbe hijo del infante don Enrique: creyendo, que por aquel medio podría esto efetuarse mejor. Estaba ya el emperador tan persuadido dello, y con tanto recelo, que no bastaba nadie a desengañarle, que si el rey daba lugar a estos casamientos, lo hacía por granjear al Gran Capitán, y más obligarle a su servicio, casando sus hijas con personas tan allegadas en sangre, que el uno era su sobrino, y el otro su nieto: y esto fue tan creído, que tuvo necesidad el rey, para asegurar al emperador desta sospecha, de enviar a don Juan a Flandes, para que estuviese en la corte del príncipe algún tiempo: y se salvarsen todos aquellos temores: por ser gente la alemana que nunca olvida, y jamás pierde querella. Fue necesario esto, no embargante que la determinación que el rey había declarado de enviar al Gran Capitán a Italia, dio al emperador gran contentamiento, y a todos los de su consejo: teniendo con su llegada por muy cierta la vitoria.

Que el rey don Juan de Albret se confederó con el rey de Francia contra el Rey Católico, y contra la causa de la Iglesia.  
III.

En la memoria de las cosas que sucedieron por este tiempo, se ha referido, que el rey envió a requerir al rey, y reina de Navarra con Pedro de Hontañón su embajador, que se declarasen en asegurarle, que no habían de dar favor al rey de Francia en la causa de la Iglesia: y quería que se obligasen, que no le darían paso por su reino, ni por el señorío de Bearne: y que dilataron de dar la respuesta. Pasados algunos días, respondieron a esta demanda: señaladamente en lo que se les pedía que entregasen la persona del príncipe de Viana su hijo, para que se criase en la corte del rey: excusándose con decir, que en cumplir esto, sería demostración de gran desconfianza entre ellos: y que ésta no se debía tener de sus personas. Que ellos tuvieran a buena dicha, que su hijo se criara en su corte, y casa real: y que por aquella causa habían deseado que casara con la infante doña Isabel su nieta, como estaba acordado: y que esperaban que verían consumado el matrimonio: y pues su edad estaba en disposición, que no convenía que saliese del poder de su madre, tuviese el rey por bien, de hacer más confianza de quién ellos eran, y del deudo que tenían con Su Alteza, que era toda la seguridad que se podía dar: y se contentase con las alianzas, y amistad que entre sí tenían, que se habían guardado por ellos inviolablemente. Como rehusaron de dar al rey la persona del príncipe, pidióles que pusiesen seis fuerzas de aquel reino en poder de caballeros navarros, los que él nombrase: y también se mostraron muy duros en otorgarlo. Estaba ya en este tiempo la armada del rey de Inglaterra, que se enviaba para la empresa de Guyena, en orden: y el rey había mandado a mucha prisa, que la suya estuviese presta, según era obligado a tenerla para esta guerra: y nombró por capitán della a Juan de Lezcano: y la armada inglesa se hizo a la vela en el puerto de Antona, a veintiuno de mayo: y venía a la provincia de Guipúzcoa: para que su gente se juntase con el ejército,

que el rey había mandado hacer: del cual dio cargo de capitán general a don Fadrique de Toledo duque de Alba: para que ambos ejércitos rompiesen por aquella parte contra los franceses, como enemigos de la Iglesia. Precedió a esto, que la armada de los ingleses, que muchos días antes andaba discurriendo por aquellas mares, había tomado algunos navíos franceses: y echó gente en Bretaña, que hizo en aquella costa algún daño: de suerte que era ya rompida en este tiempo la guerra entre ingleses, y franceses. Con todas estas declaraciones de guerra, el rey, y reina de Navarra, aunque de palabra se ofrecían, que no darían ayuda ninguna al rey de Francia, pero en todas sus aparencias, y muestras, daban claramente a entender, que le habían de seguir, y ayudar contra la causa de la Iglesia: y puesto que el rey hacía mucha instancia, que le diesen seguridad de aquello que le ofrecían, como lo diferían, acordó de trabajar por tomarla. Entendía, que aquello le importaba mucho: porque si Navarra se juntase con el rey de Francia, y le siguiese en aquella guerra, podía dar mucho estorbo, e impedimento a la empresa de Guyena. Teníase gran temor desto, visto que no quería el rey don Juan confirmar las alianzas que tenía con Castilla: porque como quiera que en el asiento que se tomó en Sevilla con él, se le dio libertad, para que pudiese mudar alcaides, cuando él lo quisiese, lo que antes no podía hacer, fue con condición, que al tiempo que se mudasen por voluntad, o vacación, los homenajes de los que nuevamente se pusiesen, se diesen al embajador del rey, que residiese en Navarra: o a don Juan de Ribera su capitán general en aquellas fronteras: o en su ausencia a cualquier corregidor de aquella comarca: y ninguna cosa destas se guardaba: habiéndose proveído nuevos alcaides en muchas fortalezas: y como se iban estrechando los negocios, se instaba por parte del rey, para que se diese la seguridad que se acostumbraba: y se confirmase aquel asiento. Vino por esta sazón a Navarra por embajador de Francia, el señor de Orbal con grandes promesas, y ofrecimientos de casar al príncipe de Viana, con la hija segunda del rey Luis: y la hija del rey don Juan con el duque de Lorena: y más principalmente venía este embajador a ofrecer, que pues Gastón de Foix duque de Nemours era muerto, y cesaba la pendencia que con él tenían, sobre el derecho de la sucesión de aquel reino, haría el rey de Francia asentar con el rey, y reina de Navarra perpetua alianza. Tratándose desta embajada por mandado del rey don Juan, por el canceller, y los del consejo, con el conde de S. Esteban, y el mariscal de Navarra, se hizo gran contradicción por el conde: afirmando, que debían ser preferidas las alianzas que tenían aquellos príncipes con los reyes de Castilla. Estando las cosas en este punto, acordándose el rey que tuvo concierto el rey don Juan con el rey Carlos, para que entrase por Navarra su ejército por hacer guerra en España, y esto con tener don Juan de Ribera las fuerzas del condado de Lerín, y a Viana, y Sangüesa en tercería, y Pedro de Hontañón a Santa Cara, y teniendo muy reciente la memoria del beneficio que aquellos príncipes recibieron, en hacerles entregar aquel reino, y que se coronasen, y fuesen pacíficos señores dél, considerando en cuánta turbación, y rompimiento estaban las cosas, parecióle, que no sólo convenía que se le diese la seguridad antigua, pero aun otras mayores, si ser pudiese. Pasando algunos días, fueron a Burgos Ladrón de Mauleón, y Martín de Jaureguizar protonotario de Navarra, con la respuesta de lo que el rey envió a pedir con Pedro de Hontañón: sin llevar la confirmación de las alianzas: ni comisión para

dar la seguridad que se les pedía. Desto el rey se mostró muy maravillado, y descontento: porque siendo sus sobrinos los primeros que le enviaron a rogar, que quisiese defender, y amparar la causa de la Iglesia, y que no permitiese la injuria, que en lo espiritual, y temporal se le hacía, agora no solamente olvidasen aquello, y la obligación que ellos como príncipes cristianos tenían, mas antepusiesen a su amistad, y deudo el respeto del rey de Francia, para valerse en causa tan injusta, habiéndolos querido destruir: como era cierto que lo hubiera acabado, si no estuviera él de por medio. Cuando se deliberaba esto, tuvo el rey aviso cierto, que los franceses iban dejando lo que tenían en Italia, y desamparándolo: y que acudían algunas compañías de gente hacia las fronteras de España: y tuvo gran sospecha del rey don Juan: y mayor queja de su desconocimiento, sobre tantos beneficios, como dél había recibido: pues no tenía más en aquel reino, de lo que él le había dado. Entendiendo los embajadores el desgrado que desto tenía el rey, procuraron que se contentase, con que se le diese seguridad, que por aquel reino, no se moverían en ofensa de la causa de la Iglesia, ni contra Su Alteza, en ayuda del rey de Francia: y dióseles por resoluta, y final respuesta, que, o sus sobrinos habían de ser neutrales por Navarra, y Bearne, y dar seguridad dello, o sería contento, que con lo de Bearne ayudase al rey de Francia, y con Navarra a él, y a la Iglesia, a su costa dél mismo: y que desto se diesen las seguridades que había pedido diversas veces, de algunas fortalezas: para que las tuviesen personas de Navarra. Entre ellas pedía el rey los castillos de Estella, San Juan, y Maya: diciendo, que esto era conforme a razón: pues otra tal seguridad, se podía dar al rey de Francia en Bearne: poniendo las fortalezas en poder de algunos bearneses, que estaban a su servicio. Pretendía el rey, que si sus sobrinos se había del todo de declarar por una de las partes, debían seguir la causa de la Iglesia: y porque lo hiciesen, les ofrecía de darles a Los Arcos, S. Vicente, y La Guardia, que eran las villas de aquellas fronteras de Castilla, que ellos pretendían ser de su señorío: y que todos los príncipes de la liga se obligarían a defender siempre su estado. Ésta fue la postrera justificación, que el rey hizo sobre esta querrela con el rey, y reina de Navarra sus sobrinos: y para mayor descargo suyo, y por la obligación que le parecía tenían los navarros de procurar lo contrario, de lo que aquellos sus príncipes querían seguir, escribió a los tres estados del reino, que se habían juntado a cortes, declarando las razones que tenía para defender la causa de la Iglesia: y procurar que sus sobrinos no le fuesen en ella contrarios, en favor de la cisma: representando todas las justificaciones, que se habían hecho por su parte. Vista esta nueva demanda, dilataron también de responder a ella: esperando la resolución que tomarían los tres estados del reino, sobre esta pendencia: y en este medio se envió un comisario a la parte de vascos, que es la merindad de S. Juan, para aperebir la gente, y hacer alarde de toda aquella merindad: que fue del todo declararse en favor del rey de Francia. Una de las principales causas que se entendió haberlos desviado de la amistad, y confederación del rey, fue tener gran temor, que la reina Germana, después de la muerte del duque de Nemours, había de pretender de proseguir su derecho, en la sucesión de aquel reino, como heredera de su hermano: y que había de porfiar sobre la misma demanda, que el señor de Narbona su padre tomó, cuando se llamó rey, muerto el rey Francés Febo su sobrino, como en los Anales de Aragón se ha referido: y que pareo esto había de ser

inducida por el rey su marido, para tomar ocasión de echarlos del reino: y apoderarse de la tierra: confiados que muerto el duque de Nemours, el rey Luis les daría favor para defender su estado: porque no le ocupase el Rey Católico. Con esta esperanza el rey, y reina de Navarra se confederaron con el rey Luis: y entraron en su liga: y la juraron en presencia del señor de Orbal su embajador: otorgando al rey don Juan todas las condiciones que quiso pedir. Fueron, según se afirmaba por cartas del rey en la justificación desta guerra, concertarse matrimonio de Reynera hija menor del rey de Francia, con el príncipe de Viana: y liga perpetua de amigo de amigo, y enemigo de enemigo: y el rey, y reina de Navarra se obligaban de ayudar con todas sus fuerzas, y estados al rey de Francia contra los reyes de España, e Inglaterra: y contra los otros príncipes, que les valiesen. Había de ayudar el rey de Francia al rey, y reina de Navarra, para conquistar aquellas villas, y castillos de la frontera de Castilla, que pretendían ser de su señorío: y aun la provincia de Guipúzcoa: y lo que no era menor empresa, el ducado de Gandía, y el condado de Ribagorza, y la ciudad de Balaguer: que pertenecieron al príncipe don Carlos, y a la infanta doña Leonor su hermana, y a sus sucesores. Habían de enviar el rey, y reina de Navarra al príncipe de Viana su hijo por rehén desta confederación: y el rey de Francia les había dado el ducado de Nemours, y les prometía el condado de Armagnac: y señalaba veinte mil francos de pensión: y trescientas lanzas: que eran cada ciento para el rey de Navarra, y príncipe de Viana, y para el señor de Albret: y más cuatro mil infantes, mientras durase la guerra. Para lo que se había de conquistar en Castilla, y en estos reinos, se declaró, que ayudase al rey, y reina de Navarra con mil lanzas gruesas, según ellos decían, y con todo su poder: y les había de dar cien mil cruzados de oro en ciertas pagas, para hacer gente, así para ayudar al rey de Francia, como para su conquista de lo que les pertenecía en España: y ya en este tiempo se habían restituido al señor de Albret las tierras, y oficios, y pensión, que solía tener del rey de Francia: y se le habían quitado: y así se juró por el señor de Orbal en nombre del rey de Francia. Vino el rey de Navarra más fácilmente en esto, porque se tenía ya por muy cierto, que el rey, y el de Inglaterra estaban determinados de enviar sus ejércitos a Guyena: y que la entrada de aquella provincia, por la parte de Guipúzcoa es muy angosta: y tiene en la frontera la ciudad de Bayona, que es muy fuerte, y está arrimada a las sierras de Navarra, y Bearn: y que por la disposición de la tierra, juntándose él, y su reino con el rey de Francia, sería muy difícil empresa, que los españoles pudiesen tomar a Bayona: aunque se juntasen con los ingleses: ni aun tener cerco sobre ella, sin muy notorio peligro. Por esto trabajó el rey de Francia de ganar a su opinión al rey don Juan con cualquier interés: no solamente para impedir la empresa de Guyena, pero para hacer por Navarra contra España todo el daño que pudiese.

Que milord Thomas Grey marqués de Orset llegó con la armada de Inglaterra a la provincia de Guipúzcoa: y el rey se determinó de romper la guerra por Navarra. V.

Antes desto, el rey estaba ya determinado de pasar a Navarra todo el peso de la guerra, que se trató de romper por Guyena: persuadiéndose, que convenía que entrasen por ella los dos ejércitos juntos, y no por Bayona, como antes se había deliberado: y estando en esta determinación, llegó la armada del rey de Inglaterra a Pasajes, lugar de la provincia de Guipúzcoa. Entró en aquel puerto a ocho de junio: y don Fadrique de Portugal obispo de Sigüenza, que estaba en S. Sebastián esperando su venida por mandado del rey, para proveer todo lo necesario al ejército, y armada inglesa, fue luego a visitar al general, que era milord Thomas Grey marqués de Orset: de casa muy ilustre: y muy gentil caballero: y trató con él adónde sería más conveniente sacar su gente, y asentar el campo. Fue reconocido por el general el asiento de la villa de S. Sebastián: y no le pareció cómodo lugar, para asentar su real fuera de la villa: por ser todo el terreno de arenales: y determinó de ponerlo junto a Rentería, entre la villa, y Oyarzun: y fuese allí otro día. Era la armada una de las que bien en orden han salido de aquel reino: y cual se debía enviar por un príncipe tan poderoso, y grande para una empresa tal como la de Guyena: y venían en ella cinco mil flecheros: y éstos demás de sus arcos, traían alabardas: y había otros mil con picas, y dos mil con solas alabardas. Eran casi todos ingleses: que no había entre ellos sino sólo seiscientos alemanes: y venían con el marqués otros tres hermanos suyos, y muchos gentiles hombres, y capitanes: gente muy noble, y principal. Había partido por este tiempo el Gran Capitán de Burgos para ir a Málaga: y dar prisa a su embarcación, con la gente que el rey mandó apercibir, para la restauración de las cosas de Italia: y era la armada muy bastante, para un hecho tan grande como aquél. Pusiéronse en orden para ir con él, don Alonso de Aragón duque de Villahermosa, y muchos caballeros destes reinos, y del principado de Cataluña: y de Castilla iban el conde don Hernando de Andrada, don Fadrique Manrique mariscal de Zamora, Juan Pineyro comendador de Trebejo, que había ganado nombre de muy buen capitán en las guerras del reino, y estaba en Galicia, Gutierre Quijada, Alonso Carrillo, Gabriel de Tapia, Gil Nieto, y Gil González de Vivero, Pedrarías de Ávila, don Alonso Vanegas, Pedro López el Zagal, Gonzalo Hernández el Zegrí, Alonso, y Nuño de Mata: todos muy ejercitados en la guerra: y muy señalados en hechos de armas. Sin éstos iba gran muchedumbre de caballeros de los más principales de aquellos reinos, que se movieron por servir al rey: y los más por ejercitarse debajo de un tal general. Diose cargo de las cosas de la armada, a don Íñigo Manrique, y a Lope López de Arriarán, que había traído los soldados viejos que estaban en Bugía. Pero como en el mismo tiempo se hacían muchas compañías de gente para la guerra de Guyena, de la cual se había nombrado por general el duque de Alba, poníase impedimento a los que querían ir con el Gran Capitán: y no se daba lugar a todos los que le deseaban seguir: y había particular competencia sobre las personas que les acudían, o dejaban. Visto esto, el rey, que pensaba poner su persona en lo de Navarra, si tal necesidad se ofreciese, y también porque se entendía, que había sobrada gente española en Italia, no permitía que fuesen con el Gran Capitán

todos los que se le ofrecían: porque los más querían pasar con él: y con este color, poco a poco se le fue limitando el poder: y solamente se le dio facultad que llevase quinientos hombres de armas, y dos mil infantes. Fue cosa mucho de notar, que con todas estas provisiones que se hacían por mandado del rey, se despidieron los de su guarda, e infantería ordinaria: y sin su licencia se fueron para el Gran Capitán: y se apercibía la mayor parte de los caballeros mancebos de la Andalucía, y Castilla, para pasar con él sin ningún sueldo: tanto pudo la autoridad, y crédito que el duque de Terranova tenía generalmente con todos. Cuando el rey entendió esto, pareciéndole, que teniendo la guerra de Francia tan cerca de donde estaba, era inconveniente, que tuviesen libertad de pasar a Italia con el Gran Capitán, todos los que le quisiesen seguir, determinó de poner también límite, así en la calidad, como en el número de las personas que había de llevar.

Del ejército que el rey mandó juntar en Castilla, para la guerra de Navarra: y del apercibimiento que se hizo por Aragón. VI.

En este tiempo estaba don Fadrique de Toledo duque de Alba en Vitoria: y habíanse ya juntado en Álava, y Rioja, y en la provincia de Guipúzcoa mil hombres de armas, entre las compañías de las guardas, y acostamientos, y mil quinientos jinetes, y seis mil infantes. Los capitanes de los hombres de armas, de quien se hace mención por Antonio de Lebrija, y Luis Correa, que escribieron en el mismo tiempo el suceso de la guerra de Navarra, fueron don Álvaro de Luna, que era capitán de los continos del rey, don Pedro de la Cueva, don Pedro Manrique, Sancho Martínez de Leyva, Pedro Ruiz de Alarcón, Francisco de Cárdenas, y don Diego de Toledo, que tenían sus compañías de cada cien hombres de armas de los acostamientos. De las guardas eran capitanes don Diego de Castilla, y don Diego de Rojas. Eran capitanes de los jinetes don Hernando de Sandoval teniente de la compañía del marqués de Denia, don Juan de Acuña, que llevaba cargo de la que era del conde de Miranda, Ruy Díaz de Rojas alcaide de Mazarquivir, Lope Sánchez de Valenzuela, los comendadores Mendoza, y Aguilera, y Juan Núñez de Prado: y fueron coroneles de la infantería Villalva, y Rengifo: y llevaba el ejército veinte piezas de artillería: y por capitán della iba Diego de Vera. Estando el rey en aquella ciudad de Burgos por el mes de junio, mandó escoger entre todo el número de sus criados, y otros de sus reinos, doscientos gentiles hombres de su casa, para la guarda de su persona real: y estuvieron muy apercebidos de armas, y caballos, todo a la brida: e iban donde quiera que estuviese, bien a punto de guerra. Habíanse convocado cortes destos reinos de Aragón, y Valencia, y del principado de Cataluña, para la villa de Monzón: y vino la reina Germana, a asistir en ellas: y el rey desde Burgos escribió a los estados con grande encarecimiento, encargándoles, que abreviasen cuanto fuese posible, en la conclusión de lo que de su parte había propuesto la reina, por lo que debían a su real estado, y a la defensa, y seguridad de sus reinos. Apercibiéronse para tener gente en orden, en lo que se ofreciese en esta guerra, las ciudades de Zaragoza, Tarazona, y Borja: y los lugares de aquella ribera,

Mallén, Calatayud, y su comunidad, Ejea, y la junta, Tauste, y Sádaba, Uncastillo, Sos, Jaca, y su montaña, Ansó, y su barrio, Hecho, y todo su valle, el val de Berdún, y su canal, y el val de Aísa. Mandó el rey que el arzobispo de Zaragoza su hijo estuviese en orden con los caballeros, y gente de su casa, para que saliese con ella cuando le llamase: porque se quería hallar en persona en esta guerra: y proveyóse que estuviesen en ordenanza de guerra, los lugares de su arzobispado, que están comarcados a las fronteras de Navarra: y de la misma suerte se apercibieron los condes de Ribagorza, Aranda, Belchite, y Fuentes: don Jaime de Luna, el vizconde de Biota, don Alonso de Aragón hijo del conde de Ribagorza, don Blasco de Alagón, don Francisco de Luna, don Pedro de Castro, don Juan de Palafox, y otros muchos caballeros. Fue proveído por capitán general de guerra el arzobispo: y como tal proveyó, que Francisco Hernández de Heredia, que regía el oficio de la general gobernación del reino, fuese apercibiendo los lugares de la frontera de la junta de Ejea de los Caballeros: y en ellos mandase que se decenase cada pueblo, conforme a la costumbre antigua: según se solía hacer, cuando se tenía recelo de los enemigos: y había guerra en el reino: para que se recibiese la muestra de gente, y de las armas que tenían: y se pudiese saber el número de los que eran útiles para servir en la guerra en aquella junta, y en los otros lugares que están en los confines de Navarra: y reparasen sus muros, y fortalezas: y se hiciesen los aparejos, necesarios para su defensa. Cometiósele también, que mandase pregonar en aquella villa, y en las fronteras, y lugares del reino, que ninguno sacase caballos, ni armas de Aragón, para las partes que no estaban en la obediencia del rey, so pena de muerte: declarando, que ejecutarían las penas, no obstante firma de derecho, o manifestación, u otro cualquier embargo de fuero, según en tiempo, y casos de guerra esto se solía, y debía ejecutar con riguroso castigo. El mismo poder se dio a Carlos de Pomar en toda la comarca, que confina con los roncaleses: y a Pedro de Mur alguacil real para Jaca, y su junta: y a Ramón de Mur señor de Pallaruelo, para Aínsa, y todo Sobrarbe, hasta la ribera de Fiscal: y a otros caballeros para otras partes de la montaña.

De la seguridad que el rey don Juan envió a ofrecer al rey con el mariscal de Navarra. VII.

Como las cosas se iban estrechando tanto al rompimiento de guerra, por la parte de Navarra, entendiendo el rey don Juan que no se contentaba el rey de los cumplimientos que le había hecho con Ladrón de Mauleón de palabra, ni de las seguridades que le ofrecían, que a su parecer decía ser, lo que para el bien de cada parte se debía cumplir, postreramente acordó de enviar a Burgos al mariscal don Pedro de Navarra, y al doctor de Iassu: para que juntamente con los otros embajadores que había enviado, diesen conclusión en tomar asiento sobre las seguridades, que se le pidían. Era el mariscal muy buen caballero: y nombre de grande ingenio, y muy prudente: y propuso ante el rey su embajada diciendo, que a penas podían creer el rey, y reina de Navarra sus señores, que en Su Alteza pudiera

caber tanta sospecha, y desconfianza, que por ser ellos requeridos de amistad, por parte del rey de Francia, ni por respeto de las tierras, y estados que tenía debajo de su jurisdicción, y señorío, faltasen a cosa de las que tuviesen asentadas, y juradas en sus alianzas: mayormente atravesándose el interese de la sede apostólica, y del Santo Padre: que les era tan caro, como lo debía ser a príncipes muy obedientes a la Iglesia. Mas pues por estos respetos, no hacía confianza dellos, como lo esperaban, antes con mucho cargo de su honor, les pedía que pusiesen en manos de súbditos suyos, algunas fortalezas de aquel reino, que era cosa que les podía mucho dañar, no solamente en aquel tiempo, mas en lo venidero, todavía estaban aparejados en todo aquello, que al rey pareciese, que no sería daño, y peligro tan manifiesto, haberlo de cumplir. Que lo que ellos podrían hacer, sería proveer, que por su reino no se daría paso, ni ayuda contra los reinos de Castilla, y Aragón, ni contra el ejército del rey, ni contra cualesquier gentes que en él fuesen en ayuda de la causa de la Iglesia. Decía el mariscal, que fueran sus príncipes muy contentos de proveer lo mismo, en respeto del señorío de Bearne, si no tuviera el rey de Francia el arresto dél en su favor, por el parlamento de París, contra ellos: declarando, que aquel señorío era sujeto a la jurisdicción del rey de Francia, de la misma manera, que el condado de Foix: y otros señoríos: y si entonces se hiciese alguna novedad, por la misma razón se declararía haber ellos cometido felonía: y se adjudicarían todos aquellos estados a la Corona de Francia: en lo cual, allende que ellos recibirían tan gran perjuicio, estos reinos sentirían el daño, y lo padecerían. Ofrecía, que por lo que tocaba al reino de Navarra, los estados del reino lo asegurarían, y jurarían: y que ésta era la mayor, y más cierta seguridad, que se podía, ni debía pretender, después de la palabra, y promesa suya: y que aquello durase por un tiempo de cuatro meses: porque según se creía, en este medio tiempo, y aun antes, sería acabado lo de Bayona: por cuya causa el rey les pedía las fortalezas. Propuso también, que de la misma suerte el rey por su parte asegurase, que su ejército, ni el de los ingleses que viniesen en favor de la causa de la Iglesia, no harían mal, ni daño en Navarra: y con esto cesasen, y se deshiciesen los homenajes, y seguridad que se habían dado al rey por los estados, y caballeros, y alcaides de aquel reino: y se desatase aquella obligación: quedando las alianzas en su fuerza, como estaba asentado. Con esto, como el rey había ofrecido, por traerlos a su confederación, de darles las villas de La Guardia, San Vicente, y Los Arcos, que eran de la antigua pretensión, y querella, que estos príncipes tenían contra los reyes de Castilla, pidió el mariscal en su nombre, que el rey mandase a los ejecutores del testamento de la reina doña Isabel, que se determinasen en lo de la restitución de aquellas villas: y de otras, que se habían ajonado, por la causa que el rey sabía: y que por descargo de las conciencias del rey, y reina sus padres, y también de la reina doña Isabel su mujer, y suya, tuviese por bien de mandarlo cumplir así. En esta embajada hubo diversas demandas, y respuestas: y a lo último en que el mariscal vino, por comisión que tenía a parte del rey don Juan, fue que se pusiesen en poder de tres personas, súbditos, y vasallos del rey de Navarra, que fuesen nombrados por él, y por el rey, los castillos de Maya, Monreal, y La Raga: que decía ser de los buenos del reino: para que estuviesen en tercería durando el tiempo de los cuatro meses: y si no se contentase dellos, fuesen otros tres, que el rey nombrase: conque no fuesen los castillos de Estella, y



de San Juan del Pie del Puerto. Tratándose destas seguridades, y no se acetando por el rey las que se le ofrecían, fue particularmente enviado por el marqués de Orset al rey de Navarra, un caballero inglés, que se llamaba Juan Guillermo Kuyhguete: para que públicamente le advirtiese de la amistad, que en otros tiempos hubo entre los reyes de Navarra, e Inglaterra: y le ofreciese la del rey Enrique su señor: y para saber dél, si en aquel negocio de la causa de la Iglesia, daría favor, y ayuda contra los cismáticos, como el Rey Católico lo hacía. Respondió a ello el rey don Juan, sin otra deliberación, ni consulta, diciendo, que estaba ya escarmentado de las cosas pasadas: y que quería abstenerse de dar ayuda a las partes, y ser indiferente: porque cuando siguió la opinión del Rey Católico, fue muy molestado por los franceses: y había padecido su casa, por no ser defendido de España, como fuera sazón. Entonces le preguntó el inglés, qué seguridad les daría, pues ofrecía de no juntarse con ninguna de las partes: y el rey de Navarra le dijo, que les debía bastar su palabra: y que le penaba, que por tener estos príncipes guerra, y moverla entre sí, le pidiesen por ella a él cosas injustas, y nuevas: y añadió unas palabras de harta presunción, diciendo, que daba gracias a Nuestro Señor, que no estaba tan debilitado en sus fuerzas, que no pudiese juntar mucho mayor número de gente, y mejor que españoles, y franceses: y que antes llegaría al postrer trance, que obligarse en vínculo inicuo, e injusto. Finalmente respondió, que él había enviado al rey de Aragón su mariscal: y que venía a lo que fuese justo, y honesto: pues se había confederado con el rey de Francia, con condición que pudiese guardar las alianzas que entre sí tenían: y concluyó con echar la culpa a los capitanes del rey, que no tenían su gente presta al tiempo que llegaron los ingleses: afirmando con juramento, que si estuvieran juntos, y luego caminaran, que hubiera tomado a Bayona: y que estaba ya demanera que tenía desconfianza que la pudiesen haber en todo aquel año.

De la recuesta que el duque de Alba, y el marqués de Orset enviaron al rey de Navarra: y que el rey se determinó que su ejército fuese sobre Pamplona. VIII.

Lo primero que se proveyó por el duque de Alba, y marqués de Orset, después que se vieron, fue enviar al rey don Juan a don Antonio de Acuña obispo de Zamora; y a Juan Estil caballero inglés, que había residido en España mucho tiempo, por embajador del rey de Inglaterra: para hacerle una recuesta. Fueron a Pamplona con cartas de creencia: y día de San Pedro el obispo procuró que el rey, y la reina les diesen audiencia: y diéronsela después de celebrada la misa. Lo que propuso en nombre de ambos reyes, fue requerirles lo mismo que antes se les había pedido del paso, y seguro, para hacer la guerra contra los cismáticos enemigos de la Iglesia: diciendo, que para en seguridad que no serían ofendidos los ejércitos de España, y de Inglaterra por la parte de Navarra, y Bearne, ni de la tierra, y gentes de aquellos señoríos, entregase a voluntad del Rey Católico las fortalezas de Estella, Maya, y San Juan, a tres personas del reino de Navarra, para que estuviesen en la obediencia del rey, y reina de Navarra, durando la empresa de Guyena, que se había tomado por defensión de la Iglesia:

y para proseguir el derecho que el rey de Inglaterra tenía al ducado de Guyena. Ofreció que haciéndolo así, ambos reyes le darían toda la seguridad, en lo que tocaba a su estado de Navarra, y Bearne: y le admitirían en su amistad, y en aquella santa liga: y de otra manera que ellos proveerían, como entendiesen que más cumplía a la empresa. Respondió el rey don Juan, que su intención no era de hacer cosa que fuese contra los reyes de Aragón, e Inglaterra: sino conservarse en su buena amistad, y alianza: y que en lo de la seguridad, ya estaba el mariscal en la corte del Rey Católico con poderes bastantes, para dar la que conviniese. Desta embajada, y recuesta resultó, que venía el rey don Juan en dar los homenajes de las fortalezas de Viana, La Raga, Cara, Sangüesa, y Monreal: y sucedió luego, que al mismo tiempo que el ejército de Inglaterra se ponía en orden, los franceses se acercaron a los confines, con ademán de acometerlos, y dar la batalla: y como los ingleses estuviesen con gran deseo de llegar con ellos al hecho de armas, buena parte del ejército inglés, sin aguardar mandamiento de su general, desordenadamente, a veintiocho del mes de junio pasaron el río de Bidasoa, que parte los límites de Guyena, y Guipúzcoa, de suerte, que fue necesario para recoger aquella gente, que pasó a escaramuzar con los enemigos, porque no recibiesen daño, que pasase de la otra parte el marqués con todo su campo: y habiéndolos recogido, volvióse donde primero estaba. Pero el marqués se comenzó a fatigar, y quejarse, porque el ejército de España no se juntó con él al tiempo que desembarcó su gente: y porque el rey ponía tanta dilación en la empresa: por haberle dado a entender, que si luego fueran sobre Bayona, se les rindiera: y que después tuvieron lugar los franceses de proveerse de gente: y fortificarse. Antes desto, al tiempo que el duque de Alba se fue a ver con el marqués, le había significado, que por causa que el rey don Juan no quería dar paso por Bearne para lo de Guyena, el Rey Católico se había determinado de hacer primero la guerra al rey don Juan: y el marqués no se supo determinar: diciendo, que tenía mandamiento que siguiese el parecer del Rey Católico: y de su capitán general: y que como aquella orden fuese para la empresa de Guyena, y contra el rey de Francia, y la que el duque proponía era contra Navarra, convendría primero consultar sobre ello con el rey de Inglaterra. Estando así suspensas las cosas con la nueva de la entrada de los ingleses en Guyena, que ni fue más adelante, ni de más efeto, de lo que se ha dicho, publicó el rey de Francia su venida para Burdeos, con toda la gente que se pudiese recoger: y toda Bearne se puso en armas: y se apercebieron todos los lugares de Francia para acudir a la frontera de Fuenterrabía: y el señor de Andones yerno del señor de Agramonte fue enviado con quinientos soldados, para que se pusiese dentro en Bayona: y cargaba mucha gente de Toulouse, y Languedoc, de donde venían los bastimentos. Entonces los estados de Navarra otorgaron al rey don Juan la paga de trescientas lanzas, y de cuatro mil peones, para que se repartiesen por las merindades: o estuviesen donde el rey acordase: y sin esta gente, se esperaban el bastardo de Albret, y el vizconde de Tartas, que era primo del rey don Juan, con ciertas compañías de gente francesa, que habían de traer para la defensa de las fronteras de aquel reino. Era el primero del mes de julio, y aún estaba el duque de Alba en Vitoria, aguardando lo que el rey le mandaría que hiciese con aquel ejército: porque puesto que lo público era, que se había de juntar con los ingleses, para que los dos ejércitos poderosamente hiciesen guerra por

Guyena, el rey esperaba la conclusión de lo que se concertaría con el rey, y reina de Navarra: con presupuesto, que se le aseguraban bastantemente, la guerra se emprendiese por la parte de Bayona. Pero cuando supo que se habían determinado de dar todo favor al rey de Francia, contra la causa de la Iglesia, y contra él, y el rey de Inglaterra, y habían asentado su liga con él, y porque mandaron poner en la ciudad de Bayona guarnición de gente, y se apercebían, y armaban todos los de su reino, y del señorío de Bearne, para resistir a la entrada de Guyena, mandó al duque de Alba, que moviese con su ejército: y fuese a ponerse sobre Pamplona cabeza del reino. También escribió al marqués de Orset, que se juntase con aquel su ejército con el duque: y fue a esto de parte del rey, Diego de Vera, para acompañar a los ingleses: y en este medio entretenía el rey al mariscal de Navarra: mostrando satisfacerse de las seguridades que se le ofrecían: porque en algo se descuidasen los adversarios de la Iglesia.

Que el marqués de Orset no quiso entrar por Navarra con su ejército, para que se hiciese la guerra en el ducado de Guyena. IX.

Procuró mucho el rey de persuadir al marqués de Orset, que aquella empresa de Guyena se comenzase de suerte, que se entrase por Navarra a Bayona: porque con su ayuda se pudiese más fácilmente ocupar primero aquel reino: y asegurar las espaldas: y que se continuase después la guerra de Guyena. Las razones con que mostraba moverse, a comenzar por esta parte la guerra, eran principalmente, porque la entrada de Fuenterrabía a Bayona, es angosta: y de una parte tiene la mar, y de la otra la sojuzgan las montañas de Navarra, y Bearne: y siendo los navarros enemigos, si se pusiese cerco sobre Bayona, quedando a las espaldas por los contrarios lo de Navarra, y Bearne, adonde por la disposición de la tierra estarían los enemigos muy fortalecidos, quedando sus ejércitos encerrados dentro, podrían recibir mucho daño: y no tendrían lugar de pasar allá los mantenimientos. No se pudiendo comenzar aquella empresa en ayuda de la Iglesia, por otra parte, entendía el rey, que podían justa, y lícitamente entrar a proseguirla por el reino de Navarra, y por el señorío de Bearne: pidiéndoles seguro, y paso, y vituallas por sus dineros: y ofreciendo ellos de guardar toda paz, y amistad. Que no dando la seguridad, podrían entrar por ella sus ejércitos, siendo el rey, y reina de Navarra enemigos: y que esto le parecía ser para él, y su yerno lo más expediente, y seguro: y ofrecía que después de haber recibido la seguridad que se requería, se procedería en favor de la Iglesia, y en la empresa de Guyena, sin peligro alguno, o recelo de las cosas de Navarra. Habido consejo sobre esto, estando el marqués de Orset en su campo, junto a Fuenterrabía, y visto lo que el rey había determinado, acordó de no moverse: ni romper la guerra por Navarra: y envióse a excusar al rey con Juan Estil, y Juan Guillermo Kuyhguete: afirmando que él no entraría por la vía de Navarra: y que convendría, a su parecer, que los ejércitos se dividiesen: y el nuestro entrase por Navarra, y él por Bayona. No se satisfizo el rey con esto: y porque el marqués perdiese toda duda, y recelo, le

certificaba por sus mensajeros, que no había ningún inglés, que desease más que ganase el rey de Inglaterra con su ayuda a Guyena, lo más aína que ser pudiese, que él mismo: mas pues el rey su hijo le había enviado, para que con su orden, y consejo se proveyesen las cosas de la empresa de Guyena, y él deseaba la ejecución della, y entendía convenir grandemente que ambos ejércitos entrasen por Navarra, y procurasen de tomar de aquel reino bastante seguridad, y cuanto aquello más se dilataba, sería más dañoso, le pedía, y encargaba, que luego se partiese con aquel ejército, para que entrasen con el duque de Alba, juntamente con Navarra. Que cuando allá llegasen, su capitán general iría con su ejército en la delantera: y le daría llano el camino: y haría llevar la artillería: y proveería de los mantenimientos, y municiones necesarias. Con todo esto siempre se excusó el marqués, afirmando, que no tenía tal comisión del rey su señor: y que le había enviado a consultar sobre ello: y así se detuvieron hasta mediado julio, con mucho gasto de ambos ejércitos: y con grande desgrado de los ingleses, y aun de los españoles mismos. Porque los que no sabían el secreto deste negocio, ni alcanzaban el misterio dél, y tenían noticia de las cosas de la guerra, y estaban con cargos principales en nuestro campo, como eran, Diego de Vera, el coronel Villalva, y el comendador Aguilera, y otros imputaban a gran descuido del rey, y del duque, que se difiriese tanto de hacer la guerra, por ser tan dañosa la dilación: pues allende que se perdía tiempo, para que los enemigos se reforzasen, y fortaleciesen, y cobrasen ánimo, se daba muy gran espacio para que la gente francesa, que se había vuelto de Lombardía, pudiese hallarse a defender sus fronteras, y el reino de Navarra. Demás desto tenían, que era de reputación grande, que cuando se pensaba que el rey emprendía la conquista de Guyena, estuviesen dentro en España los franceses: mayormente que hasta entonces no se había fortificado plaza alguna en Navarra: y con tanto sobreseimiento, se les daba tiempo de repararse, y fortalecerse: y para que entrase en su socorro gente extranjera: que suele ser de mayor importancia para cualquier defensa: y esto pudiera ser muy dañoso: si no que el rey don Juan, como mal advertido, nunca pensó que el hecho pasara por su casa tan adelante. Considerando entonces el rey el daño grande que se le podía seguir, si por desistir él de aquella empresa, el rey de Francia, viéndose por la parte de España libre, acudiese con todo su poder a lo de Italia, contra el ejército de la liga, y que para el remedio de la Iglesia, y de toda la cristiandad, era necesario proseguir la empresa contra los cismáticos, determinó con acuerdo, y consejo de los perlados, y grandes de los reinos de Castilla, que pues el rey, y la reina de Navarra le impidían que diese favor a la Iglesia, y procediese contra los enemigos della, y siendo aquellos príncipes contrarios, no podían sus ejércitos entrar por Bayona, que debía dar orden, que su ejército entrase luego por Navarra a Guyena: rogando, y requiriendo a sus sobrinos, que le diesen paso, y vituallas por sus dineros, y seguridad para mientras durase la tregua, que no sería ofendido: ofreciéndoles toda paz, y amistad, si la diesen. Que si negasen el paso, podía el rey justamente trabajar por tomarlo, y defenderlo: quedando el ejército de los ingleses en campo dentro de Guyena desta parte de Bayona: pues por el impedimento de Navarra, no se debía poner cerco sobre Bayona, sin asegurar primero el paso de los montes.

Que el duque de Alba entró con su ejército en el reino de Navarra: y se le entregó la ciudad de Pamplona. X.

Con esta solución el duque de Alba, que tenía muy en orden su ejército, y las cosas de la guerra, para cualquier empresa que se hubiese de seguir, entró en el reino de Navarra un miércoles a veintiuno de julio. A la entrada mandó pregonar, que no se hiciese mal, ni daño alguno a los navarros, que no estuviesen con armas, para ofenderlos: y que pagasen llanamente los mantenimientos que tomasen. Llevaba la avanguardia don Luis de Beamonte condestable de aquel mismo reino, que estaba despojado de su estado: y aquel día se asentó el real dentro de Navarra, legua y media. Fue el duque otro día a ponerse con su ejército sobre un lugar cercado, que está en el camino de Pamplona, que se llama Huarte: adonde venían algunos capitanes del rey de Navarra, con algunas banderas de roncaleses: que es de la mejor gente de aquel reino: y no pudieron entrar: y el lugar se rindió con todo el valle: y mandó el duque dejar gente en él de guarnición, por estar en el paso, para asegurar el camino de los bastimentos. En este tiempo era ya ida a Bearne la reina doña Catalina con sus hijos: y el rey su marido quedó en Pamplona, con propósito de defenderla: y envió los más de sus capitanes con gente a guardar un puerto muy áspero, y estrecho: por donde había de pasar nuestro campo: para que defendiesen aquel paso: creyendo que por la aspereza dél, poca gente le podría muy bien defender a mucha. Cuando fue el duque avisado desto, antes que moviese el ejército, que se había reparado a dos leguas de allí, fue con algunos capitanes a reconocer la disposición del lugar: y pareció ser necesario por la aspereza, y angostura dél, que se dividiese el ejército en dos partes: y movió con la mayor dellas, puesta en orden de batalla, contra la parte más fragosa: y fue a combatir aquel lugar con la escopetería. Pasó al mismo tiempo toda la artillería con la otra parte del ejército por lo más bajo, cerca de una legua: porque la disposición de la sierra no sufría otro camino: y aun con todo esto, para que pudiese pasar la artillería, fue necesario hacer el camino: pero así como nuestra gente comenzó a mover muy ordenadamente, para querer combatir, desampararon los navarros el paso de suerte, que el ejército pasó sin resistencia, ni recibir daño alguno. Este día el duque, por asentar su real en lugar conviniente, se puso en la delantera: y él, y el mariscal fueron a aposentarle: y dejando proveído lo que convenía, fue para el lugar por donde había de salir la artillería: y no se apeó en todo el día hasta que hubo pasado: y mandó la llevar al campo, que se asentó aquel día, que era a veintitrés de julio, a dos leguas de la ciudad de Pamplona. Allí se rindió al duque un castillo pequeño, que llamaban Garayón: y aquel mismo día salió de la ciudad el rey don Juan, y se fue a la villa de Lumbierre. Otro día por la mañana el duque envió un rey de armas a los de Pamplona, con una carta de creencia suya: y la creencia por escrito: para que se la diese: en la cual se contenían en suma las causas que habían movido al rey, para enviar su ejército a Guyena, en favor de la causa de la Iglesia, y en destrucción, y disolución de la cisma: y las razones por que convenía encaminarle por Navarra: para que se asegurase della. Afirmaba que no era para hacerles daño alguno: pidiéndoles, y requiriéndoles que entregasen aquella ciudad: y que si así lo hiciesen, serían amparados, y bien

tratados: y de otra manera pues como capitán que llevaba tan santa empresa, le era lícito entrar, por cualesquier tierras que conviniese, para proseguirla, deliberaba entrar con mano armada: e ir otro día a comer a ella: y tomar la seguridad, que para la prosecución de aquella demanda más le cumpliese. Concluía que para aposentar el ejército dentro de la ciudad, enviaba sus aposentadores, para que se juntasen con un oficial de la ciudad: porque el aposento se hiciese sin ningún escándalo. Tras esto mandó luego el duque, que moviese el ejército camino de la ciudad, en orden. Iban en la avanguardia el comendador Mendoza, y Aguilera, que eran los mariscales del ejército, con trescientos cincuenta jinetes: y seguía tras ellos el condestable de Navarra con cuatrocientos. Pedro López de Padilla llevaba la batalla con cuatrocientos hombres de armas: adonde iba los continos del rey: y sin las compañías de don Diego de Castilla, don Diego de Rojas, y don Diego de Toledo hijo del duque, estaban en ella don Luis de Córdoba hijo del alcaide de Los Donceles, Juan de Padilla hijo de Pedro López de Padilla, y Pedro de Acuña su yerno, don Juan de Ulloa, don Pedro, y don Fadrique de Acuña hijos del conde de Buendía, Hernán Álvarez de Toledo, don Hernando de Ulloa, Diego de Merlo, don Jorge de Portugal, Diego Vaca, Diego López de Ávalos, y Alonso de Ávalos su hermano, Diego López de Gurrea, el comendador Zapata, Alonso Carrillo, y Juan Rodríguez Mausino, todos aderezados de armas, y caballos muy ricamente. Tras la batalla seguía don Antonio de Acuña obispo de Zamora con cuatrocientos cincuenta hombres de armas: y tras este escuadrón iba Juan Núñez de Prado con quinientos treinta jinetes: y toda esta gente de caballo iba a la mano derecha. Movi6 la infantería por la mano izquierda en dos escuadrones: y di6se la delantera al coronel Villalva con las compañías de los soldados viejos. Entre la gente de caballo iba la artillería con toda su munición: y detrás de todo esto el fardaje. En la retaguarda iba el resto de los hombres de armas, y jinetes: cuyos capitanes eran Hurtado de Luna, y Ruy Díaz de Rojas. Con esta orden entró la infantería por una puente, que estaba hacia aquella parte por donde iba: y la gente de caballo pasó el vado: y asentóse el real sobre la ciudad, en lo más alto, a un tiro de piedra. Poco antes habían salido de Pamplona cuatro embajadores, a tratar con el duque de concierto: y asentar las condiciones, con que se le había de rendir aquella ciudad: y fue el asiento concluido muy en breve: de suerte, que otro día, que fue la fiesta de Santiago, que se celebra por la caballería de aquellos reinos con gran solenidad, se la entregarían en nombre del Rey Cat6lico. Apoderándose della, como convenía, después de tomadas las puertas, y torres, y habiéndose puesto el recaudo necesario en dos iglesias, que son lo fuerte de aquella ciudad, dejando el duque el ejército en su real, entró en el mismo día en Pamplona: e iba delante el coronel Rengifo con quinientos soldados, y tras éstos seguían los continos, y aquellos caballeros que se ofrecieron de servir en esta empresa, que acompañaban la persona del duque: y en la retaguarda iba el coronel Villalva con mil infantes: y llegando a la puerta de la ciudad, se entregaron al duque las llaves: y él en nombre del rey juró, de guardar sus privilegios. En este ejército que entró con el duque en Navarra, no iba toda la gente de guerra que estaba en orden: porque algunas capitanías de hombres de armas, y de la infantería, quedaron en Vitoria, y Logroño: por estar acordado, que se juntasen con el ejército inglés, para acompañarlo en la entrada de Guyena.

Que el rey envió a declarar al rey de Inglaterra sobre las causas por que se había sobreseído la empresa del ducado de Guyena. XI.

Destá entrada del duque de Alba en Navarra, y de haberse puesto sobre Pamplona, y rendido aquella ciudad, el capitán general de los ingleses comenzó a publicar grandes quejas, diciendo: que no había hallado en España ninguna cosa de las que el rey era obligado de tener a punto, para cuando ellos llegasen: y que el duque no había querido juntar su gente con ellos, sino hacerse señor principal de la empresa: y seguirla por donde no debía. Como en el mismo tiempo se tuvo nueva, que las cosas de Italia sucedían prósperamente en favor de la Iglesia, y de la liga, por la entrada de los suizos en Lombardía, y que los franceses estaban muy desfavorecidos, pensaba que era artificio: y que los traía el rey engañados: pareciéndole, que ya no tenía necesidad de hacer guerra al rey de Francia: y que le bastaba haberle echado de Italia: y mostraban los ingleses estar muy arrepentidos, en haber rompido con Francia. Era así, que a los principales que se hallaban en el consejo del rey Enrique, no les estaba bien, cuanto a sus intereses, el romper la guerra: porque gastaban de sus haciendas: y todos ayudaban con dinero: y por otra parte perdían lo que solían recibir del rey de Francia: y dejaban la vida holgazana que tenían: y tomaban en su lugar la fatiga, y afán de la guerra. Con esto, como sólo el rey de Inglaterra fue el que convenció el parecer de los suyos, con la confianza de lo que su suegro le ofrecía, de hacer en la empresa de Guyena, entendiendo los de su consejo, por las nuevas que le enviaba su general, que estaba muy descontento, incitábanle a mayor indignación, para tenerle del todo desconfiado del rey, de las cosas de España: porque pudiesen reducirle mejor a su propósito: movidos por su interese: y codiciando volver a cobrar las pensiones que por causa desta guerra habían perdido: prefiriendo la paz, y dineros de Francia, a cualquier justa, y honrosa guerra. Estaban muy persuadidos que el rey no había procurado que ellos pasasen a Guyena, con deseo que la cobrasen, sino sólo por divertir al rey de Francia de las cosas de Italia: y que habiéndose ya aquello conseguido por él, lo de Guyena lo quería desviar con lo de Navarra: y como quiera que parecía, que estaba bien al rey de España, que ingleses tomasen a Bayona, porque con ella tenía más ocupado a su enemigo, y se sustentaría perpetua guerra entre ingleses, y franceses, como se detenía tanto el rey en acudir a lo de Guyena, y movió que se asegurasen primero de Navarra, creían que lo estorbaba por algo que más le satisfacía. Por todo esto fue necesario, que el rey diese justificación de sí mismo a su yerno: y envió por esta causa a Inglaterra un contino de su casa, que se decía Martín de Ampíes. Éste juntamente con el embajador don Luis Carroz afirmaron al rey Enrique, en palabra del rey, tan estrechamente como pudieron con grandes salvas, y juramentos, que el ánimo, y voluntad del rey era de no desistir jamás de aquella empresa del ducado de Guyena: y aunque el rey de Inglaterra mostró admitir aquella justificación, los de su consejo no podían disimular el sentimiento que tenían del rompimiento con el rey de Francia, a que ellos no se podían persuadir, por estar prendados, y corrompidos con diversas pensiones.

De las condiciones que puso el rey al rey don Juan: y que las más ciudades de aquel reino enviaron sus procuradores, con orden de entregarse al Rey Católico. XII.

Visto por el rey don Juan de Albret, cuán apresurada, y furiosamente se iba poniendo en orden la guerra, y que iba cargando todo el poder de España sobre su reino, asentó aquella nueva liga, y confederación con el rey de Francia, como se ha referido: o fue forzado a ella por los estados que tenía en aquel reino, y por la defensa del suyo. No eran los estados que aquellos príncipes tenían en el reino de Francia, y sus derechos, y pretensiones antiguas de tan poca preeminencia, y estimación, siendo un tan gran señorío lo de Bearne, y Foix, que lo hubiesen de aventurar, por conservarse en su reino desta parte de los montes Pirineos: aunque a la verdad se hallaban en un muy peligroso estado, como aquéllos que estaban ceñidos, y rodeados de dos tan grandes poderes, y de reyes, y reinos tan poderosos, y grandes, como lo eran los de España, y Francia: y aunque veían dos reyes tan grandes, como el de España, e Inglaterra, que se juntaban en su daño, y ofensa, con dos ejércitos muy poderosos, y por otra parte la ira, e indignación del Sumo Pontífice, que se deliberaba a proceder contra ellos a privación de su reino, y cuando no fuera tan vecino el Rey Católico, de quien tan grande temor tuvieron, que no atendía a cosa más, que con cualquier ocasión juntar aquel reino con el suyo, viéndose tan declarado enemigo, y tan obligado de la casa de Francia, los había de presentar el Sumo Pontífice a cualquier príncipe, que los pudiese conquistar, como a enemigos de la Iglesia, aunque fuera el mismo rey de Inglaterra, pareció al rey de Navarra, que se le ofrecía un negocio muy grande, en hacer común aquella causa, y querella con la del mismo rey de Francia: y que cuando las cosas le sucediesen con toda la adversidad que les pudiera procurar, y desear el condestable don Luis de Beamonte, que les era tan rebelde, y enemigo, a mal librar sería de su reino, lo que del de Francia: y que habían de ser iguales en aquella parte: y de muy diferente condición, que lo fue el rey don Fadrique de Nápoles: que estaba entre dos estados que le fueron enemigos: como el de la Iglesia, y del reino de Sicilia: y mucho más juntándoseles al principio la casa de Francia: e hizo su cuenta, que entre estos dos reyes tan enemigos, no le podría faltar el uno: para que no se pudiese conservar en todo: así en los estados que tenía en el reino de Francia, como en su reino de Navarra: adonde los príncipes eran de tan antiguo señores naturales: y con esto consideraba, que por lo que él ofendiese, como confederado del rey de Francia, no se podría con razón, y justicia privar del reino la reina su mujer, que era la señora propietaria dél. Después de haberse rendido la ciudad de Pamplona al duque de Alba, entendiendo el rey don Juan, que estaba en Lumbierre, que querían hacer lo mismo los otros lugares principales del reino, y que el ejército había de pasar adelante, envió al duque al bachiller de Sarria, y al alcalde don Pedro de Navaz, y al protonotario Martín de Jaureguizar sus comisarios, y de la reina doña Catalina, con poder bastante, para asentar la concordia, con las condiciones, y leyes que le pusiesen. Éstos asentaron cierta capitulación, en la cual en sustancia se contenía, remitirlo enteramente a la voluntad, y disposición del rey, para que él ordenase lo que le pareciese conveniente: y que aquello se cumpliría por ellos. Considerando esto, y lo que importaba al bien, y remedio de la



Iglesia, que aquella empresa contra los cismáticos se prosiguiese adelante, hasta que la cisma fuese del todo destruida, entendiendo el rey, que para mayor seguridad deste hecho, era muy necesario, que el reino de Navarra, y las fortalezas dél estuviesen en su poder, manifestando su intención cerca de lo contenido en aquella capitulación, que se remitía a su voluntad, declaróla luego a los comisarios. Fue la resolución, que el rey, reina sus sobrinos le entregasen todas las villas, y fortalezas, y lugares de Navarra con sus fuerzas: y que el duque de Alba las recibiese en su nombre: para que todo el reino, y los súbditos, y naturales dél estuviesen en su obediencia, y gobernación, todo el tiempo que viese que convenía, para el bien, y seguridad de aquella empresa. Que después quedase a su voluntad, y disposición, el cuándo, y la forma, y manera como se hubiese de dejar, para que dél no se pudiese seguir daño, a lo que se hubiese hecho en beneficio de la empresa: ni en las tierras, y súbditos de los reinos de Castilla, y Aragón: ni a los mismos naturales de Navarra. Declaróse, que hasta tanto que el rey de su voluntad lo dejase, todos los navarros fuesen tenidos de le obedecer enteramente, como a depositario de la Corona, y reino de Navarra, y del señorío dél, so pena de caer en caso de traición: y debajo de las otras penas en que incurren los que vienen contra la Corona real. Allende desto declaró el rey, que su voluntad era, que enviasen luego al mariscal, y a don Alonso de Peralta conde de San Esteban, y a don Juan de Beamonte, y a sus hijos al reino de Navarra: para que viviesen, y residiesen en él en sus estados: porque estando en Francia, no fuesen forzados de seguir, y ayudar a los cismáticos contra aquella santa empresa: y por la misma causa dejasen venir a Navarra, a todos los que estuviesen de aquella parte de los montes, que quisiesen residir en aquel reino. También se declaró, que atento que teniendo el rey, y reina de Navarra consigo al príncipe de Viana su hijo, podrían ser forzados, so color de casamiento, de ponerle en poder del rey de Francia, por excusar esto, se le entregasen, para que estuviese en su corte, hasta tanto, que todo lo que tocaba a la empresa de la Iglesia, fuese acabado: y que se obligasen, que por el señorío de Bearn, no permitirían, que se hiciese guerra, ni daño en el reino de Aragón: ni se daría paso, para que por allí pudiese venir a las fronteras gente ninguna de guerra. Esta declaración hizo el rey en Burgos el postrero de julio. Las condiciones eran tales, cuales se podían dar del vencedor, al vencido: y por ellas entendió bien el rey don Juan, que era claramente decirle, que podía perder cuidado de lo de aquel reino: y así fue: porque en siendo requeridas las ciudades, y villas principales dél, por los reyes de armas que envió el duque, aunque al principio estuvieron dudosos, esperando que el rey don Juan acudiría con gente, para resistir a los nuestros, como pasó los montes, acordaron de rendirse con las condiciones que lo había hecho Pamplona, que era la cabeza del reino. Enviaron de los primeros sus procuradores, para que las recibiesen, Lumbierre, Sangüesa, San Juan del Pie del Puerto, Olite, Tafalla, Tudela, Monreal, Maya, y Estella: excepto la fortaleza, que se tenía por el rey don Juan. Solos los del val de Escua, con fiados en la aspereza de la montaña, se detuvieron de rendirse: esperando también, que muy en breve les iría en socorro gente francesa. Proponíanse ya en este tiempo algunas dificultades, para la empresa de Guyena, si el ejército que tenía el duque, hubiese de ir allá: porque era forzado sacar la gente que había en Navarra: y no dejar sino tan solamente la que conviniese, para defensa de las fortalezas: y

quedando así, en el mismo tiempo que se habían ganado, era dejarlo a muy gran peligro de perderlo: porque la gente francesa que venía en socorro del rey don Juan, estaba ya en Bearn: y buena parte della era llegada a Salvatierra: y el señor de Lussa se ponía en orden, para venir sobre la villa de San Juan: y aquella fuerza era tan flaca, que a muchos parecía cosa muy inútil haberla tomado, para sostenerla. Por esto envió allá el duque a Diego de Vera, y a Ruy Díaz de Rojas, para que reconociesen la disposición del lugar, y si se podría sostener. Esto era con orden, que si viniendo sobre ella se pusiesen detener solos tres días, diesen aviso, para que se les enviase socorro: y se fortificase aquella fuerza: y cuando les pareciese que no podía resistir tanto tiempo, en caso que fuesen sobre ella, diesen secretamente aviso al alcaide, que allí se puso, que se saliese con la gente. Pareció a los más, que para el efecto que el rey quería sostener a San Juan, que era la entrada, y salida de los puertos, no sería de tanta importancia: porque la principal fuerza era Roncesvalles, que está en lo alto del puerto.

Que el rey pasó a Logroño: y envió al obispo de Zamora a Bearn, para que declarase al rey don Juan las condiciones que se le ponían: y fue preso el obispo. XIII.

Por este tiempo, que era mediado el mes de agosto, los que moraban en los valles de Roncal, y Salazar, y aquella merindad de San Juan, con el val de Baztán, mostraban estar muy sosegados en la obediencia del Rey Católico: y había esperanza que lo estarían, entretanto que fuesen defendidos: pero pasando el duque con aquel ejército a Guyena, se tenía grande recelo, que no se deternían más a juntarse con los franceses, de cuanto se allegase gente que les diese favor: y estaba muy entendido, que no había de tardar de venir, para dar al arma por aquella parte: porque se aflojase en lo de Guyena. Entendido esto, pareció al duque, que era mejor, si pudiesen ser persuadidos a ello los ingleses, que fuesen en busca de los enemigos, adonde quiera que estuviesen: y se procurase de echarlos de Bearn: y les diesen batalla: teniendo por muy cierta la vitoria: y que acabado aquello, sería acabada con menos peligro la conquista de Guyena: porque si por esta parte del os montes se fuese a entrar en Bayona, era cierto, que los franceses harían levantar los pueblos de aquellos valles: y la parte del reino de Navarra, que confina con ellos: y necesariamente se habían de volver, y perder en aquello tiempo. Estando en esto, partió el rey de Burgos: y fue a Logroño, para acercarse al reino de Navarra: dar favor a cualquier cosa que se hubiese de emprender: con propósito de pasar después adelante: y procurar desde allí de asentar las cosas de aquel reino: y mandó al arzobispo de Zaragoza su hijo, que tuviese en orden la gente que se hubiese hecho en Aragón, para que se pudiese juntar con él, cuando él lo ordenase. Luego que llegó a Logroño, se entregó la villa, y fortaleza de Viana, y la ciudad de Estella: y envió a requerir a los de Tudela, que enviasen síndicos a dar la obediencia. Entonces entraron en Navarra a juntarse con el ejército del duque, Manuel de Benavides, y don Luis de la Cueva con trescientas lanzas: y don Íñigo de Velasco condestable de Castilla, que había

sucedido en aquel estado, por muerte del condestable don Bernardino su hermano, envió seiscientos infantes, y el conde de Benavente cuatrocientos, y la provincia de Guipúzcoa, y el señorío de Vizcaya, y Álava enviaron mil quinientos: y de Toledo fueron cuatrocientos: y así de cada día se iba más reforzando nuestro campo. Por el mismo tiempo el obispo de Zamora, que ya había sido enviado en nombre de la sede apostólica, juntamente con Juan de Estil embajador del rey de Inglaterra, para requerir al rey don Juan, que tuviese por bien de estar en la unión de la Iglesia con los otros príncipes, y se quisiese apartar, de los que en tanto escándalo universal, no cesaban de hacer particulares daños, amonestándole de todo lo que cumplía al bien, y sosiego de su estado, fue enviado segunda vez, para que se pusiese en ejecución lo acordado con el duque, por los comisarios del rey don Juan. Llevaba orden de declarar la voluntad del rey en las condiciones que se ponían al rey de Navarra, que se han referido: y luego que llegó a Salvatierra, no teniendo respeto de su dignidad, ni a quien él era, y que iba sobre palabra, y seguro, debajo del amparo del rey, y a cumplir sus mandamientos como su embajador, fue detenido, y preso: y cerraron las puertas de la villa. Fueron él, y los suyos muy ultrajados, y tratados inhumanamente de los soldados, que estaban allí en guarnición: y pusieron a buen recaudo al obispo con toda su compañía: y por mandado del rey, y reina de Navarra fue entregado al duque de Longueville capitán general de la gente francesa, que era venido a Bearne, y gobernador de Guyena: publicando, que había predicado la bula de las censuras, y privación del rey de Francia: añadiendo diversas cosas de las que en ella se contenían: así contra el rey de Francia, como contra los de su reino: afirmando así mismo, que se había hallado en la batalla de Ravena: y que todos los que llevaba consigo a Bearne, eran escaladores, y capitanes, o maestros de artillería. Después desto se partió el rey don Juan a la corte del rey de Francia, para disculparse con él: porque los franceses estaban con muy gran sospecha, que en haber dejado así el reino tan fácilmente, y rendirse las fuerzas dél, se hacía mañosamente: y con este temor ellos se apoderaron luego de lo de Bearne. Había mandado el rey al duque de Alba, que si el rey don Juan no cumpliese lo de la declaración que llevaba el obispo de Zamora, o lo difiriese, pasase su gente a apoderarse de Lumbierre, y Sangüesa: y Lumbierre se entregó luego a los capitanes que el duque envió: y Sangüesa también se rindió al comendador Aguilera. Pidían los roncaleses, que el rey los recibiese con los fueros, y libertades de Aragón: y por medio del Arzobispo de Zaragoza trabajaron, por ser admitidos con aquella condición: lo cual parecía convenir mucho al servicio del rey, por asegurar aquella gente con buenas obras, y mercedes: porque si esto no se hacía, aunque se tomasen forzados, eran señores del puerto, y paso de Bearne: y cada vez que pudiesen, y viesan dispusición, se rebelarían: y podrían dar entrada a gente francesa.

Que el rey de Francia mandó pasar todo su poder hacia la parte de Guyena. XIII.

El rey Luis creyendo que el ejército de España, juntamente con el inglés, habían de entrar en Guyena, como estaba primero acordado, juntaba todo su poder, así de la gente que tenía en Italia, como de la que se pudo hacer en su reino: y enviola a Bearne, y Gascuña. Deliberó de enviar tras ella al delfín de Francia, con todos los buenos capitanes de guerra que quedaban: y a los gentiles hombres de su casa: y cuatro mil alemanes, que se pudieron recoger de la parte que favorecía al duque de Gueldres: y de los que se escaparon de la batalla de Ravena: y cada día iban juntando gran número de gente, así el rey de Francia, como el de Albret, para resistir a los ejércitos de España, e Inglaterra. Había entregado el rey don Juan a Salvatierra a los franceses: y luego comenzaron de fortificarla, con determinación de poner en ella buena guarnición: y con mil quinientos bretones hicieron un parque entre Salvatierra, y Bayona, para asentar en él su campo, junto a unas lagunas, adonde se pudiese toda la gente que había de ir con la guarnición de Salvatierra, para defender aquella entrada. Estaban en Bayona cinco mil hombres: entre los cuales había dos mil de los mejores de Gascuña: y venía el señor de la Paliza con trescientas lanzas, y el señor de Borbón, que era el general de aquel ejército, traía otras trescientas: y el duque de Longueville tenía doscientas: y pensaba sacar al rey de Francia de sus señoríos, y de tierra de Sola diez mil hombres: y entrar con esta gente por Aragón. Pagaba al rey don Juan cien lanzas, y diez mil infantes, y otras cincuenta lanzas al bastardo de Albret: y allende desto le asentó veinte mil francos de pensión: y sin esta gente, tenían los franceses quinientos hombres del val de Roncal, y de la montaña del val de Escua, y de los confines de Bearne. Causaba a todos grande admiración ver la guerra tan rota, y al Rey Católico en el reino de Navarra, como señor dél: y que el ejército inglés, siendo tal, y con una tal armada, estuviese tan sosegado, y pacífico, como a vista de lo que se había de obrar por españoles, y franceses: y que no se moviese de la raya, y puesto en que se había asentado: y aunque al principio causaba mayor espanto, pero los franceses fueron presto entendiendo, que cada uno de los reyes de España, e Inglaterra atendía a su negocio particular: y que si el rey lo había por Navarra, los ingleses no se querían empachar sino en lo de Guyena. Así se daba tiempo al enemigo, para juntarse grande muchedumbre de gentes, antes que se comenzase la empresa de Guyena: y el marqués de Orset nunca quiso conformarse con el parecer del rey, en que ambos ejércitos entrasen por Navarra, y Bearne a la conquista de Guyena: de suerte, que si aquello se hiciera sin detenerse, no tuvieran los franceses tiempo para juntar el ejército, que tenían en Italia: ni las compañías de los alemanes que les vinieron a servir en esta guerra. No aprovechaba ninguna persuasión con los ingleses: y desde el día de Santiago, que fue entrada Pamplona, siempre estuvo esperando nuestro ejército, que se concertase con el marqués la pasada de ambos ejércitos a Guyena por Bearne. Ellos por otra parte conocían, que si luego se acometiera la ciudad de Bayona, fácilmente fueran señores della, y de la mayor parte de Guyena: y conociendo el rey la calidad de la gente, y su condición, y el estado en que estaban las cosas, entendió, que no se podía seguir otra

empresa, que la de Bearne, sino perdiendo a Navarra: la cual él no quería perder, para dar a los ingleses a Guyena.

Que el mariscal de Navarra se excusó, que no podía dar la obediencia al Rey Católico: y los de la ciudad de Tudela pidían, que los recibiesen debajo de los fueros, y libertades de Aragón. XV.

Con esta confianza, que el ejército inglés se había de juntar con el nuestro, deliberó el duque de Alba, por orden del rey, de pasar con todo su real, y artillería de la otra parte de los montes, en favor de la empresa de Guyena. Para mejor proseguirla, se determinó de irse a poner en un lugar muy cómodo, que está de la otra parte, en el reino de Francia, que llaman San Juan de Pie del Puerto: y por asegurar primero aquella entrada para Bearne, y Guyena, envió al coronel Villalva, con tres mil hombres que traía a su cargo: para que se pudiesen dentro: y a Lope Sánchez de Valenzuela, y Ruy Díaz de Rojas con trescientos de caballo, porque se apoderasen mejor del campo. Entonces fue enviado el mariscal Aguilera al marqués de Orset, para que de parte del duque le comunicase su determinación: y avisase de la gente que pasó a San Juan de Pie del Puerto: y porque el alcalde de Estella, que tenía el castillo por el rey don Juan, hacía mucho daño a los vecinos de aquella villa, que se habían declarado por la obediencia del Rey Católico, envió el duque allá a don Juan Enríquez de La Carra con su capitanía: para que estuviese en su defensa. Por el mismo tiempo los vecinos de Pamplona hicieron con gran solemnidad el juramento de fidelidad al rey, como a su rey, y señor: porque puesto que primero querían que se prestase, conforme al título que el rey había tomado de depositario, el duque no quiso recibirlo de aquella suerte: y con grandes justificaciones, y fundamentos los persuadió, que jurasen la fidelidad al rey, como a su rey, y señor: diciendo, que aquella determinación que el rey siguió, de ser depositario, quedaba excluida, por no haber cumplido el rey don Juan lo que estaba obligado: pretendiendo, que la debían dar, de la suerte que él la pedía. Tuvo el duque sobre esto ante todos los ciudadanos de Pamplona, que se congregaron en el monesterio de S. Francisco, una larga, y muy discreta plática: aunque no había mucha dificultad en convencer con razones, a los que estaban rendidos: teniendo junto un buen ejército, y tan poderoso. También los de Tudela ponían dilación en dar los homenajes, y la obediencia al rey: no embargante, que Pedro de Hontañón traía secreta inteligencia con el mariscal de Navarra, para que viniese a dar la obediencia por aquella ciudad, y por Olite, y Tafalla con todos sus deudos, y amigos, que tenían fortalezas de homenajes en aquel reino: y esperaba que concertaría al mariscal, y al conde de San Esteban, con el condestable de Navarra: que importaba tanto al servicio del rey, que después de la conquista del reino, no había cosa que más conviniese. Para esto hizo el mariscal juntar a todos los de su parcialidad: para que se viesen con él en Santa María de Ujué, que está a dos leguas de Olite: y después que tuvo con ellos su plática, escribió al Rey Católico, declarando su intención, como muy buen caballero: avisando, que ni él, ni sus parientes, no podían hallar camino para poder le servir,

guardando como debían su honor: que era la cosa más cara que tenían: y le suplicaba, que mandase proveer, cómo su fidelidad, y limpieza se guardase: y de las vidas, y haciendas dispusiese a su voluntad: pero el conde de S. Esteban envió a mandar a los de Falces, que se rindiesen a los capitanes del duque: y con el alcaide de Andosilla, que fue de su parte al rey, le ofreció de quedar en su servicio. Esto es lo que yo puedo afirmar del mariscal: como quiera que Correa escribe, que se vino ara el duque, ofreciéndose de quedar en servicio del rey: por conservarse en el estado que tenía en aquel reino: y que el duque le recibió graciosamente: y se informó largamente del estado de las cosas de Navarra: y que respondió a ello cautelosamente: porque su venida fue con astucia, por entretener el tiempo, y descubrir la intención del duque: y así se entretuvo como neutral, hasta que después se salió del reino. Por la dilación que ponían los de Tudela, en dar la obediencia al rey, el arzobispo de Zaragoza, que tenía ya juntos cuatrocientos de caballos, y tres mil peones, partió para Tarazona, con fin, de acercarse a aquella ciudad, en siendo avisado, y en caso que rehusasen de obedecer el mandamiento del rey, se hiciese la tala en su vega, y su término: comenzando por los heredamientos de los que seguían la voz, y opinión del rey don Juan: y fue por mandado del rey a requerirlos, Juan Ramírez de Isuerre teniente de su mayordomo mayor. En este medio, el alcalde, y jurados de Cascante, con intervención del secretario Juan de Coloma, que estaba en Malón, adonde tenía alguna gente de caballo de escuderos de su casa, se vinieron a Tarazona: y prestaron los homenajes de fidelidad: y otro día hicieron lo mismo los de Cintruénigo, y Corella. Después que deliberó el arzobispo de hacer la tala en la vega de Tudela, viendo los vecinos de aquella ciudad que quedaban desamparados de todo socorro, enviaron al arzobispo a Jaime Díaz, y a Juan de Egués: y pidieron que les diese solos quince días, para enviar sus mensajeros al rey: y él les respondió, que si no enviaban los síndicos, con poder bastante, para entregar la ciudad, no les daría plazo ninguno. Finalmente ofrecieron, de poner veinte personas en rehenes, de las que el arzobispo nombrase, porque se les diese el término de los quince días: prometiendo, que si dentro de ellos no fuesen socorridos poderosamente, con tres mil hombres de guerra, y entrasen dentro a defenderla, la entregarían. Aunque entendiendo bien el arzobispo, que más pidían aquel tiempo, para persuadir al pueblo, que procurasen, que el rey los recibiese con su merindad, debajo de las leyes, y fueros de Aragón, y que gozasen de nuestras libertades, que con esperanza de ser socorridos tan presto, por excusar el daño que podían recibir en la tala, fue contento de darles ocho días de término: y acordó de partir con toda su gente el primero de septiembre: y ponerse en Cascante, para estrechar desde allí más el negocio. Resistió entre otros este concierto con gran constancia, Dionís Deza, perseverando en la opinión, y obediencia de la reina doña Catalina: y procurando que aquella ciudad se defendiese: animando a los vecinos: y cuando más no pudo, se encerró dentro en la fortaleza: y envió a dar aviso al rey don Juan, para que le mandase lo que había de hacer.

Que el coronel Villalva, y los capitanes Lope Sánchez de Valenzuela, y Ruy Díaz de Rojas pasaron los montes, y se apoderaron de S. Juan de Pie del Puerto, y de Mongelós. XVI.

Los capitanes que el duque envió delante, para que se apoderasen de S. Juan de Pie del Puerto, de quien en lo precedente se hace mención, se fueron a poner con la gente que llevaban, en Roncesvalles: y teniendo allí aviso Villalva, que algunos lugares de los valles de Escua, Roncal, y Salazar, con la venida de la gente francesa se ponían en orden para tomar las armas, y rehusaban de ponerse en la obediencia del rey, por no dejarlos desmandar, y estuviese asegurado el camino, con una increíble presteza, antes que pudiesen tener aviso de su ida, se fue a apoderar de los pueblos más principales: y hallólos tan de improviso, que no pudieron tomar las armas, ni ponerse en resistencia: y dieronle la obediencia en nombre del rey. Desde allí estos capitanes, dejando alguna gente en Roncesvalles, prosiguieron su camino: y fuéronse a poner dentro de San Juan. Estaba en aquella sazón la gente francesa en S. Sever, y Mont-de-Marsan: y movieron con toda la artillería de campo que habían tomado en Burdeos, y caminaron la vía de Salvatierra: y la mayor parte de la gente de caballo pasó a repartirse entre lo de Cortes, y Salvatierra: y hasta quinientos de caballo, y cierta parte de su infantería se venían a poner en Vidaxen, y en Guigen, que son dos lugares que están sobre la ribera grande de Bayona, a tres leguas: a los cuales pensaban embarazar los nuestros. Venían con propósito de dividir su ejército en dos partes: y que la una se hiciese fuerte en Vidaxen, y la otra en Uceran, que está a media legua de Salvatierra, hacia S. Juan de Pie del Puerto, en la ribera de Mauleón, que se junta cerca de aquel lugar de Uceran, con el río que pasa por Salvatierra. Querían se poner entre aquellos dos ríos, y hacer allí su fuerte: y que estuviese la una parte de su ejército a siete leguas de la otra: y pasaban quinientos de caballo a ponerse en S. Pelayo, y en Burgui, que está en el val de Roncal: porque entendieron que los roncaleses querían dar la obediencia al Rey Católico, por haber llegado Villalva, y los otros capitanes a Roncesvalles: y pensaban estorbarlo, y apoderarse de la fortaleza de Burgui. Entró por uno de los valles el señor de Lussa, con ciertas compañías de gente de tierra de Sola, y de Bearne, que tenía a sueldo del rey de Francia: y teniendo aviso dello Carlos de Pomar señor de Sigüés, que estaba en la defensa de la entrada de aquellos valles, con algunas compañías de gente de la montaña de Jaca, dióse tan buena maña, que se apoderó primero de aquella fuerza de Burgui. Después de haber puesto en ella el mejor recaudo que pudo, en un tumulto tan grande, dejó en la fortaleza un caballero aragonés su deudo, que se llamaba Pedro de Luna señor de Aso: y fue a tomar el paso al de Lussa: y teniendo aviso dello, se recogió, y volvió con la misma prisa que vino, a Bearne. Quedó entonces apoderado en aquellos valles Carlos de Pomar, de suerte, que si la fortaleza de Burgui fuera de mayor resistencia, era de grande importancia, para la defensa de aquellas montañas, y de los pasos, y entradas dellas. Habiéndose apoderado aquellos capitanes del lugar de San Juan, el coronel Villalva, con la infantería comenzó a discurrir por la tierra de vascos: y los que habitaban en el valle de Garro, que se atrevían a molestar a los que pasaban de la otra parte de los montes, fueron puestos a saco: y el señor de aquel valle le hubo de desamparar. Tras esto se

apoderaron los nuestros de Mongelós, que está una legua más adelante de S. Juan: por acercarse más a los enemigos, y embarazarlos, que no corriesen el campo tan libremente. Dejó en su defensa Villalva tres compañías de soldados viejos con Carvajal, Mondragón, y Vadillo, que eran sus capitanes: y los franceses pusieron gente de guarnición en Hustebat, y Larzabat, a legua y media de Mongelós. Con la bajada destes capitanes, y de su gente, estaban tan determinados, y temerosos los que acudieron a la defensa de aquella provincia, que los amigos se les tornaban enemigos: y no estuvo en más hacerse una muy señalada empresa, de cuanto el duque bajara con su ejército, y el de los ingleses se juntara con él: porque todo cuanto caminaran, se les rindiera: y tomaran tales estancias para el invierno, que se pusiera Bayona en muy grande estrecho, por no poderse vituallar. Estaba el rey determinado, que si los ingleses se juntasen con su ejército, se comenzase la conquista de Guyena por Bayona: pero no queriendo entrar, como se entendía que lo rehusaba el marqués de Orset, no estaba en propósito de emprender lo de Bearne, sin ellos: y entretanto que esto se deliberaba, había sido de parecer, que el duque de Alba se fuese a poner con la infantería en Roncesvalles, y en el puerto: y que la gente de armas, y toda la caballería quedase en lo bajo, en los lugares más cercanos: porque si fuese necesario, pudiesen socorrer a los capitanes que estaban en S. Juan. Con esto mandó dar gran prisa, que aquella villa se fortaleciese de tal suerte, que bastasen mil hombres de guarnición, para su defensa: aunque los puertos se cerrasen por causa de las nieves. También se dio orden en fortalecer algunos lugares del reino de Navarra: señaladamente a Roncesvalles, Maya, y el puerto de Val de Roncal: con presupuesto, que aquellos pasos habían de ser baluarte entre los reinos de España, y Francia, para siempre. Pero hasta entender si los ingleses habían de entrar en Guyena, no pareció al rey, que debía pasar el duque a San Juan con el ejército: porque bajar con él hasta aquel lugar, para no haber de proseguir la guerra, entendió que sería perder reputación, y dejar con mucho ánimo a los franceses: y determinóse, que no pasase su ejército, sino en caso, que fuese necesario para socorrer: y porque los capitanes que estaban en San Juan, pidieron al duque doscientos hombres de armas, el rey le mandó que lo sobreyese: porque la guerra que pensaba hacer, a su parecer, no era conviniente para aquella sazón: sino en caso, que la frontera estuviese, como convenía a la empresa: y se hiciese guerra guerreada: o cuando estuviese determinado de entrar con el ejército a la conquista de Guyena, o Bearne. Con esta duda daba el rey gran prisa al general de los ingleses, para que se resolviese en la entrada de Guyena: porque cuanto más presto entrasen aquellos ejércitos, hallarían menos resistencia: y con la tardanza nacían cada día mayores dificultades, como se había visto en lo de Bayona: porque si no se diera tanto lugar, que la fortaleciera, y reforzaran de gente, se tenía por cierto, que la hubieran tomado con poco daño. Iba el rey en este negocio con muy gran tiento: y considerando, que había echado al rey de Francia de Italia, quería que su ejército procediese en aquella empresa, por la vía más segura que pudiese ser: sin que se arriscase a toda ventura: y tenía fin de procurar de ganar algo en Bearne: pues los ingleses podrían invernar en Guyena. Mas como la parte por donde se habían de juntar con nuestro ejército, era por Maya, y aquel camino es muy áspero, y dificultoso para llevar por él artillería, y no se podía pasar sino en muchos días, y por la fragura de los pasos que se habían de



abrir, y el camino más breve que había, para pasar el ejército de España, era el de Fuenterrabía, pareció que sería inconveniente volver para tras. Por esta causa, y por socorrer a los capitanes, que se había puesto en San Juan, y por dar más ánimo a los ingleses, para que hiciesen la guerra por Guyena, se determinó el rey, que el duque pasase con su ejército a S. Juan: teniendo esta confianza, que el marqués de Orset, viendo que estaban de la otra parte de los montes, se juntaría con él. No cesaba el rey de incitar con muy ordinarios mensajeros al rey de Inglaterra, para que estuviese muy firme, y constante en refrenar la ambición de su común enemigo: y se guardase entre ellos la confederación inviolablemente: y rogábale, que quisiese dar crédito a sus consejos: pues se hallaba tan cerca de los lugares adonde se hacía la guerra: y que entendiese, que asegurando lo del reino de Navarra, la empresa de Guyena se proseguiría: y haciéndose instancia sobre ello por Martín de Ampíes, que fue por sola esta causa a Inglaterra, ofreció el rey Enrique, que mandaría al marqués, que cumpliese lo que el rey le mandase.

De la instancia que se hizo por parte del rey, para que el ejército inglés siguiese la empresa de Guyena. XVII.

En esta sazón, habiendo ordenado el duque de Alba las cosas del reino de Navarra, dejó al condestable Luis de Beamonte en Pamplona, con la gente de caballo, e infantería, que le pareció necesaria: y quedando todo aquel reino en la obediencia del rey, salvo el castillo de Estella, que se tenía por el rey don Juan, movió con su real de Pamplona, el primero del mes de septiembre. Fue en dos jornadas a Roncesvalles: y allí se reparó el ejército: y asentó su real en un pequeño lugar llamado el Burguete: y con algunos caballos pasó el duque a San Juan: y fue a Mongelós, para reconocer las estancias, y la disposición de la tierra. Antes que el duque volviese a su real, dejó en otro lugar muy cerca de Mongelós a Ruy Díaz de Rojas, y en otro a Lope Sánchez de Valenzuela con cada cien lanzas. Con todo esto el marqués de Orset, o porque tuvo otra orden del rey de Inglaterra, muy diferente de la que le movió a enviarle a España, o por entender que así convenía al servicio de su príncipe, envió al Rey Católico al tesorero de su ejército, y a Juan de Estil, para que le refiriesen algunos inconvenientes que se le representaban, que podían estorbar, que por aquel año se siguiese la empresa de Guyena. Afirmaba, que si cuando él llegó se comenzara la guerra, entonces todas las cosas les eran favorables, para proseguirla. Lo uno el tiempo que era por el mes de junio: y el ánimo con que los ingleses venían muy esforzados, y ganosos de emprender cualquier fatiga, y afrenta, que se ofreciera: el cual no se debiera dejar amansar, ni reprimirle. Mayormente, que en aquella sazón tenía el rey Luis dividida su potencia en Italia, y Francia: y así hallaran menos resistencia. Por el contrario decía, que agora todas las cosas les eran contrarias: porque era cierto, que no se podía hacer buena gana, en el tiempo que les quedaba: y que del trabajo de haber estado tantos días en el campo, con vientos, y lluvias, habían perdido parte del vigor, y fuerzas con que venían: y muchos estaban

dolientes: y no para poder pelear. Que los franceses que habían salido de Italia, y la más escogida gente que se hallaba en Francia, se habían juntado en estas fronteras: y eran muy poderosos para defenderlas: y aunque fuese así, que se pudiesen tomar algunos lugares, no serían tales, que bastasen a conservarlos: concluyendo, que pues así era, que quedando ellos acá en este invierno, no podían hacer cosa útil, en aquella conquista, para haber de hacer tanto gasto, sin ningún provecho, sería mejor que se fuesen, para tornar a hacer la guerra el verano siguiente. En satisfacción destas razones que se propusieron al rey por aquellos ingleses, él se excusó, diciendo: que cuando el ejército del rey de Inglaterra llegó a España, el rey, y reina de Navarra eran contrarios a la empresa de Guyena: y antes de su venida, ni después no quisieron dar ninguna manera de seguridad, que no serían contrarios en ellas: porque como después se supo, tenían hecha secretamente liga con el rey de Francia, contra el rey de Inglaterra. Que todos los que bien entendían la guerra, tenían por cierto, que si los ejércitos pusieran entonces cerco sobre Bayona, estando tan fortalecida, y guardada, como lo estaba, y quedando Bearn, y Navarra contrarios a las espaldas, con veinte mil hombres que se pudieran poner en la sierra, y acometerlos por otras partes, era muy notorio, que ni el real se pudiera sostener allí muchos días, ni hubiera lugar para que pasasen a él vituallas: y estuviera a muy gran peligro de recibir mucho daño. Por esto afirmaba, que fue necesario para la misma empresa, asegurar primero lo de Navarra: y que aquello se hizo en tan breves días: y antes de acabado, el señor de la Paliza, y la otra gente francesa que estaba en Italia, era venida a Bearn: de suerte que por su causa no se perdió tiempo ninguno. Decía, que según la información que tenía de sus capitanes, que estaban en San Juan de Pie del Puerto, que lo habían muy bien considerado particularmente, en lo que quedó del estío se pudo ganar buena parte de Bearn, que en otro tiempo fue de Guyena: y Vidaxen, y Guigen, y la ciudad de Ax: adonde se pudieran poner guarniciones: y que con ellas quedara cercada Bayona, y en tanto estrecho, que no le pudieran entrar bastimentos. Que tenían por cierto, que habiéndose apoderado de aquellos lugares, se tomara Bayona dentro de tres meses, antes que pasase el invierno: y que el verano venidero se pudiera pasar la conquista a Burdeos, y proseguirse adelante. Quanto a lo que encarecían, de parecer a los ingleses tan poderosos los enemigos, afirmaba el rey, que en ningún tiempo los podrían tomar tan quebrados: porque los que dejaban a Italia venían desfavorecidos, y tan castigados, que traían bien humillado su orgullo: así por el gran daño que recibieron en la batalla de Ravena, como en haber perdido todo el estado de Lombardía. Éstos decía que quedaban tan destrozados, y fatigados, que no les quedaban útiles, sino hasta ochocientas lanzas de ordenanza: y que las otras eran allegadizas, con el estruendo, y furor de la guerra, que ellos decían Ban, y Reban: y no teniendo en estas fronteras más alemanes, todo el resto de su ejército sería de muy poco provecho. Si en las guerras pasadas era la conquista del reino, y en esta postrera de la causa de la Iglesia, teniendo los franceses la una vez suizos, y después alemanes, harto menor número de nuestra gente los había desbaratado, y les hizo tanto daño, ¿qué se había de esperar agora de la ardidez, y esfuerzo de los ingleses, juntándose con los españoles? Y que confiasen, que no se debía tener duda de la vitoria. Para esto convenía, que ambos ejércitos se juntasen: y que para en aquel caso sus capitanes, y

ejército los estaban esperando en S. Juan, y en Roncesvalles: y en sabiendo el duque de Alba, que el marqués quisiese partir, movería con su gente: y en un día sería en San Juan, y al otro saldría por la otra parte de los montes, hacia Bayona, para juntarse con los ingleses: porque más seguramente pasasen, y se fuesen juntos a Salvatierra: adonde se había puesto el de la Paliza, con la mayor fuerza de la gente francesa. Que o los franceses se juntarían para dar la batalla, o se dividirían, poniéndose en los lugares de Bearne, o se recogerían: y si se arriscasen a dar la batalla, sería en tiempo, que estaban menos para aventurarse a tanto peligro, de perder la tierra. Pues teniendo la vitoria en la mano, no sería buen consejo dar espacio al enemigo, para que se rehiciese: porque siendo los franceses inferiores en la calidad de la gente, y en la reputación, que es del que acomete, y en la disposición de los lugares adonde estaban, no lo podían todo prevenir, y remediar, sino con alguna pérdida. Mayormente, que el reino de Navarra, que antes les era contrario, agora les daría favor para aquella empresa: y si esto se dilatase, podría el rey de Francia en aquel invierno fortificar en aquella frontera, lo que entonces era flaco, y de poca resistencia: y se reforzaría de gente de ordenanza: y tenía más alemanes, o suizos: y su ejército se haría tan poderoso, que la empresa fuese de grande dificultad, y peligro. Con estas razones procuraba el rey de persuadir al marqués, para que se juntase con su ejército: y emprendiese la conquista de Guyena, y no se perdiese más tiempo del perdido: y despidió al tesorero, y a Juan Estil: pero todo fue de poco momento para el inglés: el cual estuvo tan duro en no moverse, que ninguna exhortación, ni ruego, ni consejo pudo bastar, para que siguiese la orden que el rey le daba: antes se tuvo por engañado en que se hubiese concluido lo de Navarra tan presto: para lo cual decía, ellos eran venidos, y no para lo de Guyena: teniendo orden del rey su señor, que la guerra se hiciese en aquella provincia.

Que el duque de Alba pasó con su ejército los montes, y se puso en San Juan de Pie del Puerto: y los ingleses se determinaron de dejar la empresa de Guyena, y embarcarse. XVIII.

Por justificarse más el rey con los ingleses, mandó al duque, que con su ejército pasase a ponerse en San Juan: y habiéndose detenido el real en Roncesvalles siete días, por la falta que había de bastimentos, que con gran dificultad podían llegar por las muchas aguas, y malos caminos, y porque el artillería pasase, en lo cual hubo fatiga por la aspereza, y angostura del puerto, pasó los montes con la gente de caballo: y el mismo día, que fue a diez días del mes de septiembre, llegó a San Juan. Desde aquel lugar envió a decir al marqués de Orset, que él estaba con su real de aquella parte de los montes, a la frente del ejército de los enemigos: y porque los lugares donde ellos se habían de poner eran San Juan, y Fuenterrabía, él determinaba de salir a recibirle a más de medio camino: porque los enemigos no pudiesen salir a pelear con solos los ingleses: y pudiesen pasar seguramente. Había deliberado el duque, para juntarse con el ejército inglés, que si los franceses que estaban en la frontera de Navarra, cargaban hacia Salvatierra, detenerse en San Juan haciendo rostro a

los enemigos: porque los ingleses fuesen por el camino llano, pasando cerca de San Juan de Luz: y de allí prosiguiesen caminando a dos leguas de Bayona: pues si los franceses moviesen hacia ellos, también él moviese para juntarse con el marqués. Para en caso que los enemigos se pusiesen hacia la parte de Bayona, tenía el duque determinado de salir de aquel lugar donde estaba, a juntarse con el ejército inglés, antes que llegase en derecho de Bayona: aunque en esto no dejaba de haber peligro, si los enemigos los tomasen apartados, el un ejército del otro: y aquello se podía estorbar: porque los ingleses, cuando hubieran de seguir su empresa, no querían hacer ninguno de los otros caminos, que se tenían por más seguros: pareciéndoles el que va por Maya demasiado frágil: y rehusaban de mover por allí, diciendo: que en ninguna suerte ellos pueden caminar sin carros. Otro camino había por Tolosa, lugar de la provincia de Guipúzcoa, o por Pamplona: y esto les parecía que era muy largo. Estando en esta deliberación, envió el duque a don Luis de la Cueva, y a Lope Sánchez de Valenzuela con quinientas lanzas, para que se fuesen a juntar con el marqués de Orset: y le acompañasen hasta Hazparra, que era el lugar adonde él pensaba de salirlos a recibir: y esto era con acuerdo, que los ingleses el primer día habían de ir a Hortubia, y el duque con su ejército a Mongelós: y a la segunda jornada se habían de poner los ingleses en Ustáritz: y nuestro real había de pasar dos leguas más adelante de Mongelós: porque al tercero día se juntasen en Hazparra, con determinación que fuesen sobre Mauleón, o Salvatierra. Todas estas deliberaciones, y consultas aprovechaban muy poco, para mover a los ingleses de su propósito: y aunque primero se excusaban, que no habían de caminar, ni hacer jornada, más de a legua por día, en lo cual no había menos inconveniente, que en las otras dificultades de tiempo, y mantenimientos, por donde la victoria, que parecía ser cierta, se difería, agora declaradamente alzaban la mano, no sólo de la empresa, pero de todo auto, y ejercicio de guerra. Tenía el duque sus espías en Bayona, y Salvatierra, para entender lo que los franceses deliberaban hacer, cuando supiesen la partida de los ingleses: y en este tiempo llegó a S. Juan Hernando de Vega comendador mayor de Castilla: con cuya compañía, y consejo el duque holgaba más que con otra ninguna, como de uno de los sabios, y prudentes caballeros que hubo en España en su tiempo: y de mucho esfuerzo, y valentía: con una singular modestia, y compostura de gran virtud: y por esta causa, confiando el rey mucho de su valor, y prudencia, le mandó ir allá: y a don Diego López de Ayala, que era habido por varón de mucha experiencia, y consejo. Estando las cosas de Guyena en disposición, que se tuvo por muy cierto, que el ejército francés no era para poder resistir al de España, e Inglaterra, y que estaban con acuerdo de retraerse, y desamparar lo de Bearne, y Guyena; dejando sus guarniciones en Bayona, y Burdeos, los ingleses acordaron de desistir del todo de aquella guerra: y volverse a Inglaterra. Entonces su general publicó, que no se detendría hasta embarcarse, sino veinticinco días: y que puesto que se tomasen algunos lugares de Guyena, por eso no se embarazaría: ni los tomaría para sostenerlos: aunque se le entregasen: y amenazaban, que si no les daban recaudo, para que se embarcasen dentro de aquellos días, no se alabaría dellos quien lo estorbase. Con estas, y otras palabras se declaraban de suerte, que se entendió, que la esperanza que dieron postreramente, de juntarse con el ejército del duque, fue porque pasase los montes: y le dejasen en aquel peligro, por

vengarse, como ellos decían, de la burla, que se les había hecho, en dejar la empresa de Guyena: y hacer la guerra a Navarra.

Que el arzobispo de Zaragoza se apoderó de la ciudad de Tudela. XIX.

Pusieronse en orden muchos caballeros, y gente principal deste reino, para servir al rey en la guerra: y en las cortes que la reina tenía en Monzón se ordenó, con voluntad de todo el reino, de servir con doscientos hombres de armas, y trescientos jinetes, por tiempo de dos años, y ocho meses. Era este el servicio ordinario, que se acostumbraba hacer por los aragoneses en cortes para la defensa de sus fronteras, y de los estados de la Corona desta parte del mar: y dióse poder al rey por la corte, para que nombrase los capitanes desta gente. Fueron nombrados el arzobispo de Zaragoza, y don Juan de Aragón conde de Ribagorza, a quien dio el rey por este tiempo título de duque de Luna, los condes de Belchite, Aranda, y Fuentes, Francisco Hernández de Heredia, gobernador de Aragón, don Blasco de Alagón, don Jaime de Luna, y don Francisco de Luna. Diose orden que estuviese apercebida esta gente, para que se hiciese la muestra en Zaragoza mediado el mes de noviembre: pero el arzobispo, como dicho es, antes que se otorgase el servicio por las cortes, partió con la gente de caballo, que se juntó de muchos caballeros del reino, y de los de su casa, que era tan principal como se requería a quien él era, y con algunas compañías de soldados, partió a nueve de septiembre para Tudela: y después de haberse concertado con los de aquella ciudad, luego se le entregó: y juróles en nombre del rey sus fueros, y usos: y otro día mandó requerir al alcaide Dionís Deza, que entregase la fortaleza: y trató con él de reducirle a la obediencia del rey Garcí Pérez de Varayz: y el arzobispo determinó de dejar en Tudela, a don Juan de Alagón con algunas compañías de gente de caballo, y volverse a Monzón: adonde quedaba la reina, para dar conclusión en las cortes.

De la mudanza que hicieron las cosas de Italia, después de la entrada de los suizos. XX.

Cuando lo desta empresa de Guyena, y Bearne estaba en términos que se pensó que había de ser causa de poner por aquella parte en gran trabajo al rey de Francia, y lo de Navarra se había así reducido a la obediencia del Rey Católico, que no quedaba en poder de contrarios, sino el castillo de Estella, habían dado gran vuelta por diversas maneras las cosas de Italia. Por esta causa conviene referir en este lugar lo que sucedió hasta en este tiempo, después de la entrada de los suizos en Lombardía, que entraron en favor de la causa de la Iglesia. Detúvose en Nápoles el visorey don Ramón de Cardona, hasta veintisiete de mayo, que partió para Aversa: adonde estuvo esperando que la gente de armas se pusiese en orden, para volver con ella a la empresa de Lombardía: y gastó en

socorrer la gente, que iba muy destrozada de la batalla de Ravena, y en caballos, y armas, y otras municiones, más de ciento cuarenta mil ducados. Proveyó también que nueve galeras que había en el reino, estuviesen en orden para juntarse con las de la señoría de Venecia: y porque importaba tener gran cuenta con la provincia de Abruzo, encargó el gobierno della al conde de Altavila hermano del duque de Thermens: que era muy bien quisto en aquella tierra: y tenía mucha parte con los naturales della. Había procurado el Papa de tener en su servicio al Próspero Colona: y no se concertando con él, el cardenal de Sorrento, que tenía orden del rey, que le llamase, porque por su causa no sucediese alguna novedad en las tierras de la Iglesia, le escribió que fuese al reino: y él lo hizo: y comenzóse a descargar de muchas cosas que le inculpaban, en satisfacción de su fidelidad, y gentileza: de lo cual el rey se tuvo por muy contento, y servido dél. Parecía que todos los barones del reino estaban muy sosegados: y que perseveraban con buen ánimo en la obediencia del rey, como se habían declarado en principio de la guerra, los que están nombrados: que teniendo la orden, y devisa de S. Miguel, enviaron al rey de Francia los collares de oro que dél habían recibido: y renunciaron a la orden, y obligación que tenían, por el juramento que le prestaron: y como no se diese salvoconduto a mosén Palacios, que los llevaba, los barones no quisieron tornar a recibir las devisas: y entregáronse al cardenal de Sorrento, para que se restituyesen al rey de Francia, cuando hubiese lugar. De manera, que de parte de los barones del reino, no se temía ninguna novedad: y así partió el visorey de Aversa la vía de Abruzo a siete de junio, con orden de hacer alarde de toda la gente de pie, y de caballo al Tronto. Entonces se declaró el Papa de suerte, que dio causa a muchos de recelar alguna nueva mudanza, en las cosas: porque estando el visorey a los confines del reino, le envió a decir, que no pasase adelante: y era así, que como sucedieron las cosas tan prósperamente, cobró sobrada confianza: y como era de tan gran corazón, luego intentó que las galeras del reino se viniesen a Génova, creyendo que se le daría. Trataba juntamente con esto, de mudar el gobierno de Florencia, y Siena: y hacía su cuenta, que siendo confederado con venecianos, y teniendo de su parte la nación de los suizos, sería poderoso para echar a todos los que decían ultramontanos, de Italia, unos, en pos de otros. Esto se iba de cada día más descubriendo: y sucedió, que por la ocasión de hallarse Fabricio Colona en Ferrara, el embajador Jerónimo Vic por su medio, trató con el duque, que se redujese a la obediencia del Papa: el cual antes que las cosas de Francia estuviesen tan caídas, era contento de reducirse, conque el Papa le invitiese de nuevo, y confirmase el estado sin ninguna disminución: y porque el Papa, que siempre tuvo creído, que el Rey Católico no quería dar lugar que fuese descompuesto, fue contento, si el duque iba a pedirle perdón, de recibirle. Mas ante todas cosas quiso, que Fabricio fuese restituido en su libertad: y llevase consigo al duque: y fuesen libres todos los prisioneros que estaban en su poder: y con estas condiciones se dio salvoconduto al duque. Entre tanto movió el duque de Urbino con la gente del Papa, para hacer la tala a Bolonia: y antes de su llegada salieron de la ciudad los Bentivollas, y la desampararon: y los boloñeses alzaron las banderas del Papa, y de la Iglesia. Fue cosa maravillosa, que siendo poco antes el Papa vejado, y perseguido por una tal potencia como la del rey de Francia, con ayuda y favor del Imperio, después de una batalla

tan cruel, y sangrienta, en la cual decían haber muerto más del quince mil hombres, quedando los franceses en el campo vencedores, y la gente española desbaratada, y vencida, no se hallando a penas quien la rigiese, y reparase, y siendo toda la Romaña hasta Forli de los enemigos, y no hallando resistencia alguna hasta Roma, antes teniendo a los capitanes de sus condutas, que eran cismáticos, a las puertas de la ciudad, y el Papa con determinación de salirse, se siguió una tan repentina mudanza en tanto favor, y prosperidad de la liga, y en tanta adversidad, y perdición de los franceses, que fueron como en un instante echados de toda Italia, siendo señores de tanta parte della. Pareció juicio divino, y encaminado para proseguir adelante la reformation del estado eclesiástico, por los medios que se debía esperar: y para que se continuase por aquel fin el concilio general convocado en San Juan de Letrán: y tras esto la paz, y unión de los príncipes, y la guerra contra los infieles. Porque como se había comunicado con el rey de Francia lo que tocaba a los medios de la paz; por los cardenales de Strigonia, y Nantes, y se propuso por ellos antes de la batalla de Ravena, que se firmase tregua, y él respondió a esto ásperamente, después de aquella jornada tornaron a proponer la paz: y dio más dulce respuesta a las personas que le enviaron los cardenales. Entre tanto que se esperaba su resolución, el Papa con la necesidad presente, y por la instancia de los cardenales, dio lugar, que el cardenal del Final, que estaba en Génova, viniese con diligencia a Francia a tratar de la paz, conforme a cierta capitulación, que él había firmado en aquellos días: y se había enviado con el arzobispo de Sacer. Estando aquellos perlados en la corte del rey de Francia, con esperanza, que luego la aprobaría, halláronle muy apartado della, y diferente en lo que estaba tratado. En lo que tocaba a la restitución de Bolonia, venía en depositarla en poder del cardenal de Strigonia: y cuanto a los cardenales cismáticos, no se contentaba que su causa se remitiese al colegio: y pedía, que fuesen restituidos en sus dignidades, sin condición ninguna: y en lo de Ferrara, no quería consentir que se confirmase el estado al duque con diminución alguna: sino que le quedase tan libre como antes lo tenía. Declaróse más en la respuesta que dio por escrito, a lo desta concordia, afirmando que por ninguna vía quería paz con el rey de Aragón: y si se había de platicar de paz general, era necesario que quedase excluido della. Para esto dio su poder al embajador que tenía en Florencia: y procuraban los cardenales de Strigonia, Flisco, y Nantes, que el Papa le admitiese por embajador: y se le diese salvoconduto, para que fuese a Roma. Mas como pasó presto aquel miedo, y las cosas sucedieron muy diversamente de como lo esperaban los franceses, teniéndose consistorio sobre lo de esta concordia, fueron los cardenales de contrario parecer: y desecharon aquellas condiciones del rey de Francia: y determinaron que no se admitiese su embajador: ni se hiciese cosa que causase sospecha a los príncipes confederados: y señaladamente se tuviese el respeto debido al Rey Católico, que con la sangre de los suyos, y con tanto gasto, y peligro había amparado al Papa, y aquel colegio, y a toda la Iglesia Romana: y quedaron solos en su parecer aquellos tres cardenales. Procedió luego el Papa tras esto, a conceder bula de entredicho en toda Francia: y a excomunió del rey: y a dar absolución del juramento de fidelidad a los pueblos de Guyena, y Normandía: y los cardenales cismáticos salieron de Milán. Después desto siendo llegado el duque de Ferrara a Roma, acompañado de Fabricio Colona, y Hernando de Alarcón,

a los cuales puso en su libertad con el salvoconduto del Papa, fue recibido en consistorio público: adonde entró solo con grandes muestras de arrepentimiento, y humildad, con una ropa de terciopelo negro, y sin bonete con una cofia de oro: y besó el pie al Papa: y con palabras acomodadas a semejante auto, le pidió perdón. Respondióle el Papa con gran severidad: repitiendo, y exagerando todos los desacatos, y ofensas que le había hecho: y díjole, que cuando se veía en estado de perdición, y sin ningún remedio, le iba con aquella sumisión: pero que él quería creer, que su ida a recibir la penitencia, procedía de buena, y sana intención: y era contento de absolverle: y así lo hizo. Lleváronle así como estaba ante el altar, y besó en la rodilla al Papa, que estaba vestido de pontifical: pero aunque le recibió a la unión de la Iglesia, no sólo no le hizo restituir a Rezo, pero persistía en privarle de Ferrara: no embargante que había prometido a Jerónimo Vic, y al marqués, y marquesa de Mantua, que podía ir seguro: y que de nuevo le investiría del estado, con algunas condiciones. Hecho esto, propuso en consistorio, que se quería asegurar muy bien del duque: y ponerlo en el castillo de Sant Angel: y si fuese menester cortarle la cabeza: y diciendo el cardenal de Aragón, que no sería justo que sobre seguro se intentase tal cosa, respondió, que buscase el duque a quien se querellase. Entendiendo Jerónimo Vic, que el Papa quería acometer un caso tan feo, y de tan mal ejemplo, trújole a la memoria la fe, y promesas que le había dado, para que el duque fuese allá: y que le ofreció, que daría un hijo suyo en rehenes: y finalmente por grande importunidad, dio el Papa licencia al duque para que se volviese: y temiendo, que a la vuelta no le hiciesen algún daño en el camino, no le quiso dejar Fabricio: que en la prisión había recibido dél muy buenas obras: y se determinó de pasar con él cualquier fortuna, que le sobreviniese: y ganó loor de notable agradecimiento, en poner su persona en salvo. De aquí tomó sospecha el Papa, que los Coloneses procurarían todo su daño: y que entendían en destruirle: y trataba de allegar a sí a los Ursinos: y darles todo favor: de suerte, que las cosas habían hecho tan gran mudanza, que no se contentaba de proceder contra el rey de Francia, con todo el rigor del que disponen los sagrados cánones, pero presumía, que podía salir con ello, sin el favor del Rey Católico: y no quería dar más lugar a que su poder, y fuerzas prevaleciesen tanto en Italia: y lo que fuera empresa de un gran monarca, pretendía ya, de echar a los españoles, y todos los extranjeros, que él llamaba bárbaros, de Italia: como había visto salir de ella a los franceses. En todo se trataba tan valerosa, y absolutamente, como se debía esperar de un Pontífice, que no tenía otros fines, sino al bien, y aumento de la Iglesia en lo universal: y si para ello midiera sus fuerzas, y los medios fueran tan sanos, y justos, como se requería del vicario de Cristo, nunca la sede apostólica se vio en mejor dispusición, para poder tratar de la reformación, y restauración del estado eclesiástico. Quiso proceder a privación de la dignidad del obispo Colona, aunque se había asegurado por medio de Marco Antonio Colona: y propuso de dar una iglesia de las que estaban a presentación del rey, a Roberto Ursino, que no eran dos meses que llevaba sueldo de Francia: y había solicitado que se rebelasen contra él sus súbditos. Había fallecido en este tiempo en Roma don fray Pascual obispo de Burgos: varón de singular vida, y ejemplo, y muy espiritual: el cual como ordinariamente fuese a visitar las reliquias de los Santos Apóstoles, y también por causa del concilio residiese en esta sazón



en Roma, estando en el monesterio de la Minerva, que es de su orden, nunca el embajador de España pudo acabar con él, que saliese a su casa a curarse: y dio buen testimonio en la muerte de la santidad, que se manifestó en sus obras, en todo el discurso de su vida. En el mismo día que falleció el obispo de Burgos, que fue a dieciocho días del mes de julio deste año, murieron otros dos perlados, personas muy señaladas: el uno era el arzobispo de Aviñón, varón de muchas letras, y de religiosa vida: y el arzobispo de Ríjoles hermano del cardenal: que tuvo aquella misma iglesia.

Que el visorey don Ramón de Cardona partió con su ejército del reino, para pasar a Lombardía. XXI.

Aunque el rey por dar ánimo, y favor a las cosas de Italia, cuando la empresa de la liga estuvo tan caída por la rota de Ravena, se había determinado de enviar nuevo ejército con el Gran Capitán, y el Papa, y el emperador hacían grande instancia cada día sobre su ida, se determinó que se sobreseyese en ella, antes que saliese de Burgos: diciendo, que se detuviese por todo el invierno venidero. Quiso antes aguardar a ver cómo sucederían las cosas: con confianza, que el visorey, en lo que restaba por hacer, se gobernaría de tal manera, que se podría reparar el daño, y pérdida que se había recibido: y en esto se conoció bien la afición, y grande amor que tenía a su persona: y se confirmó más la opinión de algunos, que se habían imaginado, que era su hijo. Con esto, porque el Papa, y venecianos se excusaban de dar las pagas a su ejército, como estaba acordado, mandó al visorey que tuviese junto su ejército: y que se juntase con él la gente del emperador, que tenía el de Gursa: o la parte que della bastase, para sustentarse: y en tal caso, aunque el Papa lo contradijese, se viniese camino derecho, sin parar a Milán. Porque aquella ciudad, como se esperaba la venida de Maximiliano hijo del duque Luis Sforza a Lombardía, después de la entrada de los suizos, y habiéndose recogido los franceses, estaba con deseo de ver nuevo señor: y todo lo demás de aquel estado era de su opinión. Ordenó el rey, que su general viniese a poner cerco sobre el castillo de Milán: pareciéndole, que si su ejército estuviese poderoso en Lombardía, el Papa, y venecianos no rehusarían de dar la paga corrida, y la presente: y entretanto proveyó que se concertase con florentinos: y procurase de tomar algún buen asiento con el duque de Ferrara: porque se redujese a la obediencia del Papa de manera, que de allí adelante tuviese razón de confiar dél: y que estaría unido con la Iglesia. Con esta orden, aunque el Papa envió a mandar al visorey, que se detuviese con su ejército, y no pasase adelante, él continuó su camino: y traía cargo de la infantería el marqués de la Padula que se detuvo algunos días en la Águila, por haberse herido él mismo en la mano en un ruido: y como el comendador Solís había llegado entonces con los dos mil españoles, diósele cargo de aquella gente, juntamente con la coronelía de los españoles que llevaba. Estando el visorey en Abruzo, mediado el mes de junio, en el mismo tiempo partían de Nápoles todas las compañías de los hombres de armas: y los caballos ligeros venían delante: y la infantería estaba junta con el visorey, y eran más

de siete mil infantes: y el Próspero Colona se ponía en orden para seguir el campo: y diósele la avanguardia de la gente de armas, que eran hasta mil doscientos. Iban en ella las compañías de Fabricio, y del duque de Thermens, y de Gaspar de Pomar: y por capitanes con sus compañías Andrés Carafa conde de Santa Severina, don Juan de Guevara, y el conde de Populo. En la batalla iban con sus compañías el conde de Golisano, y el duque de Trageto, la compañía del marqués de la Padula, y don Hernando Castrioto con la compañía de don Íñigo de Velasco, don Pedro de Castro con la capitania del conde de Altamira, Marco Jiménez Cerdán, Antonio de Leyva, y la compañía del duque de Terranova. Venía en la retaguarda Alonso de Carvajal señor de Jódar, y las compañías de los capitanes que estaban ausentes: que eran Pedro López de Padilla, don Pedro de Velasco, don Diego de Mendoza, el adelantado de Galicia, y Pedro Zapata. Eran los caballos ligeros quinientos cincuenta: y venían por capitanes Ruy Díaz Cerón, Agustín Osorio, Luis de Montalvo, don Alonso de Carvajal, y las capitancias de don Alonso de Silva, Martín de Rojas, Diego Vaca, el comendador Ribera, Pedro de Ulloa, y don Pedro de Castro. Los capitanes de la infantería, que fue de las señaladas que hubo en aquellos tiempos, es justo que se nombren, y eran éstos: Francisco de Badajoz, Ramón Brancat, Francisco de Berlanga, Perucho, Juancho de Vergara, Juan Navarro, Luis Díaz de Dux, y de Armendárez hermano del coronel Jaime Díaz, que murió en la batalla de Ravena, Luis de Tineo, Bazán, Ortega, Morellón, Salcedo, Arcis, Juan de Peralta, Gonzalo de Pan, y agua, Francisco de Béjar, Alonso Enríquez, Alonso de Santacruz, y Juan de Urbina: cuya valentía, y singular esfuerzo, y valor fue tan señalado en las guerras que después se siguieron en Italia, en el tiempo del emperador don Carlos. Allende éstos, iban Pedro Maza, don Galeazo, Antonio de Carranza, don Francisco de Urrea, Ochoa, Rejón, don Pedro de Arellano, don Antonio de Camporedondo, Francisco Maldonado, Francisco de Guzmán, y Cristóbal de Paredes. Los que fueron con el comendador Solís eran, Antonio de Ávila, Pedro de Mendoza, San Vicente, Diego de Fuentes, Juan de Castro, Periañez, Diego Enríquez, Francisco Navarro. Diego García de Paredes por este tiempo estaba en Verona, con la gente que tenía allí el emperador: hallándose en desgracia del rey, que se tuvo dél por deservido, por el tiempo que anduvo cosario con algunas fustas, como dicho es, y le quisieron prender por esta causa en Cerdeña. Después de aquello, con un perdón que tuvo del rey, se fue al campo del Papa, que estaba con el ejército de la liga: y porque en siendo llegado allí, tuvo recelo que le querían prender, se ausentó, y pasó a Verona: y ésta fue la causa que no se halló en la batalla de Ravena: puesto que los que entendían, que nunca pudo caber en su ánimo ningún género de miedo, juzgaban haberse ido a Verona, por inducimiento de don Bernardino de Carvajal, que era su deudo: y procuraba emplearle en algún cargo principal en el ejército del emperador, o del rey de Francia.

Que el Papa trató de estorbar la ida del visorey a Lombardía: y de la embajada que sobre ello le enviaron los suizos, para que no pasase. XXII.

Era así, que de cada día se fue descubriendo más la intención del Papa, y sus obras, que se encaminaban, a no dar lugar que las fuerzas, y poder de España prevaleciesen tanto en Italia, como se había visto poco antes en los franceses: y por todas las vías que se podían imaginar, trataba de echarlos della. Porque habiendo venido a poder de los suizos la artillería gruesa de nuestro campo, que se perdió en la batalla de Ravena, no quiso permitir que se restituyese al visorey: y procuraba de remontar los ánimos de los suizos, e indinarlos contra los españoles: enviando personas por sola esta causa al cardenal de Sidón. Con esta prevención los suizos enviaron sus mensajeros al visorey, que estaba con su campo mediado julio junto a Pésaro: y llevaban orden de decirle, que no sabían para qué iba: y que deseaban entender su intención: porque si pensaba echar a los franceses de Italia, ya eran fuera: y si para combatir las fortalezas que quedaban por el rey de Francia, ellos eran bastante para aquello. Que no embargante todo esto, si se determinaba de pasar a Lombardía, entendiese, que había de venir a su riesgo. Pero el visorey, aunque supo de la ida destes mensajeros, como general, que no tenía otra comisión de su príncipe, sino procurar la paz universal de Italia, y ofender a los tiranos, no curó desto: y apresuraba su camino: y partió de Fermo la vía de Bolonia: y pasó entre Forli, y Faenza, a veinte de julio: y encontráronle estos mensajeros en el castillo de S. Pedro, cerca de Bolonia. Eran estos embajadores el uno de la nación suiza, y el otro de Milán: y propusieron ante el visorey, que en la dieta pasada que tuvieron los suizos, se habían concertado con el emperador, que el ducado de Milán se entregase a Maximiliano, hijo del duque Luis Sforza, que estaba en poder del emperador: y que ellos tenían hecho su asiento con él: y cuando no lo cumpliese, y por respeto de algún príncipe se apartase de aquella concordia, ellos tomarían las armas para impedirlo, y no lo consentirían. Que por esto, toda su nación quería saber la voluntad del visorey: diciendo, que no era necesaria su ida: porque ni el Papa, ni venecianos la querían, ni ellos la consentirían: y cuando determinase de pasar adelante, le saldrían al camino. Con esta resolución, que se conformaba bien con la soberbia de aquella gente, concluyeron su embajada. El visorey respondió a ella, que él era ido allí como capitán general de la santísima liga, para cumplir lo capitulado en ella: y no restaba sino ejecutar lo que los príncipes confederados le mandasen: y pues ellos también estaban en su servicio, le ayudasen a cobrar las tierras de la Iglesia: y sacar a los franceses del todo de la posesión de Italia: pues por esta causa, por divertir las fuerzas del enemigo, el rey su señor, no solamente había juntado otra vez en Italia un tal ejército como aquél, pero tenía otro tan poderoso a las fronteras de Bearne, y Guyena: y por Perpiñán se acercaba mucho número de gente de guerra. Despidiéronse aquellos embajadores con esta respuesta: y no se contentando el Papa con indinar aquella nación, sabiendo que el Próspero Colona pasaba por la Marca, con cuatrocientos hombres de armas, siguiendo el camino que el visorey llevaba, le impidió el paso por medio de su vicelegado: con achaque, que tenía al Próspero por sospechoso de aleve, contra su persona, y contra la del Rey Católico. Como se

fundaba sobre aquella sospecha, entendiendo el embajador Vic, cuán diferente era la causa, le suplicó que permitiese, que fuese en su lugar el conde de Santa Severina, que estaba con la misma gente: y mandase que por su dinero les diesen lo necesario en sus tierra. Ponía el Papa sus excusas: aunque no podía encubrir cuáles eran sus fines: y el embajador le dijo, que era recia cosa, que se negase el paso a la gente del Rey Católico, viniendo contra franceses, que eran sus enemigos, por haber tomado la defensa de la Iglesia: y esto en tiempo que el rey, y el rey de Inglaterra tenían sus ejércitos contra el rey de Francia: pero ninguna cosa bastó para que diese lugar que pasase la gente de armas por sus tierras, ni con el Próspero, ni sin él. Así se detuvo hasta ver lo que se acordaría en Nápoles, por el cardenal de Sorrento, y por los de su consejo. En este medio se vino el visorey con algunos caballeros a Bolonia: que se había ya reducido a la obediencia del Papa: y el mismo día, que fue a veintiséis de julio, siendo vuelto al real, se alborotó cierta parte de la infantería: y saquearon las vituallas de la plaza: y de allí con gran furia fueron a la estancia del visorey, y la pusieron a saco: y él se salvó de aquel peligro. Los que fueron en este alboroto eran hasta tres mil soldados que se apartaron del ejército: y el visorey se vino a Módena: porque estaba acordado, que se detuviese allí el ejército, hasta que el visorey se hubiese visto con el de Gursa: con el cual tenía concierto de verse en Mantua: y el lugarteniente del emperador tenía en Módena, por orden del de Gursa, muy buen recaudo, para que nuestro ejército se recogiese en aquella ciudad. Siguieron al visorey toda la gente de armas, y la infantería que no fue en aquel movimiento, camino de Módena: y el duque de Trageto, y otros caballeros, y capitanes, fueron tras la infantería, que se apartó del ejército: y volvieron con ella: porque muy fácilmente se reconocieron: no habiendo precedido causa tal, para que esta gente se alborotase, no siendo pasado sino sólo un día del término de la paga: y el dinero venía ya tras ellos: mas el visorey no tenía aún ganado el crédito que convenía, y fuera razón: de que se siguían estos inconvenientes.

Que Venecianos se conformaron con el Papa, en que no se diese lugar, que el ejército de la liga pasase adelante: y se deliberó por el visorey de tomar la empresa contra Florencia: y restituir a los Médicis en aquella señoría. XXIII.

Mucho menos quería el Papa, por ninguna vía, dar lugar, que el emperador se apoderase del estado de Milán: y en esto era igualmente enemigo de todas las naciones extranjeras, en no querer permitir, que quedasen en Italia, como se ha referido. Siempre fue su fin echar a los franceses della con ayuda del Rey Católico: y después, habiendo rompimiento entre España, y Francia, pensaba confederarse con los otros potentados, y con algún número de suizos: y dar tras los españoles. Andábalo procurando en esta sazón, porque veía al rey ocupado por la parte de España, y bien revuelto con sus enemigos: pero el rey hacía todo lo posible mañosamente por conservarle: por convenirle mucho en aquella ocasión, para las cosas de Francia, tener el nombre de la defensión de la Iglesia: y entreteníale en la indinación, y odio que tenía al rey Luis, y a la nación francesa: y por el

contrario la ambición del Papa lo desbarataba todo. Cuando el visorey acabó de entender, que él era el que alteraba, y solicitaba a los suizos, envió un caballero aragonés de la orden de San Juan llamado Fadrique de Urriés, al cardenal de Sidón, para que entendiese lo que se trataba: sospechando, que no solamente se entendían el Papa, y los suizos, pero también venecianos, en cierta manera, cabían en el trato: y fue así, que ellos eran de un acuerdo con el Papa, en que no se diese lugar, que el ejército de España pasase por las tierras de la Iglesia: pues ya los franceses eran fuera de Italia: temiendo la confederación, y liga entre el emperador, y el Rey Católico: y recelaban que si nuestro ejército se juntase en Lombardía con el de Gursa, y con la gente que el emperador tenía en Módena, y en Verona, se les podría impedir la recuperación de Brescia, y de las otras plazas de su estado: y que serían sojuzgados. No sólo concebían sospecha de juntarse el visorey con el de Gursa en Mantua, y de los otros aparejos, y demostraciones, pero tenían sobrado temor: y resolvieron en no enviar embajador a Mantua: ni dar lugar que por su parte se tratase de la concordia: sino que se platicase en Roma, por medio del Papa, y del embajador Jerónimo Vic. Todas estas novedades nacían de la condición del Papa: y del desgrado que iba cobrando de nuestra nación: y principalmente por favorecerse el Próspero de la autoridad del rey: y sospechó que el Próspero había dado favor al paso del duque de Ferrara desde Marino, con la gente de armas que traía: y públicamente decía, que los españoles pensaban hacer contra él, lo que entonces hacían los franceses: favoreciendo al duque de Ferrara, y a sus rebeldes. Estando las cosas en esta contradición, se comenzó a tratar de algunos medios: los cuales propuso a la señoría de Venecia el señor del Carpi en nombre del de Gursa: y eran, que se contentasen, que el ejército de la liga tomase a su cargo la espunación de Brescia: y que quedase en poder del visorey, hasta que se hiciese la paz: o los venecianos sobreyesen de quererla combatir. Amenazaba el de Carpi, que si esto no se hiciese, los ejércitos del emperador, y del Rey de España pasarían contra la gente de la señoría, que se había juntado, para ponerse sobre Brescia. Estaba en aquella ciudad el señor de Aubeni sobrino del otro del mismo nombre, que fue tan señalado capitán en las guerras del reino: y tenía más de tres mil soldados en su defensa, entre gascones, y franceses: y con todo esto, no quisieron los venecianos venir en ningún medio: ni que Brescia se pudiese en poder del Papa, como cabeza de la liga, aunque se altercó sobre ello en su senado por tres días: procurando el señor de Carpi, y Juan Bautista Espinelo conde de Cariati de persuadirles, que condescendiesen en uno destes medios. Ellos se resolvieron en remitirlo al Papa, que fue una deshonesta despedida: y el de Carpi se fue a Roma: y el de Cariati vino a Mantua, para esperar allí al visorey, que venía para tratar en la deliberación de aquel negocio tan dificultoso, y perplejo: como era, traer un tal ejército, en favor de los príncipes confederados, y ellos rehusar el socorro. Pretendían el de Gursa, y los del consejo imperial, que nuestro ejército debía emprender de acometer al de la señoría: y el visorey, y el conde de Cariati, y don Pedro de Urrea se determinaron en Mantua, que se tomase la empresa contra Florencia: y para ello se asentó la concordia con Juliano de Médicis. La suma della era, recibir los de aquel bando, y linaje debajo de la protección del rey: ofreciendo que ellos acabarían, que toda la señoría haría liga con él, semejante a la que tenían con el rey de Francia: y que su capitán general fuese elegido, por

el rey. Con todo esto se volvió el visorey de Mantua a Módena, para ir desde allí la vía de Florencia, con su ejército, que estaba repartido por el condado. Estaba en aquella sazón en Bolonia el cardenal de Médicis, que había sido puesto en libertad, por los del estado de Milán: llevándolo los franceses al Piamonte: y tenía allí la artillería: y también el Próspero se había de juntar con el visorey, para esta empresa: y diéronse al visorey ochenta mil ducados: y con ellos se entretuvo el ejército hasta volver a Lombardía. En ese tiempo tomó el Papa a Parma, y Piacenza, que eran del estado de Milán, con color que pertenecían a la Iglesia: y los venecianos atendían a la espunación de Brescia: y el de Gursa, con orden del cardenal de Sidón, y de los suizos, deliberaba romper contra ellos en Brescia: y a esto había de concurrir el marqués de Mantua contra la señoría.

Que el emperador movió plática de concertar al Rey Católico con el rey de Francia: y se determinó de enviar a Lombardía a Maximiliano hijo del duque Luis Sforza. XXVIII.

Por otra parte el emperador se esforzaba con todos los medios que podía, de concertar al Rey Católico con el rey de Francia: y movió un nuevo tratado de concordia. Esto era, que el rey Luis diese su segunda hija llamada Reynera, por mujer al príncipe don Carlos: y llevase en dote el estado de Milán, y el condado de Aste: y se diese el derecho que el rey de Francia pretendía tener, a esta su hija, en nombre de dote: y que el Rey Católico tuviese a Génova, con toda su ribera. Esperaba, que con asegurar el Rey Católico en lo de la sucesión del reino, al príncipe su nieto, le podría fácilmente persuadir a esta concordia: y juntamente con esto, pretendía de haber a su poder el ducado de Gueldres. Para inducir al rey de Francia a estos medios, le amenazaba, que entraría en la liga con el Papa, y con sus confederados, a todo su daño: y aunque estas demandas eran tan contrarias, para los fines que el rey de Francia llevaba, pero teniendo consideración, que había perdido el reino de Nápoles, y el estado de Milán, y que casaba tan bien a su hija, y que él vivía muy doliente, y no tenía hijos varones, y entendiendo el gran peligro a que tenía entonces sujeto todo su estado, mayormente si el emperador se declarase por su nuevo enemigo, y entrase en la liga, por entretener las cosas, con algún honesto nombre de paz con el Imperio, mostraba inclinarse a querer aceptarla. En este tratado ninguna mención se hacía de la señoría de Venecia: porque la determinación del emperador era muy resoluta, en que los venecianos quedasen de aquella vez muy descuidados de todo lo que tenían en tierra firme. También se hacía menos cuenta que ésta, del Papa: porque confederándose estos tres príncipes con esta nueva concordia, le parecía al emperador, que el Papa quedaría solo con venecianos, y suizos: y no serían poderosos para resistir a tan gran poder: o le convendría al Papa seguir su voluntad, y opinión: y fue avisado el Papa desto por su nuncio Lorenzo Campegio, que estaba con el emperador en Colonia. Para que esto se efetuase, y el rey de Francia se determinase más presto, en fin del mes de julio envió el emperador a Italia a Maximiliano Sforza, que se llamaba ya duque de Milán: porque con su presencia se esperaba, que se acabaría de conquistar lo que quedaba en poder

de franceses: y se asegurarían mejor las cosas de aquel estado: y vino a Trento, a donde le estaba esperando el de Gursa: y para estorbar esta entrada de Maximiliano en el estado de Milán, con promesa de asentar la concordia, con las condiciones que se han referido, envió el rey de Francia a Colonia un su embajador, llamado Medula, con largos ofrecimientos de estrecha confederación: para que con ella se entendiese en ordenar una paz universal: y allende destas condiciones, prometía otras cosas, y gran suma de dinero.

Que el Papa, por excusar que el rey no tuviese ejército en Italia, publicó que quería tomar la empresa contra el turco. XXV.

Al mismo tiempo que se trataba desta concordia, y el rey de Francia enviaba su embajador con esperanza de concluir la, llegó a su corte don Bernardino de Carvajal: y por su causa se añadió entre las otras condiciones, lo que tocaba a la gobernación de Castilla, para que excluyesen della al rey. Creía, que por aquello se persuadiría el emperador más fácilmente, de tomar algún medio, si entendiese que podría poner en necesidad al rey, con sólo dar orden, que el príncipe escribiese a las ciudades, y villas de los reinos de Castilla, y a los presidentes, y oidores, y contadores mayores, que tenía en merced al rey su agüelo el trabajo, y fatiga que había pasado en regir aquellos reinos, después de la muerte de la reina doña Isabel: y que él se lo entendía servir. Que pues él era ya de edad para gobernar, y el rey don Juan su bisagüelo, y otros príncipes habían tomado el regimiento de sus reinos en menor edad, de la que él entonces tenía, le suplicaba que se retrujese a sus reinos: porque él quería venir a gobernar los suyos. Para esto ofrecía el rey de Francia, que si el emperador quisiese traer al príncipe por mar, y le enviase a Génova, él le mandaría entregar la ciudad, y su fortaleza: y le daría su armada con que viniese: y si acordase venir por tierra, le daría gente que le acompañase, hasta dejarle pacífico en su reino: y le daría en rehenes a la reina su mujer, y a sus hijas, hasta que estuviese dentro en Castilla. A esta embajada respondió el emperador, que lo que se le ofrecía, eran palabras: y no había en ellas efeto alguno: y que no podía responder, sino con ellas: y luego despidió al embajador, y al nuncio del Papa: y tras esto se determinó de poner del todo en la posesión del ducado de Milán, a Maximiliano Sforza. Habíale aconsejado el rey, que pues así lo deliberaba, fuese con condición, que casase con una de sus nietas: y no permitiese, que tomase por mujer una hermana del duque de Urbino, que era lo que el Papa pretendía: contra el cual estaba el emperador muy indinado, entendiendo, que proponía diversas pláticas por este tiempo, que todas se encaminaban en daño, y destrucción de las naciones extranjeras: en que se empleaba todo su pensamiento. Parecía al Papa, que esto era fácil de ponerse en ejecución: y para ello proponía estos medios: que el duque de Ferrara le dejase aquel estado: y tomase en recompensa dél el condado de Aste, que era la puerta, y entrada de los franceses a Italia: y solía ser parte del ducado de Milán: mudar a su albedrío el estado de Florencia: y dar favor a Génova, para que volviese a su antigua libertad, en que floreció aquella

señoría: y que los suizos hubiesen a Novara: y el marqués de Monferrat Alejandría de la Palla, porque se confederasen con él: y que venecianos quedasen pacíficos señores de Cremona, Bérgamo, y Brescia. Con esto quería reservar para sí a Piacenza, y Parma: y unirlas con el ducado de Ferrara: y dar la investidura dél al duque de Urbino su sobrino. Dejando desta manera ordenadas las cosas de Italia, su principal intento era, que saliesen della las naciones extranjeras: y con ocasión destas novedades que el Papa intentaba, los venecianos, que se habían juntado con los suizos, para entender en cobrar las fuerzas del ducado de Milán, los dejaron: y fueron a poner cerco sobre Brescia: y tomaron color de no pagar el dinero que había de dar al emperador, por razón de la tregua: y procuraban de haber a Peschiera: y conocíase dellos, que con gran premia habían de venir a tomar algún honesto partido. Considerando el emperador todo esto, inclinábase a que se hiciese liga con el duque de Ferrara, y con la señoría de Florencia; y que él, y el Rey Católico se confederasen en una nueva, y estrecha amistad: y admitiesen en ella al rey de Inglaterra: así para la conservación de sus estados, como para castigar sus ofensas, e injurias, y para su aumento: pues estaban unidos en tanto deudo. Habíase concertado en este tiempo el desposorio de la infanta doña María hermana del príncipe, con Luis hijo de Ladislao rey de Hungría: que tenía el título de rey, viviendo su padre: y procurólo el emperador, por la pretensión que él tuvo a la sucesión de aquel reino: y porque no saliese de la casa de Austria, se trataba, que el infante don Fernando casase con la hermana del mismo rey Luis: y envió el emperador a su nieta a la ciudad de Viena a los confines de Hungría. Estaban las cosas de aquel reino muy pacíficas: porque los dos hijos de Bayaceto Gran Turco, a cabo de treinta años que reinó el padre en aquel imperio, sin aguardar su muerte, comenzaban a contender por la sucesión: y el mayor, que se llamó Acumat Cialabi, porque los jenízaros se declararon en favor de su hermano Selín, se confederó con el Sophi: y le dio su hijo primogénito en rehenes: pero prevaleciendo las armas de la gente de guerra, en cuya defensa estaba encomendado el Imperio Turquesco, fue puesto en la posesión dél Selín, en vida de su padre: y con la guerra que se movió entre estos dos hermanos, tomó ocasión el Papa, para publicar que tomaba la empresa de la expedición contra el turco: y entendióse que lo hacía principalmente por eximirle, de no pagar el dinero que daba en socorro de la liga. Entonces envió sus letras, para que el rey enviase su embajador con poderes bastantes, para tratar de aquella expedición, al concilio que se celebraba en S. Juan de Letrán: adonde decía que se había de deliberar sobre aquella empresa: habiendo ya suspendido, y prorrogado el concilio hasta el primero del mes de noviembre: porque su principal intención era, que el rey no tuviese en Italia ejército, y saliesen della los españoles, como quiera que fuese.



Que el visorey tomó por combate la ciudad de Prato: y los florentinos se pusieron debajo de la protección del rey. XXVI.

Mucho tiempo antes desto, se había procurado por el Papa, y por los príncipes confederados, de reducir con diversas amonestaciones, y halagos a los florentinos, a la unión de la Iglesia: y que se apartasen de la confederación que tenía con los cismáticos. Por esto les ofrecían, que todo el poder de la liga sería en su favor, y defensa: y procurarían la conservación de su estado: amonestándolos, que pues aquella su ciudad, y el estado della eran tan principal parte, y potentado de Italia, quisiesen estar unidos con los otros estados della: y no fuesen causa, que los cismáticos volviesen a ponerlos en peligro de perderse: y nunca se pudo acabar con ellos por tenerlos muy sojuzgados, y casi fuera de libertad Pedro Soderino que era su gran confalonier, y muy francés de afición. Después con la resolución que se tomó en Mantua, y por el asiento que se concertó con los del linaje de Médicis, habiéndolos recibido debajo de la protección, y amparo del Rey Católico, el visorey, teniendo su ejército en el condado de Módena, se determinó de salir con él, a procurar de poner en libertad aquel estado: y reducirlo a la unión de la Iglesia, y de la liga. Antes de partir a esto, por tentar si lo podría acabar, sin llegar a las armas, envió a la señoría: e hizo sobre ello toda la instancia que en tal caso se debía hacer: y no aprovechó ningún género de cumplimiento, ni otra justificación: y luego la señoría juntó un ejército de trece mil infantes, y tres mil de caballo, con deliberación de ponerse en defensa: y resistir con todo su poder a nuestro ejército. Enviaron a Prato, que era pueblo principal, de mil quinientos vecinos, por donde el visorey había de pasar, a diez millas de Florencia, a Lucas Sabelo, con ciento cincuenta de caballo, y con cuatro mil soldados: y con esta gente, y con la artillería, y munición necesaria, se puso en su defensa: y su ejército se acercó a tres millas para acudir al socorro. Había puesto el visorey gran diligencia en socorrer la gente de caballo, que estaba en mucha necesidad: y sin perder tiempo con la artillería que le envió de Bolonia el cardenal de Médicis, que era un cañón, y dos medias culebrinas, y cinco sacres, y con alguna munición de la que quedó en Imola, partió con su ejército, no sin alguna fatiga, y trabajo de la gente: así por ser la tierra montañosa, como por algunas aguas que sobrevinieron, que la detuvieron algún tanto. En llegando a Piano, y a Barberino, que son dos lugares del estado de Florencia, se ganaron dos castillos que estaban cerca, y se pusieron en defensa: y allí llegó al visorey un embajador de la señoría, a saber dél el intento que llevaba: y respondióle, que iba como capitán general de la liga, para procurar de poner aquella señoría en su libertad, y sacarla de la sujeción en que estaba. Envío desde allí a Prato a requerir a los que tenían cargo del gobierno del lugar, para que le hiciesen dar vituallas por su dinero: pues su ida era en beneficio de aquel estado: y no por otro respeto particular: porque adonde el ejército estaba, no se podían haber de otra parte: y no lo quisieron escuchar. Pasó adelante con su ejército a Calesano, que dista a siete millas de Florencia, y tres de Prato: y ganaron otro castillo, que está allí cerca: y tornó el visorey a enviar un trompeta con un rey de armas, para requerir lo mismo a los de Prato: y que se confederasen con la liga: y respondieron que no lo querían hacer: y que si allá se acercaban, se

sabrían bien defender: y viendo su pertinacia, y soberbia, salió de Calesano con todo su ejército, un sábado a veintiocho de agosto: y el mismo día puso cerco sobre la ciudad. En esta sazón llegó el marqués de la Padula, y tomó el cargo de su infantería: y el comendador Solís de las compañías de los españoles, que fueron al reino postreramente. Aquel mismo día llegaron a nuestro campo cuatro embajadores de la ciudad de Florencia, a requerir al visorey que se volviese: dándole a entender que Prato era muy fuerte, como a la verdad lo era: y que tenía dentro en su defensa muy buena gente de guerra: y que estaba tan cerca su campo, que la podían socorrer fácilmente: y que los nuestros no tenían vituallas, ni de dónde habellas: encareciendo, y afirmando, que sería imposible tomar a Prato. A esta embajada les respondió el visorey, que ellos hacían mal, en no querer recibir voluntariamente el beneficio que la liga les quería hacer, en sacarlos de aquella sujeción que padecían, debajo de nombre de libertad: siendo una no muy honesta servidumbre: y que esperaba, que muy en breve reconocerían su yerro: y aquella noche siguiente se concertó la forma que se había de tener al otro día, en darle el combate. Estaba toda nuestra gente de armas con sus capitanes al paso de Florencia: y llegaron los contrarios a tres millas de nuestro campo: y siendo avisado desto el visorey por Carvajal, el conde de Santa Severina, y otros caballeros considerando, que había peligro en estorbarse el combate, fueron de parecer, que no se diese, sin que primero se asegurase de los enemigos, que estaban con su ejército tan cerca, para socorrer el lugar: pero al visorey, y al comendador Solís pareció, que habría tiempo para combatir la ciudad, antes que pudiese llegar el socorro: y con gran furia se le dio el combate por espacio de quince pies, que se pudo batir el muro: y por una puerta, de donde se les había quitado el reparo con harto trabajo, y peligro el día, y la noche pasada: y por otro lugar: y acometiéndose tan bravamente, y con tanta ardidez, que a escala vista les entraron en la ciudad. Con este furor no se pudo excusar, que no se hiciese riguroso castigo en la gente de guerra que había dentro: y todos los otros, y los capitanes fueron presos: sin que muriesen de los nuestros sino solos tres soldados. Siendo entrado el lugar salieron con la misma furia al encuentro del ejército, que salió de Florencia: y luego se recogieron, y derramaron la gente: y enviaron sus trompetas por las ciudades, y castillos de aquella comarca: para que se rindiesen al ejército de la liga. Tras esto el pueblo de Florencia se puso en armas: y como los florentinos vieron deshecho su ejército, sacaron del cargo de gobernador, y capitán, que ellos llaman confalonier, a Pedro Soderino: y redujeron el regimiento de la señoría a la forma antigua de su república: y enviaron luego sus embajadores al visorey: que fueron Cosme de Paccis arzobispo de Florencia, Baltasar de Carduciis, Ormanoctio de Detis abogados de la señoría, y Jacobo de Saluitatis, y Pablo de Vettori ciudadanos de aquella ciudad, con poder para entrar en la liga, y para encomendarse en la protección del Rey Católico, por sí, y por sus aliados. Recibiólos el visorey con mucha benivolencia: y asentaron su confederación, y liga: y tomó el visorey en protección aquella república, contra cualquier potentado que la quisiese ofender: y hacerle guerra: y asegurólos, que el rey no pretendía sino ayudarlos a conservar su estado: y que saliesen de la opresión en que estaban: y unirlos con la Iglesia: y asentó dos capitulaciones con aquella ciudad. Por la una se recibían los florentinos en la liga: y en la otra se asentó la amistad entre ellos, y el Rey

Católico. Prometió el visorey de ayudar para defensión de aquella república, con mil hombres de armas, y seiscientos caballos ligeros al sueldo del rey: siempre que fuese acometido el estado que aquella señoría poseía entonces: y ellos prometían, que siempre que el reino fuese invadido, ayudarían con doscientos hombres de armas a su sueldo. Dentro de dos días habían de dar su perdón al cardenal de Médicis, y a sus aliados: de todos los delitos de rebelión, y conspiración, que hubiesen cometido contra su república: y por cualesquier florentinos contra Pedro Soderino, que fue alférez, y juez del pueblo florentino. Esto se asentó en Prato a tres del mes de septiembre: y que aquella ciudad de Prato, y los lugares de la señoría que se habían rendido al visorey, se le restituyesen. En este asiento vino el visorey, asistiendo con él a ello los de su consejo, y el duque de Trageto, don Hernando Castrioto, Antonio de Leyva, y Pedro Pineyro: y por acatamiento, y respeto del rey, recibieron en la ciudad al cardenal de Médicis, y a Juliano su hermano: y a Lorenzo de Médicis su sobrino: hijo de Pedro de Médicis: que se obligaron de servir al rey: y él de ampararlos. Fueron restituidos todos los de aquel linaje, y los Pacis en sus bienes: y el visorey mandó entregar a la señoría los lugares, y castillos que se le habían rendido: y ayudaron para socorrer el ejército con sesenta mil ducados: y con este dinero se dio también socorro a la gente que tenía el de Gursa en servicio del emperador, que se había de juntar con el visorey. Procuró el cardenal, porque los florentinos se conservasen en mayor devoción del Rey Católico, que el marqués de la Padula fuese capitán de la gente de armas de la señoría, desde el mes de marzo adelante. Fue aquella espunación de Prato de tanto efeto, que hizo venir a la obediencia de la liga, a la ciudad de Pistoia, y otros muchos lugares sus comarcas: y habiendo enviado el visorey a Chico de Lofrea a Siena, y a Luca, para que requiriesen a los que gobernaban aquellas repúblicas, que entrasen en la liga, no solamente le obedecieron, pero socorrieron con dinero, para ayuda a sustentar su ejército. También procuraba el visorey que los de Siena pagasen cien hombres de armas del reino: porque estando en ella para su defensa, y el marqués de la Padula en Florencia, aquellos estados se asegurarían, como convenía al servicio del rey, con mucha reputación, para las cosas de Italia.

Que los del bando de los Fregosos se apoderaron de la ciudad de Génova, con favor de la liga: y fueron echando de aquel estado a los franceses. XXVII.

Como el visorey puso en Florencia a los Médicis, Fabricio, y Próspero Colona comenzaron a suplicar con grande instancia al Rey Católico, y requerirle, que no permitiese que se hiciesen mayores, ni más poderosos de lo que entonces eran: y que procurase de valerse de toda la señoría junta, y no de aquéllos en particular: porque eran ciento deste linaje en Florencia, a los cuales los florentinos no querían por señores, sino por compañeros: pero como las cosas de la liga sucedían en tanta prosperidad, o se paraba en ello: y en el mismo tiempo Jano María de Campo Fregoso, que había entrado con los de su bando en Génova, fue elegido por duque con favor de la liga: y los

pueblos de aquel estado que estaban en la obediencia del rey de Francia, se iban desviando de la sujeción de los franceses. Para que esto se ejecutase, daba el rey todo el favor posible: y mandó que pasase su armada a la ribera de Génova: y que fuese con ella, para este efeto, el capitán Berenguer de Olms: y con esto procuraba, que el emperador rompiese la guerra con Francia por Picardía. Excusóse el emperador desta empresa, afirmando, que el socorro que se le hacía del Imperio, en la dieta que se concluyó en este tiempo en la ciudad de Colonia, se le concedía con condición, que se emplease para hacer guerra en el ducado de Gueldres: y que mil de caballo, y seis mil infantes que le pagaban los estados de Flandes, se daban con pacto, que no los sacase, para que sirviesen en otra parte: y decía que haciéndose la guerra en Gueldres, a su parecer era, como si se hiciese en Francia: por ser el duque tan aliado, y confederado con el rey Luis. Que esperaba que desta vez se remataría aquella contienda: y que para mover la guerra por Picardía, era necesario que el rey de Inglaterra, y el Rey Católico le ayudasen con una buena suma de dinero, con que pudiese sacar nueve mil alemanes, que tenía el rey de Francia a su sueldo, y estaban repartidos en Borgoña, Normandía, y Guyena. Era él de suyo bien fácil de emprender cualquier guerra contra el francés, por sus pretensiones antiguas: y así en este mismo tiempo traía plática con suizos, para que entrasen por Saboya, y por el Delfinado, al ducado de Borgoña, con fin de hacer la guerra al rey de Francia: pero como ellos le pidiesen gente de caballo, y artillería, y no estuviese levantada la gente, ni hubiese con qué pagarla, era esto de tan poco efeto, como las otras empresas. Estaba en esta sazón con gran sospecha, por haberse publicado, que se trataba de cierta concordia entre venecianos, y el rey de Francia, por medio de Andrés Gritti: y que para la conclusión della no faltaba, sino el consentimiento del rey. Por esta causa, por asegurar al Papa que no pensase que él quería para sí el estado de Milán, o para el príncipe don Carlos su nieto, ofreció de enviar a Roma al hijo segundo del duque Luis Sforza: mas no quería que el de Gursa fuese allá, como estaba acordado: y procuraba que el Papa enviase al duque de Urbino a Mantua, para que allí entre él, y el de Gursa se tratase de los medios de la concordia. Esto era con confianza que estando el de Gursa en Mantua, estorbaría que los venecianos no le tomasen a Verona: y se defendería Ferrara: y sería parte que los mismos venecianos no entrasen en Brescia, y Bérgamo: o en Crema, y Cremona: y se consiguiese segura restitución del ducado de Milán, para Maximiliano Sforza: y que viniendo el visorey a Lombardía, forzaría a la señoría de Venecia, que aceptase la paz: y ternía en necesidad al Papa: y se haría la liga con certeza de alguna ayuda, y socorro de dinero. Todas estas cosas esperaba el emperador que se alcanzarían: tanta era la confianza que ponía en el ingenio, e industria de solo el de Gursa. Tenía en tanta estimación a este su privado, que se reducía en él, no solamente la suma de todos sus negocios, y empresas, pero de sus pensamientos: y amábale en tanto grado, que desde que supo que el Papa quiso detener preso, sobre la fe del salvoconduto al duque de Ferrara, no quiso que el de Gursa pasase adelante: recelando que si el Papa le tuviese en su poder, por sola aquella causa sería él forzado a la revocación de los dos concilios: y a la destrucción del duque de Ferrara: y a la disipación de los estados que el Imperio tenía en Italia: y finalmente a todo lo que el Papa supiese pedir. Con solo este temor, no quería dar lugar que el de Gursa fuese a Roma, si

no le asegurasen el visorey, y los embajadores que el rey tenía en Italai, que eran don Pedro de Urrea, y Jerónimo Vic: y entre otros medios que movía al papa era, que si determinaba todavía que, el duque de Ferrara fuese privado de aquel estado, él daría al duque de Urbino, o a quien el Papa quisiese, a Módena, y Rezo: y que el Papa se quedase con todas las villas de Romaña: conque él tuviese a Ferrara: o se pusiese aquel estado en poder de alguno, que fuese acepto al Papa, y a él.

Que el rey mandó sobreseer en la ida del Gran Capitán a Italia: y de lo que sobre ello pasó. XXVIII.

Fue, a mi juicio, una de las cosas más señaladas que sucedieron en esta guerra, y más digna de considerarse, que al tiempo que se halló un tal ejército, como el del rey de Inglaterra, en la entrada de la provincia que más codiciada tenían, y por cuya conquista pusieron sus personas, y todas sus fuerzas aquellos príncipes, y habiendo salido a su antigua empresa en esta sazón, una tan poderosa armada con tanto estruendo, y aparato, y con la confederación, y alianza de un príncipe tan poderoso, que con tanta deliberación se había puesto en la guerra, para proseguirla con ellos, y viendo que en su presencia se habían apoderado los nuestros del reino de Navarra, no se quisiese mover el general del ejército inglés, para emprender ningún auto de guerra: estando tan en la mano poder ofender a sus enemigos, en cosa que los había de lastimar en tanto grado: y de suerte que se dejaba comenzada la guerra con sobrada reputación: y quedaba obligado el Rey Católico a ella, de la misma manera que a la defensa del reino de Navarra: y que todo esto se desbaratase, por solo el pundonor, de haber primero por sí el rey apoderado de aquel reino: o por la sospecha que tenían los ingleses de haber encaminado el rey la guerra, como a él convenía, y no por la orden que se había deliberado. Pero volviendo a lo de Italia, fue grande ejemplo el de Gursa en este tiempo, de la privanza que alcanzó con su príncipe: y de la confianza que de solo él hacía, para resolución de todas las cosas más importantes. Era de muy diferente condición el rey: porque tuvo por más seguro hacer elección de muchos de quien poder confiar sus consejos, que dejar el gobierno de todo, al albedrío de uno. En la gratificación de los servicios, fueron él, y la Reina Católica tan liberales, y magníficos, como otro príncipe de los pasados que en España hubiese, cuanto lo permitió ser ellos los primeros, que tuvieron fin a que se restituyese a la Corona lo que estaba con violencia usurpado del patrimonio real. Testimonio desto son hoy día algunas casas de grandes de Castilla: cuya grandeza juntamente con su principio, tuvo origen de su magnificencia: aunque en una dellas fue notado el rey por algunos, de notoria ingratitud: teniendo respeto al acrecentamiento, que por su causa se siguió a su Corona, que fue la del duque de Terranova su Gran Capitán. Mas porque esto se deje a la determinación de los que lo pueden juzgar libremente, poned aquí las quejas que el Gran Capitán publicaba del rey: y las causas que a él le movían para no servirse dél: siendo persona de tan grandes pensamientos, que no había gratificación que bastase al menor de sus servicios. Primeramente se ha de presuponer, que el

rey había deliberado, que el ejército que tenía en Italia se sustentase, hasta que la empresa de la liga fuese acabada: la cual consistía en que el duque Maximiliano cobrase todas las fuerzas del estado de Milán: y el emperador Cremona con su castillo, si se concertaba que quedasen con él. Habían también de cobrar los venecianos las tierras que habían de quedar a la señoría, y el Papa lo de Ferrara, que era lo que pertenecía a la Iglesia: y esto le parecía al rey que debía ser lo postrero, por acabar de echar primero a los franceses de los castillos que tenían en Lombardía: pues siendo ellos fuera, la empresa de Ferrara de suyo se remataba. Como todo lo que se había de emprender con aquel ejército, era para provecho ajeno, y suyo, atendía que se hiciese con la menos costa que fuese posible: y por esto dio orden al visorey, que ocupándose en la expugnación de las fortalezas de Milán, los de aquel estado, que eran tan aficionados al nuevo duque, pagasen la infantería española el tiempo que allí se detuviese: y esta misma orden se siguiese en las otras empresas: pues debían contentarse que él les ayudase a su costa con la gente de armas. Por esta misma causa procuró, que los florentinos hiciesen su capitán general al marqués de la Padula: entendiendo que para su servicio no se podía encomendar aquel cargo a persona de más confianza: y también trataba, que el duque de Milán diese la capitania general de su ejército a Fabricio Colona, que era gran enemigo de franceses: y confiaba que le había de ser siempre muy fiel: y en caso que se hiciese la paz entre el emperador, y venecianos, la señoría tuviese por su general al Próspero. Todas estas prevenciones hacía el rey para la conservación del reino: y de ninguna cosa estaba más ajeno en este tiempo, que en pensar servirse del Gran Capitán: señaladamente en las guerras de Italia, adonde él tenía ganada tanta reputación. A esto se persuadió, desde que se vio libre de la necesidad en que estaban las cosas, después de la batalla de Ravena: y así como sucedían tan prósperamente, al mismo tiempo que salió el visorey con su ejército de Abruzzo, para seguir la empresa de Lombardía, envió a decir desde Logroño al Gran Capitán, cuando él daba más prisa a su partida, las causas que había para sobreseer en aquella empresa. La principal era, la mudanza que el Papa había hecho en todas las cosas: y que sin tener consideración a lo que él había trabajado, por favorecer la causa de la Iglesia, con el favor de sus fuerzas puso remedio en lo que tocaba a su estado: y no quería proveer en lo de la paga de su ejército, según era obligado, por el asiento de la liga: y cuando vio que todo sucedía con tanta prosperidad, en el punto que estaban las cosas más caídas, y que el rey de Francia había perdido cuanto allá tenía, y no le quedaba, ni capitán, ni gente de guerra, sino los que se habían encerrado en Brescia, y en los castillos de Milán, entonces decía que no había menester capitán, ni lo quería, ni gente española. Con esto procuraba que el Próspero, que había quedado con una parte del ejército, no se juntase con el visorey: y en ello daba bien a entender, que toda su ansia, y porfía era, que no quedase en Italia ejército de gente extranjera: y así decía el rey, que como en cosa tan nueva, se requería nuevo consejo: y que él mandaba entonces proveer todo aquello que le parecía convenir, para el remedio: y entender el camino que se debía seguir. Afirmaba, que por estas causas, y señaladamente por no haber quedado francés en toda Italia, había acordado que su ida cesase: y se sobreseyese en ella por todo el invierno: y entre tanto mandó al Gran Capitán, que se descargase de toda la costa extraordinaria: y que mandase a todos los

caballeros, y continos de su casa que estaban con él, que le fuesen a servir en la guerra que tenía por Navarra, y Bearne, con el rey de Francia: porque estaban los franceses en aquellas fronteras con toda su pujanza, así de la gente que salió de Italia, como de la que se juntó desta parte de los Alpes: y el señor de la Paliza tenía su frontera en Salvatierra de Bearne, y el duque de Borbón, que era general, con todos los otros capitanes, y con su campo, estaban en la misma comarca, tan cerca unos de otros, que en medio día se juntaban todos. Era éste un honesto despedimiento: y a la misma sazón que habían pasado los capitanes con parte del ejército a San Juan de Pie del Puerto: y el duque de Alba había de pasar con todo lo restante para hacer la guerra en Guyena: y publicaba el rey, que estaba determinado de poner en ella su persona, si necesario fuese. Mandó que se pagase toda la gente de guerra, que se había hecho para enviar con el Gran Capitán, y se despidiese: y a los que quisiesen ir a servirle a Navarra, se les continuasen las pagas. Fue tan general el sentimiento desta determinación del rey, que ningún capitán de los hombres de armas quiso ir a servirle en aquella guerra, adonde se hallaba en persona, sino sólo Gutierre Quijada sin otra compañía: y algunas compañías acudieron al marqués don Rodrigo, y otras al duque de Arcos, por cierta contienda, y bando que se movió entre ellos, por bien ligera causa, que puso en división todo el reino de Granada, y buena parte de la Andalucía: porque puesto que el duque era poderoso, y muy emparentado, acudían del otro bando muchos valedores al marqués don Rodrigo: señaladamente don Pedro Girón, que era muy gran parte en el reino. Estaba en Córdoba el Gran Capitán en principio del mes de septiembre, cuando le llegó el mandato del rey, para que sobreyese en su ida: y por mejor entretener la gente, si se hubiese de hacer la jornada, se fue a poner en Antequera: y como le llegó poco después la revocación tan de rebato, en la mayor furia de los aparejos que se hacían para aquella jornada, con excesiva costa, y gasto suyo, y de los caballeros que con él iban, y hubiese diversos, y grandes juicios desta nueva determinación del rey, y los más parasen en la desconfianza que el rey tenía de su persona, y creyesen que sus émulos ponían al rey en ella, él lo sintió como era razón en gran manera. Por esto en respuesta de aquel mandamiento, envió a decir al rey, que se maravillaba de aquella su determinación: conociendo Su Alteza, mejor que ninguno, qué cosa eran hombres de poco ánimo, y sobrada ambición: pues de sí creía que tenía sabido, ser más codicioso de buena fama, que de mucha hacienda: porque si todo el mundo fuese suyo, y la vida cierta, para todo lo que hubiese de durar, lo estimaría en poco, por hacer con un amigo lo que debía: cuánto más con su señor, y su rey, como lo era Su Alteza. Que aunque dél se sirviese, como a Su Alteza le placía, tuviese entendido, que con igual fidelidad de muy pocos se podría servir: porque no había ninguna persona, ni otra cosa que fuese tanto, a quien no estimase en muy poco, por hacer lo que debía. Decía que le pesaba que no había sido parte en tanto tiempo, para que conociese Su Alteza, que su servicio era tan señalado, y cierto, como la malicia de los que por otra manera no bastaban a merecer el lugar que tenían: y suplicábale, que comidiese en su memoria si alguna vez le había dicho Su Alteza, que le había servido: y también considerase si sus reinos habían recibido alguna mengua, o deshonra por su causa: y si a la nación, y banderas de España en guerra de moros, y cristianos causó vergüenza: y si valía para en algo poderle servir. Si

esto era verdad creyese, que ninguno le podría ser más fiel, y leal servidor, que él que tanto le había servido: y a quien Su Alteza debía más, que a otro ninguno de sus súbditos: y aún estaba esperando el galardón de sus servicios. Mas aunque el rey tuvo mucha cuenta de justificarse con el Gran Capitán en lo de su quedada, dando muy larga razón de las causas que se ofrecían, para que se sobreseyese su ida, como él lo tuvo por el mayor disfavor que podía recibir, y se tornaron a renovar las causas de las quejas pasadas, envió a decir al rey palabras de gran sentimiento. Era lo primero, que considerase bien Su Alteza, si entre sus criados, y servidores tenía alguno tan sin respeto de sí, ni de mayor sufrimiento, y obediencia, y sin alguna repugnancia a su voluntad, y servicio, como él lo era: y que solamente le pidía, que se proveyese a lo de su honor: puesto que él se tenía por bien satisfecho de sí mismo, en todo lo que se debía a su Corona, que era la primera parte que para con Dios, y su rey podían desear los hombres: pero que Dios permitía, que por lo que le había ofendido, sirviendo a Su Alteza, fuese de tal manera tratado, y honrado por su mano: y conocía que era muy justa la sentencia. Que pues no podía servirle en más, de cuanto dél se quisiese servir, él tenía por bien lo que mandaba: pero que también le pesaba, que muchos tuviesen tan larga materia, de creer lo que les pasaba por la fantasía: que era haberse hecho elección de su persona, para aquella jornada, por acabar de perderle. Aunque no tuvo pequeña causa de entenderlo así, y no faltó entre los servidores del rey, quien le advirtiese dello, pero la afición que tenía de servirle, y pensando que lo pudiera mejor poner por obra, que los que eran de otra manera tratados, y mirados de Su Alteza, y porque conocía los peligros y trabajos que consistían en sufrir la condición de soldados, y en regirlos, y las necesidades ordinarias de sus ejércitos, y la voluntad que los italianos tenían a nuestra nación, que no la sufren, ni la sosternían entre sí, más, de cuanto sienten mayor peso con otra carga, y también porque en tendía hasta dónde llegaban las fuerzas, y asechanzas de los enemigos, que estaban tan lastimados, cuanto se sabía, que se hallaban en toda pujanza, cuando él fue requerido para esta empresa, todo esto le había movido, a querer ir de nuevo a la carnicería, conociéndola, y no temiéndola por su servicio. En lo que a él tocaba, decía, que fácil sería de sufrir con paciencia: pues estaba tan acostumbrado a pasar por todo: pero que no podía dejar de dolerle que con su medio hacía Su Alteza daño a muchos, que habían vendido, y empeñado sus haciendas, y dejado asientos, y buenos partidos: que quedaban sin ninguna gratificación: y él con no más de quedar obligado a las quejas de todos. Con esto decía, que si aquello se remediase, pensaría haber servido en algo: y a ninguno tenía por más gratificado, que a sí mismo: pues hasta quedar en el fuste de Gonzalo Fernández, todo se había de expender por su servicio: y era lo que había procedido de la liberalidad de Su Alteza, lo que él había podido gastar con aquellos caballeros. Mas que parecía género de venganza, de todo lo que algunos deseaban que él hubiese deservido, que en su naturaleza, adonde es tan natural cosa, que todos los hombres vivan con deseo de alcanzar alguna honra, y trabajen, y mueran por sustentalla, hubiese de recaer en su desgracia: y pasar la grita de tanto disfavor. Que pues allá no le quedaba sino tan estrecha vivienda, se le diese licencia para irse con su casa a residir a Terranova: que era tan a cabo del mundo: pues la empresa de Italia estaba fuera de sospecha, y en



camino de paz: y las de acá en tanta prosperidad: y en tan seguro puerto todas sus cosas: hasta que Su Alteza tuviese mayor voluntad, y ocasión para servirse dél: porque si tal caso se ofreciese, entre los feudatarios de Sicilia se podría servir dél: y allí tenía mejor aparejo de pasar la vida, para aventurarla por su servicio: y envió muy de propósito, a pedir esta licencia con un caballero de su casa. Todas estas razones de tanto sentimiento, y queja, procedían de entender el Gran Capitán las calunias que se inventaban por sus émulos: que persuadieron a darles más crédito, de lo que fuera razón: porque haciendo el emperador grande instancia para la ida del Gran Capitán a Italia, se excusó el rey, con avisarle, que si allá pasaba, sería causa de perderse aquella empresa: o de remontarse: y en gran secreto le afirmaba por medio de su embajador, que había sabido que una de las causas, por que el Papa estaba muy puesto en trabajar de echar a los dos de Italia, era porque, según los tratos secretos que tenía con el Gran Capitán, se persuadía, que pasando él allá, a tener el cargo de general, le ayudaría para que saliese con su propósito: y que por esto se había tratado que el Papa le diese el ducado de Ferrara. Que por esto ofrecía el Gran Capitán, que haría al Papa señor de toda Italia: y él estaba muy determinado de gratificarle en aquel estado, o en otro, por ganarlo perpetuamente contra ellos dos: y que en ello se entendía, continuándose los tratos que comenzó a tener con el Papa a este propósito, cuando estuvo en el reino. Por estas sospechas, o fingidas, o coloradas, cuando el Gran Capitán envió a pedir esta licencia, para irse al reino a su estado, les dio el rey mayor crédito: y respondió dulcemente, como lo sabía muy bien hacer: y que la causa de aquel sobreseimiento no había sido otra, que la voluntad del Papa, que después de haber echado a los franceses de Italia, no quería ver españoles en ella: y no sólo no daba lugar que enviase nuevo ejército, pero aun procuraba, que el que allá estaba se deshiciese. Cuanto a la licencia que pedía, respondió más agramente: declarando, que haciéndose tanta confianza dél, dándole sus poderes para todas las cosas de la guerra, y de la paz que se podían ofrecer en Italia, tan bastantes como los pudieran llevar el príncipe, si allá fuera, querer ir a usar dellos fuera de tiempo, sin tomarse resolución en los negocios entre él, y los príncipes de la liga, y sin saber lo que convendría proveer, él mismo conocería, que no era conforme a razón. Que por esto le parecía, que debía ir a descansar a su casa en Loja, el invierno: y que entre tanto se tomaría asiento entre los príncipes de la liga: y le haría saber lo que se determinase. Habida esta respuesta, luego el Gran Capitán envió al rey los poderes que le habían dado: diciendo, que para hermitaño, como lo pensaba ser, poca necesidad había dellos: y que no los había detenido, sino en testimonio, y disculpa, para con aquéllos que recibieron el agravio: mas pues Su Alteza no era servido de darle la licencia que le pedía, por el postrer remedio de su necesidad, y también porque pareciese al mundo, que si no confiaba dél en lo suyo, no desconfiaba en la merced que le había hecho, y no se le permitía, que gozase della como otros, que menos que él le sirvieron, se iría a vivir en aquellos agujeros, contento con su conciencia, y con la memoria de sus servicios: teniendo aquel destierro por una de la mercedes, que de la mano de Dios había recibido muy colmada, para la alma, y para la honra. Ciertamente, considerando la variedad de las cosas humanas, tuvo aquel tan señalado varón muy gran razón de entenderlo así: y que no debía estimar aquello a menos buena dicha suya, que las

otras de su prosperidad: porque de la gloria que había ganado por su persona en tan grandes, y señalados hechos, esto no sólo no disminuyó parte alguna de aquel renombre, que había merecido, pero aun parece que le hizo más ilustre: pues en el mayor peligro, y riesgo de las cosas, estando tan en lo postrero del mundo, se tuvo recurso a su persona por todos los príncipes de la liga, como a único, y último remedio: y si pasara a poner las manos en aquella guerra, aunque él era de tanto valor, que parecía ser el artífice de sus buenos sucesos, ¿cuánta adversidad pudiera seguirse sin culpa suya, que menoscabara parte de aquella gloria, que tan justamente había alcanzado? Aunque no se puede negar, que concurrieron algunas cosas, por donde se declaró en tanto grado el disfavor, con que el rey trató su persona, que en la memoria de tales servicios, como hizo a su Corona, fue notado de sobrado descontentamiento, o ingratitud. Esto se conoció más en esta misma sazón: porque habiendo entretenido a su costa en Córdoba, y Antequera gran número de caballeros, y capitanes, y gente de guerra, esperando que el rey les mandase hacer alguna gratificación, vacando entonces la encomienda mayor de León, por muerte de Garcilaso de la Vega, suplicó al rey le hiciese merced della: pues por lo que había servido en la guerra de los moros, y por su ancianidad, cuando no quisiese tener cuenta con los otros servicios, era la provisión más conforme a su regla, que pudiera hacer: y le fue preferido don Hernando de Toledo. Tras este disfavor, porque nadie pudiese pensar, que por aquello le quedaba algún desdén, tornó a suplicar por la encomienda de Hornachos: mostrando que deseaba, que se le hiciese aquella merced, por dar a entender a las gentes, que se quería el rey servir dél: y que él deseaba servirle: y también le fue denegada. Aunque en esto, los que conocían la condición del rey, que nunca fue escaso en remunerar los servicios de los suyos, lo atribuían a gran prudencia suya, en no gratificar al Gran Capitán, en cosa señalada de aquella orden: pues no estaba fuera de pensar, que tenía buen derecho al maestrazgo de Santiago: mayormente que fue avisado el rey por el embajador Jerónimo Vic, de cierto breve, que el Gran Capitán procuraba haber del Papa, para proseguir su pretensión, por si el rey falleciese, o por alguna otra ocasión: y así fue, que estuvo tan constante en esto, que duró en aquella porfía todo el tiempo que vivió: y tuvo el rey dello mucho descontentamiento: considerando la edad del príncipe don Carlos su nieto, y la suya, y la manera de gobernar de los flamencos: y la condición, y parcialidades de los grandes de Castilla: que estaban entre sí tan divisos, y discordes, que unos se declaraban seguir al duque de Alba, que en todo prefería el servicio del rey, y los más al Gran Capitán, que sospiraban por la venida del príncipe a Castilla, por echar de ella al rey de Aragón. Afirmaba el rey, que había hallado al duque de Terranova en algunas cosas recias, que procuraba secretamente contra su servicio: y que por muchas mercedes, y buenas obras que le había hecho, no le pudo persuadir, que se apartase dello, y le fuese leal. Antes decía, que tenía creído, que en gran secreto trataba en todas las partes que conocía, que podía ser en perjuicio de su servicio, y estado: y que hasta entonces él lo había disimulado, porque sus servicios fueron muy grandes, y públicos, y aquellos deservicios, y ofensas eran secretas: aunque por haber sido de grande calidad, asaz gente había conocido en lo general parte dellas. Pero si de allí adelante él perseveraba en deservirle de aquella manera, no podría tener más sufrimiento: y que le sería forzado poner en ello el

remedio que el caso requería. Por estas sospechas que cada día se iban más descubriendo al rey, estaba más inclinado a desfavorecer al Gran Capitán, que a remunerarle con nuevas mercedes: puesto que el rey con su prudencia todo lo templaba con suma disimulación: y el Gran Capitán con su gran valor pasaba por ello, con aquel ánimo, y altivez del menosprecio de cualesquier dificultades, y afrentas: aunque generalmente pareció cruel ingratitud a los que consideraban, que es muy ordinario el desgrado, y aborrecimiento del que es deudor de grandes beneficios recibidos: y que las más veces se halla más fácil el camino para castigar la ofensa, e injuria, que para remunerar el servicio: mayormente entendiéndose, que ningún premio de virtud, ni insignia de honra, o memoria de alabanza podía haber de gran dignidad, que se debiera negar por un rey a un tan señalado varón: habiéndose otorgado por los reyes pasados a sus antecesores: que por sus grandes hazañas fueron sublimados por diversas familias en grandes estados: pues se le juntó, como suele acaecer a los muy excelentes varones, una cierta prosperidad de buena fortuna, para salir con tan grandes empresas.

Que el duque de Alba se hizo fuerte en su real en S. Juan de Pie del Puerto, por la ida de los ingleses. XXIX.

Con la nueva que tuvieron el marqués de Orset, y los ingleses que estaban en Fuenterrabía, en principio del mes de julio pasado, de la salida de los franceses de Italia, y de la prosperidad en que el visorey de Nápoles tenía su ejército, se alborozaron tanto por hacer su entrada en Francia, que con mucha dificultad los pudo detener el obispo de Sigüenza, que estaba con ellos, que no fuesen a ponerse sobre Bayona: y el marqués hacía muy grande instancia, para que no se perdiese tiempo: porque por aquella parte, llegado el ejército del rey, él esperaba en Dios, que mucho más harían por aquella provincia, que obrarían los que estaban en Italia. Después de haber pasado el duque con su ejército a San Juan de Pie del Puerto, quedó Diego de Vera en Roncesvalles, para abrir los pasos, y allanar el camino, por donde había de ir la artillería: y estaba con los gastadores, entendiendo en aquella obra, que era muy difícil, por la gran aspereza del puerto. Como sobrevinieron muchas aguas, y nieves antes de mediado septiembre, los soldados se volvieron al Burguete por su mandado: y la artillería, y carruajes estaban en la sierra detenidos, por no poder se mover. En este medio mandó el duque hacer alarde en S. Juan: y salieron a él mil doscientos hombres de armas, y mil seiscientos jinetes, y seis mil seiscientos infantes, gente bien lucida, y armada: y eran éstos, sin los que se habían repartido por algunos lugares, que guardaban los pasos de los montes. Estaban con tanta voluntad de pasar adelante, y venir a las armas, que había necesidad de reprimirlos: y no temían que los enemigos viniesen a buscarlos. Por esto don Luis de la Cueva, Ruy Díaz de Rojas, y Lope Sánchez de Valenzuela, que entendían muy bien la guerra, y otros capitanes de la gente de caballo, procuraban tanto por mezclarse en escaramuzas con los estradiotes albaneses, que tenían los contrarios, que cada día importunaban al duque, que les diese licencia para salir a ellos: y parecía que los enemigos

estaban temerosos. Pusiéronse los duques de Borbón, y de Longueville, el señor de Montpensier, y el de la Paliza, Lautrec, Luis de Aste, y Bonaval, desde Aquex a Peñahorada, y Salvatierra de Bearn, con ochocientos hombres de armas: y entre ellos hasta doscientos albaneses: y tenían ocho mil infantes, con setecientos alemanes: y aunque el de la Paliza estaba en Salvatierra, no residía allí de ordinario: y andaba discurriendo de una parte a otra con doscientas lanzas, sin parar en aquella guarnición, como escarmentado de lo que le sucedió en Rubo: y quedaba en ella el bastardo de Albret, con tres mil gascones, y con los albaneses. De manera, que ni por el número de la gente, ni por falta de ánimo se dejaba de hacer guerra a los enemigos: y nuestro ejército se tenía por superior al de los franceses, cuanto a la gente de caballo: y su infantería, aunque era de mucho mayor número que la nuestra, no era de tanta estimación: pues había en ella pocos alemanes, y suizos: y el mayor número de la gente alemana estaba con el delfín, a la parte de Burdeos, como en frontera contra los ingleses. Traían deliberado de dar gente al rey don Juan, para que entrase por el val de Roncal: y con la otra parte de su ejército venirse a poner cerca de San Juan, para embarazar al duque, que no pudiese socorrer a lo de Navarra: o si pensase de acudir al socorro de Pamplona, perdiese aquel puesto en que estaba. También se entendió que querían poner otra parte de su gente entre San Juan, y Fuenterrabía, para asegurar que no fuesen los ingleses a juntarse con el duque: y procuraban de impedir con gente de pie, que no pasasen la provisión, y recua de Fuenterrabía, por donde entonces les iba. Habiendo entendido esto el duque, como supo que los ingleses rehusaban de juntarse con él, quiso despedir la gente de Álava: y dejólo de hacer, pareciéndole que sería dañoso, que creyesen los enemigos que estaba de camino para volverse. Por esto deliberó, que por entonces no moviese la artillería de Roncesvalles, hasta ver la determinación que seguían los franceses: y mandó entender con diligencia en los reparos, y fortificación del lugar: porque luego que el rey supo, que los ingleses alzaban la mano de aquella empresa por el invierno, acordó que su ejército se volviese: pues se tuvo consideración, que si la guerra se había de hacer en Francia, la una parte del ejército fuese de España, y la otra de Inglaterra. Cuando se entendió que no había orden, para que el ejército inglés se detuviese, y que cada día encendían más en ira contra los españoles de la misma tierra, fue el rey contento, por la instancia grande que el marqués su general hizo, de darles licencia que se fuesen: y mandóles dar navíos en que se embarcasen. Entonces Diego de Vera con grande industria, y maravilloso artificio, dio orden cómo subiese la artillería a lo alto del puerto: y lleváronla hasta la cumbre dél, sustentándola, y asegurándola con gruesas maromas, que se ceñían por los robles, y abetes de la montaña: y de allí con las mismas machinas, y cabestrantes la bajaron a la otra parte: y la llevaron a San Juan. Teniendo los franceses por nueva cierta, que los ingleses desamparaban la empresa, por que habían venido, y se iban sin haber hecho ninguna demostración, ni auto de guerra, y que dejaban nuestro ejército de la otra parte de los Pirineos, perdieron el temor que antes tenían: y cobraron grande orgullo: haciendo cuenta, que antes que nuestro ejército pudiese volver a Navarra, le podrían encerrar en medio, al subir de la montaña: y con mucha ventaja suya. Esto les parecía más fácil, porque nuestra artillería, que había pasado los montes, no se podría sacar de allí hasta el verano:

y que vernían sin ella. Juntábase con esto, que el mariscal de Navarra, y sus parientes, cuando vieron que los ingleses se iban, confiados de la pujanza de Francia, que se juntaba con el rey don Juan, y que quedaban en su poder, y de sus amigos algunas fortalezas de aquel reino, que el Rey Católico había confiado dellos, y se tenía por el rey don Juan la fortaleza de Estella, que era la más fuerte, y de mayor importancia de todo el reino, trataron de traer al rey don Juan, habiéndose entretenido hasta entonces como indiferentes. Entretanto, como el duque tuvo la artillería en San Juan, mandó entender en la fortificación de aquel lugar: y labrar dos baluartes con sus palizadas, y maderos muy bien trabados a la parte del monte, que sojuzga el lugar, por donde era más fácil la entrada: y abrióse una cava bien honda del uno al otro: y púsose en ellos la artillería necesaria para su defensa. Del uno destes baluartes, con el trecho del muro, que se extendía a la parte de septentrión, se dio cargo al coronel Villalva, y del otro a Miguel Cabrero, que era coronel de la infantería de Álava, y de Guipúzcoa, y Vizcaya. Destos dos baluartes, con la distancia que encerraban entre sí, hasta el castillo, se hacía un fuerte a manera de ciudadela: y estaba muy defendida con sus cavas, y muros, de los mismos reparos: y del un lienzo que se continuaba desde el baluarte que tenía Miguel Cabrero, hasta el castillo, por la parte del occidente, se dio cargo al coronel Rengifo: y reparóse con harta diligencia: y dióse cargo de los reparos que defendían la ciudadela, y el castillo, por la parte de un cerro, a Diego de Vera. Con la fatiga que comenzó a padecer la gente de guerra en las obras desta fortificación, y con las grandes aguas, como se dilató la paga del sueldo, comenzaron a alborotarse: y un día que el duque venía de Mongelós, tomaron las armas hasta mil soldados viejos: y con ellas salieron camino de Roncesvalles: y queriéndolos detener Villalva, que era su coronel, se corrió harto peligro de acometerse allí un caso muy feo: y de ser muerto a sus manos: y matáronle uno que iba en su compañía. Entendiendo el rey el desconcierto de aquella gente, envió a Hernando de Valdés capitán de su guarda, para que los recogiese, con orden que se pusiese con la mayor parte de aquellas compañías, a defender la entrada del val de Roncal.

Que la ciudad de Estella, y algunos lugares de Agramonteses se rebelaron: y el obispo de Zamora fue enviado a España con plática de concordia. XXX.

Antes de la partida de los ingleses estaban en Francia con tanto temor, que se juntó en aquella frontera toda la pujanza de aquel reino, con los mejores capitanes que en él había: y el rey don Juan había juntado otro ejército de toda la buena gente de Bearne, y Foix, con algunos capitanes, que le dio el rey de Francia. Cuando supieron que los ingleses se embarcaban, y que el Rey Católico no había crecido su campo, acordaron con el ejército que ellos tenían, y el rey don Juan por otro cabo, de tomar en medio el real que tenía el duque de la otra parte de los montes. Para poder ejecutar esto mejor, con el trato que tenían con el mariscal de Navarra, procuraron, que algunos de los valles de Salazar, y Roncal, que eran del bando del mariscal, y tenían los pasos de los montes, que ya habían

dado la obediencia al rey, se rebelasen: y diesen por allí paso a los franceses. Trataron también, que al mismo tiempo se levantasen en lo llano de Navarra la ciudad de Estella, y otras villas, en que estaban apoderados los deudos del mariscal con los de su bando, que se habían confiado dellos: y los de la ciudad de Estella hiciesen lo mismo, como se puso por obra, y echasen della a don Juan de la Carra, con la compañía que tenía dentro. Con esto acordaron, que entrase por aquella parte en Navarra con el rey don Juan, la gente francesa, que eran más de diez mil hombres, y mil quinientos de caballo: y que tomasen los pasos de los montes, y las espaldas a nuestro ejército, pasando por la falda de la montaña a Roncesvalles, porque no pudiesen volver a Navarra. Tenían también ordenado, que por la otra parte el delfín, que había de quedar al rostro de los nuestros, los estrechase: y desta suerte los tuviesen encerrados en medio. Cuando esto estuvo para ejecutarse, el mariscal se fue secretamente de la corte del rey, adonde era venido: y pasóse de la parte de los franceses, a la misma sazón que el rey vino a Tudela, por recibir allí a la reina, que iba de las cortes de Monzón. Entonces se rebelaron los de Estella: y los franceses con confianza que se habían de levantar los más pueblos de Navarra, y por la parte que tenían en ella los Agramonteses, que eran del bando del mariscal, y con ayuda de los que le seguían en los valles de Salazar, y Roncal, que eran de la misma parcialidad Agramontesa, que se levantaron por ellos, y estaban en los pasos, y entradas de los montes, acordaron de entrar en Navarra con el rey don Juan. Venía con él el señor de la Paliza: y comenzaron a entrar por el puerto de Isaba: y quedó Luis de Orleáns duque de Longueville en S. Pelayo, y en Ostabal se puso el bastardo de Albret. Estaban en Pamplona don Hernando de Toledo, el marqués de Villafranca, Antonio de Fonseca, que por mandado del rey se fue a poner en aquella ciudad con los continos, y con los de la guarda, y con la gente del obispo de Calahorra, y don Rodrigo de Mercado obispo de Mallorca, y dieron aviso al duque desta entrada de los franceses, para que con tiempo pudiese proveer lo que más conviniese. Por otra parte el delfín con el duque de Borbón, y con todos los gentiles hombres que vinieron de Francia contra estas fronteras, y con la otra gente de caballo, que serían mil hombres de armas, y mil quinientos alemanes, y ocho mil gascones, asentó su campo en Garriz, con fin que el rey don Juan se diese prisa a pasar por el val de Roncal: porque él con toda la gente de aquella frontera fuese contra los nuestros, que estaban en San Juan, y los encerrasen en medio. El tiempo no ayudaba a ninguna cosa que se hubiese de emprender en el campo: porque no cesaban las aguas: y era ya mediado el mes de octubre: y aquella tierra estaba muy pesada para poder campear. Antes desto, estando aún los ingleses en Guipúzcoa, teniendo los franceses deseo de buscar medios de paz, pusieron en libertad al obispo de Zamora, para que viniese a continuar la plática comenzada con el duque: y quedaron en rehenes tres sobrinos del obispo. Teniendo noticia desto el señor de Albret, procuró de estorbar, que el obispo saliese de Francia: afrentando sobre ello al duque de Longueville: y requiriendo al delfín, que no diese lugar: que el obispo saliese de la prisión: y se encomendase al señor de Agorreta, y con él al de Zubieta, que eran navarros: mas todavía el obispo salió del poder de franceses, dejando aquellas rehenes, con promesa que hizo al duque de Longueville, de volver a la prisión, siempre que fuese requerido. Llegando un escudero del obispo a Garriz, donde estaba el

delfín, para pedir seguro para los sobrinos del obispo, despidiéndose del delfín, mandóle que dijese al duque de Alba, que le placía mucho que una persona tan señalada como él, estuviese en aquella frontera. Que si algo quería dél, se lo hiciese saber: y en fin concluyó, como por cortesanía, que si el duque tenía vino de S. Martín, le enviase dél, que le haría placer en ello. El duque le envió aquel presente: y fue con él un soldado bien plático, para reconocer cómo tenía su gente, y en qué casa, y con qué guarnición: porque si estuviese desapercibido, en una noche se podría emprender de acometerle dentro en su estancia: por estar Garriz a cinco leguas de San Juan. Mas el ejército del delfín se iba cada día más reforzando: y las guarniciones que residían en Salvatierra, y Mauleón, San Pelayo, y Ostabal, que están muy cerca de Mongelós, se rehacían: y comenzaba a señorear el campo. Juntáronse un día de todas ellas cien caballos ligeros, de los albaneses, y cincuenta hombres de armas, y seiscientos lacayos: y pusieron en una celada al camino de Mongelós: y salieron delante a correr el campo treinta albaneses: y llegaron muy cerca de Mongelós. Salió al rebato Lope Sánchez de Valenzuela con cincuenta jinetes: y mezclóse entre ellos una escaramuza: y acosándolos los jinetes muy bravamente, los que estaban en la celada, no curaron de tomarles el camino: y salieron contra ellos: y procurando Lope Sánchez de recoger los suyos, fue acometido de tres estradiotes: y derribáronlo del caballo: y fue herido en el rostro: pero socorriéronle sus hijos, y Ruy Díaz de Rojas, que acudió con más gente a tan buen tiempo, que se pudieron escapar todos de aquel peligro.

De la entrada del rey don Juan en Navarra, por el val de Roncal: y de la toma de Burgui: donde fue muerto el capitán Hernando de Valdés. XXXI.

Era mediado el mes de octubre cuando el rey don Juan se puso con su ejército sobre el puerto de Ochagavía: y Ramón de Esparza, y Miguel de Doña María, que estuvieron aquellos días en la montaña del val de Salazar, a vista de los enemigos, con solos quinientos hombres, enviaron a pedir socorro de gente al condestable de Navarra: y a los capitanes de Lumbierre, y Sangüesa: y también de la otra parte de los montes al duque. Pero como no les acudiese ninguna gente, y reconociesen el gran poder que traían los franceses, pasaron a Ustároz: adonde se pusieron junto dellos: y tenían el río, y la puente en medio: y desde allí hicieron algún daño: e hirieron algunos caballos, y gente que venía desmandada: y pelearon con ellos, hasta que sobrevino la noche. Entonces, como les habían tomado la puente, y la sierra, se retrujeron a la villa de Aoiz, con algún daño: y aunque el lugar era abierto, esperaron en él, aguardando que les fuese socorro. Antes desto los de Ochagavía, visto que estos capitanes que habían ido para defender aquel paso, no bastaban a resistir a tan gran poder, enviaron al puerto a dar la obediencia al rey don Juan. Teniendo aquellos capitanes aviso desto, se fueron a poner en Ochogavía con favor de sus parientes: y enviaron a pedir socorro a Hernando de Valdés, y a Carlos de Pomar señor de Sigüés, que estaban en Roncesvalles con la gente de sus capitánías: y con la de don Hernando de Sandoval, y con otros trescientos alaveses. Pero como de

todas partes se declaraba gran necesidad, y peligro, a toda furia Carlos de Pomar, y Hernando de Valdés, que se había retraído media legua más abajo de Urzanqui, adonde fueron cercados aquella noche, se vinieron con aquella gente a Burgui: porque se tuvo más sospecha que el ejército del rey don Juan, aunque parecía que acudía al val de Salazar, era con fin de ganar la cordillera de la sierra, hacia Roncesvalles, por atajar el ejército que estaba en San Juan, y acercarse a Pamplona, para combatirla, si se pudiesen aprovechar della. Parecióle a Hernando de Valdés, que en aquel lugar de Burgui, se pudiera defender a todo el ejército: y aunque Carlos de Pomar, y otros le advirtieron, que era de poco efecto quedar allí, siendo el lugar abierto, y que estando la fortaleza a buen recaudo, era mejor irse a Lumbierre, o hacia la parte donde acudiese la gente francesa, él no lo quiso hacer: y esperaba ocasión para ofender a los enemigos. Entre tanto no cesaba de solicitar que se proveyesen de gente Sangüesa, Lumbierre, y Monreal: para que nuestra gente tuviese sojuzgados a los naturales de la tierra: entendiendo que estas fuerzas eran la llave de todas aquellas montañas. Ocupándose en esto, llegaron el rey de Navarra, y el señor de la Paliza a Ochagavía, a 19 de octubre, para allanar desde allí todo el valle de Escua, y el de Salazar: y tomar el camino de Roncesvalles, por tenelle muy seguro: y atravesó alguna gente a Navascués, por tomar aquel paso que está entre Burgui hacia Lumbierre. En este punto llegó nueva a Hernando de Valdés, que los franceses entraban a correr la canal de Berdún: y acordaron que Pomar fuese a proveer lo necesario en las fortalezas de aquella comarca: y que luego se volviese a Burgui: y así partió un martes por la mañana. Supo bien Valdés por aviso que tuvo de una espía, que el ejército del rey don Juan venía con presupuesto de combatir a Burgui, por apoderarse de aquel lugar, que era de mucha importancia, para asegurar el paso de aquel valle: y él no lo pudo creer: teniéndose por muy seguro: y que los franceses no se atreverían a cercarle en tal tiempo. Estando en esta confianza escribió al rey, que aunque dijese a Su Alteza, que estaba por todas partes cercado, no se tuviese cuenta con enviarle socorro: afirmando que quedaba con harto mayor recelo, que los enemigos fuesen sobre Lumbierre: y que en aquel caso estaba determinado de meterse dentro, dejando buen recaudo en el castillo de Burgui, que era tan fuerte, que cincuenta hombres lo podían defender a cualquier ejército, teniendo vituallas. Con esto decía, que no importaba que se pusiese en defensa el lugar, que era de ochenta casas, teniendo el castillo. También dio aviso al duque de la llegada del rey don Juan, a Ochagavía: y que no se curase de enviarle más gente, pues los que allí estaban con él, bastaban para la defensa: porque después de puestos los enemigos en las cumbres de los puertos, era menester mucho número de gente: y según los que venían, y la poca afición que la gente de la tierra tenía a los nuestros, no habían de bastar a resistir a los franceses: y así le parecía, que no convenía sacar gente del ejército del duque, para que fuese a su defensa. Llegó el ejército en aquel instante a ponerse al derredor de Burgui: y con la fama que estaba Valdés cercado, el capitán Mescua con la gente de Lumbierre, adonde estaba don Luis de la Cueva, y de la merindad de Sangüesa, que eran hasta trescientos hombres, se fue a poner en Burgui: y Valdés, con más ánimo de lo que convenía, le hizo volver: porque no hiciese falta en su guarnición: pues la disposición de la tierra era tal, que aunque los franceses se pusieron en torno de aquel lugar, y creían



que no podían salir dél, Valdés pensaba que saldría cuando quisiese, por medio dellos. Estaba Carlos de Pomar proveyendo las fortalezas del val de Roncal: y pensando de recoger alguna gente de Sos, cuando tuvo aviso que el rey don Juan estaba sobre Burgui, volvióse aquella misma tarde: y siendo de noche acercóse a Burgui: y trabajó porque saliese Valdés del valle: pero él nunca quiso, diciendo, que había de venir detrás de los franceses, por hacer algún daño en ellos. Mas ello sucedió muy diferentemente, de como él lo pensaba con sobrado ánimo: porque como en la entrada del rey don Juan por aquellos valles de Salazar, y Roncal, se rebelaron los lugares, quedó él atajado en Burgui, con solos cuatrocientos soldados: y aunque el lugar no tenía cava, ni cerca alguna, ni otra defensa, todo el ejército junto se puso sobre él, por no dejar a las espaldas cosa que tanto les podía ofender: puesto que hubo pareceres que debían pasar adelante: afirmando que si apresuraban su camino, se entrarían en Pamplona: y no hallarían tanta resistencia en el reino. Púsose Hernando de Valdés con mucho esfuerzo a defender las casas: y defendiéronlas los suyos tan bien, y con tanto ánimo, que combatiendo todo el ejército junto el lugar desde medio día, no le pudieron entrar, hasta ya casi de noche: que comenzaron a ganar algunas casas: y en el combate de ellas mataron más de cuatrocientos franceses, y de los de Valdés murieron algunos. Fue él el uno dellos: siendo herido de dos saetas: y acabó con harta más honra, y renombre de haber hecho lo que un buen capitán, y valeroso caballero debía obrar, contra un tan poderoso ejército, que si muriera en la batalla de Ravena: de la cual se había escapado poco antes: pues entre la estimación de tan señaladas personas, su nombre no fuera tan señalado. Aunque es cierto, que según el peligro en que se puso, y la facilidad que tuvo, de poder salir de él, se atribuyó su muerte a sobrada confianza, que es lo más cierto: o a una gran obstinación de ánimo, con que menospreció el peligro, adonde otros perdían las vidas: y esto se creyó comúnmente, por una palabra que el rey le dijo, cuando volvió de la jornada de Ravena: que allá quedaban los buenos: y que tuvo por gran mengua, que el rey lo pudiese decir otra vez, con tanta nota de su persona. Estaba en Burgui Pedro de Luna señor de Aso, al cual dejó allí Carlos de Pomar con su capitanía: y recogió los soldados que quedaban, después de entrado el lugar: y púsose en el castillo: y por no hallar en él vituallas, se dieron a partido, los que estaban dentro, dejando las armas: y saliendo sólo el capitán con ellas, tomaron el cuerpo de Hernando de Valdés, y fuéronse a Salvatierra, que está muy cerca en las montañas de Aragón: y allí fue enterrado. Bajaron hasta doscientos soldados de los de Valdés, con Gregorio Navarro que era su teniente: y como iban destrozados, Juan Ramírez hijo de Juan Ramírez de Isuerre los llevó a Sangüesa, donde estaba su padre: y fue de mucha importancia recogerlos, para la guarda, y defensa de aquella villa.

Que los nuestros desampararon a Mongelós: y el duque pasó con su ejército a Pamplona, y dejó en S. Juan a Diego de Vera. XXXII.

Había enviado el duque al puerto de Roncesvalles a Manuel de Benavides, para que guardase aquel paso: y luego que supo de la entrada del rey don Juan, proveyó que fuese allá Castañón, capitán de la gente del conde de Benavente: para que tomase toda la cordillera de aquella montaña, desde Roncesvalles hasta pasado el val de Escua. Envió también Antonio de Fonseca desde Pamplona a Hernán Pérez de Barradas, con algunos de caballo, para que estuviese con él: pero era poca gente para que Manuel de Benavides bastase con ella a defender el paso. Entonces don Luis de la Cueva pasó con algunas compañías de jinetes a Sangüesa, para guardar aquella entrada. Por esto sabía el duque de Alba lo que pasaba muy a menudo: y tuvo aviso que el rey don Juan, y su ejército estaban muy ocupados en el val de Roncal, y en el val de Salazar: y que no atendían a venir a Roncesvalles. Entre tanto, porque deliberaba que quedase buena guarnición en San Juan de Pie del Puerto, y allí se hiciese frontera para lo de Guyena, y Bearne, proveyó que Lope Sánchez de Valenzuela, y Ruy Díaz de Rojas, que estaban en Mongelós, si viniese tal ejército sobre ellos, se saliesen con la orden que era menester, para no recibir daño: y pasasen a San Juan con las compañías de soldados que allí tenían. Luego sucedió, que el martes 19 de octubre por la mañana se pusieron cerca de Mongelós doscientos hombres de armas, y cien albaneses, y dos mil infantes: y Ruy Díaz sacó su gente de pie, y de caballo de la villa: y todo el carruaje: y envió a pedir al duque que le enviase un escuadrón de hombres de armas, y alguna infantería, para que se pudiesen recoger más seguramente. Dieron los nuestros fuego al lugar, y subiéronse a un recuesto que está cerca de allí, adonde repararon: y el duque, al punto que tuvo el aviso, envió a don Pedro Manrique con ochenta hombres de armas, y a Rengifo con quinientos soldados. En este medio los de Ruy Díaz, y Lope Sánchez, que estaban muy cerca de los franceses, comenzaron a revolverse con ellos en escaramuza: y anduvieron así envueltos, hasta los escuadrones de su infantería. Allí revolviéron los enemigos contra ellos corto, y temeroso, según los nuestros se habían metido por ellos: y como estaban muy adentro, no pudieron dejar de recibir algún daño: y perdiéronse algunos de caballo, y de pie: y fueron presos el pagador Noguero, Vadillo, y el capitán Fajardo: y un caballero de Córdoba llamado Pedro de Godoy: y fue muerto el capitán Carvajal peleando con los suyos, después de haber hecho su deber, como muy buen soldado. El duque, que no se había bien asegurado de la provisión que había hecho, estando los enemigos tan cerca, salió con todo su ejército a recogerlos: y como nuestra gente supo que él iba, quisieran revolver contra los franceses, que quedaban ya recogidos en otro cerro: pero los capitanes que estaban con ellos no lo consintieron. Puso el duque sus batallas en un pequeño espacio de campo llano, que allí había: y dejó a Hernando de Vega con la infantería de Villalva, en la retaguarda: y habiendo recogido toda la infantería, y la gente de caballo, movió ya que anochecía, con sus batallas, y llegó con todo su ejército a San Juan, a tres horas de noche, por el mal camino que había, de lodos, y barrancos. Echóse la culpa del daño que en esta escaramuza recibieron los nuestros, a Diego de Vera, por haber

permitido que se mezclasen en escaramuza sin haber primero descubierto, y asegurado el campo. Era vuelto en esta sazón a San Juan, Manuel de Benavides con la gente que tenía en Roncesvalles, de donde salió por parecerle, que no era estancia segura para la gente que se hallaba con él, estando el rey don Juan en los valles: y entonces deliberó le duque de venirse a Pamplona con su ejército, dejando en San Juan buena guarnición para su defensa. La causa por que dilató tanto su partida, fue, porque era avisado de las espías que tenía en el campo de los franceses, que el delfín quería venir un día a dar una vista cerca de San Juan: y satisfacerse con aquel ademán, y volverse: y retraer todo su campo. Sucedió así, que el delfín hizo aquella salida desde su fuerte, que estaba debajo de Mongelós: y otro día con sus batallas ordenadas llegó hasta la casa de Carra, que estaba a una legua de S. Juan: y de allí envió un rey de armas al duque, que le dijo así. «Señor el delfín os envía a decir, que le ha pesado mucho, porque no se os dio la batalla cuando llegastes a la escaramuza: y que él viene a presentárosla: y os ruega que en un día se rematen todos estos afanes». El duque le respondió: «Decid al señor delfín, que yo le beso las manos por tanta honra, y merced como me ha hecho, y hace en venir a ser mi frontero: y que yo pase con este ejército del Católico Rey mi señor, para hacer lo que Su Alteza me ha mandado: y cuando cumpliere a su servicio, yo espero en Dios obrar con él, lo que otras veces se ha hecho, como él sabe, cuando se ha juntado el ejército de España con el del rey de Francia: pero si de mi persona Su Alteza mandare algo, yo estoy presto para cumplirlo». Cuando se envió esta recuesta, el delfín quedó con su campo más de una legua de San Juan, en unos bosques, y en pasos muy malos: y detúvose allí muy poco espacio: y a la tarde tornó a pasar el puerto: y retrájose hasta Hostabal, que era una legua más atrás de donde había partido. Envió luego el duque gente de caballo, e infantería, sobre su ejército, para que reconociesen lo que haría: y tuvo aviso de las espías que tenía en el campo del delfín, que iba a Mauleón, a dar favor a la gente que iba con el rey don Juan, que entrase por allí: y como supo que los franceses habían acordado de apartarse más, comenzó a poner en orden su partida. Dejó en S. Juan a Diego de Vera, con hasta ochocientos soldados escogidos, y doscientas lanzas, y veinte piezas de artillería: y quedaba el lugar bien bastecido para seis meses. Es cierto, que según lo juzgaban los que bien entendían la guerra, por la toma de Burgui, perdió el rey don Juan otra vez el reino de Navarra: porque si usara de la presteza que convenía en su entrada, se apoderara dél, entrándose en Pamplona, antes que el duque volviese a ella: pues sucedió de suerte, que en el tiempo que ocupó Valdés en la guarda, y defensa de aquel paso, con aventurar su vida, restauró todo lo de más: dando lugar al Rey Católico, que pudiese proveer en la defensa de aquella ciudad, como el caso lo requería. También se dio lugar, que el duque pudiese volver por el mismo puerto de Roncesvalles, por donde había entrado: sin quedar en las espaldas, ni hallar en la delantera quien le impidiese el paso en asegurarlo. Siguiéron las batallas el camino de la Resueña: y la noche siguiente pasaron el puerto sin detenerse, a gran prisa: porque les llegó nueva que el rey don Juan les iba a tomar la salida en el puerto de Pamplona: y dos horas antes del día, llegó el duque con su ejército a la ciudad en salvo. Por esta entrada del rey don Juan mandó el rey juntar gran número de gente, y rehacer su ejército: porque fuese tan poderoso, que saliesen a dar

la batalla a los enemigos, y echarlos del reino. Llegó en esta sazón a Ejea el arzobispo de Zaragoza con la gente de Aragón: que eran hasta seis mil hombres de pie, y caballo: e iban en su compañía el conde de Belchite, y don Jaime de Luna: y entendieron en poner en orden los lugares de aquella frontera: y repartióse la gente de guarnición en ellos. Las compañías que envió la ciudad de Zaragoza se pusieron en Sos, y Sangüesa: y las de Huesca, Monzón, y Barbastro acudieron a los puertos de Aragón, por donde tentaban de entrar diversas compañías de gente francesa hacia el val de Broto: y la gente de Tarazona, y Borja se mandó apercebir para que se fuesen a poner en Tudela. De Ejea pasó el arzobispo a Sádaba: y proveyó que don Jaime de Luna con su capitanía de gente de armas estuviese en Sangüesa: y el gobernador de Aragón con la suya en Sos: y mandó ir la capitanía del conde de Aranda a Casseda, y la del conde de Belchite a Castel Iscar con treinta lanzas de la comunidad de Daroca: y que la capitanía del duque de Luna con doscientos soldados pasase a Melida: porque tenía vecina la sierra: y guardase la entrada della: y el secretario Hugo de Urriés, que era diputado del reino de Aragón, fue a recibir las muestras de la gente que se pagaba del servicio, que se hizo al rey en las cortes.

Que don Francés de Navarra, y Beamonte se apoderó de la villa de Estella, que se había rebelado: y se ganó el castillo, y el de Tafalla: y se rindieron las fortalezas de Cabregas, y Monjardín. XXXIII.

Después de haberse rebelado la villa de Estella, y puéstose en defensa, siguiendo la voz del rey don Juan, don Francés de Navarra, y Beamonte juntó los de su bando, para hacer un servicio muy señalado en reducir aquella villa a la obediencia del rey: y teniendo trato con los de dentro, que eran de su parcialidad, se apoderó del lugar: y le pusieron a saco. Los que fueron causa que se rebelase, se acogieron al castillo, que se tenía por el rey don Juan: y proveyó el rey, que el alcaide de Los Donceles fuese a combatirle. Esto era al mismo tiempo que entraban los franceses por el val de Roncal: y estando ellos en propósito de le socorrer, y los que estaban en su defensa muy animados para defenderle, don Francés puso cerco sobre el castillo, y asentó sus estancias. Tenía consigo sin la gente del duque de Nájera, que eran mil hombres, y sin las compañías de la villa de Alfaro, y de S. Vicente, y Briones, la gente de la provincia de Álava, que era muy buena: y serían hasta otros mil: y llevó Hernando de Vera hijo de Diego de Vera, que era capitán de la artillería, algunas piezas para estrechar el combate. Don Francés fue más acercando sus estancias, con intención de combatir primero una fuerza: que llamaban Zaratambor: y en el primer combate mataron al alcaide de un tiro de pólvora. Estando en estos términos, como aquello importaba tanto, llegó el alcaide de Los Donceles, con más gente, para estrechar más el cerco: y ganóse una estancia cerca de la puerta de la fortaleza: y mandó poner otra a la puerta falsa, que sale al campo: que impedían que ninguno pudiese entrar, ni salir: y no se podían poner más cerca. Hubo algunas escaramuzas con los de dentro, por defenderlas: y los del castillo comenzaron a defenderse muy animosamente: y batieron los cañones

algunas defensas de las más principales: y porque Antonio de Fonseca enviaba a pedir para el socorro de Pamplona, que fuese allá parte de aquella gente, mandó el rey ir a Estella a Gonzalo Ruiz de Figueroa, con algunas compañías, y más gente de caballo: y porque las principales defensas de aquella fortaleza eran dos iglesias, el alcaide de Los Donceles no permitía que se tirase a ellas: esperando de estrechar el cerco por otra parte: y que se ganaría el castillo con menos daño, y ofensa. Para esto traía sus pláticas con los que estaban dentro: y en otra fuerza que llamaban Belmechete, la cual se le rindió: y fue gran parte, para que el castillo se ganase: y puso en aquella fuerza de Belmechete, para su guarda, y defensa al alguacil Gudiel. Con esto se fue más estrechando el cerco: y cada día acudía más gente al alcaide de Los Donceles: y los de la fortaleza hicieron su partido: y prometieron de entregarla el sábado treinta de octubre: y dieron en rehenes algunos parientes del señor de S. Martín, que estaba dentro: y un hijo de Felipe de Garriz. Salieron para este concierto Ripalda, y Jaime Vélez: y para que pudiesen sacar sus haciendas los que se habían recogido al castillo: y pareciendo al alcaide de Los Donceles, que de aquella villa no se debía por entonces hacer cuenta, por haber en ella la gente que era necesaria para defenderla, tenía por yerro, que se pusiese en ella guarnición de gente, para esperar ninguna afrenta. Entregáronse juntamente las fortalezas de Cabrega, y Monjardín: y pocos días antes se había ganado la fortaleza de Tafalla, que se rebeló a los nuestros. Todo esto se acabó a tal coyuntura, que no pudo ser mejor: porque los franceses perdieron la esperanza de poder socorrer la fortaleza de Estella: y el alcaide de Los Donceles, y la gente que fue contra ella, quedó desembarazada para aprovechar en otra parte, siendo la guerra de calidad, que no sólo se amenazaba, pero se hacía por muy diversas partes.

De la gente francesa que entró por el val de Broto con el senescal de Bigorra, y con Luis de Aste: y del destrozo que hicieron en ella los de Torla, y de aquellos valles. XXXVIII.

Al mismo tiempo que se tomaron las fortalezas de Estella, y Tafalla, y se rindieron las de Cabrega, y Monjardín, que fue cuando el rey don Juan acababa de pasar con su ejército por el val de Roncal, el senescal de Bigorra, y Luis de Aste, y otros capitanes entraron por el val de Broto, que es en la montañas de Jaca, con dos mil quinientos franceses. Eran aquellos capitanes muy principales caballeros, de la casa, y sangre de Foix: y fueron incitados, para que hiciesen esta entrada por aquellas montañas, por grande instancia que hizo con ellos el rey don Juan: que en ninguna cosa de las que emprendió, tuvo consejo, ni buena ventura: pareciéndole, que podrían hacer muy grande efeto, porque no había gente ninguna de guerra en aquellas fronteras. Pasado el puerto, bajó aquella gente camino de un lugar que se llama Torla, que está a la ribera del río Ara, a la entrada de aquel valle, que era de hasta ciento cincuenta vecinos: y no tenía cerca, ni cava, ni otro reparo para poder defenderse: y caminando de noche con la luna, llegaron a un paso muy angosto, que está media legua de la villa, que llaman la Escala: el cual se pudiera defender por solos los vecinos de aquel lugar, a muy mayor

número de gente. Pero descuidándose las guardas, entraron por él: y sola una atalaya vino a dar aviso al lugar que los franceses entraban: y saliendo algunos a reconocer la gente, vieron que habían pasado muchos desta parte de la Escala: y que algunas banderas comenzaron a caminar la vía del lugar. Pasaron adelante los franceses: y pegaban fuego por las casas, y pajares que había en el camino: y pusiéronse en torno del lugar: y juntándose los vecinos, para defender la entrada, rodearon por encima del lugar, y entraron en él por la parte de Broto: y pusieron fuego en algunas casas: y comenzaron a robarlas. Todos se ocuparon en esto, como lo acostumbran los que han alcanzado la vitoria, y son señores del campo: y teniendo por rendido el pueblo, y sin ninguna defensa, no atendían sino a robar, y gozar del despojo, y a beber más de lo que era necesario. Algunos acudieron a la plaza, adonde se había recogido el pueblo: y peleando con ellos, se fueron a encerrar en la iglesia, y en un pequeño castillo. Acudiendo los franceses a combatirlos, y defendiéndose ellos animosamente, habiendo dado aviso a los lugares de la comarca para que los fuesen a socorrer, llegó alguna gente de la misma montaña, aunque muy pocos, que apenas llegaban a sesenta hombres, que se juntaron de Broto, Oto, y Linás, y de val de Solana, y del de Serrablo, y de la ribera de Fiscal: y acaudillándolos algunos clérigos con ánimo, y esfuerzo grande, como lo pudieran hacer los más pláticos, y diestros soldados, tomando lo alto, comenzaron a herir en los que estaban más descuidados: unos bebiendo, y otros danzando. Como mataron algunos dellos, y se dio al arma diciendo, que llegaba socorro, todos se desordenaron, aun mucho más que lo estaban: y como con el humo no podían bien reconocer la gente que era, teniendo por cierto que se habían juntado compañías de soldados, que estaban en guarda de aquellos valles, pusiéronse todos en huida: y como no sabían los pasos, y la salida era muy angosta, muchos dellos se perdieron sin ningún tino: y otros se despeñaron. Visto tan gran desconcierto, los del lugar salieron contra los capitanes que se detuvieron por recoger la gente, con algunas banderas: y acometiéronlos tan reciamente, que los desbarataron: y los hicieron volver huyendo: y siguiéndolos por los pasos que ellos sabía muy bien, hicieron tanto estrago en ellos, que fueron presos, y muertos los dos mil: y murieron en el alcance el senescal de Bigorra, y otros capitanes: y perdieron algunos tiros de campo que traían, y todo su fardaje. Fue este hecho muy señalado, y de los más notables que sucedieron en esta guerra: puesto que los autores que escribieron el suceso desta empresa de Navarra, ninguna memoria hacen dello.

Que el rey don Juan, y el señor de la Paliza se hicieron fuertes con su ejército en Urroz. XXXV.

No se podían bien entender los fines que traían los franceses: tanto se tardaban en hacer efeto, y en emprender cosa que fuese de reputación: porque dejaron pasar al duque con el ejército que estaba en San Juan, por el puerto de Roncesvalles, de suerte, que pudieron venir por seis leguas hasta Pamplona, y por malos pasos, sin acometerlos. Después que el duque llegó a Pamplona, y se había

juntado la gente que llevó Antonio de Fonseca, y estaban descansados, habiendo deliberado los franceses de pasar adelante, para socorrer a Estella, se detuvieron esperando más gente: habiendo pasado a juntarse con ellos otros cuatro mil hombres. Después se acercaron a dos leguas de Pamplona: entendiendo, que por estar lejos de aquella ciudad, no podían socorrer los lugares que se habían levantado por ellos: y para dar ánimo a los otros: y también creyendo, que impedirían que no enviasen los nuestros gente contra ellos: y asentaron su real en Urroz: y allí se hicieron fuertes. Entonces proveyó el duque, que Manuel de Benavides con cien lanzas, y Rengifo con la infantería que tenía a su cargo, fuesen luego a Tafalla, y Olite: y que el conde de San Esteban ordenase lo que habían de hacer: y determinóse de enviar gente a Estella, contra el parecer del alcaide de Los Donceles, porque no estuviese aquella comarca desapercibida: y don Pedro de Beamonte, con la gente del condestable de Navarra, y de aquellas merindades se fue a juntar con el alcaide de Los Donceles: y también se dio orden de enviar con toda presteza gente a Lumbierre, y Sangüesa. El fin que tuvo el duque era, que en habiéndose reparado, los jinetes corriesen el campo: y no dejasen desmandar la gente francesa: y los molestasen, sin que se llegase a dar la batalla: entendiendo que el tiempo los había de echar de la tierra: y no darles lugar que se pudiesen extender, quitándoles los bastimentos. En este tiempo Beltrán de Armendárez, y el señor de Echaoz pasaron por el puerto de Roncesvalles, con mil cuatrocientos hombres: y llegaron al Burguete, para hacer su entrada por aquella parte: y el rey don Juan se mudó con su campo de Urroz, adonde tenía su fuerte, para ir a la Resueña, que es un lugar que está a dos leguas y media de Pamplona, camino de Roncesvalles: publicando, que iban contra aquella ciudad. Con estas mudanzas estaban el duque, y los que residían en su consejo muy dudosos: y no podían atinar el fin que tenían los enemigos: porque el ir sobre Pamplona, parecía muy fuera de razón, para gente que entendía la guerra: y por otra parte, queriendo volver al puerto de Roncesvalles, tenían otro mejor camino, y más corto: y como dejaron alguna gente cerca de Huarte, que es a una legua de Pamplona, sospechábase, que adonde el rey don Juan tenía su campo, había mucha necesidad de bastimentos. Sucedió luego, que pusieron cerco los franceses sobre el castillo de Maya: y sabiéndolo el duque, por aviso de los que tenía en tierra de Baztán, proveyó con toda diligencia, que Diego López de Ayala hiciese juntar toda la gente de la provincia, para remedio de aquello: y en el mismo tiempo el ejército del rey don Juan, que estaba en Resueña, se levantó, y tornóse a Urroz donde primer estaba: con fin, según se entendió, de socorrer a Estella: y sabiendo en el camino, que era rendida la fortaleza, no pasaron adelante: y volvieron a Aoiz, que es legua y media más atrás de donde habían salido: teniendo siempre su fuerte en Urroz. Desde allí enviaron más de quinientas acémilas cargadas hacia el puerto de Roncesvalles: y de ocho tiros que traían, los tres mayores fueron por el mismo camino: y como se creyó que querían ir sobre Lumbierre, proveyó el duque, que fuese allá García Álvarez Osorio: y que de la gente que estaba en Sangüesa, que era demasiada de lo que aquella villa había menester, pasase a Lumbierre, la que fuese necesaria.

Que el rey mandó juntar su ejército en la Puente de la Reina, para socorrer a las cosas de Navarra. XXXVI.

Por este mismo tiempo el duque de Borbón, y el señor de Lautrec juntaron la gente que tenían contra la frontera de Fuenterrabía a la parte de Bayona: y entraron haciendo mucho daño a la parte de San Sebastián: quemando, y talando las heredades, y caserías: y como por tantas partes los franceses cargaban con toda su pujanza, contra estas fronteras, pareció que el rey hizo grande yerro en dejar ir a los ingleses. Así lo juzgaban las gentes comúnmente: y que les debiera en tal ocasión dar todo favor, no solamente para seguir la empresa de Bayona, mas por otra cualquier que les conviniera, en que hicieran la guerra al rey de Francia: porque con irse, cobraron ánimo los enemigos: y con quedar desdeñados, había temor no se concertasen luego con los franceses: mayormente, que si la empresa de Bayona era difícil, no comenzándose por Bearne, sería de mayor dificultad sin ingleses la empresa de Bearne, que con ellos la de Bayona: y poníales gran temor ver un ejército tan poderoso de franceses, dentro de los límites de España: aunque fuese por la empresa de Navarra. Sola una cosa los aseguraba, que la gente que entró con el rey don Juan, estaba mal contenta, y perecían de hambre: y comenzó luego a nacer gran división entre el bando de Albret, y el de la Paliza: y hubieron malas palabras sobre el haber de levantar su campo, para ponerse sobre Pamplona: porque el mariscal, y los navarros que allí estaban, daban, mucha prisa para que se pusiese cerco sobre aquella ciudad: y habían ofrecido, que darían una de las puertas de Pamplona: y que todo el reino se levantaría por ellos: y que serían tan proveídos de bastimentos, que no sería necesario atender otra cosa, que en allanar aquel reino: y que esto se haría en menos tiempo, que el rey de Aragón le había ganado. Pero el de la Paliza estaba con gran descontentamiento entendiendo todo lo contrario: y como vieron los franceses, que después de su entrada, no habían podido acabar por ninguna parte contra los españoles, cosa que fuese de alguna reputación, ni se habían puesto sobre ninguna plaza importante de aquel reino, reforzaron su ejército cuanto pudieron: y pasaron a una legua de Pamplona, hacia la parte de la sierra, a las faldas della. Desde aquel lugar llegaron tres veces a dar vista a la ciudad: y se mezclaron algunas escaramuzas: y en todas ellas los nuestros les mataron gente, y tomaron algunos prisioneros, sin recibir daño alguno: y fue muerto un caballero francés principal, llamado el barón de Aliñaque. Cada día se mudaba su campo de una parte a otra, al contorno de aquella ciudad, dejando su fuerte en Urroz: y publicaban, que el delfín, que estaba en Bayona, juntaba mucha gente, para pasar con ella, y con artillería por Baztán, a juntarse con ellos, para cercar, y combatir a Pamplona, con la ansia, y codicia que este príncipe tenía de hacer de aquella vez algún hecho señalado, dentro en las tierras de España. Por estas nuevas el rey mandó juntar un muy buen ejército, con publicación de ir en persona a darles la batalla: puesto que el Gran Capitán, antes que partiese de Burgos, a ponerse en orden para la empresa de Italia, le había aconsejado, que para las mayores cosas que se le pudiesen ofrecer, y se proveyese desde entonces: y que su persona no estuviese tan cerca, que se pudiese decir ser presente a ellas: y que habiéndose de romper con Francia por la parte de Guyena, fuese tan poderosamente,



que al enemigo se diese más que pensar en su defensa, que en haber de ofender. Esto pensó el rey, que estaba acabado, entrando los ingleses en aquella guerra como convenía: y con su partida fue necesario, que de su parte se juntase la mayor pujanza de los reinos de Castilla, para poder resistir a tan grande adversario: y que se tenía por diversas vías por muy ofendido. Estaban el rey don Juan, y el de la Paliza con su campo en Urroz: y con hacerse allí fuertes, parecía que esperaban más gente: y por esto eran algunos de acuerdo, que antes que se hiciesen más poderosos, se les debía dar la batalla: pero entonces no había tal aparejo: porque según la gente se había repartido por los lugares, y castillos de Navarra, y la que se requería para dejar segura a Pamplona, lo restante no era tanto, como convenía, para seguir aquel fin. Por esta causa pareció que se debía esperar la gente que llevaba el arzobispo de Zaragoza: y que Gómez de Buytrón, y Martín Ruiz de Avendaño juntasen las compañías que se mandaban hacer de nuevo: y con esto, si no pasase más gente al campo de los franceses, por ser el sitio que tenían tan fuerte, que de cuatro partes adonde estaba su real en Urroz, no podían ser combatidos, sino por el un cabo, el duque, dejando bien proveída la ciudad, tomase otro sitio fuerte cerca de los enemigos. También se deliberaba, que el arzobispo con la gente de Aragón hiciese otro tanto, por esta parte: y todos se ocupasen en quitarles los bastimentos: para que forzados dejasen el puesto que tenían: y salidos de allí los acometiesen por ambas partes. Habiéndose por entonces deliberado esto, acordó el duque de enviar por don Pedro de la Cueva, a quien había mandado que estuviese con sus hombres de armas en la Puente de la Reina: y por una capitanía de hombres de armas de Pedro Ruiz de Alarcón, que era ida con Ambrosio Flórez, que llevaba los peones de Miranda, y de la merindad de Pancorvo, para apoderarse de Mendigorriá. Envió también por Gómez de Buytrón, y Martín Ruiz de Avendaño, que se fueron a poner en Estella: pero en caso que entrase al rey don Juan la gente que esperaba, se determinó el duque, que si fuese tanta, que pareciese que no se debía llegar a dar la batalla, se siguiese lo comenzado, de rehacer bien las provisiones de la guarda, y defensa de los lugares más importantes: porque teniendo las fortalezas seguras, aunque el ejército de los enemigos fuese más poderoso, de noviembre adelante no se podía ser, que el tiempo no pelease con ellos de suerte, que no pudiesen sufrir el campo: y desamparasen la tierra: y entonces se podía acometer, y hacer daño en ellos con más seguridad. Entendiendo el rey todas estas deliberaciones, y las dificultades que se ofrecían en una empresa tan importante, determinó de juntar un buen ejército, para socorrer a cualquier necesidad: y que se pusiese en la Puente de la Reina: y allí se fue allegando mucha gente de caballo, y de pie. Con aquella gente se fueron a juntar mil quinientos peones de Trasmiera, y Campos: y de los lugares del almirante de Castilla: y novecientos soldados viejos, que habían desembarcado en Barcelona: que los trujo de Bugía Lope López de Arriarán: y demás de la gente que estaba en orden, para ir de Aragón a la Puente de la Reina, fueron dos mil trescientos, a cumplimiento de tres mil. Allende éstos, fueron las compañías de caballo, y de pie, que enviaron el almirante, y condestable de Castilla, el marqués de Astorga, el adelantado de Castilla, los duques del Infantado, Alburquerque, y Béjar, y las de los condes de Miranda, Montagudo, y Nieva. Fueron del reino de Toledo las compañías del marqués de Villena, y la del adelantado de Granada, y la del

adelantado de Cazorla de los lugares del cardenal de España, que eran mil quinientos hombres muy bien en orden: porque el cardenal tenía armas para todos. Demás destas compañías mandó el rey traer dos mil peones de Asturias: y había muy buen aparejo para juntarse mucha gente muy útil, y bien armada, por estar aún las cosas en aquel tiempo dentro de España, más en orden de guerra: así por ser la gente más ejercitada en ella, como por la abundancia que había de caballos, y armas, y de todas las municiones necesarias: que por la larga paz se vienen a menospreciar, y perder. Mostraba el rey hacer mucha confianza, en la empresa que tenía entre las manos, de apoderarse, de aquel reino, de don Alonso de Peralta conde de San Esteban: vista la voluntad, y afición que mostraba a las cosas de su servicio: y tuvo por bien de le hacer merced del oficio, y título de mariscal de Navarra: y llevando a su hijo mayor a su servicio, ofrecía que sucedería en él. También le concedía el rey, que fuese como caudillo de toda la parcialidad de los de Agramonte: que son gran parte en aquel reino: y fuese cabeza, y cabo de todos ellos: para que le acudiesen como a principal: y él procurase lo que les tocaba: y ofrecíale el rey por medio de Pedro de Hontañón, que por su intercesión del conde, haría merced, y todo favor a todos los de aquella parcialidad, que le fuesen leales. Cometióle el rey, que con Pedro de Hontañón reconociese las villas de Olite, y Tafalla: y la gente que estaba en los palacios dellas: y proveyesen de soldados que bastasen para su guarda, y defensa: y sacasen las personas sospechosas que estaban dentro: y se les encargó que procurasen de reducir las personas de aquel reino, que no estaban en su servicio, a su obediencia: y les asentasen acostamiento.

De la entrada que hicieron los franceses por el puerto de Roncesvalles, para juntarse con el rey don Juan: y el señor de Lautrec por otra parte, contra la villa de San Sebastián. XXXVII.

Esto se proveía estando el rey en la ciudad de Logroño, a veintidós del mes de octubre: y cuando entendieron los franceses que el Rey Católico mandaba juntar gran número de gente, para que se les diese batalla, creyeron que entretanto que se allegaba, podrían tomar la ciudad de Pamplona, y todo el reino de Navarra, y aun parte de la provincia de Guipúzcoa: porque en aquella frontera no residía otra gente de guerra, sino de la misma tierra: y de la que en ella había, era ida mucha parte, así en la armada de España que primero fue a Inglaterra, como en la que después llevó a los ingleses. Con este fin pasaron desta parte de los montes todo lo restante de su gente: que era la que tenía el delfín en la frontera de Bayona: y hasta cumplimiento de siete mil alemanes. Entró una parte deste ejército por el puerto de Roncesvalles con la artillería: e hízoles tan buen tiempo, que pasaron sin dificultad ninguna: y porque se dijo por algunas espías, que venían para socorrer el castillo de Estella, que se había de rendir otro día al alcaide de Los Donceles, el duque de alba envió a mandar a Gómez de Buytrón, y a Martín Ruiz de Avendaño, que fuesen a ponerse en Estella: y proveyó que el capitán del condestable de Castilla con cien lanzas, y Pedro Ruiz de Alarcón con otras ciento de su capitanía, partiesen luego para allá: e hizo ir la infantería de Soria, y del conde de Aguilar,

que eran setecientos peones. También Ramón de Esparza, y el señor de Góngora, y don Pedro de Beamonte hermano del condestable de Navarra con algunos de caballo, y con hasta doscientos soldados, se pusieron en un paso, para dar en los que se desmandasen del real: y mataron, y prendieron algunos. Esta gente francesa se juntó con el ejército que tenía el rey don Juan cerca de Pamplona, un domingo a diez del mes de noviembre: y con ella aquel campo estaba bien reforzado: así para dar batalla, como para estrechar a Pamplona por cerco, y combate: y púsose el campo en parte donde pudiesen defender, que no entrasen mantenimientos en la ciudad. Entrada esta gente, pareció al duque, que en aquella sazón, que estaban juntos los enemigos sobre Pamplona, el duque de Nájera, no se debía apresurar a la batalla: sino tomar un sitio fuerte, donde tuviese sus mantenimientos a las espaldas: y que el duque de Nájera desde allí, y él desde Pamplona procurasen de quitarlos a los enemigos: porque desta manera, presto serían deshechos: pues los que estaban primero sobre Pamplona tenían harta necesidad: y con los que se les habían juntado, la habían de tener mayor: y la suya entonces no era tanta, que por ella se debiese poner en aventura el negocio: con ánimo, que a la fuerza que les sobreviniese, se darían buen cobro. La otra parte del ejército que estaba de aquella parte de los montes, cuyo general era el señor de Lautrec, con mil quinientos alemanes, y seis piezas de artillería, entró por la frontera de Bayona en Guipúzcoa. Éstos tenían muy abierto, y llano el camino, para poderse juntar con el ejército del rey don Juan por Verastegui: de suerte, que en la comarca del val de Buranda, y Salvatierra, y más adentro en la provincia de Álava, había harto peligro por falta de soldados: y tenían mejor disposición los contrarios, para su gente de caballo. El mismo inconveniente, y peligro, se representaba, si el campo del rey don Juan se juntara con aquella gente, para esperar la batalla: o no la esperando, retrayéndose hacia Guipúzcoa. Como el de Lautrec se acercó a la frontera, y se publicó, que el delfín quería entrar con aquella gente en la provincia, Diego López de Ayala que estaba en Fuenterrabía, envió a Meneses de Bovadilla a San Sebastián, para que el corregidor que allí estaba, le enviase alguna gente, para defenderles al entrada. Pero los de San Sebastián estaban con más recelo que vernían sobre ellos: sospechando, que por ser Fuenterrabía fuerte, la dejarían: y se vernían derecho camino sobre ellos: porque el señor de Albret tenía mucha noticia de las disensiones que había entre los vecinos de aquella villa: por haber estado algunos días en ella, cuando fue con el socorro que el rey envió con él a Bretaña: y tenían muy poca gente: por estar mucha con la armada: y no haber tan buen aparejo para juntarla: porque no había ocho días, que se acabó de juntar: y el mismo día la despidieron. Entró el de Lautrec por la vía de San Sebastián: y quemaron a Irún Iranzo, y Rentería, y Hernani: y pasaron a poner su campo sobre San Sebastián un miércoles a diecisiete del mes de noviembre: porque supieron que la mayor, y mejor parte de la gente de aquella villa estaba fuera: y parecióles, que estando, como se hallaba desguarnecida de gente, y con pocos reparos, y no muy puesta en defensa, la tomarían muy fácilmente. También se entendió, que hicieron aquella entrada, por divertir la gente que se iba juntando para el socorro de Pamplona: y fue gran parte del remedio de aquella provincia, hallarse a caso en S. Sebastián don Juan de Aragón hijo del arzobispo de Zaragoza, que pasaba a Flandes, para

residir en la corte del príncipe, y estar con él un caballero aragonés, que iba por embajador del rey a Flandes, que era Juan de Lanuza: porque puesto que tenía cargo de la capitania, y gobernación de S. Sebastián el adelantado de Canarias, estaba tan malquisto, y teníanle en tan poco, que fuera grande inconveniente no hallarse allí una persona tan principal: y así don Juan, y el embajador aprovecharon mucho para animar, y acaudillar la gente: y repartir las estancias: tomando cargo de la defensa de lo más peligroso: y repartiendo entre los vecinos, algunos cómitres, y capitanes de mar, que se hallaron en su servicio. El mismo día que entraron los franceses, mandó el señor de Lautrec asentar su artillería: y comenzaron a batir el lugar, desde las nueve antes del medio día: y dieron el combate hasta las tres de la tarde. Batió la artillería que tenían dentro, juntamente contra el campo de los enemigos: e hizo mucho estrago en los albaneses, y hombres de armas: y viendo el daño que recibían, y que no se podían allí amparar, el mismo día que pusieron el cerco, le levantaron: y se recogieron a media legua de la villa: y allí estuvieron el jueves siguiente: y volviéronse a Rentería. Teniendo allí aviso, que se juntaban a grande furia los de Vizcaya, y de Guipúzcoa, para tomarles el paso, temiendo de perderse, por la disposición de la tierra, no osaron más esperar: y volviéronse otro día a Guyena. A la salida recibieron harto daño: y perdieron algunos hombres de armas, y albaneses, y peones: y fueles forzado dejar alguna parte del carruaje que llevaban. Después de haber salido de la provincia, el delfín entró con ellos en Bayona: y hubo entre los del consejo alguna división: porque el delfín, y el señor de Lautrec querían que pasase más gente francesa en socorro del rey don Juan: y los capitanes lo rehusaban: y no quería pasar la gente: diciendo, que los que estaban en Navarra morían de hambre: y como cada día llegaban alemanes al campo del delfín, mandó despedir la mayor parte de los gascones.

De la prisión del duque don Fernando de Aragón, por el trato que se descubrió que se llevaba con el rey de Francia. XXXVIII.

Sintió tanto el rey de Inglaterra, según lo daba a entender, que el marqués de Orset su general se fuese, sin que su ejército hubiese hecho algún efeto en Guyena, que proveyó muy secretamente, que el rey le mandase detener: y no se diese lugar que los ingleses se embarcasen: antes se detuviesen para aquella empresa: mas el rey, o recelando que aquello era fingido para excusarse, o entendiendo que no se podía ejecutar sin mucho escándalo, por estar aquella gente muy determinada en su partida, disimuló con ellos: aunque su vuelta puso las cosas en mayor estrecho, y necesidad. Por su causa cargó todo el poder del rey de Francia por las fronteras de Navarra: y después de idos, tuvieron ánimo de entrar en ella: y como quiera que la gente española era bastante, para resistir a los enemigos, pero estaba el rey con gran cuidado, porque no se tenía entera confianza, que los navarros le serían fieles: y el mayor trabajo que se ofrecía era, que se habían de guardar los nuestros de los enemigos que habían entrado, y de los mismos pueblos. Por esto, por divertir las fuerzas del enemigo, cuando entendió el rey que los ingleses alzaban la mano de la empresa de

Guyena, procuraba de dar a entender al rey de Inglaterra, cuánto le convenía, que entrase su ejército por Calais, a la conquista de Normandía: y que el emperador enviase al suyo por la parte de Borgoña: y con esto ofrecía que tomaría a su cargo la empresa del ducado de Guyena, para que fuese de la Corona de Inglaterra, sin que viniesen a ella los ingleses. Esto era con condición, que atendido que lo que se conquistase había de ser de su yerno, pagase para ayuda del ejército que ponía en Guyena, otra tanta suma de dinero, como se expendía en los ocho mil ingleses que acá vinieron: y que todo lo que más fuese necesario, se haría a su costa. Afirmaba el rey que desta manera, dividiéndose las fuerzas de su común enemigo en tantas partes, sería inferior en cada una dellas: y se reducirían las cosas a estado, que se cobrase lo que tenía malamente adquirido: parecía al rey, que había buen aparejo en esta sazón en el rey su yerno, de persuadirle esto, por estar muy corrido del poco valor que su gente había mostrado, en rehusar de hacer algún auto de guerra, habiendo venido a ella, con tanta costa: y deseaba señalarse con los suyos contra los franceses. Para esto le animaba mucho su suegro, aconsejándole, que trabajase que la gente inglesa se ejercitase en buena guerra, y no la tuviese tan holgazana: y que para la primera empresa que tomase contra Francia, enviase por capitán de su ejército a Talabrot, que era muy estimado, y temido en toda Guyena. Por otra parte también el rey de Francia empleaba todo su entendimiento en ofender al rey, por cuantos medios podía: ordenando, que por tan diversas partes le acometiesen sus gentes, por las fronteras de Guipúzcoa, y Aragón: y como aquella nación es muy aguda para remover nuevas cosas, tuvo secreto trato con el duque don Fernando de Aragón, por medio, según se entendió después, del duque de Ferrara, para que se fuese a Francia: y se confederase con él, con promesa de restituirle en la posesión del reino de Nápoles: y estando para salirse, fue revelado al rey por un clérigo que lo supo en confesión, llamado Juan Martínez de la Haya, que era beneficiado en las iglesias de Santa María, y San Pedro de Viana. Luego fueron presos Felipe Cópula gentil hombre napolitano, y un Juan de Perdova: y dos franceses. Era este caballero hijo de Francisco Cópula conde de Sarno, que de baja fortuna fue levantado, y engrandecido por el rey don Fernando el Primero: y siendo después acusado, y convencido de haber conspirado con los barones del reino, en tiempo del papa Inocencio contra su persona, y estado real, fue degollado con el secretario Antonelo de Petrucis, gran privado de aquel príncipe, como en los Anales se ha referido: y a su hijo se siguió la misma pena, y suplicio: y fueron arrastrados de las colas de caballos, él, y los otros malhechores. Lo que el rey publicó haber sido causa desta prisión, que fue tan señalada cosa en tal tiempo, era referir con encarecimiento, que después que el duque don Fernando su sobrino vino del reino de Nápoles a su corte, todos habían visto, que le había honrado, y tratado siempre en todas las cosas con tanto amor, como si fuera su propio hijo: y tenía determinado de le dejar un estado, en que pudiera vivir honradamente: creyendo que como él lo mostraba defuera, así en la obra le fuera muy leal. Que confiando desto, le fue siempre allegando más así: y se había descubierto, que desde que estuvo el rey en Sevilla, envió muy secretamente a tratar con el rey de Francia, sobre su ida: y se concertó con él contra el rey, y contra su estado real: y para poner en obra lo que se había concertado, había determinado en aquella ciudad de Logroño de irse de su corte cautelosamente, a la del rey de

Francia: y concertó las personas que con él habían de ir: y puso para ello las postas cerca de Logroño, en algunos lugares de Navarra, por donde habían de pasar a Francia: y al tiempo que estaban para ponerlo por obra fueron presos, por mandado del rey Felipe Cópula, que fue el que principalmente entendió con el rey de Francia en concertar la ida, y Juan de Perdova, y los dos franceses, que también cabían en ello: y se hallaron en poder de Felipe Cópula las cartas, y escrituras que sobre ello dio el rey de Francia: y por ellas, y por su confesión se averiguó la traición, que tenían concertada contra el rey, y contra su estado real. Mas el vulgo, en un caso tan señalado como fue lo desta prisión, y castigo, pasaba, como suele, más adelante, a encarecer lo que se había de ejecutar para poder el duque irse más a su salvo: y así Pedro Mártir, que se halló en aquella sazón en Logroño, y escribía todas las nuevas de la corte, a diversos grandes de Castilla, y de Italia, de la manera que él las podía saber, y las solía encarecer a su fantasía, afirma, que confesaron los delincuentes, que tuvieron concertado de matar una noche, a veinticinco de octubre, al mayordomo mayor del duque, y al comendador García de Conchillos su camarero: que por orden del rey tenían cargo de su persona: y que habían de poner fuego al palacio real con alquitrán: con fin, que estando los cortesanos, y el pueblo ocupados en atajar el fuego, se pudiera pasar el duque por las postas al ejército de los franceses, que estaba tan cerca. Considerando el rey el desagradecimiento del duque su sobrino, habiéndole él tratado como si fuera su hijo, con esperanza de ponerle en gran estado, mandóle apartar de su corte: habiéndole dado tan gran causa para ello: y poner tal guarda en su persona, que no pudiese poner en obra lo que tenía concertado. Fue llevado al castillo de Atienza: y de allí al de Játiva, lugar muy señalado en el reino de Valencia, por haber sido dedicado para la prisión, y cárcel de grandes señores en su adversa fortuna: y fue entregado en el lugar de Sieteaguas a Luis de Cabanillas gobernador de aquel reino, que lo llevó desde allí al castillo de Játiva: donde estuvo todo el tiempo que el rey vivió: y aun algunos años después.

Que el duque de Nájera que se nombró por capitán general del ejército que se había juntado para el socorro de Pamplona, salió a dar vista al campo del rey don Juan, que pasó a poner cerco a la ciudad. XXXIX.

Cuando el rey supo que el de Lautrec había entrado en la provincia con ejército muy formado, y que venía a cercar la villa de San Sebastián, entendiendo que no importaba menos aquello, que todo el reino de Navarra, mandó luego proveer, que Gómez de Buytón, y Martín Ruiz de Avendaño con algunos capitanes de hombres de armas, y el capitán Villalva con mil soldados trasnochasen de Pamplona, y pasasen a la provincia, y se pusiesen en Tolosa. Juntamente con esto se ordenó, que el conde de Salvatierra con alguna gente de caballo, y de la misma tierra, se pusiese en otra parte: y el conde de Oñate, que estaba en Calduendo, con la más gente que pudiese haber del condado, se entrase en la villa: y los de Bilbao, y de toda aquella costa socorriesen por mar. Pero como los franceses se volvieron tan presto, por la resistencia que hallaron, y por el daño que

recibieron, ninguno destes apercebimientos fue necesario. En este medio, como el rey don Juan se puso en orden, para estrechar la ciudad de Pamplona, y asentó su campo, a un cuarto de legua della, y la tenía ya muy cercada, con deliberación de combatirla, visto que de la defensa della pendía la conservación de todo aquel reino, nombró el rey por capitán general del ejército, que mandó juntar en la Puente de la Reina al duque de Nájera: y mandóle que se pusiese en orden para socorrer al duque de Alba, como a su misma persona. Aunque en el duque concurrían tales partes de valor, que por su persona, sin ser quien él era, pudiera ser elegido para un cargo tan principal como éste, pero aun se tuvo por cierto, que se inclinó más el rey a hacer esta elección, porque los franceses, como son muy sutiles en poner sospechas a sus enemigos, por diversos ardidés, se pensaban favorecer con publicar, que a penas serían en el reino de Navarra, cuando el duque de Nájera, y otros grandes, que no amaban el servicio del rey, los recogerían, y serían en su favor. Entonces envió a mandar al alcaide de Los Donceles, que dejando a recaudo la fortaleza de Estella, y quedando por capitán, y gobernador de la ciudad Valencia de Benavides, que salió por esto de Logroño, él se fuese a Pamplona con toda la gente que tenía: eceto cien hombres de armas que se enviaron a la Puente de la Reina. Lo mismo ordenó que hiciesen Gómez de Buytón, y Martín Ruiz, para que entrasen juntos con su gente en Pamplona: y que el arzobispo de Zaragoza con la que tenía, dejando en buena defensa a Sangüesa, se pasase a Lumbierre: porque desde allí trabajase de impedir el paso a los enemigos: haciéndoles guerra, y dando en su recua. Con esto se dio también orden, que se enviasen desde Lumbierre, o de Pamplona a Monreal los jinetes que pudiesen estar seguramente en aquella villa, en su fortaleza: para que desde aquel lugar hiciesen el daño que pudiesen en los enemigos: y los molestasen de todas partes, entretanto que se acababa de juntar la gente que había de ir a socorrer a Pamplona: y porque se entendió que la mayor confianza con que iban los franceses a aquella ciudad era, creyendo que los vecinos della se levantarían por ellos, mandó el rey que luego saliesen fuera todos los que eran sospechosos: y que se tuviesen por tales los que el condestable de Navarra dijese que lo eran: pues no se debía tener por buen consejo que estuviesen dentro de casa los enemigos. Iban las recuas de los bastimentos cada día a Pamplona: de las cuales tenía cargo Diego López de Ayala: y paraban siempre en Huarte de val de Araquil: porque desde allí tomasen el camino que el duque ordenaba, y entrasen seguramente. Estando las cosas en estos términos, y recelando el rey don Juan, que estaba a la vista, la ida del ejército, que se juntaba en la Puente de la Reina, y creyendo que por ser aquella ciudad no fuerte, y que había poco número de gente, aunque no podía ser mejor, que la que dentro estaba, y confiando que los pamploneses, o alguno dellos, viendo tan gran ejército junto serían de su parte, y también por la necesidad que había en su campo de bastimentos, apresuró con toda furia, de estrechar el cerco: y combatirla. Habíanse acabado de juntar con él los franceses que entraron por Roncesvalles, un domingo a veintiuno de noviembre: y con todo esto pareció al duque de Alba, que el duque de Nájera no se debía fatigar, por salir a darles la batalla: sino que escogiese un fuerte, adonde tuviese las vituallas a las espaldas: y que desde allí él, y por otra parte los que estaban en Pamplona, procurasen de quitarlas a los enemigos: porque desta manera presto serían deshechos: pues los que

primero habían entrado padecían ya mucha necesidad: y con los que postreramente llegaron, la habían de pasar mayor. Aunque el duque lo ordenaba así, confiado de su valor, y de la gente que tenía consigo, que cierto era muy escogida, había harta más necesidad del socorro, de lo que él publicaba: y por esta causa el duque de Nájera, que había asentado su campo junto a la Puente de la Reina, el mismo domingo por la mañana se aventuró más de lo que era menester: creyendo que el martes siguiente, se daría el combate: y pasó su real cerca de los enemigos: porque la disposición de la tierra no sufre otra cosa. Está una cuesta que llaman de Reniega, entre la Puente de la Reina, y Pamplona, tendida de manera, que no daba lugar que se pudiesen tomar los bastimentos a los enemigos, ni recoger los suyos: y la misma sierra guardaba también a los franceses: porque no podían acometerlos sino por una parte, que era la de Tiebas, por donde salió el duque de Nájera con su ejército: pensando que se daría el combate. Tuvo hasta el martes pasado medio día, su campo tan cerca de los enemigos, que con poca fatiga pudieran los franceses pelear si quisieran: y contentáronse con tomar a Tiebas: y la desampararon luego: y el duque por falta de mantenimientos, que no se pudieron llevar, por salir de rebato, se hubo de volver con su gente, y artillería al real que tenía en la Puente de la Reina. El miércoles siguiente se pusieron los franceses en torno de la ciudad: y salieron della a escaramuzar con ellos, por las huertas, hacia la parte del río: y aquella noche asentaron su artillería: y pusieron a saco los monesterios de Santa Engracia, y Santa Clara, que eran de religiosas: y estaban junto a las puertas de la ciudad. Luego se pusieron en orden las cosas necesarias para el combate: entendiendo los franceses, que consistía la vitoria en la presteza: y por los de dentro con la misma diligencia se ordenaron todas las que convenían para su defensa: como gente muy ejercitada en aquel menester: y mandó el duque, que saliesen della hasta doscientos vecinos, que eran los más aficionados al rey don Juan: y se ordenó debajo de la pena de traidores, y rebeldes, que se fuesen a Castilla a la corte del rey: y ellos lo cumplieron así. La diferencia que había entre el rey don Juan, y el de la Paliza, iba cada día en aumento: porque el rey daba larga esperanza de la vitoria, si la ciudad se combatiese: afirmando que la tomarían antes que llegase el socorro: el cual no podía ir tan presto, según él decía. Era el mariscal deste acuerdo: y el señor de la Paliza les respondía, que tenía bien conocidos a los españoles: y que sin esperanza de socorro se sabían bien defender: cuánto más teniéndole en su casa a las puertas: y que él no permitiría, que la gente de caballo fuese en la delantera: ni que los alemanes diesen el asalto: y que si todavía quería el rey que se diese, fuesen los primeros los gascones, y bearneses, pues era suya la empresa: y que él con los alemanes, y caballeros franceses les haría las espaldas, para socorrellos: y así se determinó que se pusiese en ejecución.



Que la gente del reino de Aragón se fue a juntar con el ejército del rey, a la Puente de la Reina. XL.

Proveyó entonces el arzobispo de Zaragoza, que estaba en Sádaba, que la gente del reino de Aragón que se puso en orden, y era un buen ejército, fuese a la Puente de la Reina, como el rey lo había ordenado: pero hubo en aquello alguna contradicción: porque los aragoneses querían, que se guardase la costumbre antigua del reino: que era tener ellos su general, y no estar sujetos a ningún extranjero: y con el deseo que tenían de servir en tal jornada, tomóse por medio al principio, que la llevase don Alonso de Aragón duque de Villahermosa, que era de la casa real: y que los otros señores que eran capitanes del reino, quedasen en aquella frontera: pues el reino se tenía por agraviado, que estuviesen debajo de capitán general castellano: y no querían obedecer al duque de Nájera: y se temían por esta causa algunos inconvenientes. Túvose también fin de dejar a buen recaudo nuestras fronteras, y las villas de Sangüesa, y Lumbierre: lo que no estaban entonces: y que quedase allí por frontero don Jaime de Luna: aunque después procuró el rey, que se diese orden, cómo todos fuesen: y que solo el arzobispo su hijo se pusiese en Sos, con solos los oficiales reales: y todos los capitanes, y caballeros se fuesen a hallar en la jornada: y ellos no lo rehusaron, por hallarse tan cerca la persona del rey, que era el que lo gobernaba, y disponía todo. También se tuvo consideración, que estaban los enemigos dentro de España: y que se esperaba que vernían a darles la batalla: y no les pareció aquella ocasión para dejarla perder, ni para mirar en pundonores, sino por ser los primeros, pues eran los más vecinos: y pareció después al rey, que el arzobispo quedase en Sádaba con los suyos. Estaban en Tafalla los dos hermanos duques de Luna, y Villahermosa, con mucha parte de la caballería del reino: y fuéronse a juntar en aquella villa todos los capitanes de la gente de armas de Aragón: y desde allí se pasaron a La Raga el conde de Belchite, y las capitánías de los condes de Aranda, y Fuentes: y las de don Jaime de Luna, y del gobernador de Aragón: y quedaron en Tafalla las compañías del arzobispo, y del duque de Luna, y de don Francisco de Luna, para pasar a Artasona, y Mendigorriá: con orden, que todos siguiesen el camino de la Puente de la Reina, a juntarse con el duque de Nájera. Había mandado el rey, que algunas compañías de la gente del reino, que estaban en Sangüesa, y la que más se pudiese haber hasta tres mil peones, se fuesen a juntar con el ejército: y proveyóse de tal suerte, que toda la gente pasó sin peligro: si no fueron cien peones de la comunidad de Teruel, que iban con picas, y ballestas: y otros cuarenta ballesteros que se juntaron con ellos: porque antes de llegar a Olite, salieron de las fortalezas de Santa Cara, Murillo, y Miranda, que estaban por el mariscal de Navarra, hasta trescientos peones, y alguna gente de caballo, y dieron en ellos, y los mataron, y prendieron, sin que escapase ninguno. Como por esta causa de acudir toda la gente del reino a la Puente de la Reina, Sangüesa quedaba muy vacía de gente, y también por haberse proveído, que los vecinos della se fuesen a Casseda, a los cuales encomendó el arzobispo que guardasen a Melida, Hugo de Urriés señor de Ayerbe, se fue a poner en Sangüesa, para guardar aquella villa, que era una de las que más importaba en todo el reino.

Del combate que se dio a la ciudad de Pamplona por el rey don Juan. XLI.

Luego que el duque de Nájera tuvo la nueva de ser cercada Pamplona, el mismo día mandó aperibir todo el ejército, con propósito de ponerse en lo alto de la sierra, porque si tal disposición hubiese, quería dar en el real de los franceses: o tomar un fuerte, de donde pudiese quitarles las vituallas. Envió a don Álvaro de Luna, y a Pedro Ruiz de Alarcón, y a Pizarro, que descubriesen el campo: y reconociesen los pasos hacia la parte de Huarte de val de Araquil: porque por allí les entraban a los franceses los bastimentos: y también para que viesen si se podía subir la artillería en lo alto de la sierra, porque esto los detuvo que no pasase aquel día el ejército, a ponerse a vista de la ciudad. Entretanto que los franceses aderezaban las cosas necesarias para dar el combate, tuvieron los nuestros lugar que se repartiese mejor la estancia que tenía Antonio de Fonseca: señaladamente el trecho que hay desde Santiago, hasta la puerta de San Francisco, que era lo menos fuerte: e hízose en aquella parte un reparo de tierra con maderos muy bien trabados, y con sacas de lana: y todos los otros cuarteles se fortificaban, y reparaban a porfía, con extraña diligencia: y en esto fue muy alabada la industria del coronel Villalva. Antes de dar el combate, envió el rey don Juan parte del ejército a cercar la fortaleza de Tiebas, que estaba por los nuestros: y porque no se tenía en defensa, se rindió con pacto de salvar las vidas, los que en ella estaban. Hecho esto, el campo de los enemigos que se había puesto muy cerca de la ciudad, para dar el combate, tomando en el cuerpo de su fuerte los monesterios de la Merced, y de San Francisco, comenzó a furia a combatir: y los escopeteros que tenían en la torre de San Francisco hacían mucho daño a los que estaban en la defensa de los reparos. Aunque llegaron con gran furia, entendieron bien, que la gente que había dentro estaba como debía. Hacían los nuestros de noche sus reparos: y tenía cargo de la primera ronda después de anochecido el coronel Villalva: el cual con sus soldados, dejando en buena guarda la iglesia mayor, en cuya defensa estaba, discurría por toda la ciudad: y don Álvaro de Luna con los continos, y las compañías de don Diego de Castilla, y don Diego de Rojas, que eran sobresalientes, acudían a lo que el duque ordenaba, para resistir adonde mayor necesidad ocurría. Estaba toda la gente con grande ánimo: porque el verdadero reparo, y defensa que tenían, para resistir al ímpetu, y furia de los enemigos, fue hallarse dentro tantos, y tan excelentes capitanes, y caballeros, que cualquier dellos pudiera servir en aquella afrenta de general: y todos en gran conformidad obedecían al duque: con el respeto, y fidelidad que debían: y entre los más principales fue muy señalado el esfuerzo, y consejo de Hernando de Vega comendador mayor de Castilla, y de Antonio de Fonseca, que fueron dos caballeros de los muy valerosos, y prudentes que hubo en sus tiempos. Con acudir el duque a la mayor necesidad, daba tanto favor a todos, y les ponía tan gran esfuerzo, y él mostraba estar tan cierto del suceso, que tenía harto más miedo, que el duque de Nájera apresurase el socorro, que el daño que podía recibir de los enemigos. Estaba sabido, que tenían los cercados los bastimentos que bastaban, hasta que el ejército del rey estuviese reforzado de la gente que iba al socorro: y el rey mandaba que se detuviese: porque

el tiempo, y la falta dellos fatigase a los enemigos: y determinó que se dilatase el socorro, cuanto diese lugar el bastimento que tenían dentro, si en aquel medio no apretasen los franceses la ciudad por combate: o se ofreciese tal ocasión, que no se debiese perder: o se supiese que el delfín se venía a juntar con el ejército del rey don Juan, como se afirmaba. Entretanto se hacía con los jinetes la guerra, que los antiguos españoles llamaban guerra guerreada: que era perseguir al enemigo, sin haber de llegar a dar la batalla: y especialmente se ocupaban en quitarles los bastimentos: y en ello recibían mucho daño. Para esto se tuvo por buen consejo dejar a Tiebas: y que no tuviesen allí los nuestros guarnición: porque era ocasión, que por socorrer nuestro ejército, llegasen primero los franceses a tomar sitio fuerte: y que en otro no tal sola una parte de nuestro ejército fuese forzada a pelear con todo el campo de los enemigos. El sábado, que fue a veintisiete del mes de noviembre, se dio otro combate con tanta furia, que no pudo ser mayor: y púsose en medio de la batalla Hernando de Vega, y a los cabos della el duque, y Antonio de Fonseca: y el duque repartió los caballeros en cuadrillas, para que acudiesen a socorrer a la mayor necesidad: y pusiéronse los continos en la calle de la puerta que estaba contra la batalla, para que hiciesen rostro a los enemigos, y a la ciudad, si se moviese algún alboroto: y don Pedro de Toledo marqués de Villafranca hijo del duque se puso en la plaza mayor con el cuerpo de la guarda. Tenía el rey don Juan esta orden en dar el combate: que en su avanguardia venían trescientos coseletes de muy escogida gente: y a éstos seguían en un escuadrón los gascones, y bearneses, que eran más de seis mil: y los más dellos ballesteros, y escopeteros: y a éstos hacían espaldas en otro escuadrón cinco mil alemanes. Estaba en la retaguarda el señor de la Paliza con tres mil hombres de armas, guardando su fuerte: y asegurando el campo contra el ejército, que se esperaba haber de ir al socorro. Por los lados destes escuadrones, había muchas compañías de bearneses, y del condado de Foix, y Gascuña: que tenían cargo de las escalas, y mantas: y todo se llevaba con tan buena maña, y concierto, que no podía ser mejor: y con tener los nuestros tales, y tantos capitanes, y haber tanta gente dentro tan principal, hallaron los franceses tal resistencia, que allí donde pensaban ganar honra, perdieron muchos dellos las vidas. Fue en este día el combate muy bravo por todas partes: y de un tiro que dio en una almena haciéndose pedazos, murieron algunos: y fueron heridos Hernando de Vega, y Villalva, que acudieron a aquel cuartel, para animar la gente que en él estaba. De otro tiro se derribó una casa, desde donde defendía su estancia don Pedro Manrique, en el cuartel que guardaban con sus capitanías él, y don García Manrique hijo del conde de Osorno: por donde fue la mayor furia del combate: y como tomó a don Pedro debajo, le sacaron por muerto: y Antonio de Fonseca puso en su lugar a Juan Ramírez de Segura caballero de la orden de Calatrava: y fue muy mal herido Sancho Martínez de Leyva. En aquella estancia cargó la mayor fuerza de los franceses: y fue combatida dos días: y fue entre todos muy loado el esfuerzo, y valor de Pedro López de Padilla: a quien se había encargado aquella parte del muro más peligrosa, que estaba opuesta al campo de los franceses: que caía sobre el río: por donde afirmaban, que ya otras dos veces había sido entrada la ciudad: y adonde el peligro estaba más descubierto: y así para la defensa de aquella estancia, se señalaron las capitanías de don Hernando de Toledo comendador mayor de León, y del

conde de Miranda, y de Pedro de Tapia, con la gente del duque, que era muy escogida. Aquel mismo día se señaló entre otros muchos de gran valentía, don Juan de la Carra: pues aunque era grande la furia de la artillería, y el estrago que hacía, nunca desamparó una esquina que tomó a su cargo de defenderla. El daño que recibieron los franceses, fue tanto mayor, que fueron forzados a retraerse: y quedaron muy desanimados, y tristes: así por el daño que habían recibido, como porque perdieron del todo la esperanza de poder tomar aquella ciudad.

Que el rey don Juan se levantó del cerco de Pamplona con su real, y pasó a Guyena. XLII.

Como al otro día que los franceses llegaron a poner el cerco, el duque de Nájera pasó a la cuenca de Pamplona, por reconocer si hallaría allí algún lugar, adonde se pudiese hacer fuerte, y no halló ninguno pasada la cuesta de Reniega, en que hubiese agua, y leña, dejó la infantería de la otra parte del puerto: y mandó hacer muchos fuegos, y almenaras en lo alto de la cuesta, para que los cercados reconociesen que los tenían más cerca. Aquella noche mandó volver la gente de armas: y acordó de enviar algunas compañías de jinetes con muy buenos capitanes, para que diesen rebato en la retaguarda de los enemigos si se levantase su campo, como se entendía, que no podían durar mucho en él: y así pareció, que lo más expediente era quitarles los bastimentos, y quebrarles los molinos: y por esto se mudó el real del duque de Nájera a la cuesta de Reniega, a legua y media del campo de los franceses, por estar más cerca, y a vista de la ciudad. No quería esperar más gente, porque el duque de Alba, y él diesen luego en los enemigos: pues si no dejaban la artillería, no podían caminar tanto, que no los alcanzasen, y rompiesen: mayormente teniendo gran falta de mantenimientos: y no los habiendo en los lugares por donde se habían de retraer. Otro día después de aquel combate, domingo a veintiocho del mes de noviembre no se tiró ningún tiro grueso del campo de los enemigos: y dieron lugar que se reparase lo que habían batido, en todas las partes que hubo necesidad de reparo: y esto se hizo con tanta diligencia, que se puso la ciudad en mayor defensa que cuando llegaron a combatirla: y la gente estaba tanto más animada, que parecía que iban cobrando mayores fuerzas. Aquel día hubo algunas escaramuzas: y teniendo cargo de la puerta que llaman de la Tejera, Risas, y Arnalte, capitanes de la gente de Toledo, a donde acudía a la guarda el marqués de Villafranca, con los caballeros de las órdenes de Calatrava, y Alcántara, y con la capitania de don Juan de Silva, salió por aquella puerta Ruy Díaz de Rojas, y por la de Santa Clara Lope Sánchez de Valenzuela: y fue con tanto rebato, que toda la caballería francesa se puso en escuadrón: y salió una compañía de hombres de armas por una ladera, a tomarles el paso: y con harta dificultad Lope Sánchez se pudo retraer, deteniéndose por recoger los suyos: y fuele forzado de echarse al río, porque le tenían tomada la puente. En una destas escaramuzas andando a pie un caballero aragonés de los gentiles hombres del rey, llamado Juan de Albión, delante de la puerta de la Tejera fue herido por un escopetero, que le tiró

de una zanja, y luego cayó muerto. Conociendo los franceses el ánimo de los nuestros, para la defensa, y el peligro grande en que ellos estaban, y temiendo no se levantasen contra ellos los de la tierra, que seguían su opinión, visto que en su entrada no se había hecho ningún efeto, y que estaban a tanto riesgo, porque no les tomasen los pasos Ramón de Esparza, y Miguel de Doña María, y otros caballeros, capitanes, que eran idos por mandado del duque, a levantar los pueblos de los valles, y juntar la gente, levantaron el real el postrero de noviembre a medio día. Al tiempo de retraerse, salieron de la ciudad algunas compañías de gente de caballo, e infantería, y otra mucha gente desmandada, para robar el campo: y comenzóse a hacer gran daño en su retaguarda: y púsoseles tanto embarazo, al tiempo de arrancar su artillería, que no se pudieron apartar dos tiros de ballesta de la ciudad: siendo ya de noche, enderezando su camino a la vía de Baztán. Salió el mismo día el duque de Nájera de su fuerte: y tomó el camino de Pamplona: y púsose entre la ciudad, y el ejército de los franceses: y llevaba el suyo muy en orden, con hasta seis mil soldados: cuyos coroneles eran Gómez de Buytrón, Martín Ruiz de Avendaño, y Rengifo: y la gente de caballo era a maravilla muy lucida: e iban con ella don Alonso de Aragón duque de Segorbe, hijo del infante don Enrique, los duques de Luna, y de Villahermosa, y don Alonso de Aragón conde de Ribagorza, el alcaide de Los Donceles, el marqués de Aguilar, y el conde de Montagudo, y muchos caballeros cortesanos. Cuando llegó este ejército a Pamplona, el duque de Nájera asentó su campo en el monesterio de la Merced, y en las estancias que tenían los alemanes: y aquella noche usó el duque de Alba de una gran cortesanía, y gentileza con el de Nájera: que mandó juntar todos los caballeros que habían seguido con él la guerra, y dio cargo a Antonio de Fonseca, que recogiese los que entraron con él en Pamplona, y todas las capitanías de las guardas: y con todos ellos, y con el pendón de Santiago se vino el duque de Alba a la Merced, para hacer la guarda al duque de Nájera: y él veló hasta la media noche: y dejando allí hasta cuatrocientos hombres de armas, se entró en la ciudad. Entonces proveyeron los duques, que todos los soldados, y gente de caballo llevasen de comer para seis días: los tres para ir en seguimiento de los franceses, y los otros para la vuelta: porque de otra manera, por estar la tierra alzada, nuestra gente no podía seguir a los enemigos: y como en Pamplona había falta muy grande de bastimentos, fue necesario que se llevasen de la Puente de la Reina. Entretanto se ordenó, que el condestable de Navarra fuese adelante con trescientas lanzas: y el coronel Villalva con mil quinientos infantes, para que hiciesen espaldas a los de la tierra: y ofreciéndoseles buena ocasión, diesen en los enemigos: y en este medio tuvo tiempo el ejército francés de poderse retraer la vía de Francia, por el puerto de Maya: porque estaba por ellos aquella fortaleza: y la gente de armas se puso en unos lugares a legua y media de Pamplona. Al otro día que levantaron el campo, Ramón de Esparza, y Miguel de Doña María llegaron en anocheciendo a Aoiz: y recogiendo toda la gente que pudieron, y dando apellido por toda la merindad, todo aquel día hirieron en los enemigos por la retaguarda de los bearneses que estaban en Monreal: porque cuando llegaron a Aoiz, los de aquella villa, y algunos de los valles los habían desbaratado. Esto se pudo hacer más fácilmente, porque el señor de Góngora, y algunos capitanes de infantería del mismo reino de Navarra, y ciertas compañías de la provincia de Guipúzcoa,

que el rey mandó salir a tomar los pasos, habían cerrado los caminos, derribando sobre ellos mucha arboleda de los bosques de la montaña, por ardid antiguo de guerra: y haciendo hoyos, y cubriéndolos con rama. Juntáronse con el señor de Góngora Ramón de Esparza, y Miguel de Doña María: y desbarataron algunas compañías de bearneses: y prendieron hasta doscientos dellos con su capitán, que era el señor de Coloma: y pusieronlos en un lugar que se dice Nagore: y por otra parte fueron muertos, y presos cuatrocientos gascones, que iban en un escuadrón, que no se salvó hombre dellos. Más adelante en la sierra de Velate Juan Pérez de Lizau, y Juan Martínez de Verastegui con sus compañías de lacayos, y Diego López de Ayala, que estaba en S. Esteban, y se juntó con ellos, que serían todos hasta tres mil hombres, y algunos de la provincia de Guipúzcoa acudieron en la retaguarda de los alemanes, que iban en guarda de la artillería: y desampararonla: y fueron en su alcance: y mataron algunos: y tomaron la artillería que había pasado los montes, que eran trece piezas. Iban en aquel escuadrón hasta trescientos hombres de armas, y cien albaneses, y casi dos mil alemanes: y tomaron lo alto del monte: y revolviéronse con ellos en escaramuza los lacayos, y guipuzcoanos, e hicieron daño en los de caballo: y matáronles alguna gente: hasta que se pudieron retraer de la otra parte de los Pirineos. Recogiéndose desta manera, con harto daño, y fatiga, pasó el rey don Juan con su ejército, por aquel puerto de Maya, a Guyena.

Que los lugares que se tenían por el rey don Juan en poder de Agramonteses, se redujeron a la obediencia del rey: y de lo que se proveyó para la defensa de aquel reino. XLIII.

Después que salieron los franceses de Navarra, muchos del bando del mariscal se recogieron en Murillo: y don Juan de Alagón, por medio de un religioso de la Oliva, tuvo cierta inteligencia, que se le entregasen algunos lugares, que estaban por el rey don Juan. Para esto el arzobispo de Zaragoza, que estaba en Sádaba, le envió mil soldados: y la otra gente que allí tenía, mandó que fuese a Carcastillo, que está a vista de Murillo, para que diesen favor a los que se quisiesen poner en la obediencia del rey: y con determinación que los combatiesen, si no se quisiesen rendir. Mas los caballeros navarros parientes del mariscal, que por su respeto habían seguido la parte de los franceses, que se hicieron fuertes en Murillo, y en otras fortalezas, con un hijo suyo pequeño llamado don Pedro de Navarra, que eran Ladrón de Mauleón, el vizconde de Zolina, Martín de Gony, y sus hijos, Pedro de Rada, y otros que eran sus deudos, enviaron a decir al rey, que ellos conocían el yerro que habían cometido: y le suplicaban los quisiese perdonar, prometiendo que de allí adelante siempre le serían fieles súbditos, y vasallos. Mandóles el rey, que entre otras cosas entregasen las fortalezas de Burgui, Peña, Salinas de Oro, San Martín, Murillo, Miranda, y Santa Cara, que quedaban en su poder: y el rey las había confiado del mariscal, y de sus parientes: y que después de entregadas cerca de lo que suplicaban, deliberaría lo que cumpliese a su servicio. Como el mariscal había hecho donación de su estado a su hijo, y le nombró por tutores al condestable de Castilla, y a

don Francisco de la Cueva duque de Alburquerque, que era su tío, y a don Juan de Arellano, confiando más aquellos caballeros navarros en la clemencia, y bondad del rey, que en la ayuda que les podía venir de Francia, deliberaron de entregar las fortalezas: y al mismo tiempo los franceses que estaban en la fortaleza de Burgui, y en el val de Roncal, se rindieron a merced a los nuestros: y fue reducido todo aquel valle a la obediencia del rey. Con esto, para asegurar, y defender mejor, aquel reino, entendió el duque de Alba con gran solicitud en ordenar las cosas necesarias: y envió trescientas lanzas, y mil quinientos soldados, con la artillería necesaria, para que se recibiesen de los Agramonteses las fortalezas de San Martín, Miranda, Santa Cara, y Murillo, en cuya defensa tenían los de aquella parcialidad gran confianza: y como se mandó derribar la fuerza de Santa Cara, hubo sobre ello diversos pareceres. Algunos decían, que conviniera más que se derribara la de Murillo, porque estaba entre Tudela, y Tafalla, y junto al mojón de Aragón: de donde se pudiera hacer mucho daño, siendo los de aquel lugar muy aficionados al mariscal: y que para dejar la fortaleza de Murillo, no les parecía buen consejo, que se derribase la de Santa Cara, que se había de restituir a Beamonteses: que era el bando contrario: y por esto se determinó, que se derribasen las dos. Entonces se puso en plática de concertar al condestable de Navarra, y al conde de San Esteban, por atajar la diferencia, y contienda antigua entre los de Lussa, y Agramonte: y sosegar aquellos pueblos: y esto parecía que se acababa con concertarlos en la diferencia que había entre ellos sobre el oficio de condestable de aquel reino: por el cual hubo tan gran diferencia entre los de Peralta, y Beamonte en el tiempo del rey don Juan padre del Rey Católico: y en la contienda que tenían sobre Andosilla. Comenzóse a dar orden en fortificar la ciudad de Pamplona: y en labrar lo que había batido la artillería: y pareció que se debía hacer en ella una buena fortaleza: señalando el lugar más cómodo: y porque se vio por experiencia, que la fortaleza de Tiebas fue de mucho provecho, cuando Pamplona estuvo cercada, pareció que sería útil tornarla a labrar, y fortalecerla. También se dio mucha prisa en reparar a Grañón, y la fortaleza de Monreal, y una muela que está junto a ella, que llamaban la Judería, adonde pudiese estar gente de caballo, cuando menester fuese: y derribar, o aportillar la cerca de aquella villa: y entendiéndose en fortificar las villas de Lumbierre, y Sangüesa, y sus fortalezas. Deliberóse, que en Sangüesa se hiciese una torre fuerte en una barrera, para defender, y tener la puente: y lo mismo se hizo en Olite, y Tafalla: y pareció que se labrase una fortaleza en Ochaguía, y otra en Isaba, en lo alto de Roncesvalles: adonde son las aguas vertientes: y que la villa de Huarte, y Valdaraqui se fortaleciesen, para poner en ellas gente de guarnición, cuando necesario fuese: y que todas las otras fortalezas, e iglesias fuertes del reino se derribasen, y desfortaleciesen, y la cerca de Estella, quedando las fuerzas que en ellas había. Las fortalezas que entonces pareció que convenía derribarse, y se dio para ello mandamiento del rey, fueron éstas. La de Sancho Abarca, los castillos de Leguín, y de Melida, la fortaleza de Casseda, Castillo Nuevo, las torres de la villa de Agular, la fortaleza de Cabrega, los castillos de Javierre, y de San Martín, Oro, Murillo, y su cortijo, la fortaleza de Belmechete junto a Estella, Alcarroz, Axieta, la fortaleza de Arguedas, el castillo de Peña, y Unzué, Eslava, Pitilla, Azamez, y Santa Cara. Dejó el duque en Pamplona cien hombres de armas, y

doscientos jinetes, y quinientos soldados: y en Sangüesa se pusieron cien lanzas: y por capitán don Pedro de Castro, y doscientos jinetes: y otros tantos en Lumbierre: y dióse cargo de la fortaleza, y de la villa al capitán Mescua: y en Olite quedaron cien soldados con un alcaide: y otros tantos en Tafalla. Púsose gente de guarnición en Grañón, y Monreal: y dio el rey el cargo de visorey, y capitán general de aquel reino al alcaide de Los Donceles: a quien había dado entonces título de marqués de Comares: y entretanto que él iba, dejó el duque en Pamplona al marqués de Villafranca su hijo: para que se la entregase. De manera que el rey no solamente alcanzó la vitoria por la parte de Italia, adonde estaba en este tiempo su ejército muy poderoso, pero aun por la de Bearne, y Guyena, por donde le acometió tan de sobresalto el rey de Francia con toda su pujanza: habiendo desamparado nuestras fronteras los ingleses: y conquistó a su señorío aquel reino, que sus predecesores los reyes de Aragón tuvieron por mucho tiempo: y después diversas veces procuraron de cobrarle, y unirle a la Corona destes reinos.

Cuánto procuraba el rey la unión de los príncipes confederados: y que perseverasen en la liga. XLIII.

En lo de arriba se hace mención de cierto trato que los cismáticos movieron al emperador, de parte del rey Luis, con fin de poner discordia, y desconfianza entre los príncipes de la liga: y señaladamente entre el emperador, y el Rey Católico, y el rey de Inglaterra. Al mismo tiempo que se propuso al emperador aquello, movieron otro al Papa, que era muy perjudicial al príncipe don Carlos, y a sus agüelos: y otro tercero al rey de Inglaterra, sólo en daño de todos, por dividirlos: y ninguno dellos era con intento que viniese a efeto cosa de las que ofrecían. Lo primero, como está ya dicho, era que el emperador casase al príncipe con Reynera hija segunda del rey de Francia: y prometieron, que le darían con ella en dote el ducado de Milán, y el estado de Génova, y el derecho que el rey Luis pretendía tener en el reino de Nápoles, y el ducado de Gueldres: y para en seguridad desto, ofrecían de poner a Reynera en poder del emperador: y como el rey nunca se descuidase jamás de entender lo que se movía por todas partes, y supiese que todo se armaba contra él, procuraba de persuadir al de Gursa, que considerase, cuán vano era todo lo que se ofrecía al emperador, y de ninguna sustancia: pues cuando aquel casamiento se concluyese, y el asiento se efetuase, el emperador no ganaba otra cosa, sino que le entregasen una hija segunda del rey de Francia. Mayormente que por tenerla, no sería bastante seguridad: porque puesto que se declarase lo contrario en Francia, se tenía por notorio, que a la hija segunda no le podía pertenecer Milán, ni otra cosa de aquellos estados, que ofrecían de darle en dote: y estaba muy en la mano, que viviendo su padre, había de pretender, que pertenecían a la hija mayor: y que no se le pudo quitar: porque los derechos de las sucesiones de reinos, y estados de mayoradgo, no se pueden renunciar: ni valen las renunciaciones que dellos se hacen. Pues muriendo el rey Luis, de suyo estaba, que había de pretender lo mismo su sucesor: y por esto el rehén de



Reynera era de poca seguridad, para interese de tanto estado: y decía el rey, que por bien empleada tenía su padre una hija segunda, por cobrar tales estados como Milán, y Génova: y lo que más podría ganar teniendo aquello: pues sabía que no la habían de matar: y cuando de tanta crueldad se usase entre príncipes, lo tenía él por muy menor inconveniente que perder el estado. Con esto afirmaba, que lo que su contrario ganaría, si aquello se efetuase, sería lo primero que apartaría al emperador de los otros príncipes de la liga, para que después no confiasen dél: y él pudiese hacer de sus negocios lo que quisiese: y estuviesen en su mano, de no cumplir nada de lo que había prometido: y con este ardid tomaría luego a cobrar lo que había perdido: y lo primero a Génova, que le importaba tanto, y se le había levantado: y desto tenía gran confianza: porque se tenía por él el castillo de la Lanterna, que era una buena fuerza, y estaba sobre el puerto. Mayormente que viendo los otros potentados de la liga concertado al emperador con el rey de Francia, cada uno entendería en concertarse con él: y sería deshacer todo el poder que entonces estaba junto contra franceses: y había otro inconveniente, que era otorgarle, que tenía algún derecho al reino de Nápoles, no le teniendo: y sería hacer perjuicio al suyo, que era tan notorio: de manera, que aunque la apariencia de las promesas que los franceses hacían en favor del príncipe, era de grande sonido, y parecía de mucha importancia, tratándose del derecho del reino, y de la sucesión en el estado de Milán, y Génova, y en el ducado de Gueldres, pero como era cosas que habían de pasar primero tantos años, que se viesen cumplidas, y antes que Reynera fuese de edad, que era el término cuando se habían de efetuar, y considerando, que aun para entonces no se tenía seguridad cierta que se cumplirían, y la utilidad que el rey de Francia con esto alcanzaría era presente, se conocía en ello ser manifiesto el engaño. Mostraba el rey con muy evidentes razones, que a sus comunes estados de las casas de Austria, y Aragón no les podía resultar peligro grande de ninguna otra potencia sino de la del rey de Francia: y que lo que más les cumplía a los dos era, abajar a su enemigo, desarraigándole del todo de Italia: y trabajando que se cobrase el ducado de Borgoña para su nieto, y las villas de Picardía, y para el rey de Inglaterra, Normandía, y Guyena: porque procurándose esto, le podrían poner la ley que quisiesen. Que lo que convenía era trabajar, que ellos dos, y el rey de Inglaterra, y el Papa, y venecianos siguiesen una misma liga: porque hasta reducir al rey de Francia, a que se contentase con el señorío de su reino, y dejase lo ajeno, ni se podría entender en la reformación de la Iglesia, ni en otra cosa grande de las que se podrían emprender acabado aquello: y para tratar desto procuraba el rey, que el emperador respondiese al trato que se movía por parte del rey de Francia, que él no quería por seguridad de lo que se hubiese de tratar, a su hija, sino con condición, que desde luego se entregase al príncipe el ducado de Borgoña, para que lo tuviese en su poder, hasta que se efetuase el casamiento: y entonces, poniendo en posesión al príncipe de los ducados de Milán, y Gueldres, se restituiría al rey de Francia el ducado de Borgoña. Decía que para la misma seguridad se debían también entregar las fortalezas de Milán, que quedaban en poder de franceses, para que se tuviesen por el príncipe, hasta que aquello se efetuase. Con esto parecía al rey, que se le debía también responder, que de lo de Nápoles no quería renunciación, por no perjudicar al derecho natural, ni a la investidura: pues de aquello él se tenía por bien seguro. Que dél no se quería

sino lo demás que ofrecía, entregando en su poder a Borgoña: y desengañábale, para que entendiese, que no bastaba otra ninguna seguridad de escrituras, y rehenes: como se había podido entender la otra vez, cuando se asentó el casamiento del príncipe con Claudia, que prometieron a Milán, Bretaña, y Borgoña, renunciándolo todo al príncipe, si el casamiento hubiese efeto: y después de haber asentado todas las seguridades, que para ello dijo el rey de Francia que podía dar, al fin todo fue engaño: y se salió dello: y dejó burlado al emperador, y a los que tenían cargo del gobierno del príncipe. Con estas razones avisaba el rey al de Gursa, de cuyo consejo pendía todo lo del gobierno del estado del emperador, que tuviese por muy constante, que de cosa que en Francia prometiesen, no se había de hacer ninguna cuenta, sino de aquello de que le diesen seguridad de buenas fortalezas, para que se entregasen en poder del emperador, y del príncipe: y no en terceras personas: porque el rey de Francia los sabría escoger tales, que sería tenerlas él mismo. Finalmente era de parecer, que si se hubiese de hacer mudanza en el casamiento, que estaba tratado con la hermana del rey de Inglaterra, fuese con voluntad del mismo rey: y conservando su amistad: y porque tenía entendido que la gente inglesa es de tal condición, que ejército della jamás se concertaría con otro de diversa nación, para acometer guerra juntamente por una parte, instaba, que el verano siguiente entrase poderosamente el rey de Inglaterra por la parte de Calais: y tomase a su cargo la empresa de Normandía. Si esto se hiciese, ofrecía, que su ejército de España pasaría al mismo tiempo a Guyena: y sin que viniesen acá ingleses, tomaría a su mano la conquista de Guyena para el rey su yerno: contribuyendo en cierta parte de la costa de su ejército: pues había de ser para él lo que se ganase en Guyena. Si al mismo punto que estos ejércitos entrasen en Francia, pudiese el emperador tomar la empresa de Borgoña, y de las villas de Picardía, decía que todo sería más fácil, que en ningún otro tiempo: y procuraba para persuadir al rey de Inglaterra, que viniese en esto, que el de Gursa tratase con el emperador, que le ofreciese, que por su causa se pornía en lo de Borgoña: y se procurase, que los potentados de Italia le ayudasen pagándole alguna gente por cierto tiempo: pues si la potencia del rey de Francia era acometida a un mismo tiempo por tantas partes, no habría duda, sino que perdería todo lo que tenía usurpado. Cuanto a las cosas de Italia entendía el rey, que había dos peligros, y el uno era el del rey de Francia: porque visto que el Papa no había querido que el ejército se juntase, y pasase contra los castillos que quedaban en el estado de Milán, se le había dado sobrado tiempo para que los socorriese: y podría ser que lo hiciese: aunque el recelo de lo de Guyena, y Bearne le hacía volver el rostro. El otro era los malos medios de que usaba el Sumo Pontífice, y su dañada intención: el cual si pudiera, quería echar de Italia a los dos: y quedar libre de las naciones extranjeras. Pero todavía afirmaba el rey, que era muy necesario conservarle, y tener de su mano el favor de la causa de la Iglesia: porque con ella el Papa podía confiscar los estados de Francia: mayormente por aquel delito, siendo el rey cismático: y así ellos con honesto título los podían tomar justamente: y para con los pueblos de Francia aprovecharían más las censuras de la Iglesia, que buena parte de las armas. Mayormente que si esto no se hiciese, sería causa, que ni la cisma se destruiría, ni se reformaría la Iglesia: y sería dar lugar que el rey de Francia saliese con su intento de poner cisma en la cristiandad,

que era la mayor guerra, y pestilencia de todas. Para esto se afirmaba, que convenía que se quitase al Papa toda sospecha que tuviese dellos dos: para que estuviese muy confederado con ellos: y esto era por dos cosas, que no hubiese a Ferrara, y que el duque Maximiliano no quedase con Milán. Porque esto se consiguiese mejor, trataba don Pedro de Urrea con el de Gursa, que se asegurase al Papa, que el emperador, y el Rey Católico holgarían que hubiese de aquel estado lo que era de la Iglesia: y que le ayudarían para ello, concluyendo Su Santidad la paz entre el emperador, y la señoría de Venecia: y pues se hacía por su respeto todo lo que le cumplía, razón era que él hiciese esto, que era tan justo, y que tanto le convenía a él mismo, para tenerlos unidos consigo: y para que las cosas de Italia quedasen asentadas, y seguras para siempre: porque en no dar forma Su Santidad, cómo aquella concordia se efetuase, era no permitir, que se asegurasen las cosas de Italia: pues por aquel agujero podría revolver sobre ella el trabajo pasado. Juntamente con esto en lo de Milán se le diese a entender, que ellos estaban conformes, en que el duque Maximiliano quedase en aquel estado: y que le habían de ayudar para ponerle en él, y defenderle: y que en lo primero en que se había de entender era, combatir los castillos que se tenían por franceses en Lombardía: de suerte que ninguna piedra les quedase en Italia: y acabado esto, siendo concluida la paz entre el emperador, y venecianos, se podría emprender lo de Ferrara: pues concluido lo de Milán, lo de Ferrara quedaba hecho: y si el ejército se ocupase primero en lo de Ferrara, sería dar tiempo a los franceses, para que socorriesen los castillos de Milán: y se pusiese en peligro de tornar a cobrar aquel estado: y era grande inconveniente tener a los súbditos dél, que deseaban la venida del duque Maximiliano, tanto tiempo suspensos. Tenía el rey por muy cierto, que si el emperador, y él rompían con venecianos, aquello había de ser causa que franceses volviesen a Italia: y a poner el mundo en confusión: y por esto con gran instancia procuraba, que se buscasen todos los medios, y remedios posibles, para que la concordia se efetuase: y porque la señoría la rehusaba, por no dejar a Vicenza, aconsejaba que el emperador tomase en su lugar a Cremona. También como el de Gursa propuso en este tiempo que se debía hacer una ordenanza de gente de armas, para que estuviese en las fronteras de Milán, y que tuviesen en ella porción cada uno de los príncipes confederados, y que estuviesen debajo de un capitán general de la liga, y que éste atendiese a la defensión, y conservación de los estados que tenían en Italia, pareció al rey, que se debía poner en ejecución. En las cosas de Génova aconsejaba el rey, que hasta que se cobrase el castillo de la Lanterna, que estaba por los franceses, no se diese favor a ninguna de las partes, contra la otra: porque ninguna dellas se pudiese ayudar del rey de Francia: y no se perdiese la parte que estaba dentro: ni fuese causa que se dividiesen los de aquel estado: y estuviesen conformes, y unidos, para la conservación dél: y los tuviesen reducidos, y favorables a su opinión. Mas sobre todo tenía el rey mucho cuidado, que se prosiguiese el concilio lateranense: y porque se temía que el Papa lo quería disolver, y así lo de la reformation no se podía conseguir, se procuró de su parte, y de la del emperador, que el Papa entendiese, que habiendo los cismáticos tornado a convocar, y proseguir su conciliábulo en Lyon, si se disolviese el de San Juan de Letrán, sería dar más autoridad a los que favorecían la cisma. Puso el rey mucho artificio en que el emperador estuviese en todo esto

muy constante: y siguiesen todos aquel intento, como debían: entendiendo, que por este camino sus cosas, y las del príncipe, su común heredero, se harían mucho mejor, que ellos las podían desear.

Que el visorey don Ramón de Cardona pasó con el ejército de la liga, para hacer levantar el cerco, que los venecianos tenían sobre Brescia. XLV.

Al tiempo que se deliberaban todas estas cosas, estaba el visorey don Ramón de Cardona en Casalecio a dos millas de Bolonia, para venir a Módena, a dar conclusión en lo que habían determinado en Mantua: y por no perder tiempo proveyó, que el ejército fuese la vía de la Mirandola, que está a doce millas del Po. Juntáronse en Módena el de Gursa, y don Pedro de Urrea, y Andrea del Burgo, que iban con el visorey: y allí se resolvieron por ellos diversas cosas. La primera, que se tratase de la paz entre el emperador, y la señoría de Venecia: y que el visorey viniese con su ejército a combatir a Brescia: y pasase a Milán, para poner al duque Maximiliano en su estado, que estaba ya en Trento: pero pareció que se difiriese la ida del de Gursa, por la duda que se tenía del Papa: el cual mandaba juntar gente para la empresa de Ferrara: y estaba ya el duque de Urbino con dos mil suizos en Luco, y Bagnacavallo: puesto que toda la infantería que tenía en Ravena se le despidió: y los suizos se volvieron a Bolonia, porque no los pagaban: y así se acordó, que el de Gursa quedase en Módena, y fuesen a Roma don Pedro de Urrea, Andrea del Burgo, y micer Armengol: para disponer la negociación: y entender si podría el de Gursa asegurarse: y descubrir más ciertamente la voluntad del Papa: y por no aventurar tanto en su fe. En este medio determinaba el visorey de pasar con su ejército el Po: y que se juntase con él la gente que tenía el emperador en Verona, que eran dos mil quinientos alemanes, y cuatrocientos caballos ligeros, y la artillería, para ir camino derecho de Brescia, y tomar a Peschiera, que está en el camino, y se tenía aún por los franceses. La causa que les movió de ir primero sobre Brescia, que poner al duque de Milán en su estado, fue porque pudiera ser, que entretanto tomasen los venecianos a Brescia, que la tenían en mucho estrecho: y recelábase, que si se les rindiese, no vendría a la paz que se procuraba: ni pagarían el sueldo del ejército de la liga por los meses que eran obligados: y los suizos se desdeñarían: siendo en esta sazón contentos, que el visorey fuese sobre Brescia. Condecendió a esto el de Gursa medio por fuerza: porque él más se inclinaba, a que el visorey fuese contra venecianos: pensando que aquello sería causa de atraerlos a la concordia. Esto era en fin del mes de septiembre: y había llegado en este tiempo Próspero Colona al estado de Siena, con la gente de armas que quedó en el reino: al cual no quiso dejar pasar el Papa por las tierras de la Iglesia: y por esta causa había enviado el visorey al Papa a Guerao Icart alcaide de Tropea: y también porque se traía gran negociación en apartar al duque Maximiliano de la protección del emperador, y del Rey Católico: y sobre esto había enviado el Papa al mismo duque al protonotario Caraciolo: para imprimir en él nuevos temores, y sospechas de los dos, y hacerle apartar de su opinión. Lo mismo hacían ordinariamente el cardenal de Sidón, y el obispo de Lodi: y éstos le

requirieron que saliese de Trento, y se fuese a poner en la protección de los suizos: porque el Papa, y ellos pudiesen disponer del estado de Milán a su voluntad, teniendo al duque consigo: pero conociendo cuánto le convenía no apartarse de la obediencia destes príncipes, avisaba a don Pedro de Urrea de todo lo que pasaba: y estaba muy constante en su opinión: no embargante lo que se le decía en contrario cada hora. Había sobre lo de Brescia gran confusión, y discordia: porque venecianos la tenían cercada, para apoderarse della: y el emperador la quería para sí: y por otra parte los suizos porfiaban, que había de ser del duque Maximiliano: y por excusar los inconvenientes que de aquello podían resultar, se deliberó que el visorey la tomase por la liga: certificando, y asegurando a venecianos, que había de ser para la señoría: por atraerlos a la concordia: en la cual había gran dificultad, favoreciéndolos el Papa, para que se apoderasen de Brescia: y ocupando él injustamente a Parma, y Piacenza: y trabajando de haber a Ferrara, sin dar razón al emperador, ni al Rey Católico: y poniéndolos en discordia con los milaneses, y suizos: pretendiendo de señorear a toda Italia: y vender aquella paz de venecianos muy cara, por salir con su intento, de echar a todos los extranjeros. Con esta resolución que se tomó en Módena, partió el visorey para la Mirandola el primero de octubre: y llevaba grande ánimo para acometer cualquier cosa: puesto que le habían de ayudar: y él no se holgaba nada que el Próspero, que tenía ganada reputación de muy excelente capitán, se viniese a juntar con él. Pasó el ejército otro día el Po, por Ostia: y halláronse al pasar más de nueve mil infantes: y llevaba cargo dellos el marqués de la Padula: y había de ir desde Ostia a Peschiera. Luego el día siguiente tras la infantería pasó la gente de armas: y don Hernando de Ávalos marqués de Pescara, que fue traído a Milán por los franceses, después de la batalla de Ravena, habiéndose rescatado, se fue a nuestro campo: y sucedió en la capitania de hombres de armas de Gaspar de Pomar, que murió en Milán de una herida que recibió en la cabeza: en un ruido en que se halló con el mismo marqués: que también salió herido della: y era esta compañía de gente muy escogida, y todos españoles: y por el gran valor, y esfuerzo con que el marqués había servido, y por ser habido por natural, se le dio cargo de aquella compañía, que era la mejor de Italia, en llegando a Módena. Era partido el Almirante Vilamarín con siete galeras, para juntarse con las del Papa, y venir a poner el cerco sobre el castillo de la Lanterna, del puerto de Génova: y estaban en esta sazón en Civitavieja: y llegando después a Génova, fuese con otras tres galeras de la señoría de Venecia a Saona: y las del Papa se quedaron en el puerto de Génova, en parte que no las podían ofender del castillo. Había tan mala guarda en aquella ciudad, y en el puerto, que los franceses pudieron fácilmente socorrer el castillo, sin juntar armada: porque cada noche entraban barcas, y bergantines: y las galeras no podían estar juntas de fuera por estar tan adelante el invierno. Tenía el duque de Génova cuatro galeras: y las dos estaban en aquel puerto, y las otras dos en Saona: pero muy faltas de gente, y artillería, y en Marsella tenían los franceses solas seis galeras armadas, y siete barcas, y un galeón de fray Bernardino. No había cosa en que no pretendiese en Papa haber su parte: mayormente en lo del estado de Milán: porque trataba de tomar para sí el condado de Aste: puesto que los suizos querían que se incorporase en el estado de Milán: del cual había sido separado, y dado en dote, como la

ciudad de Verceli, que también se dio por casamiento al duque de Saboya: y la ciudad de Cremona, y la región de Geradada fueron de la misma manera de aquel estado: y las hubo la señoría de Venecia, por la concordia que se hizo con el rey de Francia sobre la división dél, contra el duque Luis Sforza: y era de las buenas, y provechosas ciudades de Italia: y valía en aquel tiempo de renta ciento veinte mil ducados. Vicenza rentaba a la señoría más de cuarenta mil: y el Friuli otro tanto: y Verona más de ochenta mil. Brescia llegaba a valer más de cien mil: y esto era causa que los venecianos no querían venir en la concordia con el emperador: señaladamente porque en aquellas ciudades, y en su territorio, la mayor parte de las posesiones eran de los gentiles hombres: y así ellos eran los principales para contradecir en sus consejos, que no se dejase ninguna de aquellas ciudades: anteponiendo que lo hacían por el bien público: moviéndoles más el particular: siendo cierto que los estados, y repúblicas bien gobernadas, no tienen amistad, ni odio, sino cuanto los mueve el interese propio. Cobraron entonces sobrado favor con la inteligencia que tenía con ellos el Papa: porque mostró gran afición a no dejarlos: no se confiando del emperador: de quien decía ser mudable, pobre, y mal ministro de su propia hacienda. En esta sazón se concertaron los milaneses con los suizos, de darles por el duque Maximiliano ciento cincuenta mil ducados, en dos años: y cuarenta mil en cada un año perpetuos: y que tuviesen en seguridad de esto tres principales fortalezas de aquel estado: y por esta causa los suizos no quisieron confederarse en la liga: aunque el Rey Católico procuró mucho de atraerlos a ella: y envió por esta causa a micer Castel, por ser esta nación terrible, y que ponía espanto a todos los príncipes, y potentados de Italia: y que se iba acrecentando de sus vecinos, por ser gente codiciosa, soberbia, y sin fe. Tenía la señoría de Venecia repartida su gente en Bérgamo, y Crema, por temor de los milaneses, y suizos: y en los confines de Ferrara, y contra Brescia: pero no tenían capitanes de estimación, ni la gente era tal, que si los franceses, que estaban en la defensa de Brescia, salieran contra ellos a darles algún rebato, dejaran de recibir mucho daño.

Que el Papa, y la señoría de Venecia procuraban que el ejército del rey no fuese sobre Ferrara, por divertirle de la empresa de Lombardía. XLVI.

El Papa con la presunción que tenía, por haberle sucedido las cosas tan prósperamente, y con la ayuda que pensaba tener de la nación suiza, juntamente con la de la señoría de Venecia, inclinado con todo su entendimiento a la libertad de Italia, contra las naciones extranjeras, no se acababa de satisfacer de lo que se ofrecía por parte del Rey Católico: ni se agradaba de su amistad, sino por aprovecharse della para sus fines. No le quería ver poderoso en Italia: y temía mucho la confederación, y liga, que había entre él, y el emperador: y perseveraba en su imaginación, que teniendo a suizos, y venecianos, y uniendo consigo los otros potentados de Italia, pues los franceses eran ya fuera della, y la guerra sería entre ellos, y españoles, de suerte que la una potencia era necesaria para resistir a la otra, fácilmente se acabaría, que todos saliesen juntos. Tampoco se pudo

persuadir que se rehiciera tan presto en Italia el ejército del rey: ni que bastara a sostenerle, no contribuyendo él, ni venecianos, en lo que habían de pagar: y así creyó, que sin ningún peligro salía con su intención, que en un mismo tiempo serían echados de Italia españoles, y franceses. Cuando vio el ejército del rey tan reparado, y que había pasado de las tierras de la Iglesia, y que el cardenal de Sidón no le respondía en la liga de los suizos, como pensaba, y que lo de Florencia se acabó con tanta honra, y nuestro ejército, no sólo estaba pagado, pero se hallaba poderoso, y gallardo, y rico, y con mucha reputación, y que no había quien se le opusiese delante, y juntamente con esto Florencia, Siena, y Luca estaban a la disposición, y protección del Rey Católico, y que las cosas de Lombardía no le sucedían como él lo había trazado, se comenzó a desbaratar gran parte de la labor de su edificio: y quedaron en diversas maneras sus imaginaciones, y presupuestos muy vanos. Esto fue causa que se templó algún tanto: y disimulaba lo que podía, pues no le sucedía todo como lo tenía pensado. Por parte del rey, que tenía bien conocida su condición, se hacía grande instancia con él con mucha blandura, para que perseverase en la conservación de la liga: y su ejército caminase a la expugnación de las fortalezas de Milán: y si conviniese pasase los montes a daño de franceses: lo cual le decían los italianos ser muy necesario, para hacer alguna diversión de las fuerzas de Francia: que en esta sazón todas se habían unido contra él por las fronteras de Navarra: pues con la necesidad que por estas partes se ponía a los franceses, había sido causa que no pudiesen acudir a la defensa de las de Lombardía: para lo cual era muy necesario que se conservase la liga. Propúsole el Papa en presencia del señor del Carpi embajador del emperador, y de Jerónimo Vic, y del que estaba por la señoría de Venecia: y como pareció que todos estaban conformes, en que se cumpliese lo capitulado acerca de la conservación de la liga, él se declaró más entonces: que pues se había de perseverar en ella, fuese el visorey de Nápoles con su ejército sobre Ferrara. A esto respondió Jerónimo Vic, que Su Santidad, y la señoría pagasen primero lo que era debido: y que el visorey haría con su ejército lo que era obligado: y el Papa se fue aún mucho más descubriendo: afirmando, que cuanto a la paga de la liga, era extinta: y que después de la batalla de Ravena, no eran obligados a pagar: y altercóse mucho sobre esto: quedando el Papa firme en que la liga se conservase, sin haber de pagar el ejército: y con esto se conformó el embajador de Venecia. El señor del Carpi a ninguna cosa estaba más atento, que a la destrucción del duque de Ferrara: y así insistía en ello, con particular pasión: y venía en que no se hablase por entonces, en la paga de lo pasado: y se diese sueldo por un mes al ejército, con que fuese sobre Ferrara: porque no se perdiese tiempo. Había dentro della dos mil soldados entre alemanes, y otros extranjeros: y estaba muy proveída de artillería, y municiones, y con vituallas, para mucho tiempo: y no mostraban tener ningún temor de la gente del Papa: aunque de nuestro ejército no estaban sin harto recelo, después de la expugnación de Prato: comoquiera que la ciudad es en sí muy fuerte, por estar asentada en lugar llano: lleno de lagunas, que se hacen del Po, caudalósísimo río, que se divide junto a la ciudad en dos partes: por la una junto a los muros, y por la otra pasa a dos leguas pequeñas. Estaba poblada de muy buena gente, muy fiel, y aficionada a sus señores: que los tienen por muy naturales, por la antigüedad del tiempo, que los reconocen por tales: y tenían gran

descontentamiento del Papa: y mayor enemistad con la señoría de Venecia: y los naturales della principales, son gente noble, y caballeros: que estiman mucho su honor. Todavía el del Carpi procuraba, que entretanto se diese orden en la paga de lo pasado, y en la seguridad de lo venidero: mas el Papa no quería contribuir en nada, sino como en depósito: para cuando fuese tomada aquella ciudad. Decía el embajador de España, que se diese el sueldo para un mes, y seguridad para las pagas, que correrían: y que de lo pasado, que era buena suma, se tomase asiento que se pagase por tercios: y que con esto el ejército de España con el del Papa, y de la señoría fuese a Milán, pues estaba en el camino: y que de vuelta se entendiese en aquella otra empresa de Ferrara. No quiso el Papa condescender a esto: y ofrecía, que si entendiese en lo de Ferrara, siendo tomada, aunque no era obligado de ayudar con armas temporales fuera de Italia, enviaría con nuestro ejército al Delfinado, o a la Provenza las seiscientas lanzas, que era obligado tener por las cosas de Italia, y daría sueldo para dos mil infantes que sirviesen en la guerra desta parte de los Alpes. Para procurar esto, envió al visorey, cuando estaba en Módena, para pasar a delante con el ejército, a Bernardo de Biviana: y no bastaba ninguna satisfacción para sanear la sospecha que tenía, de la unión del emperador, y del Rey Católico: y que se fuesen apoderando de Italia: y que el concilio se prosiguiese: y públicamente decía, ¿qué buena ganancia habría hecho, sacando de Italia a los franceses insolentes, y de mal gobierno, pero ricos, y de tal condición, que no se podían conservar mucho en un estado, y que hubiese hecho señores en su lugar, a los españoles, soberbios, pobres, y valerosos? Pero estaban las cosas en términos, que convenía conservar al Papa: aunque lo que pedía era muy deshonesto, y fuera de razón: y era su condición tal, que con la necesidad quería y sospiraba por el amparo del Rey Católico: y cuando estaba fuera della, y se veía con alguna prosperidad, tornaba a su natural condición: que era no reconocer obligación de los beneficios recibidos: y pagar con ingratitud: mayormente, que por lo que se había sacado de Florencia, y Luca, y otras partes de Toscana, el ejército se podía sostener algún tiempo, aunque el rey pensaba en lo venidero: pues el Papa, y los venecianos se habían declarado tanto: y no se había de esperar dellos ningún socorro, sino viéndose en grande necesidad. Tomó también el Papa otro achaque, para no dar su dinero, desde que supo que el Rey Católico había sobreseído de enviar a Italia, al Gran Capitán: cuya llegada él deseaba extrañamente: y sintió tanto esto, como si le sobreviniera alguna grande adversidad. Tampoco se conformaba en lo que el Rey Católico, quería que el estado de Milán estuviese a disposición del emperador, para que después se diese al duque Maximiliano su sobrino: y por esto se contentaba el de Gursa, que el visorey, como capitán general de la liga, entendiese en asegurar al duque en aquel estado, y le tomase a su mano. Llegaron a tratar de otro medio: que se pusiese en poder de dos personas nombradas por el duque Maximiliano: y que el Papa dejase en nombre de la liga a Parma, y Piacenza: y que los ejércitos saliesen de Lombardía, hasta que el de Gursa fuese a Roma: y que efetuándose la paz de venecianos con el emperador, se pusiese orden, y asiento en todas las cosas. Mas no fue posible concertarse en esto: porque el Papa quería que el duque Maximiliano se pusiese luego en poder de milaneses, y suizos: y que no entrase en el estado con su ejército, ni con mucha gente: y que fuese a Roma el de



Gursa, sin poner orden en las cosas de aquel estado, para que quedase a la ventura: y él pudiese tener a Parma, y Piacenza, que decía ser de la Iglesia. También pretendían los venecianos quedar con todo lo que antes tenían: y por esto difirió el de Gursa su ida a Roma: y se detuvo en Módena, para esperar el efeto que nuestro ejército haría en Lombardía: porque de aquello dependía lo de Parma, y Piacenza, y lo de Rezo, y Ferrara: y estaba con gran recelo, que entre tanto que él iba a Roma, no tomasen los venecianos a Brescia a sus ojos. Mostraba bien en todo esto el Papa estar con gran sospecha, que el emperador, y el Rey Católico se concertasen en dar aquel estado al príncipe don Carlos: y al infante don Fernando su hermano: y a penas podía creer, que se diese a Maximiliano Sforza, aunque era llegado a Trento: y amenazaban en su nombre, y de la señoría de Venecia, que cuando el emperador no quisiese dar alguno de los de la casa Sforza, tomarían un bastardo, pues había muchos, para ponerle en aquel estado, y desbaratar todos los otros fines: porque se había entendido que en la dieta de Alemania los embajadores del emperador públicamente trataban con suizos, para que consintiesen que el ducado de Milán se diese al príncipe. No embargante que la verdadera causa deste recelo era, la pasada de nuestro ejército desta parte del Po: teniendo por cierto que venía sobre Brescia: por hacer levantar el cerco de aquella ciudad a los venecianos: y hacían diversos juicios: de forma que toda Italia estaba en confusión, y suspensa, con recelo de mayores novedades: pero no habiendo otro ejército, ni poder, que se igualase con el del Rey Católico, los más esperaban adónde quería encaminar las cosas: presuponiendo, que se había de seguir la ley que él quisiese poner. Los que mostraban desear el sosiego de Italia entendían, que ninguna cosa era más conveniente para la quietud della, que darse el estado de Milán al infante don Fernando: entendiendo, que con el favor del Imperio, y de los reinos de España, lo podrían defender, y sustentar en menos contradición: porque puesto que la parte gibelina de aquel estado, que era la Sforcesca, fue entonces superior, la contraria estaba muy alterada, y era enemiga: estando fuera todos los de la casa de Trivulcio, que habían sido declarados por rebeldes: y les habían tomado los bienes: y éstos pareció cosa imposible, que el duque Maximiliano se asegurase de todos. Pero ni de una manera, ni de otra los venecianos no podían sufrir con paciencia, que el Rey Católico pusiese la mano en las cosas de Lombardía: ni su ejército entrase en ella: ni que el duque Maximiliano se pusiese en aquel estado, con su amparo, y favor: pareciéndoles, que no podrían tomar seguridad bastante de aquel príncipe, siendo hijo de quien fue destruido por ellos: pues aún no había entrado en él, y sus parientes, y aliados, que gobernaban con el cardenal de Sidón, señalaban en demostraciones, y obras, el odio, y mala voluntad que tenían a la señoría. De manera que la suma de todo se resolvía en que venecianos querían volver a lo primero, cobrando lo que habían perdido: y el Papa pretendía ser árbitro, y que todo dependiese de su voluntad, y quedase tan superior, que nadie le pudiese ir a la mano: en lo cual entendía muy bien el rey lo que se aventuraba de su parte. Porque lo de Papa iba tan descubierto, que sin esperar que saliese nuestro ejército, avisó al cardenal de Sidón, para que con los suizos y milaneses se pusiese en orden para resistir al ejército del rey, si intentase entrar en el estado de Milán: afirmando, que tenía por muy constante, que su intención era de apoderarse de aquel estado con malos fines: y hacer daño a

venecianos. Esto fue principalmente causa, que perseverase la señoría de Venecia, en no dar lugar a la paz, por no dejar a Cremona, o Vicenza: y con esperanza que habían de cobrar a Brescia, y Verona, estaban muy firmes en su obstinación, aventurando cuanto pudiesen su estado, porque el emperador, y el Rey Católico no se defendiesen en la posesión de tener las manos tan poderosamente, en las cosas de Italia.

Que el visorey fue con su ejército sobre la ciudad de Brescia, y se le rindió con el castillo. XLVII.

Después que el Papa entendió que el visorey había pasado con su ejército a Lombardía sin ningún impedimento, y que al Próspero no se le pudo estorbar el paso, aunque se había procurado que se lo embarazasen sieneses, y florentinos, y otros pueblos, publicando que el duque de Ferrara venía en su compañía, y no le sucedió como pensaba, porque el Próspero traía más de cuatrocientos hombres de armas, y había juntado más de mil soldados, y Siena, y Florencia, y Luca, por cuyas tierras había de pasar, estaban debajo de la protección del Rey Católico, y podía tan seguramente discurrir por sus tierras, como por el reino, quedó por esto algún tanto más manso: mayormente después que supo, que en la pasada del duque de Ferrara no tuvo culpa ningún ministro del rey. Con todo esto ninguna cosa bastaba, para moverle que mandase pagar la infantería española, como era obligado: y la intención de venecianos se iba cada día más descubriendo, que no querían venir a la concordia con el emperador, con la condiciones, y partidos que se habían platicado: ni aun con más moderados: porque su soberbia no se podía doblar a dejar ninguna almena de las que tenían antes de la guerra: y queríanlo todo: y tener el mundo siempre en balanza, esperando muerte de un príncipe, o mudanza de estado: pues de esta suerte, con las turbaciones, y guerras de otros príncipes, habían ganado, y acrecentado su señoría: de la misma manera, que por causa dellas se echaron los cimientos de aquella ciudad: y fue su principio, y aumento. Conformábanse bien con el Papa, en no contribuir en la paga de la infantería española: pretendiendo, que después de la batalla de Ravenna, no eran obligados a la paga: siendo muy sabido, que la liga duraba hasta que fuese destruida la cisma, y saliesen de Italia los franceses: aunque el Papa más a la clara decía, que no quería pagar, hasta que fuese tomada Ferrara. Como quiera que estaba muy entendida su no sana intención, hacía el rey todo extremo, por conservar el ejército que tenía en Italia, con su dinero: porque estrechando por España la guerra como se hacía, asegurándose del reino de Navarra, pensaba dar presto fin a la empresa: y quedaba el más estimado príncipe que grandes tiempos antes hubiese habido, con el suceso de acabar de arrancar del todo la nación francesa del señoría de Italia: y humillar su soberbia: y reducirla a su mando, con el nombre de defensor de la Iglesia, y extirpador de la cisma. Estando las cosas en estos términos, el señor de Aubeni, que tenía cargo de la defensa de Brescia por el rey de Francia, deliberó de alzar banderas por el emperador: y ofreció, que se daría a él, y le entregaría la ciudad. Parecía

ayudar esto mucho, para atraer a los venecianos a que se concertasen con el emperador, como se había procurado: pero ellos estaban con tanta obstinación, que aunque se le diese Brescia con Bérgamo, y Crema, entendían que les estaba mejor esperar el suceso de la ventura, que perder al seguro: por no haber de consentir en dejar a Verona, Vicenza, Cremona, y Geradada. Hacían su cuenta, que hasta esperar, y defender, poniéndose en Padua, Crema, y Bérgamo, era su ejército bien suficiente: y que entreteniéndose, y poniendo tiempo en medio, no pagando el Papa, ni ellos lo que eran obligados, no podría el rey, o no querría sostener tanto gasto por muchos días, por sólo el interese del emperador, y del duque Maximiliano: y recogiendo nuestro campo, no tenían en nada las fuerzas del emperador: mayormente siendo ya entrado el invierno. Con estos fines amenazaban ya, que tenían en la mano concertarse con el rey de Francia: y que les iba Andrés Gritti con grandes partidos: para lo cual había sido primero enviado por la señoría Antonio Justinano, que fue también preso por los franceses. Por todos estos respetos pasaba el Rey Católico mucha fatiga en entretenerlos: y parecía cosa de gran dificultad, que fuerzas de ingenio humano, ni cautelas, o tratos algunos bastasen a concordar en un parecer, y voluntad al Papa, venecianos, y tudescos: siendo tan diversos los fines: y teniendo el Papa tanta desconfianza del Rey Católico. Pues viendo el visorey que había acabado la empresa de Toscana con tanta reputación, y que Florencia quedaba debajo del amparo del rey, habiendo vuelto a ella los del linaje de Médicis, y que tenía asentadas las cosas de aquel estado como cumplía al beneficio de la liga, después de haber deliberado con el de Gursa lo que más convenía emprender, y siendo pasado el ejército el Po, resolvióse en ir sobre Brescia. Con este presupuesto llegó en cinco días a Verona: y entró dentro con algunos caballeros, para dar prisa en sacar la artillería que allí tenían los alemanes, que eran seis cañones, y una culebrina, y veinte piezas de campo. Antes desto era partido de Módena Rocandolfo capitán general del emperador con dos mil alemanes, y cuatrocientos caballos ligeros, por el mismo camino de Verona, para tener a punto la artillería, para cuando el visorey llegase: y por aquella causa no se detuviese el ejército. Mas por falta de dinero, y por mal recaudo de los oficiales que allí tenía el emperador, fue forzado detenerse algunos días: y fue necesario que el visorey diese alguna suma de dinero, para sacar la gente. Entonces movió el ejército que estaba a siete millas de allí, la vía de Brescia: y de camino se le rindió la villa, y fortaleza de Peschiera: y antes se había entregado Linango, que eran fuerzas importantes: y quedaron en guarda de alemanes. Antes que el visorey llegase a Verona, y después de salido della, envió a Venecia dos caballeros, para que supiese la señoría, que por cumplir con lo acordado en la liga, y por acabar de echar a los franceses de Italia, había pasado el Po con su ejército: y por ser Brescia la primera ciudad que estaba ocupada por los enemigos comunes, había determinado de ir sobre ella: y que tomándola la guardaría en nombre de la liga: y la daría a quien perteneciese de derecho: y de aquello los aseguraba en su fe. También dijeron, que pues el visorey iba para este efeto, y en servicio de todos los confederados, pedía a la señoría, que mandase juntar su ejército con él: que aquello era en beneficio de toda Italia: porque saliesen della los franceses: y se concluyese la paz con el emperador: para lo cual partiría luego el de Gursa para Roma, como lo había procurado el Rey

Católico: y entretanto que aguardaba la respuesta, envió el visorey a Juan Pablo Ballón, que era capitán general de la señoría, y a los proveedores de su ejército, que estaban sobre Brescia, mas había de cincuenta días, a notificarles lo mismo. La respuesta que éstos, y la señoría dieron, fue casi de un mismo tenor: agradeciéndole su deseo, y buen propósito: rogándole, que pues ellos estaban sobre aquella ciudad, tuviese por bien de pasar adelante a combatir, y tomar los otros castillos, que estaban por los franceses: y que ellos entre tanto quedarían allí, para apoderarse de aquella ciudad, y de su castillo. Conociendo el visorey su artificio, dioles a entender cuán impropia cosa sería, que siendo él capitán general de la liga, hubiese de pasar adelante, dejando los enemigos a tras: y envióles a decir, que pues él no iba para otros fines, sino en beneficio dellos, que holgasen que todos estuviesen juntos: y ellos mostraron venir en ello de buena voluntad: aunque en lo secreto quisieran su favor, para que acabaran de ganar la ciudad por hambre: y que nuestro ejército no se empachara en aquello. Por otra parte habían procurado el de Gursa, y Rocandolfo, que si el señor de Aubeni, y los otros capitanes, que estaban en Brescia, se quisiesen rendir al emperador, el visorey lo tuviese por bien: y él no quiso condescender a ello, por no dar ocasión que naciesen nuevas causas de discordia entre el emperador, y la señoría. En el mismo tiempo Bernardo de Biviena trabajaba que fuese sobre Ferrara, diciendo: que la liga se había hecho para cobrar las tierras, y estados de la Iglesia: y ofrecía, que para ello se juntarían con él los ejércitos del Papa y venecianos: porque con más facilidad se acabase: y que depositaría en un banco de Roma veinte mil ducados, para que tomada Ferrara, sirviesen para ayuda del gasto del ejército. El visorey se excusaba, afirmando, que si le hubiera alcanzado aquel mandato de la otra parte del Po, hubiera cumplido lo que Su Santidad le mandaba: pero hallándose entonces tan cerca de Brescia, y habiendo tomado en Verona la artillería para ir sobre ella, y combatir los castillos, y lugares que se tenían por los franceses en Lombardía, y a poner al duque Maximiliano en la posesión de aquel estado, fuese Su Santidad contento, que una vez se pusiese cobro en aquello, pues estaba tan vecino: que después pornía en ejecución cuanto él le mandase. Siendo llegado el ejército a Guedi, que dista a ocho millas de Brescia, envió el visorey al conde de Santa Severina, y al comendador Solís al campo de venecianos, para que con el capitán general, y con sus proveedores reconociesen el lugar más cómodo, para asentar otro día su real: y estando ellos entendiendo en esto, el señor de Veré, que estaba allí de parte del emperador, entró en la ciudad, para verse con el señor de Aubeni, y con los capitanes franceses, que le quisieron hablar: con fin de informarse dél, qué tanta era la gente que el visorey tenía, y qué tal: porque a los venecianos, como dicho es, los tenían en poco: y cada día salían a darles rebato. Cuando entendieron la calidad del ejército, y el ánimo con que venían los españoles, aunque entonces no era aún llegado al campo Próspero Colona, acometió el de Aubeni de mover partido al visorey, que le dejasen salir con los que estaban con él, que eran doscientas lanzas, y otros tantos a la ligera, que llamaban arqueros, y dos mil infantes con sus armas, y caballos, y bienes: y que le entregarían la ciudad por la liga, asegurándolos, y dándoles salvoconduto, para venirse. Andando en este trato, y trabajando el visorey de abajarles mucho más el partido, sintiéndolo el de Gursa, se agravió dello, diciendo: que él había ofrecido, antes que allá fuese nuestro campo, que

dándose Aubeni al emperador, los dejarían ir con las armas, y caballos, y con su fardaje: y que los debía recibir con aquella condición, y no pedir más desiguales partidos, dándose la ciudad a la liga, que si se diera al emperador. Por esta causa la recibió el visorey con aquellas condiciones: y tomóse asiento sobre el rendir el castillo, con Pierres de Hirigoya, que tenía cargo dél, y con los capitanes, y gentiles hombres, que estaban dentro, que le entregarían al visorey en nombre de la liga de allí a veintidós días con la artillería, y munición, que en él había: exceptando la artillería, que ni era del castillo, ni del rey de Francia, que la habían de llevar el alcaide, y los de su compañía, si dentro de aquel término el rey de Francia no los socorriese en persona, o con ejército campal: y el visorey dio salvoconduto a la persona que se enviaba a Francia, a requerir al rey por el socorro. Concertóse entre otras cosas, que al tiempo que el castillo se rindiese, se les diese salvoconduto, para que se pudiesen ir donde quisiesen: conque no fuesen al castillo de Milán, ni a otros lugares, ni castillos, que se tuviesen por el rey de Francia en Italia: y que pudiesen llevar sus banderas, de la misma suerte que era permitido al señor de Aubeni: y pudiesen ir con sus armas: y se les diesen comisarios que los acompañasen hasta el ducado de Saboya, pasando por el estado de Milán. Dio el alcaide en rehenes al visorey a García de Samper, Juan Pérez de Garro, Sancho de Ligar, y a Beltrán de Armendárez. El mismo día, que fue a veinticinco de octubre, se recibió la muestra de la gente de armas, y de la infantería española en Castañetola, que está junto a Brescia: y halláronse más de ocho mil infantes, con los que llegaron en esta sazón con el Próspero, y con el tesorero Granada, que se repartieron por las compañías. De allí a tres días se entregó la ciudad al visorey, como a capitán general de la liga, estando el ejército de venecianos en su mismo fuerte: habiendo ya mandado recoger su artillería, para ir la vía de Bérgamo, a combatir el castillo: porque la ciudad ya la tenían en su poder. Salieron de Brescia el señor de Aubeni, y el conde Nicolo de Gambara con ciento cincuenta hombres de armas, y con algunos arqueros, y con mil setecientos soldados franceses: y viniéronse con su fardaje el camino de Francia, acompañándolos el señor de Veré, y Rocandolfo con los alemanes, y Antonio de Leyva con algunas compañías de caballos ligeros, hasta ponerlos en seguro, fuera del territorio de Brescia. Puso el visorey en el gobierno de aquella ciudad al comendador Solís, con algunas compañías de su infantería, que pareció bastaban para su defensa, que eran hasta mil soldados. Algunos eran de parecer, que fuera mejor tomar la ciudad por combate: pero teniendo consideración a la disposición della, y a la gente que se pudiera perder, y a los fríos, y aguas, y otros inconvenientes que suelen resultar del tiempo, a juicio de los más, el visorey usó de consejo de prudente capitán, en ganar al seguro, lo que se había de emprender con duda, y daño: porque en el ejército veneciano había seiscientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y más de cinco mil infantes: los cuales, según estaban las cosas en peligro, y recelo, se pudieran juntar con los franceses, como lo tentaron: prometiendo de favorecer a los capitanes que estaban en el castillo, para que degollasen la gente más principal de nuestro ejército. En esta sazón el duque de Urbino estaba en Romaña, entre lo de Ravena, y Bolonia, con quinientos hombres de armas, y mil suizos: y de la infantería italiana, se le iban cada día despidiendo: y por otra parte los suizos robaban lo llano, y comían de los pueblos, y estaban a su

placer, dejando el trabajo, y peligro de ganar las fortalezas a los españoles. Por esto, sin poner dilación, deliberó el visorey de apoderarse de los otros lugares, y fuerzas del estado de Milán: y dar orden, que el duque Maximiliano viniese a nuestro campo: porque los naturales de aquel estado se asegurasen más con su venida, y cobrasen ánimo: y acabasen de perder la esperanza los enemigos: y se quitasen todas las sospechas, y dudas que se ponían en su venida.

De las novedades que se intentaban por todas partes por el Papa: y de lo que se prevenía contra ellas, por el rey. XLVIII.

Nunca el papa Julio mostró mayor enemistad en lo pasado al rey Luis, ni a la nación francesa, que la que tenía secreta en este tiempo contra el Rey Católico, y contra los españoles: aunque por no poder ejecutar su odio, encubría más de lo que podía: y no era la causa la sospecha que tuvo del rey, en poner la mano en lo del estado de Milán, y dejarlo de poner en lo de Ferrara, como el rey lo creía, sino su natural condición. Era cierto, que no había procurado la ida del de Gursa a Roma para otro efeto, sino por poner disensión entre el emperador, y el rey: y por concertar al rey de Francia con el emperador, y con la señoría de Venecia, y con el duque de Milán a toda ruina, y daño del rey: en cuyo lugar, por efetuar aquella división, holgara de poner al emperador en el reino de Nápoles: con confianza, que siendo el rey fuera de Italia, después sin mucha dificultad sacaría los alemanes della: y haría de los potentados mayores a su modo: y después rey de Nápoles al duque de Urbino: porque siendo idos Gursa, y Andrea del Burgo, y don Pedro de Urrea a Roma, como estaba acordado, después de rendida Brescia, movió descubiertamente de procurar la paz entre el emperador, y el rey de Francia, con exclusión del Rey Católico: diciendo a Gursa, que viesen qué era lo que querían de Italia, que todo se les daría: pues sacando della al rey de Aragón, harta ropa quedaba para todos. Para mejor salir con su intención, y dividir estos príncipes, procuraba de dar a entender a Gursa, que el rey se concertaba con venecianos, por medio de don Pedro de Urrea, y de Jerónimo Vic: y que les ofrecía, que nunca los desampararía: y usó de grande industria en conceder a Gursa cuanto le pidió de parte del emperador, contra venecianos: pensando que los embajadores Urrea, y Vic lo rechazarían, o pusieran alguna dificultad en ello: y por aquel camino entrara la desconfianza. Pero ellos, conociendo el fin que llevaba, aprobaron quanto él hizo en favor del emperador: y en lo de Ferrara no condecendieron como él quisiera: pues no se efetuaba la paz de venecianos, ni la expedición que convenía proseguir contra franceses. Aunque por no le dar más causa de desesperar, ni que viniese a todo rompimiento, remitieron aquella negociación de Ferrar al visorey: porque considerando que por estos respetos no podían hacer el concierto que convenía entre el Papa, y el emperador, y el rey, y la señoría de Venecia, porque no se rindiese como desconfiado a franceses, les pareció que se entretuviese por medio del emperador: y que entre ellos dos se hiciese cierta concordia, de la cual no resultaba otro efeto, sino sacar al emperador del conciliábulo, y entretener al

Papa con buenas esperanzas sobre lo de Ferrara: y así le dijeron los embajadores del rey, que por ventura el visorey haría lo que ellos no habían podido: aunque tenían por cierto, que cuando hubiese Su Santidad a Ferrara, haría en las otras cosas, como había hecho después de haber cobrado a Bolonia. Había propuesto don Pedro de Urrea a los venecianos algunos medios de paz, con mayor ventaja de la señoría, que la que se había tratado antes: ofreciendo, que si viniesen en ella, se tomaría a su nombre Brescia: y si la rehusasen, el visorey se apoderaría della: y no lo quisieron aceptar, con esperanza, que por medio de Gursa, el Papa ponía la división que todos deseaban, entre el emperador, y el Rey Católico: y como no le sucedió al Papa como lo pensaba, mostrábase muy contrario de venecianos: declarando que estaban fuera de la liga: y concediendo a Gursa las censuras que pedía contra ellos: y un breve, para que el visorey entregase al emperador a Brescia. Con todo esto los venecianos no desconfiaban dél: y en secreto procuraban de persuadir a los embajadores de suizos, que eran idos a Roma, que no desamparasen la señoría: y por no perder al emperador, y también porque el Papa no saliese con sus fines, Urrea, y Vic aprobaron lo que allí se hizo contra ellos: remitiendo la ejecución de todo al visorey, que tenía las armas en las manos. Aunque el rey, que siempre tuvo gran cuenta con aquella señoría, dio orden, que antes que se rompiese la guerra con venecianos, se declarase perpetua unión entre el emperador, y él: y que no se retratase de la paz que se les había ofrecido: creyendo que con la necesidad de la guerra, venían en ella: y el emperador se satisfaría: y ellos no se concertarían con el rey de Francia. Por causa destas divisiones, en Lombardía había esperanza de grandes novedades: señaladamente en el pueblo de Milán: en tanto grado, que el obispo de Lodi, que era hijo bastardo del duque Galeazo, se puso en la fantasía de ocupar aquel estado, y hacerse duque: y no le desayudaba para ello el cardenal de Sidón, por conservarse en el gobierno: ni al Papa le desplazía en lo secreto, temiendo, que el duque Maximiliano no sería tan suyo. Entre las otras inteligencias que traía en esta misma sazón el Papa, era procurar la destrucción del duque de Saboya: y ofrecía de dar para el estado de Milán lo que quisiesen en lo de Piamonte, porque le dejasen a Piacenza, y Parma: y tratólo con los embajadores del rey: y le desviaron, lo mejor que pudieron, de aquella imaginación. Era tan grande su corazón, que no se contentaba con cobrar lo que se pretendía pertenecer a la Iglesia: y pensaba en haber a Mantua, y Módena: y pedía a los luqueses, que le diesen la Friviniana, que es un paso importante que tienen para Lombardía: y comenzaba de amenazarlos, que si no se lo daban, los dejaría a saco de florentinos: y quería que Gursa ofreciese investidura de aquella señoría, y de la de Siena al duque de Urbino: al cual había dado entonces la ciudad de Pésaro: pero Urrea, y Vic lo impidieron, diciendo al de Gursa, que aquellas señorías estaban en la protección del Rey Católico: y que no daría lugar por ninguna vía que se perdiesen: aunque por esto el Papa no desistía de sacarlas de su protección, y a los Coloneses: y para dar favor a estos sus fines, no cesaba de tener secretas inteligencias con Francia: así por medio del cardenal de Luxemburgo, como del de Final: y la negociación andaba más estrecha de lo que era menester. Considerando el rey por todas estas causas, que por la condición del Sumo Pontífice, y por su gran ambición, la mayor parte de la guerra cargaba sobre él, y los venecianos los beneficios recibidos, y

que el emperador, si no era ayudado por él, y por el rey de Inglaterra, no podía hacer cosa importante, fuera de su casa, y puesto que para defenderse en ella, tuviese algunas fuerzas, para sacar gente sin dinero, no era posible, y con esto entendiendo que los suizos se vendían a los que más les daban, y son muy variables, y que los ingleses no salen de su casa, sino muy pesadamente, y a mucha costa, echaba su cuenta de lo que podría confiar, y esperar de cada uno, en caso de guerra, pues la tenía tan trabada, y con poderoso adversario, y en lo que se podría aprovechar. Por otra parte aunque sabía la poca seguridad que se podía tener de franceses, y el mal ánimo con que se habían de emplear en todas sus cosas, pero juzgaba, que si se pudiesen asentar las de Italia, de manera, que la nación francesa quedase fuera, y las de Borgoña con alguna satisfacción del emperador, y las de Navarra a su contentamiento, y que el rey de Inglaterra no estuviese desdeñado, y sus confederados se obligasen de guardar la paz, quedaba con grandísima reputación: y en muy descansada vejez: mayormente si resultase de aquella paz la reformación de la Iglesia: que era lo que él deseaba sumamente: porque según estaba destruida, y disipada, entendía que no sería aquello menos servicio de Dios, y bien universal de la cristiandad, que emprender guerra contra infieles: y parecía que habría buen consejo en esta sazón por el concilio lateranense: con cuyo medio se podía muy juntamente proveer en todo. Mas no pudiendo alcanzar la paz tan procurada entre venecianos, y el emperador, y no queriéndola hacer él con franceses, por la poca seguridad que dellos se podía haber, atendía a prevenir, cómo se pudiese proceder en aquellas dos guerras: y por ser el Papa tan inquieto, y terrible, que en su vida no se podía esperar que hubiese reposo en Italia, ni aun en parte de la cristiandad, proveyó por el bien universal, y por la conservación de sus propios estados, que su ejército se entretuviese con guerra, o sin ella. De manera que la suma de todas las cosas se resolvía, siendo él el árbitro de la guerra, y de la paz, que atendido que el rey de Francia por todas partes instaba por la concordia, viéndose excluido de la posesión de lo que tenía en Italia, y lo poco que se podía confiar del Papa, y de suizos, y venecianos, y la dificultad, y pereza con que se mueven los ingleses, y las pocas fuerzas del nuevo duque de Milán, y la necesidad del emperador, y la mucha parte que a él solo cabía destes trabajos, se procurase una paz universal con exclusión de venecianos: conque el rey de Francia renunciase el derecho que pretendía al ducado de Milán: y que siendo unidos todos los príncipes, se tratase de la reformación de la Iglesia: y en hacer alguna expedición contra infieles. En este año por el mes de noviembre don Hugo de Moncada visorey de Sicilia juntó una buena armada: y con ella pasó a la ciudad de Trípoli, para dar orden en la fortificación de los castillos: y dejar en buena defensa aquella ciudad, y puerto, por ser tan importante para las cosas de Berbería. Habíase ya tratado, como dicho es, de reducir a la obediencia del rey los lugares del mariscal de Navarra: y los de su parcialidad: y sobre ello se hacía grande instancia por el arzobispo de Zaragoza: y puso en esto a don Juan de Alagón, que era de su casa: pero habíanse juntado en la fortaleza de Murillo el vizconde de Zolina, Martín de Gony, y sus hijos, Deza, y el protonotario Ladrón de Mauleón, y el doctor de Rada, como deudos, y parientes de don Pedro de Navarra, hijo del mariscal, al cual había hecho donación de su estado días había, para tenerle compañía: y éstos por todas las fortalezas de don Pedro, y por las de Burgui, Peña,



Miranda, Santa Cara, Salinas de Oro, y San Martín, y por otros valles, y tierras, y por lo que decían, que debían a sus honras, y por la afición que tenían al mariscal, siguieron al rey don Juan: y por estar nombrados en la donación que el mariscal hizo a su hijo, el condestable de Castilla, y el duque de Alburquerque, que era tío de don Pedro, y don Juan de Arellano, aquellos caballeros de la parcialidad de Agramonte, procuraban por cuantas vías podían, el beneficio del estado del mariscal, y de su hijo: señaladamente por medio de aquellos grandes.

De la entrada del duque Maximiliano Sforza en Milán: y de lo que se trató sobre hacer la guerra contra venecianos. XLIX.

Detúvose el duque Maximiliano Sforza en Trento, y Verona, y por otros lugares de aquel estado, hasta el mes de noviembre: porque los franceses tenían aún las fortalezas: y venecianos, y suizos eran señores del campo: y entendiendo que no podría entrar en Milán, sin mucho peligro de su persona, esperó hasta que los suizos volviesen a su tierra: y el visorey, acabado lo de Florencia, se acercase a Lombardía. Después que aquello se acabó con tanta reputación, y se rindió Brescia a nuestro ejército, él puso en orden su partida: y entró en Milán a veintinueve de diciembre: que fue principio del año del Nacimiento de Nuestro Redemptor de 1513. Venía con él el cardenal de Sidón, el visorey de Nápoles, el de Gursa, y don Pedro de Urrea: y los embajadores de los suizos, y de las señorías de Génova, y Florencia, y los barones de aquel estado: y fue recibido con toda la pompa, y fiesta que se acostumbra hacer a los príncipes pasados, como a señores naturales: y los embajadores de los suizos le presentaron las llaves de la ciudad con mucha cerimonia. Luego se comenzó a entender en asentar lo del gobierno de aquel estado: y procuraron el visorey, y el de Gursa, que se pusiesen personas aceptas al emperador, y al Rey Católico: y lo primero que se deliberó, fue, lo que se debía hacer para la expugnación de los castillos de Milán, y Cremona. Tenía el barón de Bearne con gente de guarnición a Trezo castillo fortísimo de aquel estado, sobre la ribera del Ada: y había dos meses que estaban sobre él ciertas compañías de italianos, y le tenían cercado: y el visorey envió al marqués de la Padula con la infantería española: y luego que llegaron, les ganaron el revellín: y en seis días los pusieron en tanto estrecho, que se rindieron a merced, con condición que dejasen las armas: y puso el marqués en el castillo, para que le tuviese por el duque de Milán, a Diego de Azevedo. En este cerco fue muerto de un tiro de escopeta Héctor Palagano, hermano del barón de San Vito: y con un pasador sacaron un ojo al contador mercado, asentando unos centones al borde de la cava. De la misma suerte se entregó luego a la gente del duque, el castillo de Novara, que era importante: y el visorey procuraba con todo su poder, que se concluyese la concordia entre el emperador, y la señoría de Venecia: afirmando al de Gursa, que teniendo el emperador a Italia unida, podría fácilmente cobrar el ducado de Borgoña, que pertenecía al príncipe su nieto: y humillar al rey de Francia, que era su cierto, y verdadero enemigo: lo cual sin ella no se podría hacer, ni resultar el

fruto en beneficio común, y particular de todos. Con estas exhortaciones, venía bien el de Gursa en lo desta concordia: y a su instancia envió el visorey a micer Armengol a Venecia, para que el conde de Cariati tratase de los medios, como de suyo, para efeturarla: y comenzaron más descubiertamente a rechazarla, si no les daban a Verona: y significaban, que si el emperador la dejase, le darían setecientos mil ducados: y censo: y ayudarían con trescientos hombres de armas, para la empresa de Borgoña. Mas como no quiso el de Gursa dar oído a ningún concierto, sino al que estaba tratado, por medio del Papa, que era quedar Verona, y Vicenza con el emperador, y que por lo restante pagasen doscientos cincuenta mil ducados, y treinta mil de tributo, llegó el visorey a tratar en particular de la forma que se había de tener, para hacer la guerra contra venecianos: porque tenía orden del rey, que sirviese en ella con aquel ejército. No sólo no se hacía fundamento para esta empresa, de los suizos, pero se tenía harto recelo dellos, por haber dado poco antes salvoconduto al señor de la Tramulla, que iba a concertarse con ellos en nombre del rey de Francia: y considerando bien las dificultades, e inconvinientes que se ofrecían, mayormente que rompiendo con ellos, estaba en la mano, que se habían de confederar con franceses, el visorey se resolvió en obrar lo que el de Gursa ordenase contra aquella señoría: pero procuraba que primero se asegurasen bien del estado de Milán: porque tenía el rey Luis en él más de las dos partes: y saliendo nuestro ejército contra venecianos, habían de acometer a los franceses por otra parte: mayormente que ya en esta sazón habían bajado ochocientas lanzas del ducado de Borgoña, para entrar con Juan Jacobo de Trivulcio, que tenían hechas grandes provisiones: y se le habían juntado cinco mil infantes, y esperaba más. Ofrecíase en esto otra dificultad, que estando aún en poder de franceses los castillos de Milán, y Cremona, difería el duque el combate: porque estaban él, y los de su consejo con temor, que si se tomasen con favor del emperador, y del Rey Católico, no se le entregarían: y esperaba que los ganaría por hambre: y parecía al visorey, que podrían de aquello resultar muchos daños: y que habiendo puesto el emperador al duque en aquel estado, gran cargo, y vergüenza sería, que le sacase tan presto dél. En satisfacción desto proponían el de Gursa, y don Pedro de Urrea, y Andrea del Burgo, que se podían hacer dos ejércitos: y que el uno estuviese a cargo del duque de Milán, en las fronteras del Piamonte contra franceses: y parecíales que estuviese con él el duque con doscientos hombres de armas, que se escogiesen de los más fieles: y que el visorey le diese cuatrocientos: y con esta gente, y con dos mil suizos que se podían juntar, se defendiesen los pasos: y cuando tal necesidad se ofreciese, el cardenal de Sidón le enviase más gente: porque fuesen poderosos para defender la entrada a los franceses. Con la otra gente de armas había de estar el visorey, según éstos aconsejaban, con su infantería haciendo la guerra a venecianos: y que con la ocasión, el un ejército podía acudir a favorecer al que estuviese en mayor necesidad: y que las pagas se repartiesen en tres partes: y que en la una contribuyese el rey: y en las otras el emperador, y el duque. Pero el duque no tenía forma de donde haber dinero: porque sacaron los suizos más de quinientos mil ducados: y no le quedaba con qué pagar su gente de armas, ni a los suizos, si los hubiese menester. No había menos dificultad en lo que tocaba al emperador: y un expediente que se le ofrecía para sacar dinero, era harto perjudicial: porque

el Papa prestaba cuarenta mil ducados sobre Módena: y el marqués de Mantua procuraba de haber por compra, o empeño, Linango, Peschiera, y Valesio: que son los lugares que guardan los pasos, así para las tierras de venecianos, como para Romaña: y especialmente trabajaba de haber a Peschiera, que solía ser del ducado de Mantua: y tenía ya el marqués la investidura della del emperador: y el de Gursa por haberse mostrado el marqués siempre aficionado al Imperio, estaba determinado de complacerle. Mas el mayor embarazo, para seguir esta empresa, era no asegurarse el visorey del Papa: pues era el que menos quería que el emperador se empachase en las cosas de Italia: y mucho menos el Rey Católico: y para esto no dejaba de animar a los venecianos, ofreciendo, que no los desampararía: y porfiaba en seguir su empresa contra Ferrara. Tenía alguna esperanza, que el rey no le iría en ella a la mano, por haber cabido el duque, y el cardenal Hipólito de Este su hermano en el trato que se había tenido por el duque don Fernando de Aragón con el rey de Francia: y desto no se desengañaba el visorey: antes le entretenía con buenas palabras: y postramente envió sobre lo de Ferrara un caballero catalán, que era Guerao Icart, ofreciéndole de acudir a su deseo: porque creyese que se había de entender en ello, acabado lo que tenía entre las manos. Tentó en esta sazón don Hernando de Ávalos marqués de Pescara de ganar, si pudiera, para el servicio del rey, a Juan Jacobo Trivulcio: por ser muy valeroso capitán: y reducirle en gracia del duque Maximiliano: pero él se excusó, diciendo: que había sido muy contrario al duque Luis su padre: y fue causa de hacerle perder el estado: y volviendo a él, no se osaría fiar de su hijo: y que también habiéndole hecho el rey de Francia tanta merced, no daría buena cuenta de sí, en darle tan mala paga: y que por esto, y por otros respectos, ni él hablaría en tal cosa, ni el marqués le debía poner en ello, contra su fe, y lealtad.

Que la tregua que había entre el emperador, y venecianos, se prorrogó por medio del conde de Cariati embajador del Rey Católico. L.

Aunque al principio estuvo el emperador conforme con el parecer del rey, en que se cobrase el ducado de Milán, para el príncipe don Carlos su nieto, o para su hermano el infante don Fernando, lo que después le movió a dejarlo a Maximiliano Sforza, fue por haberse cobrado principalmente con ayuda de los suizos: y también porque luego se entendió, que el Papa, y la señoría de Venecia, y el duque de Saboya, y gran parte de los pueblos de aquel estado, se aficionaron a que se diese a uno de los hijos del duque Luis. Por esta causa se resolvió en enviarle a Trento: y ponerle en Milán de su mano: pidiéndolo, no solamente los príncipes confederados, pero todos universalmente: pensando que no sería posible, que mucho tiempo se sustentase, si se diese a alguno de sus nietos: porque toda Italia lo había de resistir: y para ello se habían de favorecer de los franceses. Estando ya Maximiliano dentro, para que se asegurase mejor, deliberó de casarle con una hermana del duque de Saboya: por apartar aquel príncipe de la confederación que tenía con la casa de Francia: y también porque era fama que el duque, y un hermano suyo eran inhábiles para tener hijos: pues si no los tuviese, y su hermana

casase en Francia, sería gran inconveniente, que el estado de Saboya se incorporase en aquel reino. Estaba muy persuadido, que con mucha dificultad se podrían sustentar aquellas dos guerras juntas, contra Francia, y contra la señoría de Venecia: y parecíale, que se debía sobreseer antes en la de Francia por tregua, que en la de venecianos por mala paz: porque siendo el ejército inglés, que vino a España, vuelto a su reino, quedaba el Rey Católico solo, y opuesto contra todo el poder de Francia: y decía, que en hacer la paz, o tregua con venecianos, habiéndolo ellos rehusado tanto, sería deshonra, y daño suyo: porque puesto que le prometían muchos dineros con la paz, había poca seguridad que los darían, como no le habían dado lo que le prometieron con la tregua. Tenía por más útil quedar con sola Brescia, que cobrar a Borgoña, y Picardía, que estaban tan adentro en Francia: afirmando que no se sacarían dellas doce mil florines de renta. Parecíale que con Brescia aseguraba a Verona: y sería más fácil la defensa de las otras plazas de Lombardía: y demás destas consideraciones, pudo mucho con él, para no venir en la paz que le pidían los venecianos, que en este mismo tiempo el rey de Hungría le requirió, que no se concertase con ellos: y ofreció que juntamente con él les rompería la guerra, por cobrar la provincia de Dalmacia, que decía pertenecer a su reino. Pero como la tregua que tenían se acababa por todo el mes de enero deste año, tratóse con la señoría, por medio del conde de Cariati, que se prorogase hasta todo el mes de febrero siguiente: y el de Gursa lo aprobó como lugarteniente general por el emperador de Italia: la cual se había puesto por medio del Papa, y del Rey Católico. Había entrado por este tiempo el duque de Branzuych con la gente de guerra de los estados de Flandes en el ducado de Gueldres: pero al mejor tiempo retuvieron los flamencos las pagas: diciendo, que querían paz, o tregua: y el duque de Gueldres pedía, que le diesen la infanta doña Isabel hermana del príncipe, por mujer, como se había tratado: y el emperador venía bien en la tregua: pero no quiso condescender a lo del casamiento, porque el rey no dio lugar a ello: puesto que se había tratado mucho antes.

Que el rey de Inglaterra se puso en orden, para hacer la guerra contra el rey de Francia, por mar, y por tierra. LI.

Tenía en este tiempo el rey de Inglaterra junta una muy gruesa armada de naos, en que había muchas de quinientos, y trescientos toneles, para pasar con ella a Francia: y diez mil hombres de pelea: y como los reyes de Escocia, y Dinamarca eran muy requeridos por el rey de Francia, para que rompiesen la guerra con los ingleses, porque el rey no pasase, juntaron una muy gruesa armada: y por tierra un poderoso ejército. Mas no obstante esto el rey Enrique daba mayor prisa a su expedición: y si fueran los suyos tales para hacer la guerra por mar, como se creía que lo serían por tierra, bastaran a combatir con mayor armada que la de los enemigos, según estaban en orden sus naos, y bien aderezadas: y la gente de pelea que en ella iba, llevaba cada uno su coselete, y armadura de brazos, y cabeza, y sus arcos, y alabardas, según su costumbre: y otros picas, y escopetas: y tenía

mucha, y muy buena artillería: y había hasta cincuenta naos, que eran las mejores que en aquel tiempo navegaban por la mar. Había declarado aquel príncipe que pasaba en persona a esta guerra, por enmendar lo que no hicieron los suyos por la provincia de Guipúzcoa, contra Guyena: y los aparejos del ejército de tierra eran muy grandes: y se habían hecho en España, y Flandes: y puso en ello todo su poder: y la principal causa que a ello le movió, fue por la reputación que habían perdido los suyos, siendo la nación inglesa tan estimada, y temida por los franceses: y porque tuvo por cierta la vitoria, si se detuvieran en la frontera de Guyena. Allende desta armada concertó el rey de Inglaterra con dos Luis Carroz embajador del rey, que se le enviasen otras cincuenta naves de España armadas de cada doscientos toneles: las cuales se habían de juntar en el puerto de Antona en fin del mes de abril deste año: y habían de ir a su sueldo. Por otra parte hacía más gente, para dejarla en las fronteras de su reino, que bastase a resistir a los escoceses, en caso que le moviesen la guerra por instigación del rey de Francia: y envió a requerir al rey, que por la capitulación que había entre ellos, le enviase su armada, como era obligado, de la misma manera que la llevó la otra vez el capitán Lezcano, que era de tres mil hombres.

De la provisión que hizo el marqués de Comares para la defensa de S. Juan de Pie del Puerto. LII.

Quedó en San Juan de Pie del Puerto, como dicho es, después que el duque de Alba volvió a pasar los montes, Diego de Vera con buena guarnición de gente: y sobra de artillería: y como los franceses enviaban bastimentos hacia aquella frontera, por los ríos a Acles, Peñahorada, y a Tartas, y a otros lugares de aquella comarca, túvose recelo, que lo que principalmente pensaban acometer, era aquel lugar: mayormente que allende de la artillería que tenían en Bayona, fundían otra de nuevo, y se hacían diversos aparejos secretamente. Por esta causa Diego de Vera, entendiendo que tenían fin los franceses, que con la nueva del cerco, fuese junto el cercar, y que querían acometer antes que pudiesen ser socorridos, creyendo que podrían tomar la villa, y que con ella no se les podía defender el castillo, proveyó que se le enviase más gente de pie, y de caballo. No estaba aquel lugar para resistir a grande afrenta: señaladamente por ser los baluartes, y reparos muy flacos: por haberse labrado apresuradamente, más de lo que conviniera: y había en ellos mucho que reparar: especialmente un cuartel, que era todo de helechos sin ninguna tierra, que se había sumido más de medio estado: y estaba llano el camino, para que los enemigos pudiesen acometer el lugar, cada vez que tuviesen aparejo: y los nuestros tenían muy dificultoso el socorro, y lejos. Era venido a Bayona Odeto de Foix señor de Lautrec por capitán general de Guyena, de la Garona a esta parte; con fin de dar sobre aquel lugar: y con este presupuesto el rey de Francia había enviado a llamar al señor de Lussa, y al de Ezpeleta, y otros caballeros de tierra de vascos, para más asegurarlos, y granjearlos en su servicio: y diéronse condutas de infantería a Pierres de Hirigoya, que tuvo cargo del castillo de

Brescia por el rey de Francia, y era muy buen soldado, y ejercitado en la guerra, y al señor de Ortuvia, y al de Samper, y a Beltrán de Armendárez. Teniendo noticia desto el marqués de Comares, envió algunas personas al val de Roncal, para que procurasen de poner aquel valle en algún asiento: aunque los roncaleses estaban muy recatados, para no dejar entrar gente de guerra: y usábase de mucha maña, y disimulación con ellos: y proveyóse de la gente de pie, y caballo que pidió Diego de Vera, para defensa de aquella villa: y por esta causa se detuvo la gente de caballo del reino de Aragón en Navarra: y los diputados del reino enviaron un caballero, que era Juan de Obón de Ariño, para que recibiese las muestras: y les pagase el sueldo: y todo lo de Bearne, y Guyena estaba con gran recelo, y temor: porque no podían creer, que la fuerza de S. Juan de Pie del Puerto se sustentase, sino para haber de volver los ingleses a su empresa de Guyena.

De la guerra que rompió con los moros Gonzalo Mariño de Ribera, que estaba en Bugía. LIII.

Residía por este tiempo en Bugía por capitán general Gonzalo Mariño de Ribera, que había sucedido en aquel cargo a Juan de Bovadilla: y tuvo cierta inteligencia con el jeque, y cadí de Argel, que eran vasallos del rey, y sus tributarios, para hacer guerra a los moros de la tierra de Benaljúcar. Por esta causa se rompieron las treguas, que los de Bugía tenían con los moros: y juntaron los morabitos más de veinte mil moros, por haber prendido Gonzalo Mariño los jeques de Benaljúcar, y Benagabrín, y otros, que iban a contratar a Bugía: y tomaron por su caudillo a Muley Abdala: y llegaron a derribar el arrabal de Bugía: de donde se habían salido poco antes los moros que allí vivían, debajo del seguro de la paz: que fueron los que llevó Muley Guet, que se concertó con el Rey Católico, que poblaría aquella ciudad: y después salióse con ellos. Entonces quemaron los que vinieron con Muley Abdala todas las casa que había en el arrabal, que no quedó sino una torre, adonde se recogieron los judíos, porque los podía defender el castillo: y porque desta alteración se dio gran culpa a Gonzalo Mariño, por haber rotpido la paz que se había asentado con los moros, el rey envió para aquel cargo a don Ramón Carroz: y proveyó que el arrabal se poblase, como estuvo en tiempo del conde Pedro Navarro, y de Diego de Vera, cuando allí residieron: y mandó poner en libertad los jeques que había prendido Gonzalo Mariño. También se movió en este mismo tiempo guerra con los moros por la frontera de Orán, donde residía por teniente del marqués de Comares, un caballero que se decía Martín de Argote. Era la guerra principalmente con el rey de Tremecén: porque después de la muerte de Muley Yahya rey de Túnez, que dejó encomendado un hijo suyo pequeño al Rey Católico, procuraba de apoderarse de aquella ciudad: y como los que tenían cargo de aquel mozo, no bastaban a defenderse, y estaban los de Túnez entre sí discordes, porque unos querían por señor al rey de Tremecén, y otros al hijo de Yahya, éstos querían poner cristianos dentro, por echar a los contrarios: y Martín de Argote procuraba apoderarse de aquella ciudad: y poner en ella quinientos

soldados de guarnición, con color de defender aquel mozo. Mas aunque Túnez era lugar importante, pareció, que no era cosa honesta, ocuparlo a cuyo era: habiendo quedado encomendado al rey: y que no convenía empacharse en ello: señaladamente teniendo guerra con Francia por Navarra: y que en la Andalucía se comenzaba a mover tal disensión, y contienda, que había de poner turbación en aquella provincia.

Que el rey por la muerte del duque don Enrique de Guzmán mandó ocupar las fortalezas del estado de Medina Sidonia, y le tomó debajo de su amparo, hasta que don Alonso Pérez de Guzmán, que sucedió en él, casase con doña Ana de Aragón su nieta. LIIII.

La causa de aquella novedad fue la muerte de don Enrique de Guzmán duque de Medina Sidonia, que era muy mozo, y estaba en poder del conde de Ureña su suegro en Osuna. Túvose algunos días encubierta: y luego que se publicó, la duquesa doña Leonor de Zúñiga su madrastra envió a tomar posesión del estado, por don Alonso Pérez de Guzmán su hijo: y don Pedro Girón salió a la frontera con gente de guerra a resistirlo: porque él había entrado a ponerse en Medina con doña Mencia de Guzmán su mujer: y tomó la posesión de aquella ciudad, y de algunos lugares, diciendo ser su mujer legítima heredera, y sucesora del duque don Enrique su hermano: y que la había dejado por tal. Porque desta discordia se esperaba que sucedería grande escándalo en toda la Andalucía, el arzobispo de Sevilla, y el adelantado, y el obispo de Mondoñedo, y los alcaldes de la ciudad de Sevilla enviaron dos religiosos, y un caballero al conde de Ureña, pidiéndole por merced, que si el duque don Enrique era vivo, como él, y los suyos decían, quisiese mostrárselo: porque certificando ellos cómo era así, cesaría todo lo que por parte de la duquesa se intentaba cerca de la posesión. Éstos fueron a Osuna: y el conde no les quiso mostrar al duque: y porque en toda aquella tierra se ponía gran turbación, y contienda, fue enviado el obispo de Mondoñedo al conde, para que le rogase, y requiriese, que no diese lugar a que tanto fuego se encendiese en la Andalucía, pues estaba en su mano remediallo, con sólo mostrar al duque. Cuando supo el conde, que iba el obispo, le envió a decir, que no era necesaria su ida: ni tampoco era menester ver al duque: y si tenía calentura grande, o pequeña. Con esto se proveyó de dar aviso a la cancellería de Granada, para que se enviase un oidor, que procurase de atajar los daños que se esperaban. Mas no embargante que enviaron los oidores dos personas para que pusiesen remedio en aquel bullicio, el marqués del Zenete partió de Granada con gente de caballo, y con muchos alabarderos: y envió delante su gente la vía de Archidona, con orden que allí se juntasen con algunos de caballo suyos de acostamiento, que eran de Baeza, Úbeda, y Guadix: para que fuesen a servir a don Pedro Girón. Hízose fuerte en este medio don Pedro en Medina, con mucha gente que llevó de Osuna, y Morón, de pie, y de caballo: y de parte de la duquesa también se hacían grandes ayuntamientos: porque el duque de Arcos, y el conde de Ayamonte la favorecían: y estaban a su disposición algunos lugares del estado: y los de la tierra del

duque de Béjar: y todos éstos se juntaban para valerla a defender la posesión: y sin esto tenía mucha parte: porque se entendía, que la voluntad del rey era, que muriendo el duque don Enrique, la duquesa, y don Alonso Pérez de Guzmán su hijo fuesen puestos en la posesión del estado: y trató luego de casar a don Alonso con doña Ana de Aragón su nieta, hija del arzobispo de Zaragoza, por sacar de allí a don Pedro Girón, que le tenía por demasadamente atrevido, y deservidor: y porque con aquella casa aseguraba lo de la Andalucía. Con este favor se tomó posesión en nombre de don Alonso de San Lúcar, y de mucha parte del estado. Como el conde de Ureña persistía en tener encubierta la muerte del duque don Enrique, porque don Pedro su hijo pudiese mejor apoderarse de aquel estado, y se entendió que era cierta, el rey mandó ir allá dos oidores de la cancellería de Granada: y al doctor Tello, y al licenciado Oñate, para que entregasen a don Alonso, que se llamó luego duque, el condado de Niebla, y a Huelva: y en el mismo tiempo don Pedro Girón andaba tomando posesión en los lugares que podía: juntamente con doña Mencia su mujer: y fortalecía, y bastecía a Medina Sidonia: y andaba en esto tan determinado, y con tan poco respeto, que escribió al rey, que pensaba perseverar en su servicio, sin hacer mudanza: si en aquello Su Alteza no fuese servido, que se hiciese alguna. El derecho que don Pedro pretendía que tenía su mujer, era que el duque don Enrique su hermano la había dejado por legítima sucesora de su casa: afirmando, que el casamiento del duque don Juan su padre, y de la duquesa doña Leonor no fue válido: y que sus hijos no eran legítimos: siendo la duquesa de Braganza hija mayor del duque don Juan, y de la misma madre, que doña Mencia: cuyos hijos en aquel caso se fundaba, que habían de ser preferidos a la tía. Como don Pedro Girón se hizo fuerte en Medina, y había juntado dentro más de quinientos hombres, sin otra gente que le habían enviado el marqués del Zenete, y don diego de Guzmán señor de Theba, y tenía puestas sus guardas por el río del Salado, y el rey mandó a don Íñigo López de Mendoza marqués de Mondéjar, que con la gente de armas que pudiese juntar, se fuese a apoderar de aquel estado: y antes desto, el doctor Tello, que había tomado con alguna gente de caballo posesión de Chiclana, y de otras fuerzas de aquella casa, y había prendido algunos de don Pedro, y traía ciertas capitanías de ballesteros, y espingarderos de Jerez, y otros lugares, fue a Medina a requerir a don Pedro, que le entregase aquella ciudad, y fortaleza. Don Pedro salió a él por recibirle con cien alabarderos bien aderezados del marqués del Zenete, y con algunos de caballo, y con compañía de ballesteros, y escopeteros: y llevóle consigo con su guarda hasta su posada: y recelando no resultase algún inconveniente mayor, poco después llegó el conde de Ureña, temiendo no se perdiese su hijo en aquel negocio: porque andaba tan ardiente en él, que mostraba quererlo arriscar todo: tanto que dijo un día a los alcaldes de Medina, que los mandaría ahorcar del cuello del doctor Tello: y que él viniese después a se los quitar. Por esto el conde, que era muy prudente, y conocía bien la condición, y ánimo de su hijo, con sus razones, que las tenía extrañamente agudas, y discretas, le retrajo de aquel propósito: diciéndole, que por haber temido que no se mezclase en almogavería con aquellos bachilleres, que andaban hechos almogávares, y le podían hacer más guerra con los escritos, que con las lanzas, había salido de su casa, para mandarle que saliese de allí: y que por esto tuviese por bien, de dejar perder su harina, y su trigo en



Medina: y al fin le persuadió, que cumpliese el mandamiento del rey: y así se hizo: y entregóse la fortaleza, y Medina el día siguiente: y salió el conde solo: y después don Pedro su hijo: diciendo, que aquéllas eran las mercedes que esperaban de Su Alteza: y el rey tomó a su mano la fortaleza, hasta que el duque don Alonso casase con su nieta. Mandó que se hiciese proceso por los oidores de Granada contra el marqués del Zenete, por las asonadas de gente que había hecho: procurando, que la paz que aquella ciudad, y reino de Granada habían tenido, se perturbase: siendo él solo un vecino de aquella ciudad tan poderosos, y de ánimo tan altivo, que no había podido caber en todo lo restante de España: ni bastaban a valerse con él sus iguales, ni los que le eran superiores, por los cargos que tenían de justicia: aunque fuesen los presidentes, y oidores, y los alcaldes de las cancellerías.

De una grave enfermedad que sobrevino al rey, de que estuvo en gran peligro su vida. LV.

Cuando don Juan de Aragón llegó a Flandes, el emperador, porque fue enviado a su rucuesta, le mandó hacer gran recogimiento: y tal tratamiento, como si fuera hijo natural del rey: y como algunos señores que estaban en Flandes, especialmente el duque de Sajonia, y el señor de Rabastán, se desdeñasen, que les precediese, el emperador determinó, que pues le habían dado a entender, que el Rey Católico le quería hacer rey de Nápoles, y lo pudiera, era mucha razón, que le antepusiesen a todos ellos. Pero el rey, recelando no naciese alguna discordia sobre aquella causa, pues aquellos grandes, y príncipes del Imperio, tenían sus lugares señalados, proveyó, que su nieto no se pusiese en competencia con ellos. Con todo esto algunos de los que allá residían en la corte del príncipe, en desgrado del Rey Católico, no cesaban de sembrar toda la cizaña que podían: afirmando, que cuando se decía, que pensaba su agüelo en hacerle rey de Nápoles, era cuando se trató de casarlo con la hija mayor del Gran Capitán: y al tiempo que él iba por general de la liga a Italia, y por visorey del reino. Que entonces hubo algún color de poderse decir: y cesando el casamiento de las hijas del Gran Capitán, y su ida, cesaba la duda: y si pensaba el rey en asegurar aquello, mucho mejor se asegurara enviando al Gran Capitán, que era persona de más autoridad para esto: y más cumplidero para el servicio del príncipe: y que para quitar aquella duda, y otras muchas, mejor prenda fuera el infante don Fernando, y otros hijos de grandes, que tenían en Castilla gran patrimonio, y parientes: que don Juan no tenía nada desto: y que le enviaba el rey de Aragón por su provecho: y para que le avisase de las cosas de allá: y ganase las voluntades de los que gobernaban: señaladamente de la princesa Margarita: y también porque era en coyuntura, que tenía necesidad por la guerra de Francia, de dar aquel contentamiento al emperador: y que entonces, si mayores prendas le demandara, mayores le diera. También lo que el rey hacía por el infante don Fernando su nieto, procurando su acrecentamiento, y poniéndole grande casa, se echaba por éstos a la peor parte: diciendo, que le quería dar autoridad, porque fuese poderoso, para cuando le estuviese bien adelantarle, y ponerle en nuevas

cosas: y que fuese amado, y bien quisto de los pueblos, al tiempo que le conviniese defenderse: teniendo ocupado al príncipe lo que era suyo: y era tan grande la pasión que tenían, que no deseaban cosa más, que la venida del príncipe, para que saliesen los aragoneses de Castilla, como franceses de Italia: afirmando, que cuando viniese el príncipe no hallaría rebusca, cuánto más vindimia. Estaba en este tiempo el rey en Medina del Campo: y siendo vuelto de Carrioncillo, adonde se había ido a holgar con la reina, como a lugar muy apacible para caza, y de mucho deleite, donde el rey don Fernando su agüelo siendo infante, solía muy a menudo recrearse, y había en él nacido el rey don Juan padre del rey, adoleció de una grave enfermedad: que según Pedro Mártir, y el doctor Carvajal escriben, tuvo ocasión de un feo potaje, que la reina le hizo dar para más habilitarle, que pudiese haber hijos: dándose a entender, que se empreñaría luego: y fueron medianeras en la conseja desta invención, según el mismo Carvajal lo refiere, dos dueñas muy principales que él nombra: porque la reina deseaba en gran manera haber hijo varón que sucediese en estos reinos: y aun se atreve el mismo Pedro Mártir a afirmar, que no lo deseaba menos el rey, por la poca afición que entonces mostraba a la sucesión de la casa de Austria. Lo que de aquella obra resultó fue, quedar el rey muy debilitado, y enfermo: y aborrecer todo pasatiempo, que no fuese andar por los bosques, y selvas a monte: y tener por gran tormento encerrarse en poblado. Esta enfermedad se fue más agravando cada día, confirmándose en hidropesía con muchos desmayos, y mal de corazón: de donde creyeron algunos, que le fueron dadas yerbas. Antes desto, don Bernardino de Carvajal, que estaba en Lyon en Francia, como era hombre que hacía profesión de tener invención para encaminar, y disponer grandes negocios, y pensase por aquel camino ser restituido en sus dignidades, y rentas, entremetióse a tratar, no solamente de tregua entre el Rey Católico, y el rey de Francia, pero aun de concordia: proponiendo, que el rey Luis alzase las armas de la protección del reino de Navarra, y el rey, de lo que tocaba a Lombardía, y al estado que venecianos tenían en tierra firme: y sobre esta plática el rey envió a Francia, para que lo tratase con él, a Juan Sánchez de Aguirre arcidiano de Alcántara. Sucedió desto, que la reina de Francia se interpuso a procurar, se asentase alguna tregua: y envió un gentil hombre de su casa, y dos religiosos, que vinieron a Medina: y el rey acordó de enviar casi en fin de febrero, a don Jaime de Conchillos obispo de Catania, que fue luego promovido a la iglesia de Lérida, a Guyena, para que en nombre suyo, y del emperador, y del rey de Inglaterra, pudiese asentar tregua con el señor de Lautrec, en las tierras, y señoríos de ambos reyes, por mar, y por tierra desta parte de los Alpes. Falleció en el mes de agosto deste año en Valladolid don Alonso de Aragón duque de Villahermosa: y fue llevado a enterrar al monesterio de Nuestra Señora de Poblet: donde estaba enterrado el duque don Alonso su padre: y como no fue casado, dejó heredero en el estado a don Hernando de Sanseverino príncipe de Salerno su sobrino: y quedó una hija del duque, que se llamó doña Leonor de Aragón: que se crió con la duquesa doña Leonor su agüela. Por los mismos días murió don Alonso de Aragón su hermano arzobispo de Tarragona: que de obispo de Tortosa, habiendo vacado Tarragona por muerte del arzobispo don Gonzalo Hernández de Heredia, fue

promovido a aquella dignidad: y tomada la posesión a quince de julio deste año, murió a veintiséis del mes de agosto siguiente: en el cual falleció el duque su hermano.

Que el visorey don Ramón de Cardona procuró que venecianos prorogasen la tregua: y el Papa hacía instancia, que el visorey pasase a la empresa contra el duque de Ferrara. LVI.

Hacía el de Gursa grande instancia, porque el visorey don Ramón de Cardona rompiese con venecianos, y tuviese los pasos a los franceses, por si tentasen de volver a Lombardía: pero el visorey, como tenía falta de dinero, y descubría otros inconvenientes que se le representaban, procuró desviarlos: y no quería romper la guerra con la señoría, disimulando con Gursa: diciendo, que no era ido allí sino por servir al emperador: pero que era necesario proveer de vituallas: y que convenía mucho asegurarse primero de Francia: especialmente estando Juan Jacobo de Trivulcio a las puertas, y los embajadores de los cantones de suizos en Venecia, tratando liga entre Francia, y aquella señoría, con capitulación firmada del rey Luis, por la cual daba todo el estado que venecianos primero tenían: y ayudaba a la recuperación de Milán con ochocientas lanzas, y con diez mil alemanes: y por otra parte suizos habían dado salvoconduto al señor de la Tramulla, para acordar con ellos: y que se debía por estas razones considerar mucho, antes que se comenzase la guerra. Cesó Gursa por este consejo del visorey, de dar tanta prisa a la guerra: pensando primero desbaratar la concordia entre el rey de Francia, y la señoría de Venecia: y envió don Ramón de Cardona a micer Armengol a Venecia, para que el conde de Cariati procurase, que se prorogase la tregua por todo el mes de marzo, como se hizo: porque en este término Gursa, que era partido para Alemania, consultase con el emperador: y con su ida, no sólo se creía que se tomaría algún medio con venecianos, pero que se concertarían las cosas del emperador, y del Rey Católico, para mayor aumento de sus nietos. No cesaba el Papa por su parte de hacer gran instancia, que el visorey con el ejército fuese a la empresa de Ferrara: y tornó a enviar por esta causa a Bernardo de Biviena: y por no desdeñar en aquel tiempo al Papa, y también porque había mucha esterilidad, y convenía mudar el real a Aste, o a Módena de la parte del Po, pareció al de Gursa, y al visorey, que se le diese esperanza, que el ejército iría a aquella empresa, dándoles dineros, y otras cosas necesarias: para lo cual eran menester muchos días: y dejando el ejército de la otra parte del Po, entretanto el visorey con licencia del Papa fuese a Alemania, para dar conclusión a la paz. Mas como el Papa estaba muy enfermo, y su dolencia iba cada día empeorando, juzgando el visorey, que si en aquella sazón muriese, todo el bien de la cristiandad dependía de la elección de un buen Pontífice, y que con la muerte de Julio, no solamente perdía el temor el duque de Ferrara, mas aun los Bentivollas cobraban esperanza de tornar a Bolonia, detúvose para ver adónde convendría más acudir el ejército: y determinó antes de partirse, de enviar a Aste a don Álvaro de Guzmán, Francisco Tello, Diego de Quiñones, don Lucas de Alagón, Gonzalo Barceto, y otros capitanes con trescientas cincuenta lanzas, y con otras doscientas del duque de Milán, y con dos mil

suizos, para que estuviesen al paso: y quedase con esta gente por general Próspero Colona: porque habiéndose de hacer la empresa de Ferrara, el Papa no quería que el Próspero se hallase en ella: y mandó juntar más de doscientas barcas en Casalmayor: y dejó con ellas algunos soldados que las guardasen: porque si se acercase al Modenés, adonde estaría con gran comodidad, pareo lo de Venecia, y Ferrara, no se apartando del estado de Milán, tuviese el río a su disposición: y acordó de enviar al conde de Cariati, y a don Pedro de Urrea a Alemania: para que con la llegada del de Gursa se tomase alguna resolución cierta cerca de la paz, y nueva liga: porque ayudando venecianos al duque de Ferrara, era muy dificultosa la empresa.

De la muerte del papa Julio: y que fue creado en su lugar el cardenal Juan de Médicis, que tomó título de León X. LVII.

Entretanto como la dolencia del Papa fue larga, y la desconfianza que se tuvo de su salud, se divulgó por todas partes, temióse que los cardenales cismáticos, que estaban en Francia, siendo avisados de su muerte, no tentasen de procurar de ser admitidos a la elección del pontificado: y por esto el embajador Jerónimo Vic dio aviso al duque de Milán, y al visorey don Ramón de Cardona, que mandasen guardar los pasos de Lombardía: y lo mismo se proveyó en las señorías de Florencia, Siena, y Luca: y que las galeras del rey fuesen a correr por la costa, desde Civitavieja hasta el canal de Pombón: y el Papa murió a los veinte de febrero. Por ser su muerte en tiempo de tantas turbaciones, y guerras, se recelaba, que fuera causa de muy grandes inconvenientes: pues con ellas concurría la cisma, y la división entre los barones romanos: porque la mala voluntad que a los Coloneses tenía, puso entre todos grandes disensiones: y Juan Jordán, y otros de aquella casa Ursina estaban en Roma: y Fabricio Colona en Marino: y todos los Coloneses que fueron condenados por el papa Julio, con su muerte se pusieron en armas: y con este temor, y recelando la ida de los cardenales cismáticos, las obsequias del Papa se comenzaron dos días después de su fallecimiento: y en las congregaciones que los cardenales tenían, el embajador de España se hallaba presente: y los animaba en nombre del rey, para que dejadas sus particulares pasiones a una parte, solamente pensasen en elegir persona, que fuese acepta a Dios: y conviniente para remediar las persecuciones, y trabajos de la Iglesia: pues en solo aquello consistía el remedio de todo. Procuró el rey de Francia, por medio de Juan Jordán, que la elección se difiriese: porque los cardenales que estaban en su reino, pudiesen ser parte en ella: y sabido esto por Fabricio Colona, y por los de su bando, se juntaron en Campidoglio: y contradijeron aquello: y lo rechazaron con gran esfuerzo: y los Ursinos tentaban de levantar el pueblo: y pusieron a saco el monesterio de S. Pablo, que es de monjes de S. Benito: e intentaron de hacer otros insultos: robando, y profanando otros templos: porque con suceder tales turbaciones, los cardenales de la opinión francesa tuviesen ocasión, para decir, que alborotándose de aquella manera el pueblo, no se tenían por seguros, para entender en la elección: y con esta causa la pudiesen diferir.

Mas Jerónimo Vic tuvo tales inteligencias, que juntó a Ursinos, y Coloneses: proponiendo plática de casamiento de una hija de Juan Jordán, con el hijo de Fabricio: y de tal manera se hubo en esto, que todos ellos, y los que tenían la voz del pueblo, juntamente con los principales barones allegados al un bando, y al otro, excepto Juan Jordán, fueron al consistorio: y prestaron juramento, y pleito homenaje de estar unidos para el servicio, y bien de la Iglesia: y para mayor seguridad del colegio: y que si alguno de los cismáticos tentase de ir a Roma, procurarían de prenderle: y no darían lugar que fuese admitido en el cónclave: y con esto se encerraron en él los cardenales, a cuatro de marzo. Concurrían en esta sede vacante a pretender el pontificado, dos cardenales: el de San Jorge, y Médicis, que eran los que tenían mayor parte en el colegio: y esperábase, que sería la elección muy libre: porque poco antes en una sesión del concilio lateranense había sido aprobada por todo el concilio, la bula que Julio había discernido, contra los que eran eligidos por simonía: y en el primer escrutinio, según suele acaecer, tuvo más votos el que menos parte tenía: que fue don Jaime Serra cardenal de Oristán: y no le faltaron sino tres, para ser canónicamente elegido: y después hubo tanta conformidad entre el cardenal don Luis de Aragón, que era la cabeza de los cardenales diáconos, y don Francisco de Remolíns cardenal de Sorrento, con los presbíteros que le siguieron, para que fuese elegido el de Médicis, que dividiéndose los de la parte contraria, en votar por el de San Jorge, y Médicis, todos éstos unánimes se juntaron, para hacer reverencia al de Médicis: y los de la otra parte hicieron lo mismo: y otro día, que fue a once de marzo, procediendo a declarar por escrutinio el Pontífice, de conformidad de todos fue elegido al sumo pontificado el cardenal de Médicis: el cual se llamó León: y fue el X deste nombre. El mismo día de su creación se declaró resolutamente, que quería perseverar en la liga, y confederación que se había concertado con su predecesor: y que entendía animar a ella al emperador, y al rey de Inglaterra, y a la nación suiza. Oí afirmar a una persona muy grave, que fue del consejo del Rey Católico, que solía decir, que de tres cosas se acordaba haber recibido singular placer, y contentamiento en su vida: y que eran del nacimiento del príncipe don Juan su hijo primogénito, y del día que entró con triunfo de vencedor, con tanta gloria en la ciudad de Granada: habiéndola librado a cabo de ochocientos años de la sujeción, e infidelidad de los árabes: y que la tercera fue la creación del papa León: lo que para mí es causa de gran maravilla: pues no era el rey de tan poca experiencia en las cosas del mundo, que no considerase la mudanza que se suele comúnmente causar, de la amistad de un cardenal, cuando es uno entre muchos del colegio, a la reverencia, y obediencia que se le debe después que llega a la soberana dinidad de la tierra, siendo vicario de Cristo: que ha de llevar tanta cuenta con componer, y moderar los afetos desordenados de los príncipes, como si fuesen propios hijos: y a mi entendimiento, yo diera el tercer lugar, a la alegría que el rey hubo, cuando entró como pacífico gobernador de los reinos de Castilla: pues en aquel punto puso tanto asiento en todas las cosas que tocaban al beneficio, y paz universal de los reinos, y señoríos de sus sucesores.

De la prisión de Bernardino de Carvajal, y de Federico de Sanseverino, cardenales cismáticos. LVIII.

Sucedió así, que cuando Bernardino de Carvajal entendió, que el papa Julio era muerto, envió un camarero suyo a Alemania, para hacer saber al emperador, que él, y Federico de S. Severino estaban para embarcarse en las galeras de Peri Joan, para ir a Roma: y suplicaba fuese servido de escribir al colegio de los cardenales, que difiriesen en la elección, hasta que ellos llegasen: y que los admitiesen: y él los recibiese en su protección: pues toda la calamidad en que estaban, era por servirle a él: y si conocía cuán poco hacía el rey de Aragón por él, en la empresa contra venecianos, que tanto le cumplía a la honra, y a su estado, se debía confederar con el rey de Francia: y los dos serían señores de la cristiandad: y que considerase los grandes partidos, que el rey Luis le ofrecía. Respondióle el emperador, que a Roma fuese mucho en buena hora: y que ya había enviado a rogar al colegio, que tuviesen por bien de diferir la elección, por respeto al cardenal de Gursa: y que si por aquella causa no lo hacían, no esperaba que lo dilatasen por otros respetos: y ofrecióle, que le tenía debajo de su amparo, si se apartase de la pretensión del conciliábulo: y negaba, que la causa de su caída, hubiese sido por su respeto: porque él se había partido del Papa sin sabiduría suya: y que él no había pretendido, que el concilio fuese de cardenales, sino suyo, y del Imperio: y por esta causa había dado el mandamiento que dio: y menos quería que se prosiguiese lo que ellos habían hecho de su autoridad, sin su consentimiento: y que él había mandado asistir a sus embajadores al concilio lateranense, que se había convocado por causa de aquella cisma: y se había apartado del pisano. Cuanto a la amistad, y confederación que le aconsejaba que se hiciese entre él, y el rey de Francia, respondió, que él tenía por cierto, que el rey don Fernando cumpliría lo que tenía ofrecido. Con esta respuesta, sin esperar otro salvoconduto, Carvajal, y Sanseverino se embarcaron en un galeón, y llegaron a Liorna, y salieron a tierra: y como Jerónimo Vic había hecho proveer, que en el estado de florentinos, y sieneses se pusiese tal recaudo, que ninguno de los cismáticos pudiese pasar a Roma, y fuesen detenidos, y presos, queriéndose partir de allí, fueles impedido el camino, y lleváronlos a Pisa, y Julio de Médicis dio luego aviso desto al Papa, para que ordenase lo que dellos se debía hacer. Algunos cardenales eran de parecer que fuesen admitidos: y Vic los advirtió, que se debía mucho mirar, si convenía a la autoridad de la sede apostólica, que se admitiesen sin notoria satisfacción: porque siendo éstos cabeza de la cisma, y causa de tantos males, y daños, como se habían seguido, no era cosa justa dejarlos sin condeciente punición, conforme a sus deméritos: mostrando antes algún rigor que facilidad, ni remisión: dando parte dello a los príncipes confederados: y el Papa los mandó llevar a Viterbo, y de allí a Cività Castellana: que tenía un muy fuerte castillo, hasta que su causa se determinase. Pusiéronse en este camino estos cardenales con un embajador del rey de Francia, llamado Luis Forbún señor de Solier, con determinación de entrar en el cónclave, en confianza de la amistad que con muchos tenía señaladamente, porque el Próspero les había escrito que fuese: que él los pornía dentro: el cual había querido ir a Roma, con fin de apoderarse del castillo de S. Ángel: y

hacer crear el Pontífice que bien le estuviese: pero el visorey le detuvo diciendo, que la voluntad del rey no era, que se hiciese ninguna premia en la elección: sino que el colegio tuviese entera libertad. Hizo Julio de Médicis a estos cardenales mucha honra, y buen tratamiento: y por medio dellos, y de aquel embajador francés, se declaró por servidor del rey de Francia: en lo cual hizo su oficio el de Sanseverino: que era de gran sagacidad, y bien usado en semejantes negocios: ofreciendo que el rey Luis tomaría los de aquella casa debajo de su protección, para grande acrecentamiento suyo: y para esto no ayudó poco Francisco Cibo: que estaba casado con una hermana del Papa: y se halló en esta sazón en Pisa. Con el galeón en que fueron los cardenales, iba una barca francesa cargada de vituallas, para socorrer el castillo de la Lanterna: y llevaba infinita pólvora, y mucha munición: la cual fue tomada por la armada de Génova, con ochenta hombres que en ella iba.

Que el visorey pasó con su ejército el Po: y entró en Piacenza dando favor al duque Maximiliano, para que cobrase aquella ciudad, y a Parma. LIX.

Sabida la nueva de la muerte del papa Julio por letras del embajador Vic, considerando el rey, que por esta novedad, quedando venecianos excluidos de la liga, y no habiendo quien diese dinero en aquella necesidad, para ayuda a sostener el ejército, y también porque se decía que en Marsella se hacía armada para tentar con ella algún movimiento en el reino, y que estaba a mucho peligro, en el cual quedó por lugarteniente general el almirante Vilamarín, dejándole en el gobierno el cardenal de Sorrento, al tiempo que por la muerte del Papa fue a Roma, y atendido que la sede apostólica podría tener necesidad de favor, para entender más libremente en la elección, el rey luego mandó al visorey, que si fuese elegido Pontífice, o el colegio de cardenales, en caso que la elección se hubiese diferido, pidiese su ayuda para que con más libertad pudiese entender en la elección, a la hora se partiese con aquel ejército la vía de Roma: encargándole encarecidamente, que todo lo que se pudiese obrar en favor, y ayuda de la Iglesia lo hiciese: anteponiendo aquello a todas las otras cosas: y si para ello no hubiese necesidad de su persona, pasase al reino sin detenerse: y aunque quisiera el rey, que desde el día que su general entendió que no querían pagar el ejército, ni le daban lugar que se combatesen las fuerzas de Milán, y Cremona, se volviera al reino, porque deteniéndose sin esperanza de ganar reputación, se aventuraba a perderla, y ponía en peligro su ejército, pero entendía que si hubiese de hacer alguna nueva confederación en Italia, de mejor voluntad vendrían en ella los otros príncipes, y potentados, y con mayor ventaja suya, teniendo su ejército en el reino, que con verle en las fronteras de Lombardía: pues deteniéndose allí, ya parecía que tomaba a su cargo la defensa, sin otra confederación: y cuando no se concertasen en asentarla, le parecía que le convenía más atender a defender lo propio, que estar a peligro, y en aventura de perder en lo ajeno: y entretanto decía él, que el duque de Milán se podía ayudar de suizos para su defensa, cuando tal necesidad se ofreciese: y con la ida del visorey pensaba que se podría tratar con el nuevo Pontífice de asentar estrecha amistad

entre ellos. Antes que este mandato llegase al visorey, luego que supo la muerte del Papa, entendiendo que por ella se podría perturbar la paz, que tanto se procuraba entre el emperador, y la señoría de Venecia, o diferirse, envió a micer Armengol a Alemania: porque alcanzase al de Gursa, y a don Pedro de Urrea: y porque Jerónimo Vic le avisó que no convenía que se diese lugar, que Próspero Colona fuese a Roma, porque temía que su ida sería para poner más turbación en las cosas della, y que sería bien, que enviase parte de su ejército al Sienés, para dar favor al colegio, procuró detener al Próspero que estaba ya para partirse: y en lo de enviar la gente le pareció, que no convenía: por no dividir el campo: pues la parte que fuese no iría segura: y la que con él estuviese quedaría con poca reputación: y también fue deste acuerdo, porque no se pensase que lo que se hacía para dar favor al colegio, era para quitarle la libertad en la elección, lo que el rey siempre había excusado: mayormente que con la muerte del Papa los de la parte francesa mostraban haber cobrado más ánimo. Pasó entonces con el ejército al Piazentino, y Parmesano, por estar de la otra parte del Po: y por ser comarca donde el campo mejor se podría sustentar. Demás desto lo hizo por ser aquellas ciudades del estado de Milán: y haberlas ocupado el papa Julio sin ningún fundamento: y que el duque Maximiliano trabajaba por cobrarlas: y los de Milán se pusieron de tal manera en ello, que decían públicamente, que si no se tomaban entonces, se harían cantón de suizos: y Andrea del Burgo, y el que llamaban Cabomaestro, que estaban por embajadores del emperador en Milán, fueron a protestar al visorey, que si no ayudaba al duque a cobrarlas, siendo el emperador señor soberano, se volverían a la opinión de Francia. Dioles el visorey en ello buena esperanza: e hizo que el duque enviase al colegio de cardenales a notificar su justicia: y que entretanto tuviese forma como se apoderase dellas: y así lo hizo: y cobróse luego Piacenza con el favor del visorey: y fuese a poner en ella. Al tiempo que murió el Papa estaba en Bolonia el obispo de Aviñón con la gente de la Iglesia, que eran hasta tres mil infantes: y con ellos Marco Antonio Colona: y echaron de la ciudad a muchos que eran aficionados a la parte de los Bentivollas. Éstos enviaron a decir al visorey, que serían verdaderos servidores del rey: y deseaban volver a sus casas por su medio: y él no dejó de secreto de entretenerlos: y también envió a ofrecer su ayuda al obispo por ganarlos a todos: porque si el Papa fuese contrario, era bien de tenerlos allí: y si de su opinión, quedarían él, y ellos en obligación al rey, porque los concertase. También el duque de Ferrara procuraba de reducirse en la gracia del rey: y que don Ramón le tuviese, alomenos por neutral. Tenía el visorey en Génova en este tiempo a don Lucas de Alagón, para que entendiese el duque, que el rey no le tenía olvidado: y en esta misma sazón fueron a Piacenza el arzobispo de Salerno, y un hermano suyo, que eran Fregosos, y legítimos: porque el duque, que entonces era, fue bastardo: y trataron con el visorey, que con su favor pudiesen entrar de la misma suerte que se trataba que entrasen los Adornos con su parcialidad: y daba a todos buenas palabras: porque el duque, y los Fregosos habían seguido la opinión francesa: y los Adornos la de Aragón: y porque el duque siempre había tenido secretas inteligencias con el rey de Francia, entendía el visorey, que convenía poner los Adornos en aquel estado: y pensaba que ayudarían a sostener aquel ejército: y se quitaría aquella entrada a franceses: mayormente que el emperador



pretendía, que aquel estado se hubiese para el príncipe. En el mismo tiempo se redujo al servicio del rey, el conde de Flisco, por medio de don Pedro de Urrea, por haber entre ellos particular amistad: estando muy recibido, que los Urreas, y Fliscos descenden de antiguo de una misma casa: y el conde era muy valeroso: y tenía más parte en Génova que tuvo su padre: y parecía que aquel estado sin él, no se podía conservar muchos días.

De la confederación que asentaron los venecianos con el rey de Francia, por no querer concertarse el emperador con ellos. LX.

A la misma sazón que murió el papa Julio, don Pedro de Urrea, y el conde de Cariati fueron por las postas a la corte del emperador: y llegaron a Insbruck con la nueva: y luego deliberó de acercarse a Italia. Para que se determinase tan presto, aprovechó mucho representarle la gran parte que eran los franceses en Italia: y la necesidad que había de la unión della, para echar del todo aquella nación: y gozar de la verdadera vitoria: porque siendo reducido el rey Luis a sólo el dominio de lo que era suyo, quedaban el emperador, y el Rey Católico, como señores, y cabeza de la cristiandad: y afirmaban, que para alcanzar este fin, no hallaban otro camino, sino concluir la paz con la señoría de Venecia. Con diversas razones procuraban de persuadirle, que era mejor hacer dos paces, que dos guerras: y que cuando conviniese el asiento de la una paz, para proseguir una guerra, era más expediente hacer la paz con venecianos, y la guerra con los franceses: porque en la paz con Francia no se podría dar bastante seguridad. La resolución del emperador fue, que se contentaría de hacer la paz con venecianos, quedándole Brescia, y Verona: y no de otra manera: o de asentar tregua por dos años, comprometiéndose aquella diferencia en poder del Rey Católico tan solamente: y no ayudó poco para aficionarle a esto, que al mismo tiempo que se trabajaba por persuadirle a la paz, el comendador Solís, que estaba en Brescia, le envió a ofrecer, que si le daba las tenencias de Brescia, y Verona, se obligaría a defenderlas de venecianos: y que sacaría para ayuda de la guerra cien mil ducados cada año: y esto fue alguna parte para estorbar la plática de la concordia. Tratándose del modo que se había de tener en hacer la guerra contra la señoría, pretendiendo emplear en ella la gente de armas, e infantería española, los venecianos se concertaron con el rey de Francia: porque entendiendo el rey Luis que los suizos no se podían persuadir a que se confederasen con él, y que el emperador procuraba con grandes extorsiones, y penas, sacarle los alemanes que tenía a su sueldo, y que aquella gente se le alborotaba, revolió su pensamiento, como en un instante, a concertarse con la señoría de Venecia: y tomar conclusión en el partido que mucho antes se había tratado, con promesa de satisfacer a los venecianos en lo que pidían. Fuera deste concierto, no le quedaba al rey Luis otro recurso, sino el que había pensado, de sacar gente de infantería del reino de Bohemia, que se le había ofrecido el estío pasado: alabándose, que combatirían con cualquier escuadrón de suizos, o españoles, tantos por tantos: pero como la costa que se le ofrecía era grande, inclinóse más a la concordia con la

señoría. Vuelto el conde de Cariati a Venecia, entendiendo que se estrechaba la plática de la concordia entre venecianos, y franceses, ofreció la tregua a la señoría por tiempo de dos años: pero aquello fue tarde: y ellos mostraban tener poca confianza por no haberles restituido a Brescia: y quejábanse del rey, de don Ramón de Cardona: y aunque de la gente principal se conocía, que deseaban que se conservase la amistad con España, el común se inclinaba más a franceses. Asentóse la concordia por medio de Andrea Gritti con tal condición, que venecianos quedasen con todo el estado que antes tenían: reservando a Cremona, y Geradada, para que fuesen del rey de Francia, con el estado de Milán: y que la señoría le ayudase para cobrarle con mil lanzas, y con seis mil infantes: cuyo capitán general había de ser Bartolomé de Albiano: que fue puesto en libertad con Andrea Gritti. Obligábase el rey de Francia de enviar mil doscientas lanzas, y doce mil infantes, y por capitán general de la infantería a Roberto de la Marcha: y por lugarteniente general al señor de la Tramulla: y con él había de ir Juan Jacobo de Trivulcio. Tuvieron los venecianos secreta esta concordia, hasta que el conde de Cariati volviese de Alemania: y como el emperador no quiso acetar la suya, sino quedando con Brescia, y Verona, y ellos estuviese firmes en pretender, que se les había de restituir su estado, y llegasen entonces el de Albiano, y Teodoro Trivulcio, que fueron enviados por el rey de Francia, recibiólos la señoría con mucha fiesta: y nombraron por su capitán general al de Albiano: y publicaron la paz, y liga con Francia con mucha solenidad. Partió Albiano luego para el campo que tenía la señoría: y comenzó a poner en orden su gente, con fin de acometer de cobrar a Verona: o pasar a juntarse con los franceses: y Juan Jacobo de Trivulcio se puso en Aste con la gente de armas italiana que tenía el rey de Francia. Esta novedad causó tan gran mudanza, que no pasaron muchos días, que los más pueblos de Lombardía se rebelaron contra el duque Maximiliano, que a penas acababa de entrar a tomar la posesión de aquel estado: y el suceso de sus cosas se conformó bien con el del duque Luis Sforza su padre.

De la tregua que asentó el Rey Católico con el rey de Francia, por sí, y sus confederados: y cuán caluniada fue por el emperador. LXI.

Aunque de la elección del Sumo Pontífice el rey se alegró sumamente, teniendo por cierto, que las cosas de la liga serían más favorecidas, y las suyas tratadas como se lo tenía merecido, pero considerando las mudanzas que repentinamente suceden en Italia, por la diversidad de las condiciones de los estados della, entendió que le convenía, para la seguridad de sus cosas, asentar tregua con su enemigo, como ya se había tratado por medio de don Bernardino de Carvajal. Habíase enviado sobre ello a Fuenterrabía don Jaime de Conchillos obispo de Catania, eieto de Lérida: y de allí pasó a Bayona a verse con Odeto de Foix señor de Lautrec lugarteniente general del rey de Francia, mediado el mes de marzo: y porque quedaron en algo discordes, deliberaron juntarse otra vez en el castillo de Ortuvia, que está en el término de Francia, a dos leguas de Fuenterrabía. Allí se

concertaron el primero de abril, de asentar la tregua entre el emperador, y los reyes de España, e Inglaterra, y el príncipe don Carlos de la una parte, y de los reyes de Francia, y Escocia, y duque de Gueldres de la otra: con tal condición, que el rey Luis se obligaba, que el rey de Escocia, y el duque de Gueldres confirmarían las condiciones de la tregua: y de la misma suerte el Rey Católico, que el emperador, y el rey de Inglaterra se conformarían con ellos: y se confirmaría por todos dentro de dos meses. Había de durar esta tregua por tiempo de un año: que comenzase desde este día: y que durando este término, hubiese comercio de un reino a otro en sus señoríos, desta parte de los Alpes, por donde era el sobreseimiento de la guerra: y fue con presupuesto que hacía el rey de Francia, que él tenía al emperador por hermano, y amigo, y que no creía que tuviese guerra ninguna con él. A los que no entendían el secreto desta negociación, que se movió por parte del rey, por medio de don Bernardino de Carvajal, pareció que hacía muy gran yerro en admitir esta tregua: y cuando el emperador tuvo aviso della se indinó en tanto extremo, que estuvo dudoso si porría en efeto lo que había deliberado algunas veces, de hacerse religioso de una orden de San Jorge, que él pensaba instituir. Dijo públicamente, que como no le pesaría de hacer paz con el rey de Francia, cobrando el ducado de Borgoña, y tampoco la rehusaría el francés dejándole el estado de Milán, así el rey de Aragón holgaría de no ponerse en ruido, quedándose con Navarra: y también alzaría la mano de su empresa el rey de Inglaterra, si en pago de sus gastos, le diesen quinientos mil florines. Mas como don Pedro de Urrea no tenía noticia ninguna que el rey tratase de asentar tregua, afirmaba con gran confianza, que aquello que se publicaba era ficción: y que el rey su señor no asentaría ninguna cosa sin sabiduría, y consentimiento de los príncipes de la liga: señaladamente del emperador: y sin darle parte de lo que se resolviese. Cuando llegó el correo del rey a la corte del emperador, con la nueva cierta, quedaron todos como atónitos: y el emperador extrañamente sentido, e indinado: y don Pedro de Urrea muy corrido: y los caballeros castellanos, que residían en Flandes, y en la corte del emperador, que eran don Juan Manuel, don Diego de Guevara, don Antonio de Zúñiga hermano del duque de Béjar, que se llamaba prior de San Juan, don Alonso Manrique obispo de Badajoz, y don Íñigo de Mendoza, y don Juan de Zúñiga hermanos del conde de Miranda, y todos los de aquel bando, comenzaron a encarecer el caso a su propósito: e indinaban a la princesa Margarita, y a los embajadores del rey de Inglaterra, que tuvieron aquella nueva por muy extraña. Afirmaban aquellos caballeros, que porque el príncipe no hallase camino hecho para Castilla, se concertaría el rey su agüelo, no solamente con Francia, pero con el infierno: y que era bien graciosa cosa la cuenta que echaba el rey de Aragón, diciendo, que lo hacía por sacar la guerra de España, y pasarla a Italia: de suerte, que era tan grave culpa, a su juicio, la desculpa, como la culpa principal. A caso tres días antes que esta nueva llegase, dijo don Antonio de Zúñiga al emperador, que ya él le había advertido muchas veces, que hiciese sus hechos, y se guardase del rey de Aragón: y que agora lo tornaba a afirmar, porque lo debía a su servicio, y a quien él era: y que lo mirase bien: porque sabía cierto que andaba por destruirle: y como sucedió esta novedad, poníanle nuevos temores: diciendo, que quisiese Dios, que debajo desta tregua no hubiese otras cosas en daño del príncipe: y que por todas partes el

emperador había perdido, y había sido engañado: y que de corrido se andaba por los montes. Estaba por este tiempo en Alemania el maestro Pedro Ruiz de la Mota, que era uno de los que se habían ido de Castilla a servir al príncipe, por haber deservido a su agüelo, o con recelo dél: y como era hombre de ingenio, y artificio, y buenas apariencias, y daba a entender que llevaba avisos de todo el secreto de la hacienda, y masa de Castilla, don Juan Manuel le había puesto muy adelante: y él tenía ya lugar en el consejo del emperador: y era uno de los que más ayudaban a indinarle. Desculpábase el rey con el emperador con decir, que de allá se le había escrito que se debía hacer tregua con Francia por un año: y los del consejo del emperador, y los castellanos que blasfemaban della, decían, que lo que el emperador había escrito era, que si se hubiese de hacer alguna tregua con algunos de sus comunes enemigos, le parecía, que se había de hacer con Francia por un año, excluyendo a venecianos della: y que para esto él se interponía, y la trataría: pero que no se entendía que el rey de Aragón por su autoridad la había de hacer, sin participación del emperador: y sin excluir a la señoría de Venecia. Así mismo se afirmaba por esta parte, que antes que el emperador le escribiese, se trataba ya por el rey: y que antes que llegase su consulta, era ya concluida. Por otra parte, como don Ramón de Cardona, y los otros capitanes que el rey tenía en Italia, no podían entender, qué necesidad le hubiese forzado, para hacer esta tregua por España, y no por aquellas partes, el rey se excusaba con ellos diferentemente: diciendo, que lo había consentido, por poder mejor ayudar a lo de allá, como lo hizo en lo del Garellano. Sólo don Pedro de Urrea, como burlado, no hallaba más bastante justificación con que aplacase al emperador, sino que la causa principal había sido la grave enfermedad del rey, que llegó a estar en lo último de su vida: y que si alguna necesidad sobreviniese en Castilla, no se podía juntar gran poder, sin ir la persona del rey: porque los grandes no querían ir debajo de otro capitán: y estando el verano tan cerca, no parecía cordura, que por una vía, o por otra no pusiese en seguro las cosas de España: y señaladamente las de Navarra. Con esto afirmaba, que los confesores encargaron mucho la conciencia al rey, del estrago que se hacía por su causa entre cristianos: y de la sangre que se vertía: y que para sosegar su espíritu fue muy necesario hacer la tregua: y ofreció de venir a Castilla, con orden que se rompiese: y con esta esperanza parecía que el emperador se aseguraba algún tanto: y don Pedro procuraba traer consigo al secretario Banisio, y a micer Xate cuñado del cardenal de Gursa, que eran del consejo del emperador. Estorbó el maestro Mota su venida: afirmando, que esta tregua había de parir una monstruosa paz entre el rey de Aragón, y Francia: y la paz una nueva, e increíble dificultad, para las cosas del príncipe, y para lo que convenía a la legítima sucesión destos reinos: y aunque en lo público hablaba modestamente, en lo secreto era peor que todos: y por su camino llegó a tanta privanza, y a tener tal lugar en los negocios del estado, que vino después a su cargo el mayor peso del gobierno de las cosas de los reinos de Castilla. Por estos inducimientos, y sospechas que movían Mota, y don Juan Manuel, y sus secaces, llegaban ya las cosas a rompimiento: y como el emperador estaba muy indinado, luego se comenzó a platicar en enviar capitanes, y gente a Castilla: y Saratayn, y micer Pablo Filinguer, y Reyner, que eran los principales de su consejo, eran ya de parecer, que se emprendiese algo de lo que don Juan Manuel

procuraba, tanto tiempo había. Mas el de Gursa que lo podía todo, les era muy contrario: porque amaba verdaderamente la paz, y unión destos príncipes: entendiendo, que así cumplía al bien de su común heredero: puesto que los otros decían, que lo hacían de temor, que si se hiciese enojo al rey de Aragón, puesto en desesperación, se aventuraría a muchas cosas contra su sangre, y contra sí, y contra Dios: y esperaban, que con la primera nueva que llegase, que las cosas de Italia no se encaminarían bien, se echaría la culpa a quien la tenían, a su parecer dellos. También creían, que con esta tregua se desbarataría la liga en que el Papa había entrado: que era conforme a la que el rey tenía con el papa Julio: porque el Papa mostraba estar muy medroso: y aun el conde del Carpi trabajaba cuanto podía por hacerle enemigo muy declarado de franceses. Teníase desto poca confianza: porque los hombres que son de tan mansa compostura, como lo era el papa León, no suelen ser, ni grandes enemigos, ni grandes amigos: y los que en las apariencias quieren parecer bravos, y terribles, pocas veces lo son. Había querido llamarse León: y comúnmente se tenía creído, que se contentaría con solo el nombre: porque en lo demás, era persona muy pacífica: y entendían algunos, que no consistía todo en ser un buen hombre: pues se requería más, para ser buen Pontífice. Revolvía el rey cargando toda la culpa al emperador de lo que sucedía siniestramente: y decía que lo que también le obligó a asentar la tregua, fue considerar que el papa Julio dejó desunida a toda Italia, y en mucho peligro: y el mismo emperador procuró de persuadir al rey, que lo mejor era hacer tregua con Francia, y romper con venecianos: y sabía el rey que la señoría tenía estrecha plática de concordia con el rey de Francia: y para concluir, no esperaban sino la respuesta del emperador. Que sabía el rey, que viéndose venecianos excluidos de la paz que el emperador trataba, se habían de juntar con el rey de Francia, como lo hicieron: y firmaron su paz, y amistad con el rey Luis en Blois en el mes de marzo, antes que él firmase la tregua: y después a seis de abril la confirmaron en Venecia. De suerte que el rey de Francia, y venecianos habían hecho liga para partirse a Italia. Que esto había muchos días que el rey lo había previsto: y procuró con tanta insistencia de inducir al emperador a la paz con venecianos: de la cual se le seguiría mucha honra, y provecho, y unión de todos para la empresa contra Francia, y nunca lo pudo acabar con él: y puso en gran peligro a toda Italia: y había estorbado, que no se pudiese hacer unión contra el rey de Francia. Que si en las cosas de Italia no hubiera mirado el rey, en estar siempre junto con el emperador, como era razón, toda ella se juntara con el rey: y las cosas se hubieran muy bien remediado: y por seguir al emperador en aquello, y nunca le haber querido creer, las cosas de Italia quedaban perdidas: y el estado que tenía en ella, en manifiesto peligro: y demás de haber tanto tiempo, que por la misma causa él solo había sostenido a su propia costa todo el ejército que tenía en Italia, agora quedaba solo en ella: porque aunque el Papa de voluntad estaba junto con él, pero como veía tanta fuerza junta de la otra parte, no se osaba declarar, sino estar de por medio. Como no tenía tesoro, porque siempre había sostenido guerra, y había de tener agora tan grande gasto en Italia, sería imposible que por España pudiese hacer este año cosa de importancia, no le dando el rey de Inglaterra el socorro que para su propia empresa estaba asentado que le diese: y así de pura necesidad decía el rey, que hubo de firmar la tregua: y no podría dejar de guardarla este año: y

aconsejaba al emperador, que dentro deste tiempo se juntasen todos para las cosas de Italia, asentando el emperador la paz que venecianos le enviaron a ofrecer con el conde de Cariati: advirtiéndole, que para el año siguiente se podrían confederar, para emprender la guerra contra su enemigo, dentro de Francia. Así andaban estos príncipes en su confederación tan varios, y dudosos, que no acababan de asegurarse, que no procuraba cada uno de hacer su hecho, y engañar al otro.

De la toma del castillo de Maya en el reino de Navarra: y que los lugares de tierra de vascos, y de Cisa se rindieron a Diego de Vera. LXII.

Quedó excluido el rey don Juan de Albret de la tregua que el rey asentó con el rey de Francia: porque el rey deliberó mientras durase, de mandar combatir el castillo de Maya: y que se pusiesen en orden de defensa los lugares más fuertes de Navarra: de suerte, que si pasada la tregua viniesen franceses en ayuda del rey don Juan, pudiese sustentar la guerra con menos costa, y cuidado. Comenzó también el de Albret a apercibir su gente de Bearne: y dar grandes esperanzas a los de su opinión: y juntó hasta cinco mil hombres, para hacer el daño que pudiese, por aquellas montañas: y procuró de haber a su poder los sobrinos del obispo de Zamora, que quedaron por él en rehenes: y comenzó a publicar, que el obispo era obligado de ponerse en su poder, por la palabra que había dado al duque de Longueville: e hízole requerir para que lo cumpliese. Entendiendo el Rey Católico, que a él tocaba declarar aquella duda, de lo que era obligado, habido consejo con caballeros, y personas ancianas de su reino, declaró, que en todo lo pasado el obispo hizo lo que debía, en ir a cumplir sus mandamientos, en servicio de la sede apostólica. Que en la prisión de su persona el señor de Albret había ofendido a la Iglesia, y cometió crimen de sacrilegio, haciendo poner las manos en su persona, injuriosamente, y con violencia: y que no era obligado a cumplir la palabra que dio al de Longueville, así por haber sido tomado de mala guerra, contra el derecho de las gentes, como por decirse que era el duque muerto, a quien se obligó el obispo personalmente. Declaróse con esto, que el obispo no se pudo obligar el perjuicio del rey, ni de su servicio, ni en ofensa de la sede apostólica: y mandóle el rey, que no volviese a la prisión so pena de caer en mal caso. Por el mismo tiempo algunas compañías de gente de Bearne, y de los desterrados de Navarra, que eran hasta dos mil, que se gobernaban por el mariscal de Navarra, se juntaron en un lugar que se dice Sumbil, para pasar a combatir el lugar y castillo de Guycequa, que es de la provincia de Guipúzcoa, y está a tres leguas de allí: y teniendo aviso desto don Juan de la Cueva que estaba en Fuenterrabía, en lugar de don Luis de la Cueva su padre, luego mandó ir allá al capitán Miguel de Ambolodi con su compañía, para que resistiese a la entrada de aquella gente, que era allegadiza de las cuadrillas de lacayos, y ladrones que se acogían a Maya, para hacer daño por aquellas montañas. Por otra parte el señor de Ursúa, que era de tierra de Baztán, tuvo nueva que Pelén alcaide de la fortaleza de Maya era ido fuera, y que no quedaba sino poca gente: y juntó trescientos lacayos, y fue camino de Maya: y al tiempo que llegaba

al pie della, siendo ya de noche, se encontró con el alcaide: y aunque pelearon por un buen rato, se recogió dentro: y el señor de Ursúa se retrajo a una mota que allí junto había. Dio el alcaide aviso a tierra de la Bort, que está de la otra parte de la ribera, que divide a Guipúzcoa de Guyena, para que le enviasen socorro: y otro día llegaron al de Ursúa trescientos peones que le envió Diego de Vera con cuarenta de caballo: y comenzóse a mover la guerra más furiosamente por aquella parte. No faltaba en este tiempo quien aconsejase al rey, que se desamparase la fuerza de S. Juan de Pie del Puerto, y se pasase la guarnición a Pamplona: pero el rey se determinó de sostenerla: porque entendió que si la dejase, perdía todo lo que tenía de aquella parte de los puertos: que era un pedazo de tierra muy buena: y el valle de Baztán, y el val de Oro hasta Pamplona, y los valles de Escua, Salazar, y Roncal, que quedaban abiertos a quinientos ladrones. Con esto parecía que había de estar aquel reino siempre tan alterado, y puesto en armas, con alarido de cualquier pastor, que diese rebato que entraba gente: mayormente, que aquella fuerza estaba de suerte, que podía esperar cualquier afrenta que le viniese. Así sucedió, que los que estaban por el rey don Juan en el valle de Baztán, y en el castillo de Maya, hacían tanto daño por aquella montaña, que todo el valle se redujo a la obediencia de los bearneses: y los de ambas parcialidades: sino eran los señores de Ursúa, Chayde, y Vertiz, que tenían la parte del Rey Católico. Llegó la guerra que desde allí hacían tan adelante, que de los lugares vecinos a Pamplona se salía la gente con sus haciendas: y se entraban en la ciudad, de temor de los enemigos. Andando esta gente tan desmandada, envió Diego de Vera cuatrocientos soldados con Andrés de Prada, y Alonso de Valdés, y con otros capitanes, para que fuesen a socorrer por aquel valle, en seguimiento de la gente que por él andaba: y toparon junto a Maya con algunas compañías de lacayos: y fueron en su alcance hasta encerrarlos por el castillo, y mataron algunos: y un capitán que llamaban Antonio de Ureta. En esta sazón teniendo los del valle de Baztán aviso de la tregua, y que por ella no se podía dar favor por el rey de Francia al rey don Juan, enviaron a requerir a Diego de Vera que les enviase gente para defender el valle: y que se pusiese cerco al castillo de Maya: ofreciendo que se ponían en la obediencia del rey. Con esta ocasión salió Diego de Vera de San Juan, y dejó en aquella fuerza a don Juan de Luna, y a Villafaña, y a Bernardino de Ledesma capitanes de la gente de caballo: y otros capitanes con setecientos de pie, y caballo. Entonces el marqués de Comares envió a Lope Sánchez de Valenzuela con ciento cincuenta de caballo, y con trescientos cincuenta soldados, y algunas piezas de artillería, para que fuese con Diego de Vera a combatir a Maya: y que otras dos banderas de infantería entrasen en S. Juan. Con aquella gente, y con la que se juntó de la provincia, y del mismo valle de Baztán, se tomaron algunas fortalezas por combate: y luego se redujo todo a la obediencia del rey: y púsose el cerco sobre el castillo de Maya. Juntaron los franceses a legua y media de Maya en una casa fuerte, que se tenía por el señor de Agramonte, y se llama Urdax, la gente que se pudo recoger de la Bort, para socorrer el castillo: pero como lo supo el obispo de Lérida, que estaba en Fuenterrabía, y que salían algunas banderas de Bayona al socorro, envió al señor de Lautrec, y al capitán Pierres de Hirigoya, que estaba por su teniente en Bayona, a requerirles, que se proveyesen en ello de suerte, que ninguno de la tierra de la

Bort, ni de otra parte del señorío del rey de Francia, viniese a dar ayuda al rey don Juan: pues en ello se rompía la tregua: y el capitán Hirigoya lo mandó pregonar. Cuando Diego de Vera llegó a ponerse sobre Maya, el alcaide Pelén se puso en trato con él, y pidió plazo de solo un día, para dar la fortaleza: conque viniese allí el abad de Urdax su tío: por quien él decía tenerla: y sobreseyóse el combate: pero como se entendió que era con fin de poner dilación, se comenzaron a poner en orden las estancias: y subiéronse al puerto hacia Bayona, Miguel de Ambolodi, y Martín de Ursúa con trescientos peones: y repartiéronse por las cumbres de los otros puertos otros trescientos: y comenzóse a batir el castillo. Pero como era la artillería menuda, y se hacía con ella muy poco daño, y el mariscal de Navarra juntaba mucha gente, para socorrerle, y el rey don Juan, y la reina doña Catalina tuvieron nueva, que el rey estaba muy doliente, y habían venido a Salvatierra, y acudían al rebato, Diego de Vera, y Lope Sánchez de Valenzuela levantaron el cerco: y dejaron la artillería en Azpelicueta. Quedó deste suceso el marqués de Comares con gran sentimiento: y visto cuánto importaba que aquel castillo se ganase, o por trato, o por combate, proveyó que don Francisco de Beamonete, Joanico, y Jorge de Robles con algunas compañías de soldados, y otros cuatrocientos de la tierra, se juntasen en San Esteban con Miguel de Ambolodi, que estaba allí con trescientos: y se hiciesen fuertes en aquel lugar: y defendiesen la artillería que quedó en Azpelicueta: y se basteciese una torre que allí había. Mandó juntamente apercibir toda la comarca: y proveyó que fuesen setecientos peones de Logroño, Calahorra, y Alfaro: y que Ramón de Esparza llevase los lacayos que tenía. Salió de Pamplona el marqués con la gente de pie, y de caballo que le pareció necesaria, y con algunas piezas de artillería gruesa: y de dos mil hombres que tenía la provincia en orden, se le envió la mayor parte: y púsose en tanto estrecho el castillo, que como no les pudo ir socorro de tierra de la Bort, se rindió dentro de muy breves días. Con haber ganado los nuestros aquella fuerza, pareció quedar defendido el principal portillo de los montes: y fue esto de tan grande efeto, que vuelto Diego de Vera a S. Juan, mandó requerir a los caballeros, y gentiles hombres, y a las villas, y lugares de tierra de vascos, y de Cisa, que fuesen a S. Juan, a dar la obediencia que eran obligados al Rey Católico, por sí, y sus tierras: según se había hecho en el reino de Navarra: y ordenó que se hiciese ayuntamiento general para ello en aquella villa: y así lo hicieron: y el marqués mandó dejar buen recaudo en el castillo de Maya: y la gente que era necesaria para su defensa.

Que el vizcondado de Castelbó, y la val de Andorra, patrimonio antiguo de los condes de Foix, en el principado de Cataluña, se redujeron a la obediencia del rey. LXIII.

Tuvieron los condes de Foix mucho tiempo en el principado de Cataluña el vizcondado de Castelbó, y la val de Andorra: dividiéndose estos estados de Francia por las cumbres de los montes Pirineos. Confinan por la parte de poniente con el condado de Pallars: y por el oriente, y mediodía se extienden hasta las riberas de Belira, y Segre: y en el vizcondado se incluían los valles de Assua, y



Ferrera. Después que se acabó el señorío de los condes de Urgel, y se confiscó aquel estado a la Corona real, poseyeron también los condes de Foix en lo llano de Cataluña, la villa de Castellón de Farfaña: y en todo esto sucedió la reina doña Catalina, como heredera del conde Gastón de Foix su agüelo: y poseyólo pacíficamente, hasta que se rompió la guerra con el rey don Juan su marido. Después por la confederación que el rey, y reina de Navarra hicieron con el rey de Francia, y por haber entrado sus gentes a ofender las tierras, y vasallos del rey por Aragón, y Cataluña, haciendo pública guerra, declaró el rey haber recaído el feudo del vizcondado, y lo de más que tenían en Cataluña, en su Corona: y mandó que se apoderasen sus oficiales de las fuerzas más vecinas a Francia. Tenía Juan Machicot, que era un capitán de tierra de vascos, por la reina doña Catalina, el castillo de Ciutat, que es del vizcondado: y está a menos de media legua de la Seo de Urgel, junto a la entrada del río Belira en Segre, puesto en un lugar enriscado: y don Gaspar de Llordat, que era un caballero de muchos deudos, y amigos en aquella montaña, y yerno de Machicot, se apoderó del castillo, y de los otros lugares del vizcondado sin ninguna resistencia: porque entendiendo la reina doña Catalina, que el rey se quería asegurar de aquel estado, como lo podía hacer, por razón del feudo, y tomar a su mano las fuerzas, escribió a sus alcaides, y oficiales, que entregasen toda la tierra al rey: y le prestasen los homenajes, y la fidelidad que se le debía, como a señor natural, y así se hizo. Solamente se puso en defensa con orden, y expreso mandamiento de la reina, según se entendió, mosén Juanot de Zarroca, que por otro nombre se llamaba Tragó, en el castillo de Castelbó, que está a una legua de la Seo de Urgel: aunque los de la villa por mandado de un caballero de ella, llamado mosén Salvador Tragó, prestaron los homenajes al rey estando en Logroño: ofreciéndoles que no los sacaría de la Corona. Fortificó el alcaide el castillo, y reparóle de armas, y municiones, y de tan buena gente de los lacayos, y gascones que pudo juntar, que hizo harto daño desde allí, no solamente a los de la Seo, pero a toda la comarca. Estando el rey en Valladolid, por el mes de enero deste año de 1513, hizo donación de aquel vizcondado, y de sus valles, y castillos a la reina su mujer, que también pretendía que había de suceder en lo de Foix: y fue en nombre de la reina un caballero aragonés de la orden de Santiago a tomar la posesión, llamado Jaime Clemente. Éste fue a Castelbó, y subió a verse con el alcaide junto al castillo, diversas veces, para persuadirle que le entregase al rey, pues era su natural: y en defenderle caía en mal caso: y puso con él tregua de algunos días. Asentóse cierta capitulación entre ellos, en que se contenía entre otras cosas, que no permitiría que entrase más gente en el castillo: y envió a requerir a la reina doña Catalina, que le mandase alzar el pleito homenaje: pues si fuesen contra él, no le podría defender: y quedaría por traidor: y después salió del castillo, para ir a pedir lo mismo a la reina, dejándole a buen recaudo. En este medio sucedió, que casi en fin del mes de abril entraron cuatro mil gascones con un capitán, que se llamaba mosén de Durban: y bajaron por los puertos de Andorra: y por el valle, y ribera de Belira salieron a la Bastida: que es un castillo muy fuerte, que era de mosén Guerau de Castel Arnau: y pasaron muy cerca de la Seo de Urgel. De allí subieron a Castelbó: pero no dejaron entrar en el castillo sino al señor de Durban con otros dos: y sin detenerse allí, tomaron el camino de la val de Ferrera, que está en el vizcondado: y se

tenía por el rey: y saqueando, y quemando algunos lugares de aquella montaña, se volvieron al condado de Foix: y salieron por el puerto de Boet, sin hacer otro efecto alguno. Puso la entrada de esta gente mucho terror en todas aquellas montañas: y el duque de Cardona, y don Pedro de Cardona obispo de Urgel con la gente que se pudo juntar, acudieron a la defensa de aquellos castillos: y fueron a ponerse sobre el castillo de Castelbó: y el vizconde de Rocaberti con su capitania, y con alguna gente de su tierra vino a juntarse con ellos. Tuvieron el duque, y el obispo sus tratos con el alcaide: y teniendo, según se creía, licencia de la reina doña Catalina, para entregar el castillo, se concertó de rendirle, pagándole los gastos que había hecho: y el duque se apoderó dél: y después lo mandó el rey derribar. Por el mismo tiempo Sancho Abarca señor de Gavín, y Bernardo señor de Santa Coloma hicieron tregua en nombre del Rey Católico, y por el señorío de Berane, y por el señor de Albret por los valles de Tena, Canfranc, Borau, Aísa, Hecho, y Ansó, que son de las montañas de Aragón, y por los valles de Osán, Aspa, y Baratons, de la parte de Bearne: para poder contratar de la una provincia, a la otra.

De la rebelión de los vasallos de algunos barones del reino de Nápoles. LXIII.

Hacía en este tiempo el Gran Turco mucho aparato de guerra, habiendo vuelto de la empresa que seguía de destruir a su hermano Achumat, que estaba confederado con el sofí: y tenía en Constantinopla armadas sesenta velas, entre galeras, y fustas: y había mandado detener todos los navíos de cristianos, que eran idos a Levante desde el invierno pasado: y ponían grande recaudo por todos los puertos, y marinas: porque no se tuviese plática, ni inteligencia de lo que querían emprender. Fue nombrado capitán general de aquella armada Bustanghi Bassa: y aunque publicaban que aquella diligencia que se ponía por todos sus puertos, y costas era, porque no se les fuese de Turquía Curcut Cialabi, que era otro hermano del Gran Turco, se tenía grande sospecha que era para ir contra la isla de Rodas, por los daños, y guerra que hacían las galeras de la religión de San Juan en todas aquellas costas de Levante. Por este recelo mandó el rey tener en orden todos los puertos de Sicilia, y del reino: y armar algunas galeras, y carracas: porque puesto que la fama desta armada se divulgaba ser contra Rodas, era muy fácil cosa mudar la empresa: o enviar parte de aquella armada como lo habían hecho los turcos, cuando tomaron a Otranto. No solamente se puso gran diligencia en tener bien apercebida la armada de naves, y galeras para la defensa de las costas de Nápoles, y Sicilia: pero también, porque entendía el rey, que estaba a su cargo, como rey de Nápoles, de enviar el socorro, si los turcos emprendiesen de ir sobre Rodas: pues era el que con más facilidad le podía enviar: y a quien aquello incumbía más principalmente por su poder: teniendo ejemplo en el rey don Fernando el Primero su primo: el cual habiendo ido el ejército del Gran Turco sobre Rodas, con su socorro fue causa de la defensa de aquella isla. Tenía el almirante Vilamarín, que quedó en el

gobierno de Nápoles, en lugar del cardenal de Sorrento, bien en orden los castillos, y fuerzas de Apulia: y púsose más gente de guarnición en Otranto, adonde residía por alcaide Peñalosa: y en Brindez, que estaba a cargo de Pedro López de Gurrea: y en Tarento, cuyo alcaide era Foces. Lo mismo se proveyó en Barleta, Trana, Manfredonia, Gallipoli, y Viseli, que son fuerzas que están a la marina: y proveyóse de gente de caballo para la guarda de la costa de aquella provincia: y que el príncipe de Melfi se fuese a Áscoli, que era suyo, y está junto a Barleta: para que acudiese con socorro a la necesidad que ocurriese. Había salido de Sevilla en principio del mes de abril Berenguer de Olms con cuatro galeras bien armadas: por haber concertado con el capitán general del rey de Portugal, que estaba en Tánger, de ir a dar sobre ciertas fustas de moros, que se habían recogido en Tetuán: y también por procurar se hiciese un castillo a la boca del río de Tetuán: y por dar una vista a Vélez: y el rey mandó que se fuesen a juntar con sus galeras. Esto se hizo principalmente, porque como se publicó, que venecianos habían hecho liga con el rey de Francia, y que sus galeras eran salidas de Venecia, y que se armaban otras, convenía proveer las costas de Apulia, más cautamente: y mucho más por este recelo, que por la armada turquesca, con esta publicación de armar venecianos, y turcos tan a la par, más de lo ordinario: y también porque en la ejecución de la justicia se tenía muy mal gobierno: y sin temor, ni respeto alguno se cometían grandes insultos: y los barones de la parcialidad anjovina residían en sus tierras: y los vasallos eran tan mal tratados, que muchos dellos comenzaron a rebelarse, y tomar las armas contra sus señores. Estaban las provincias de Calabria, y Apulia sin gobernadores: porque Hernando de Alarcón, que lo era de Calabria, y el marqués de la Padula, que tenía el cargo de la de Apulia, estaban en el ejército del rey: y cada día se levantaban los pueblos: y aunque en lo que tocaba a la administración de la justicia en Calabria, el doctor Cuadra procuraba ejecutarla sin ningún respeto, pero como no se hacía provisión de gente, para castigar los culpados, no era parte para remediarlo. Levantáronse los de Marturano contra el conde con la Mota de Porcia: y como no se hizo demostración ninguna de castigar aquel atrevimiento, y abiertamente unos era franceses, y otros venecianos, siguióse después que Semenara se rebeló contra Carlo Spinel, y Policastro, y Santa Severina contra el conde: y acometieron de matarle: y le hirieron de tal suerte, que lo dejaron por muerto, y escalaron el castillo. También los de Veste emprendieron de matar a mosén Foces: y encerráronlo en el castillo, adonde estuvo cercado: y a Juan de León mataron sus vasallos en un castillo suyo: y los de Mesuracha quitaron la obediencia a Juan Andrea Caraciolo, que era su señor: y la torre de la Isola se rebeló con favor de los de Cotrón, que tomaron la posesión de ella por fuerza de armas: con color que antiguamente Isola estaba incorporada, y unida con Cotrón. Pero entre todos estos insultos, y otros muy graves, fue atrocísimo el que se cometió por este mismo tiempo en la Semana Santa contra el conde de Mayneri de Abruzo, estando en un castillo suyo, llamado Petrela: porque fue escalado por un Jacobeto marido de una su tía bastarda, que estaba en Civita Ducal, en los confines del reino de Nápoles: y entró dentro con cuarenta hombres: y mataron al conde, y a su mujer con cinco hijos: y no se salvó sino una hija por gran ventura. Fue la causa deste caso tan enorme, porque el conde no le quería entregar un castillo, que su agüelo había

dejado a aquella su tía. Como pasaba el atrevimiento tan adelante, había temor no sucediesen cada día mayores inconvenientes, estando el reino sin ejército: y no habiendo gente española, ni tales guarniciones que bastasen a sojuzgar a los pueblos: ni aun para resistirles: mayormente pretendiendo venecianos por la nueva liga que habían hecho con Francia, cobrar las fuerzas, que tuvieron en Apulia, si volviesen a ganar los franceses el reino. Publicaban por otra parte, según su costumbre, que el reino pertenecía al infante don Alonso hijo del rey don Fadrique: al cual tenía el duque de Ferrara consigo: y no al duque don Fernando, que en esta sazón estaba en Játiva en su prisión muy estrecha, y no sin temor de ser castigado, como el que había cometido delito de lesa majestad. Fundábase aquella pretensión, en que el infante don Alonso había nacido después de la coronación del rey su padre: pensando con esta fama, ganar más parte en los barones del reino.

De los inconvenientes que publicaba el emperador, que habían de resultar de la tregua, que el rey había asentado con el rey de Francia. LXV.

Duró tanto al emperador el pesar, y sentimiento de la tregua, que el rey había asentado por España con el rey de Francia, que sin decir cosa alguna al de Gursa, que era el fiel de todos sus pensamientos, y cuidados, y por quien se gobernaban todas las cosas, se salió de Augusta. Estando en Lanzperg, en presencia del mismo Gursa, y del comendador Gilabert, que había entendido por el rey en los negocios del estado en Flandes, dio audiencia a don Pedro de Urrea, para que se satisficiera a las quejas, que él publicaba del rey, por razón de haber asentado una tal tregua: y si le podía persuadir a que la aceptase: pues se había firmado con condición, que se incluyesen en ella él, y el rey de Inglaterra, si la firmase dentro de dos meses: y de otra suerte quedaban excluidos. Esforzábase don Pedro cuanto podía, por justificarla: y la suma de las satisfacciones que daba, paraba en afirmar, que se vino a este medio, por haberse comenzado a tratar a instancia del rey Luis, y del rey su señor, con determinación de no llegar a tratar en la paz, sino juntamente con el emperador, con quien el rey estaba determinado de seguir una misma fortuna. Habiendo declarado don Pedro sus excusas lo mejor que supo, tomando el emperador por escrito los artículos de lo que había referido, se desvió a una parte de la cámara, y trató con los de su consejo, de lo que se debía responder: y vuelto a don Pedro, enderezó su respuesta por este camino. Que él era bien informado, que la reina de Francia no fue la medianera en este trato, como el Rey Católico lo quería dar a entender: sino que a pedimiento del, que los embajadores de España llamaban Carvajal, y él se intitulaba cardenal de Santa Cruz, se había concluido por medio del arcidiano de Alcántara: y que cuando lo supo, no se podía persuadir, que por medio de tales personas hubiese el rey de concluir cosa alguna: y así nunca dio crédito a lo que sobre esto le decían: porque no le parecía que el rey se debía fiar de Carvajal, ni de ministro suyo, habiéndole deservido tanto, y procurado su daño por tantas maneras: en buena parte de las cuales podía ser él buen testigo: acordándose, que no habían pasado muchos días, que el rey

fue causa que le privasen de la honra, y de todo su bien: y habiéndole hecho tanto daño, no sabía, ni podía entender, cómo confiaba cosa alguna dél, ni de persona suya. Afirmaba, que por mucho que Carvajal le había importunado, y tentado en muchas maneras, y con diversas, y extrañas personas, para que hiciese sus cosas en perjuicio del rey, como ellos lo sabían, siempre él había sido constante, sin dar lugar a sus importunaciones, y tramas: y el rey, cuya era la causa, y el negocio principal, no lo hizo ansí: y quiso más concluir la tregua por medio de Carvajal, que por el suyo, ni de Gursa. Que si se hubiera tratado como él lo pensaba, y el de Gursa lo había comunicado con don Pedro de Urrea, y con Gilabert, y se hiciera confianza dellos, se acabara más a su propósito, y con harto mayor honra: pues el rey de Francia era contento de incluir a Italia en la tregua: y el duque de Gueldres daba buenas esperanzas de hacer alguna concordia en las cosas de Borgoña. También decía, que por aquel camino se tomaba asiento con el rey de Inglaterra: y fueran excluidos venecianos con buena unión, y participación de las casas de Austria, y de Aragón: la cual le había predicado el rey tanto: esforzándose de persuadirle ser muy necesaria, para la conservación de sus estados, y de la sucesión de su nieto: y decía: que no podía entender la causa de haberse entonces olvidado el rey de todo ello en aquel asiento: y que holgaría mucho de saber, qué necesidad era la que en aquella sazón publicaba, por la cual había sido forzado a querer la tregua. No podía pensar qué fuese, si no era el deseo de ayudar a venecianos, como algunos se lo decían: porque el año pasado con la liga que se hizo, fueron descercados de Padua, y Treviso, y restituidos a su soberbia: y agora con esta tregua se habían concertado con el rey de Francia: y hacían partición entre sí de toda Italia: y entraban en ella, no solamente las cosas que pertenecían al Imperio, mas aun las del reino. Que no era buen modo para castigar, y destruir aquella mala nación, el que el rey tomaba: y que si él fuera creído, se siguiera mejor, y más honroso camino, para todo lo que el rey pretendía: y aun para la guerra contra los infieles, que era lo que el rey blasonaba, tomándola por achaque, y color para las tramas, y negocios de Italia. Aseguraba que aquella tregua era para poner perpetua guerra entre cristianos: y señaladamente en sus propios estados, y de su común heredero: y que no descubría en las deliberaciones que hacía el rey, que pretendiese seguir una misma fortuna con él, como publicaba siempre: porque en todas ellas le dejaba, y desechaba: como se había visto, por no traer a la memoria lo que estaba ya olvidado, en la liga pasada, y en esta tregua: por cuyo medio ellos entraban en harto trabajo, y necesidad: y el rey de Francia, y los venecianos, que eran sus comunes enemigos, saldrían della. Ninguna duda ponía en esto, temiendo que el francés con los castillos, y con la parte que en Milán tenía, habría en ocho días aquel estado: y que los otros potentados a toda furia se concertarían con él: y los acogería, porque no tenía enemigos verdaderos, si no eran ellos, en cuya destrucción había de entender, para hacerse monarca, como lo sería juntando con Francia a Italia: y así los venecianos cobrarían su estado antiguo: y mientras el rey Luis viviese, no pararía hasta apoderarse de Nápoles, y Sicilia: de cuyos reinos ya se llamaba rey. Que claro estaba que habido aquello no quedaba segura Navarra, como el rey la pensaba tener por esta tregua, ni aun los otros señoríos que tenía en España. Proponía por cosa muy cierta, que siempre el que era señor de Italia, lo fue del resto:

cuánto más si la tuviese con Francia, y con tantos estados unidos a ella, como estaba entonces: y que muerto el rey de Francia, habiendo los venecianos cobrado el estado que antes tenían, se hallarían poderosos, para emprender de tomar lo que quisiesen: y que aquella gente eran, no solamente sus enemigos muy ciertos, pero de todos los otros príncipes cristianos. Si pensaba el rey que con su ejército sería poderoso para defender las cosas de Italia, como lo hizo el año pasado, teniendo de su parte al Papa, y a la señoría de Venecia, y en sospecha al rey de Francia en poder de España, y de Inglaterra, recibía muy grande engaño: y si confiaba que los otros le habían de ayudar, era mayor yerro: porque todos suelen seguir al que vence: y trabajan por excusar todo peligro, y ponerse en seguro: y por esta causa procurarían de ser franceses: y concertarse con ellos por miedo, o por amor: y si pensaba asegurarse con paz, o tregua de Francia, más de lo que cumplía a su enemigo, ésta era muy mayor ceguera, que todas las otras. Concluyó con encarecer, que el rey había ganado la mayor honra, y reputación que príncipe hubiese alcanzado de mil años atrás, en refrenar la tiranía de Francia, no sólo en vida del rey Luis, pero de su predecesor: y que habiendo gastado sobre ello tanto dinero, y derramado tanta sangre de los suyos, no podía acabar de entender, por qué causa quería entonces en tal edad desampararlo todo de aquella suerte, y poner en manifiesto peligro su sucesión. Finalmente se resolvió, que como quiera que eran cosas tan grandes, y de tanta importancia, las quería comunicar y conferir con los de su consejo: y aunque mostraba tener en todo extrema desconfianza del rey, dijo, que aunque sabía, que por ninguna razón se debía firmar por él la tregua, pero por mostrar al mundo, que había entre ellos conformidad, le parecía, que se tratase, si se debía aceptar la tregua, o no: y en caso que no se debiese admitir, como se había concertado, se revocase, por lo que cumplía a sus estados: pues había bastantes razones, para que así se hiciese. Con esta resolución se determinó el emperador de enviar a don Pedro de Urrea: y él se fue a ver con el duque Guillermo de Baviera su sobrino, para tratar que se pusiesen en orden sus fronteras contra los bohemios, que hacían además de levantar ayuntamiento de gente. Era el presupuesto del rey muy ajeno de lo que el emperador pretendía: porque el rey quería la tregua en su casa, y la guerra en las de sus confederados: y por esta causa a su requerimiento el rey de Inglaterra hacía mucha instancia, para que el emperador confirmase la concordia que nuevamente se había hecho entre ellos.

De la guerra que comenzaron a hacer los ingleses en Picardía: y de la instancia que hizo el emperador, para que el visorey don Ramón de Cardona quedase con su ejército en Lombardía. LXVI.

Salió de Inglaterra mediado el mes de mayo desta año Estuardo conde de Xarberri con diez mil infantes, y pasó a Francia: y púsose en campo para hacer la guerra en Picardía. Siguióle luego otro general que llamaban el chambelán, con otra parte del ejército, que llegaba al mismo número, y había de pasar el rey con el resto de su ejército mediado el mes de junio: y llevaba treinta mil combatientes, y más de cuatro mil de caballo entre hombres de armas, y caballos ligeros. Antes de su

partida mandó degollar a Edmundo Polo conde de Suffolk, que estuvo preso en el castillo de Londres, desde que fue entregado a su padre por el rey don Felipe: inculpándole que tenía hecha conjuración para hacer rebelar el reino. Estaba el emperador muy determinado de guardar el asiento que había hecho con el rey de Inglaterra: con cuya confianza se movía con tan poderoso ejército a hacer la guerra dentro en Francia: y quería el emperador, que don Pedro de Urrea la confirmase allí en su presencia, como lo había ya hecho en Inglaterra don Luis Carroz embajador del rey: y ponía en esto muy grande fuerza: afirmando, que aquello era lo que más al rey convenía, como aquel que tenía mayor parte en Italia: y que les convenía tener prendado al rey de Inglaterra que era mozo: y estaban muchos de los de su consejo sobornados por franceses. Porque siendo aquel príncipe de poca experiencia, temía que se le podía persuadir algo que no conviniese al rey, ni a él: y si estuviesen todos tres unidos, sin ninguna dificultad podrían reducir a su común adversario a tal estado, que los suyos, y sus sucesores estuviesen fuera de todo embarazo: y por su temor no se dejase cualquier empresa. Hacía mayor instancia en esto, teniendo por cierta la paz entre el Rey Católico, y el rey de Francia: y que se trataba por medio del rey de Portugal, que hacía muy mucha demostración que la deseaba: y por sola esta causa envió a Castilla a Fernán Brandam camarero del infante don Hernando su hijo: y estaba el emperador con temor, que intervenía alguna prenda mayor entre el rey, y el rey de Francia, que la de la tregua: y recelaba el daño que se seguía a las cosas de Lombardía por ella. Era esto con sobrada razón: porque todos los pueblos del estado de Milán estaban ya muy alterados: y sólo con la nueva de la tregua, los marqueses de Monferrat, y Saluces comenzaron de nuevo a declararse por los franceses: y el emperador pretendía, que el ejército del rey diese favor a las cosas de Lombardía. Allende desto procuraba, que juntándose el visorey con la gente que tenía en Verona, se hiciese guerra contra venecianos: afirmando, que muy en breve serían echados de tierra firme, y volverían a la mar como solían, y de derecho les convenía: pues era cierto, que todo lo que poseían entonces, no lo habían heredado de sus agüelos: antes lo habían usurpado tiránicamente del Imperio, y de la Iglesia, y de otros señores particulares. Que era de abominar su ingratitud contra el Rey Católico: porque habiéndolos sustentado con su amparo, y favor, se habían concertado con sus enemigos a su daño: poniendo en almoneda las tierras que pretendían en Apulia: siendo una gente sin fe: y que eran causa, que el Gran Turco hubiese señoreado tantos reinos, y estados: y haberse entremetido el rey de Francia a apoderarse de Lombardía: abriéndole la puerta para que entrase en Italia. Decía haber sido ellos la causa de la rota de Ravena, por no querer acudir en ayuda del ejército de España, como estaba apuntado en la liga: y que no quedó por ellos de concertarse con franceses sobre Brescia, para que destruyesen nuestro ejército: y no quisieron pagar el dinero que estaba acordado, pensando, que con la necesidad se dividiría, y quedarían ellos con el Papa señores de Italia. No sucediéndoles esto como pensaban, afirmaba el emperador, que no desistían de requerir a franceses para que volviesen a tiranizar, y perseguir a la Iglesia: porque la liga que nuevamente habían hecho, no se encaminaba a otros fines. Como los estados que la señoría tenía eran de provecho, y de mucha renta, y están tan vecinos con Austria, y Tirol, creía el emperador, que ayudándole el rey, se acrecentaría por aquella

parte el señorío del príncipe: y si las cosas sucediesen de manera, que conviniese heredar al infante don Fernando en Italia, pensaba que por aquel camino habría mejor aparejo: y le podrían dejar en tan gran estado, como de cualquier otro rey. Concurriendo al parecer del emperador en esto tanta facilidad, y tanta razón, con tanta necesidad, y provecho como él se imaginaba, decía, que no podía acabar de entender, por qué hubiese el rey de alzar la mano de proseguir una tal empresa: sino por desconfiar dél, y tenerle en necesidad, como lo habían hecho muchas veces los mismos franceses.

Que los Adornos, y Fliscos con favor del rey de Francia echaron de Génova a los Fregosos: y los franceses pasaron contra el duque de Milán, que se recogió en Novara: y se apoderaron de Cremona. LXVII.

Tratándose en estas deliberaciones, como el ejército que tenían el de la Tramulla, y Juan Jacobo de Trivulcio se acercó a Alejandría, y Aste, y se fue reforzando de la mejor gente que había residido en las fronteras de Guyena, y Bearne, con aquella ocasión Antonioto, y Jerónimo Adorno, con haber sido en las guerras pasadas servidores del Rey Católico, y de la casa de Aragón, y teniendo los de aquel linaje en la provincia de Calabria el condado de Renda, se declararon por el mes de abril deste año por el rey de Francia, por medio de Otobono Spinola. Éstos se ofrecieron de tomar la empresa de Génova, para sacarla del poder de los Fregosos: y volverla a la sujeción, y dominio del rey Luis: porque habiendo requerido al visorey de Nápoles con aquella empresa, no quiso admitirlos: recelando, que si la armada de los Fregosos, que era muy buena, se juntase con la francesa, pudieran poner mucha alteración en las cosas del reino. De manera, que dando el rey de Francia grande favor a los de aquel bando, y linaje, para que emprendiesen de entrar en Génova, y echasen de aquel estado a los Fregosos, llevando para esto gente de guerra el bastardo de Saboya, se siguió, que siendo descubierto, que el conde de Flisco, y sus hermanos consentían en este trato, y con inteligencia de los Fliscos, y Adornos iba con la armada de Francia a la ribera de Génova, estando el conde en palacio, los hermanos del duque le dieron de puñaladas. Pasados algunos días después deste caso, se juntaron los Adornos con los hermanos del conde de Flisco: y con la gente que pudieron allegar se fueron a Génova: y la armada francesa se acercó más: y como el duque tenía la mayor parte de su gente en su armada, salió con los que pudo a pelear con los Fliscos, y Adornos, por impedirles la entrada: y siendo de noche, fuele forzado retraerse: y puso a su mujer, y hermanos en el Castellet. Hecho esto, él se recogió en sus galeras: y salió a pelear con la armada de Francia: y como era muy superior a la de los contrarios, los franceses no le esperaron: y los Adornos, y Fliscos se apoderaron de la ciudad, tomando el apellido de Francia: y el duque quedó señor de la mar, y del Castellet, y fuese a Pomblín: y de allí se pasó a nuestro campo: y su armada, que quedó por los Fregosos, se recogió en Porto Veneris: y los de la ciudad pidían por duque Octaviano Fregoso, hermano del arzobispo de Salerno: y el duque era contento que viniese a Génova, porque era bien quisto. Había nombrado el rey de Francia por general para la empresa del Italia al señor de la Tramulla: y pasaron los montes hasta



cuatrocientos caballos ligeros, y juntáronse con la gente de armas, que tenían en el Piamonte el barón de Ibernía, Juan Jacobo de Trivulcio, y Sacramoro Vizconde, que se había pasado a los franceses, estando en servicio del duque de Milán: y eran hasta trescientas lanzas. Tenía por otra parte Bartolomé de Albiano el ejército de la señoría de Venecia en orden, para salir a combatir a Verona: y con esto, y con tenerse los castillos de Milán, y Cremona por los franceses, luego se rebelaron los milaneses contra el duque Maximiliano: y la mayor parte de los pueblos de aquel estado: y alzaron banderas por Francia. Hízose esto con mayor confianza, publicándose, que don Ramón de Cardona había mandado, que la gente española, que estaba en Alejandría, se fuese para él: y que se volvía con su ejército al reino: y que el duque no sería poderoso para sustentarse, ni resistir a sus enemigos, con sola ayuda de los suizos. Era así, que el rey, al tiempo que asentó la tregua con Francia, escribió a don Ramón, que le parecía que se debía volver al reino: pero remitió a su determinación, que hiciese lo que más conviniese: y él no se podía determinar más presto, por no haberle el rey declarado lo que había de hacer de Brescia: adonde puso con guarnición a Luis Icart, por haber dejado aquel cargo el comendador Solís, que se vino al campo: porque el marqués de la Padula, que tenía cargo de la infantería, fue proveído por capitán general de los florentinos. Estaba Brescia con gente de guarnición en buena defensa con el castillo: y como en este medio el ejército francés se iba acercando, y se tenía entendido, que si el visorey desamparaba lo de Lombardía, se perdía todo en un instante, porque saliendo los españoles de Alejandría, no osaron quedar en ellos los de la parcialidad del duque, y la parte güelfa se levantó por Francia, y los franceses se entraron dentro, Jerónimo Vic detuvo al visorey, con esperanza que el Papa enviaría dinero, para la paga de los suizos: y proveería que su gente se juntase con él, e hiciesen rostro a los venecianos: y él pudiese pasar adelante. Tras esto, como se dio orden que luego viniesen cinco mil suizos en ayuda del duque de Milán, y por la instancia que el emperador hacía, el rey mandó a don Ramón que se detuviese por la defensa de las cosas de Lombardía, él se reparó a dos millas de Piacenza, junto al río Trebia: con propósito de volver a juntarse con los suizos: y esperar a los franceses, y dar la batalla, dejando la gente del Papa en Cremona. Después visto que no se cumplía lo que Jerónimo Vic le había ofrecido, tuvo su acuerdo de lo que debía hacer: y trataron en él, si pasaría a juntarse con el duque, para salir a buscar a los enemigos, que rehacían su campo a muy gran furia en Alejandría, y Aste: pues el ejército de la señoría no había aún pasado el río de Verona: y podían juntarse con los franceses en ocho días. Estaba claro, que si aquello se vencía, el resto era de muy poca resistencia: pero con todo esto el Próspero, y casi todos fueron de parecer, que no se debía seguir aquel camino: entendiendo que Bartolomé de Albiano no pararía a combatir a Verona, sino que venía a ponerse cerca de nuestro campo, como lo hizo. Conformábanse en esto, que si ellos saliesen en busca de los franceses hacia los montes, teniendo los enemigos de su parte al duque de Saboya, y al marqués de Monferrat, no curarían sino de ponerse en lugares fuertes, y defenderse, hasta que los tuviesen en medio: y tomándoles las espaldas, juntándose la gente de la tierra, y los villanos en favor de los contrarios, quedaban a mucho peligro, sin llegar a poder acometer ningún hecho de armas. Por esto se deliberó, que el más seguro consejo sería esperar

la gente del Papa, para dejar a Cremona en buena defensa, y pasar adelante: pero como esto se dilató mucho, el ejército de venecianos se acercó a Cremona: y como el Papa no enviaba, ni gente, ni dinero, Vic escribió al visorey, de enviar a Cremona a Ferramosca con cuarenta hombres de armas, y trescientos soldados españoles, y otros quinientos italianos, que se hicieron para aquel efeto: puesto que a otros parecía, que era mejor dejar aquel lugar, siendo tan grande, y desta parte del Po. Mandó el visorey secretamente dar aviso a los capitanes, que estaban a la frente de los enemigos, que dijesen al duque, que no podía hacer otro que retraerse, habiéndole faltado el Papa: y que ellos, con la mejor orden que pudiesen, se recogiesen, para que se juntasen con él. Quedaron desto el duque, y los suizos muy espantados, y temerosos: recelando no fuese algún trato, que tuviesen los nuestros con los franceses: porque las cosas del duque estaban en muy grande peligro: y hallándose en Sale, muy cerca del ejército de los enemigos, fue forzado a pasar el Po: y fuese a Piebe de Cayro, que está junto a Vigeven: y de allí a Novara el último de mayo. Deliberó hacerse fuerte en aquel lugar, teniendo nueva cierta, que los suizos le enviaban muy gran socorro, allende de los que tenía consigo: y otro día después de haberse entrado en Novara, comenzó el ejército del rey de Francia a pasar el Po, por Alejandría, con determinación de ir sobre el duque. Llegaron a ponerse a siete millas de Novara, con casi setecientas lanzas, y otros tantos caballos ligeros, y doce mil infantes, sin algunas compañías de Piamonteses, y otra gente de aquella comarca. Fue cosa de muy grande lástima, ver al duque puesto a la furia de un ejército tal, y desamparado de los nuestros, de quien hacía mayor confianza: y hallarse encerrado en el mismo lugar, y en poder de la misma nación, que en él habían vendido a su padre, a los mismos franceses. En el mismo tiempo, como Bartolomé de Albiano, que fue con el ejército de venecianos a tentar si podría haber a Verona, y estando a cinco millas della, entró dentro el socorro, que el emperador le envió, que fueron tres mil alemanes, no quiso pasar adelante: y tomó la vía del Mantuano, para volverse hacia Cremona, por socorrer el castillo. Estando las cosas en tanta turbación, los cremoneses, que eran toda la parte gibelina, entendiendo que el visorey se partía, temieron que los del bando contrario entrarían con el favor de Francia: y que ellos se perderían: y llamaron a los Palavicinos de Milán, que eran del bando francés: y como Bartolomé de Albiano, y Teodoro Trivulcio acudieron con su gente, entraron en la ciudad con el apellido de Francia, estando en su defensa doscientos hombres de armas, y mil soldados, y parte dellos españoles, y cincuenta lanzas del Próspero, que tardó de enviar su gente de armas, para recogerlos. Por este camino se apoderaron los venecianos de Cremona: y mataron todos los hombres de armas: y a los españoles les quitaron las picas. Púsose con este suceso Bartolomé de Albiano con su ejército desta parte del Po, desde Cremona a Lodi: y tenía una puente en el Po, para pasar de la otra parte, adonde estaba nuestro campo: y otra en el Ada.

De la batalla que tuvieron suizos, y franceses junto a Novara, en la cual fueron los franceses vencidos. LXVIII.

Comenzándose la guerra por Lombardía con tanta ventaja de franceses, y entrando por ella tan poderosamente, se retrujeron el duque, y los suizos, como dicho es, de Vigeben a Novara. Antes de entrar en ella, avisaron a don Ramón, que irían a juntarse con él, y pasarían a Pavía: pero él, entendiendo que estarían allí al mismo peligro, por estar entre dos ejércitos de los adversarios, les envió a decir con Francisco Tello, que se fuesen a Pavía: y de allí pasasen a juntarse con él por el Po abajo, porque así cumplía, hasta esperar la gente del Papa: pues entretanto, por estar los venecianos desta parte del Po, les podrían dar una mano, y por aventura tornarían a tomar a Cremona. Con esto ofrecía de dar una paga a suizos: pero este detenimiento, y excusa de don Ramón fue reprehendida de los más: y porque Pavía estaba ya alterada, el duque se hubo de pasar a Novara. Es mucho de considerar el estado en que las cosas se hallaban en este tiempo en Lombardía: habiendo en ella cinco ejércitos, de naciones, y lenguas bien diferentes: porque en Verona estaban cinco mil tudescos, y seiscientos caballos ligeros, que corrían aquella comarca, hasta diez millas de Vicenza: y hacían tanto daño, como si fueran señores del campo: y junto de Alejandría se hallaba el ejército francés, que era en esta sazón de ochocientas lanzas, y ocho mil infantes, los tres mil alemanes, y los otros eran villanos, y muy vil gente. Estaba Bartolomé de Albiano con el ejército de la señoría debajo de Cremona con setecientos hombres de armas, y tres mil infantes: y en Novara estaba el duque de Milán con los suizos, que eran cerca de ocho mil: y junto a la ribera del Po, cabo Piacenza estaba el campo del Rey Católico, que era de mil cuatrocientos hombres de armas, y de ochocientos caballos ligeros, y siete mil infantes de muy buena gente, y bien en orden: los cuales habían comido más de seis meses a discreción: y la gente de caballo estaba muy bien armada, y la infantería rica, y bien lucida. Con el suceso de Cremona, y hallándose el ejército de Francia más reparado de alemanes, y gascones, deliberaron el de la Tramulla, y Juan Jacobo de Trivulcio de ir sobre Novara: y asentaron sobre ella su campo a dos de junio. Otro día batieron el muro con la artillería, que era mucha, y muy buena: y el siguiente hicieron gran ademán de querer combatirla: y los suizos se pusieron en defensa con grande ánimo: pero como entendieron los franceses, que el socorro de los suizos llegaba ya tan cerca, que estaba poco menos de una legua en Olegio, hicieron cargar el carruaje, y sacaron su artillería, y volviéronse al mismo fuerte en que estaban, cuando pasaron a poner el campo sobre Novara. Eran los suizos que bajaron en socorro del duque, doce mil: y tras ellos venía el barón de Altosajo con otros cinco mil: pero los primeros se juntaron con el duque, y salieron de Novara otro día por la mañana, a presentar la batalla a los franceses, que tenían su fuerte entre Gaya, y Novara: e iban con tanta gallardía, que no quisieron esperar al barón de Altosajo. Salieron los unos, y los otros a la batalla: pero los franceses, como los que ni la querían, ni la podían excusar: y rompióse de ambas partes por la infantería con grande furor: mas la gente de armas, y caballos ligeros del ejército de Francia, se recogieron sin curar de pelear: y siendo muy reñida la batalla entre la infantería, pelearon

los alemanes ferocísimamente: y durando la batalla casi dos horas, fueron rotos, y vencidos por los suizos. Murieron de la parte de los franceses más de siete mil, y entre ellos los alemanes: y tomaronles veintisiete piezas de artillería: y de los capitanes, y personas más señaladas que quedaron en el campo muertos, fueron Coriolano Trivulcio, y don Luis de Beamonte: y toda la otra gente principal se escapó: porque la gente de caballo no peleó, y se pusieron presto en salvo. Fue caso muy señalado, que en el mismo campo adonde el de la Tramulla, y Trivulcio habían tratado con los suizos, que les entregasen al duque Luis, fueron ellos desbaratados, y vencidos: y también fue mucho de considerar, que los suizos, que eran entonces tenidos por villanos, y gente muy grosera, rompiesen un ejército tan poderoso, y de mucha más infantería que la que ellos traían, con tales capitanes, y tanta gente de armas, y caballos ligeros: y que fuesen los contrarios vencidos con tan poca resistencia. Entendióse bien entonces, que antes que el Rey Católico se pusiese en la baraja de las cosas de Italia, el rey de Francia era el señor del campo: y ninguno se osaba mover: pero después que él se mezcló en ella, y levantó la liebre, cada cual se atrevía a correrla: y a la postre, según decían, vino a dar en poder de mastines. Después desta vitoria, que fue a seis días del mes de junio, y de las muy señaladas, y famosas que ha habido en Italia, llegó el barón de Altosajo con su infantería: y luego se levantaron por el duque las ciudades de Pavía, y Milán: y todo aquel estado se puso en su obediencia: y como en Milán se moviese gran alboroto, y Antonio María Palavicino se atreviese a prohibir, que no apellidasen el nombre del duque, tomó el pueblo las armas: y con gran dificultad se pudo salvar: y fueron muertos todos los soldados franceses que estaban por guarda: y echaron a todos los del bando contrario del duque. Supo la nueva desta vitoria Bartolomé de Albiano primero que don Ramón: e hizo levantar su real a media noche: y pudieronlo hacer muy libremente: porque dado que don Ramón había hecho puente en el Po, para juntarse con los suizos, y no dejar pasar el ejército de la señoría, no pudieron seguirlos, por haber entre ellos dos ríos, que no podían pasarse por vado: y por haber ellos roto sus puentes. Envió don Ramón al Próspero con cuatrocientas lanzas, para que se juntase con el duque, por estar muy falto de gente de caballo, y haberse salvado la de los enemigos: y él se detuvo con su ejército, que no quiso partirse del río Trebia: entendiendo que por haberse estado allí quedo, hizo muy grande efeto, impidiendo que Bartolomé de Albiano no se pudiese juntar con los franceses. Estaban los venecianos con tanta soberbia, por el suceso que se siguió después de la concordia que hicieron con Francia, que no se podía tratar con ellos, ni de medios de paz, ni de tregua: pero después de la rota de Novara Bartolomé de Albiano tuvo harto miedo con todas sus presunciones desmesuradas: y si los siguieran quinientos de caballo hicieran harto daño en ellos. Fuese a recoger a Padua: y de camino combatieron a Linango, adonde había dejado el visorey en su defensa a Villada por capitán de infantería, con doscientos soldados: porque los alemanes le habían desamparado diciendo, que era lugar enfermo: y habiéndose defendido en los combates con gran esfuerzo, como tenía falta de gente, hubo de rendir. Cobrando algún favor con este suceso, pasó el de Albiano a Verona, con propósito de combatirla: pero los que estaban dentro tenían tanto ánimo, que salieron contra él, y mataron algunos que andaban desmandados, y ciertos

capitanes de la infantería: y el ejército se retrujo, porque era mayor el miedo que los venecianos tenían del ejército de España, que la esperanza que habían cobrado con el favor de franceses. Era el ejército de la señoría de mil lanzas, y trescientos caballos ligeros, y estradiotes, y cinco mil infantes gente vil, y de ninguna estimación: y tenían mal aparejo para hacerla de nuevo, por estar la señoría en extrema necesidad: y tener sus rentas diminuidas, que no pasaban de cuatrocientos mil ducados: y socorriáanse con hacer pagar a todos la décima de sus rentas: y uno por ciento del dinero que empleaban en mercaderías: e imponían diversos tributos de mucha graveza: en tanto extremo, que casi se iba perdiendo el comercio de suerte, que no era aquella Venecia, la que poco antes se había visto. Ninguna cosa los entretenía tanto, como la esperanza que tenían, que guardando el Rey Católico la tregua con el rey de Francia, podrían volver presto a Italia los franceses: y temían, que si no se guardase, confederándose el rey de Inglaterra, se pondría el rey de Francia en tanto aprieto, que podría descuidar de las cosas de Lombardía: y las de Italia se asegurarían de tal manera, que la señoría se reduciría a pedir la paz que el emperador quería, o sería destruida del todo.

De la paz que se trataba entre el Rey Católico, y el rey Luis, con el matrimonio de Reynera, hija del rey de Francia, con el infante don Fernando. LXIX.

Fue antes desto enviado a Francia por la reina Germana Gabriel de Orti, para entender en las cosas particulares de su estado: que las tenía en aquel reino de mucha importancia: porque después de la muerte de Gastón de Foix su hermano, pretendía suceder legítimamente en el ducado de Nemours, y en el condado de Estampas, y en el señorío de Narbona: y que le pertenecían las villas de Masseras, y Sabardún, y otras muchas tierras, y rentas. También era muy principal, por haberse suspendido la demanda que proseguía en el parlamento de París, sobre los condados de Foix, y Bigorra, y por los vizcondados de Marsán, y Tegusán, y Garbardán, y de otros estados, que eran del condado de Foix. Éste llevaba cargo de significar al rey de Francia, que el rey tenía deseo, y le mostraba con obra, a la paz, y concordia entre ellos dos: y movióse a esto, porque Juan de Lanuza su embajador en Flandes no había querido recibir la confirmación que el rey de Francia le había enviado de la tregua: y tenían por muy cierto que el rey de Inglaterra no la firmaría. Por esta causa cometió el rey de Francia al señor de Lautrec, que estaba en Bayona, que entendiese en los medios de la paz: y envió allá al presidente de Tolosa, y al secretario Juan Petit, para que todos tres tratasen della: porque el Rey Católico había dado mucha esperanza, que se concluiría, cuando envió sobre ello al arcidiano de Alcántara. Después de la ida de Gabriel de Orti, y haber movido lo de la paz, envió el rey a París al secretario Pedro de Quintana, que tenía gran noticia de todas las cosas pasadas: y halló en el rey de Francia tan buena voluntad, que quería que se concertasen luego los dos secretamente, con orden, que pasase sobre lo mismo a comunicarlo con el emperador, por diferentes medios. El fundamento della era, que el infante don Fernando casase con Reynera su hija: puesto que afirmaba, que se la pedía el

emperador para el príncipe: y que sería contento de darle en dote el ducado de Milán, y el estado de Génova, teniéndolos ya por ganados. Mas no quería ponerla en poder del rey, como se le había pedido: y ofrecía, que daría todas las otras seguridades que se le demandasen, dando el rey otras tales: y mostraba que hacía mucho en aceptar el casamiento del infante: y que si lo había ofrecido antes, era con intención de cobrar aquellos estados que estaban perdidos. Con esto pedía, que dándose Milán al infante, se le diese el reino de Nápoles: y que no pensase el rey, que todos le eran buenos servidores: pues no faltaba quien le había movido, que se diese paso al emperador, para venir por Francia a Castilla: y ayudándole con mil lanzas gruesas, y con dos mil arqueros, que eran ocho mil caballos, el príncipe casaría con Reynera: y que no se había estorbado por otro este casamiento, sino por haberle pedido el emperador que se le entregasen. Púsose en plática de pedir seguridad, que el emperador holgaría deste casamiento del infante: y el Rey Católico mostraba, que condescendiera en aquella concordia, si se le entregara a Reynera. No fue esto tan secreto, que no se publicó luego en Alemania, y Flandes, que el rey no solamente había hecho tregua con Francia, pero perpetua paz, por medio deste matrimonio: y afirmaban, que los hacía herederos del reino de Nápoles: y aun si pudiese de Castilla: y que en esta paz se había concertado, que dejase cobrar a Milán al rey de Francia, por quedar pacífico con el reino de Navarra: y se le permitiese entrar en la conquista de Foix, y Bearne, con título de la reina Germana su mujer. Divulgóse también en la misma sazón, que don Juan de Aragón, que estaba en Amberes, se quería venir a España secretamente: y todo esto se derramaba por don Juan Manuel, y por el obispo de Badajoz, que se juntaban muy a menudo a tratarlo en palacio ante el príncipe, y la princesa Margarita. Sabiendo Juan de Lanuza lo que se había movido al rey de Francia, sobre lo del casamiento del príncipe, y lo del paso que se le había pedido, para venir por tierra, y lo demás, entendiendo, o sospechando, que era trama de don Juan Manuel, procuraba con la princesa que fuese preso: y se enviase a España en una nave que se le enviaba para este efeto, con Artieta, so color que iba de mercadería: y para que se le entregase, envió cuatro pensiones a cuatro personas, que eran muy aceptas en lo del gobierno de aquellos estados, de cada mil ducados, que se les habían de dar en cada un año. Había dado la princesa su consentimiento para ello: y ofrecídole al rey diversas veces: y difiriólo en esta sazón, diciendo, que convenía que se asegurasen primero las sospechas que iban de Francia: e instando en ello con la princesa, por medio del señor de Berghas, que era contrario del señor de Xebres, y de don Juan Manuel, fue preso un Diego de Castro secretario del príncipe, muy aliado con don Juan, que había venido a Francia, con un embajador francés: y vuelto a Flandes había publicado estas, y otras cosas en ofensa del rey. Éste era, según se creía, el que llevó el partido del casamiento del príncipe, con el concierto de la venida del emperador a Castilla: y fue llevado al castillo de Villaborda, que tenía a su cargo el señor de Berghas: y desto quedaron muy atemorizados don Juan Manuel, y don Diego de Guevara, y los de aquella opinión. También por parte del rey de Inglaterra se procuraba de mudar el gobierno que el de Xebres, y sus deudos tenían de la persona del príncipe: por ser, según recelaba, aficionados a Francia: pero como eran muy poderosos, y mucha parte, no se podía acabar sin grande dificultad. En lo que tocaba a don

Juan Manuel, es cierto que tenía bien merecido al rey cualquier pena, y castigo: porque se señalaba demasíadamente en deservirle, entremetiéndose más de lo que debiera, entre estos príncipes, siendo tan deudos: poniendo entre el rey, y el emperador, y su nieto toda la enemistad que podía: afirmando, que Castilla estaba en perdición con su gobierno: y que la casa de Austria la había de perder para siempre, si no despertaban del sueño que tenían: porque había los peligros notorios, y otros encubiertos: todos causados por los que lo habían de remediar, y morir sobre ello, así por el alma, como por la honra, y provecho. Afirmaba por cosa muy cierta, que él veía la materia bien dispuesta, por la una parte, para no dejar cosa por hacer a su propósito, y de la otra entendía, que estaba presta para sufrir mucho más: y que así se había de esperar que Dios hiciese su oficio, y el de otros. Aunque don Juan había perdido con el lugar que había alcanzado, harta parte de la autoridad, como tenía mucha noticia de los negocios, y con esto era de muy agudo, y sutil ingenio, no era de maravillar, si con las sospechas que concurrían, imprimían en el príncipe, que era tan mozo, y en los de su consejo, más de lo necesario: lo que se mostró bien después, cuando el príncipe vino a España: porque ni él, ni los de su consejo podían disimular el aborrecimiento que habían concebido al nombre del Rey Católico: hasta que con el tiempo se fueron más desengañando. Cuando se trataba con el rey de Francia de medios de paz por el secretario Pedro de Quintana, el rey por sacar la guerra de Italia, y asegurar lo de Nápoles, y Sicilia, y poner necesidad dentro de Francia, persuadía al Papa, que se diese orden, que su ejército, y siete mil suizos, que el Papa había pagado, siguiesen la vitoria: y echasen del ducado de Saboya a todos los franceses que allí se habían recogido: porque no se rehiciesen: y ya proponía, que se pudiesen en poder de suizos los lugares principales del estado de Saboya, que bastasen para asegurar, que franceses no pudiesen de allí adelante, cerrado aquel paso, volver a Italia. Con esto insistía, en que se asentase la paz del emperador, y venecianos, con satisfacción del emperador: y estrechar aquella señoría, para inducirlos a la paz: y que estuviesen unidos para la defensa de los estados de Italia: y se conservase una de las parcialidades de Genoveses, debajo de su protección: y se procurase de tener fieles al duque de Ferrara, y marqués de Mantua: y que los cardenales cismáticos Carvajal, y Sanseverino no fuesen perdonados, hasta la paz general. Enviáronse por este tiempo por embajadores del rey don Juan de Albret al rey de Francia, el mariscal de Navarra, el juez de Bigorra, don Pedro Enríquez de la Carra, y el deán de San Juan con querrela del Rey Católico: afirmando, que si quería dar el reino de Navarra al infante don Fernando: y el rey de Francia les respondió, que bien sabía el rey de Aragón, que no tenía otro derecho, ni título a Navarra, más del que tenía la reina Germana su mujer: a la cual pertenecía derechamente: y que lo había mandado ver a los mayores letrados de su reino: y se resolvían, en que todo el tiempo que la reina doña Catalina de Foix le había tenido, fue contra razón, y por fuerza: y que él había de procurar con todo su poder, que la reina su sobrina sucediese en él. No embargante esto, el mariscal, por indignar más al rey de Francia, mostraba que el rey de Aragón no había tomado la posesión del reino, en nombre de la reina: y que recibió los homenajes con el título, e investidura, que el papa Julio le había concedido: y que ninguna mención se hacía del derecho de la reina Germana, ni se trataba dél: y que fuera de la

investidura, estaba el rey tan puesto en conservarse en la posesión dél, que afirmaba con toda confianza, que de la misma manera le pertenecía Navarra, como el reino de Aragón.

De la respuesta que dio al rey el Gran Capitán, sobre lo que consultó con él, cómo se debían disponer las cosas de la guerra. LXX.

Como el rey andaba ya debilitado de su persona, y con la enfermedad que por este tiempo le sobrevino, cargaba más la vejez, inclinábase más a conservarse en el estado, en que tenía las cosas: pareciéndole, que bastantemente había acrecentado en su Corona: y en grande estimación, y honra suya: y que no era de tentar la fortuna, buscando nuevas ocasiones de guerra: pues con cualquier adversidad se escurecería buena parte de la gloria adquirida. Cuanto más determinado estaba en esto, según él era recatado, y prudente, menos quería hacer demostración de alzar la mano de las armas: entendiendo que lo que se había ganado con ellas, con ellas mismas se había de sustentar: y como por una parte procuraba perseverar en la confederación que tenía con el emperador, y con el rey de Inglaterra, y por otra trataba de concertarse con el rey de Francia, así no cesaba de tratar en las cosas, y consejos de la guerra, en público, y en secreto. Tenía convocado capítulo de los caballeros de las órdenes: y habíase de celebrar en Valladolid, para el día de Santiago: y estando en esta sazón el Gran Capitán en Loja, envióle a rogar, que viniese a él: diciendo, que allende que por ser tan principal caballero de la orden de Santiago, tenía obligación de hallarse en aquel ayuntamiento, no se podía sufrir lo de su apartamiento, habiendo tanta necesidad de su presencia, para comunicarle los negocios, y cosas de Italia, que entonces ocurrían, que eran grandes, y de mucha importancia. Con estas, y otras palabras muy dulces, de que el rey solía usar, le envió una larga relación de todo lo pasado: y del estado en que se hallaban las cosas: pidiéndole, que en caso que hubiese impedimento para su venida, le escribiese su parecer, de lo que se debería hacer en la guerra que tenía con el rey de Francia. Mas el Gran Capitán, que tenía el descontentamiento tan descubierto, como el desfavor, respondió excusándose, que pues Su Alteza conocía la suficiencia de los muchos que tenía cabo sí, le suplicaba mandase aceptar su excusa, pues mejor que nadie sabía cuán justa era. Que tenía por cierto, le sería mayor servicio que él no fuese: porque si dello fuera servido, no le señalara tan breve plazo, para tan largo camino: y se contentase que fuese así en el efeto, siendo de otro la culpa, pues él holgaba con la pena, como lo requería la furia de las olas, que le habían echado entre aquellas peñas. Decía, que él estaba bien contento, con haber merecido otra equidad de gratitud: y que se podía tener por muy llano, que ni para con Dios, ni con Su Alteza, pedía más restitución de la que le anteponía su real conciencia: y que si no le había ido a besar las manos, al tiempo de su dolencia, lo había dejado, porque no lo atribuyese a lisonja: que era la moneda que menos quería dar, ni recibir. Acordaba al rey que considerase, cuánto podían con él sus mandamientos: pues aunque por larga experiencia debiera estar desengañado, y entender, que lo que se le mandaba, era más como por desdén, que por otro



efeto, que se pensase qué podía hacer, él diría acerca de la guerra algo de lo que le mandaba: y las sumas de lo que della entendía: sin tener noticia de los principios, ni de los medios. Suplicaba a Su Alteza que advirtiese, que él no había sabido abajar más su deseo, de servirse de muy buena gana en lo posible, sin poner ley, ni pedir hechuras, como todos los otros: pero porque le mandaba que hablase en lo que días había tenía muy ajeno de su pensamiento, emendase con su suma prudencia, lo que él por ventura no alcanzaba desde las Alpujarras. Parecióme, que no era muy ajeno del propósito desta obra, en la cual se lleva tan particular cuenta de los consejos, pues son el principal ejemplo en los casos, y acontecimientos humanos, poner sus palabras formales: porque entendiendo que el rey no le ponía en aquello, sino como por una manera de cumplimiento, para alguna satisfacción de las gentes, que condenaban todo lo que se disponía, y obraba por los del consejo del rey, y por sus generales, y abominaban dello, no interviniendo el Gran Capitán en los consejos, así él respondió con una oscura generalidad: dando a entender, como por figura, que las partes del capitán general no se pueden aprender sino con valor, y mucha experiencia, y buena ventura.

«Mucho tiempo ha, que el emperador quiere más la discordia del rey nuestro señor, y del rey de Francia, que la paz de entrambos, ni la vitoria conocida de ninguno: y no hay pequeñas señales en lo que ocurre desto: pues llegando el juego a la postrera parada, ha hecho lo que otra cosa no bastaba para renovallo, y con pérdida suya. Siendo esto así, y no teniendo mayor certinidad del Pontífice, que ser un pacífico mediador, por su mano, o de quien mejor fuese, estando en flor la pujanza de Inglaterra, antes que más se descubra, se debería tentar buena paz con Francia, para en todo cabo, con todos los vínculos, y deudos que se pudiesen acrecentar, y bastasen para hacerla segura. No pudiendo salir con ella, debe estrechar en hacer cierto al emperador lo posible: y dar tanto favor a las cosas de Inglaterra, cuanto aquel rey se asegure para el servicio de Su Alteza, y que él lo esté de Su Majestad. Con esto, no pudiendo haber buena paz para todos, la tregua con Francia en particularidad no me parece que hace mucho por el rey nuestro señor: pues siendo, como dicen, más es en alivio de franceses, y en pérdida de los amigos, y en aventura de lo propio: señaladamente de Lombardía: en que por razón habría poca resistencia por la novedad del duque: y por las propias pasiones de la tierra, y poco amor con sus defensores: por las condiciones, y usos de las partes contra las potencias de Francia, y Venecia. Si así van, por más cierto se debe tener el peligro de aquel estado, que la defensa, sucediendo como se me figura. ¿Quién podrá límite a la soberbia francesa y a la codicia de venecianos? Mayor aparejo requiere que el tiempo al presente sufre, la sustentación de aquello: y por el peligro que de allí podría subir a más, aprovecharía la concordia igual. Viniendo en otro extremo, para armar el juego, poco hay que pensar: que es mover los príncipes deudos de Su Alteza, y hacerlos ciertos de sí, y a él dellos: y tomar la mayor parte que podrá en Italia: haber los hijos del rey don Fadrique a su mano, que están en poder del duque de Ferrara, y tener en Roma los más cardenales italianos que pudiere, y algunos españoles. Concordar a Ursinos, y Coloneses, si será posible, y soldallos todos: y poner personas hábiles que no atiendan a más, de convenir las

diferencias entre los cabos italianos, y unir las partes para defensión de su propia libertad. Entrar Su Alteza con este apellido de unir, y defender Italia en su libertad, ¿en quién asentará mejor, que en la persona del conde de Tendilla? Sustanciar lo posible al rey de Inglaterra, para cualquier cosa que hubiese de ser: mover alguna buena plática, que tiempale, y entretenga al rey de Escocia: no romper el hilo de alguna benivolencia con venecianos: y entender cuál sale Bartolomé de Albiano: y tentalle como beneficiado de Su Alteza: publicar grueso socorro para Rodas, si es lo que dicen, y aun más, pues pueda aprovechar a todo, doquier que sea menester. Sustentar la parte que se pudiere tener en Génova: ordenar los amigos, y servidores, según sus calidades, como aunque enojen en las cosas domésticas, no desbaraten las de la honra, y estado. A lo del ejército, y hacer la guerra, no respondo: porque a algunos que bien la entendieron oí, que no ha de hablar en ella, quien no ha de ejercitalla. Las cosas, y el tiempo, y aun el terreno consejan mejor que todos los hombres en los hechos: apropiar las personas a los negocios, cada cual para aquello que tiene más habilidad».

Entendióse bien, que el rey, como dicho es, trataba desto, como por cumplimiento: porque de suyo estaba ya persuadido a procurar una paz general con Francia: entendiendo que nunca había guerra, sino cuando la tenían los dos: y buscaba medios, y vías como se pudiese conseguir la seguridad de ella: y para esto era necesario, que el rey de Francia se consolase del ducado de Milán: y se hiciese concordia por vía de casamiento: y aunque se le diese algún interese de dinero de aquel mismo estado, el dominio, y la gente de armas estuviese en tercería: para lo cual no hallaba que podía haber otras prendas, que Reynera, y las fortalezas más principales de aquel estado: y de mayor importancia.

Que los Fregosos volvieron a Génova con el favor del visorey: y pasando a socorrer a Verona, se le rindió Bérgamo. LXXI.

Determinó el emperador de ir a Ferrete, por enviar mil doscientos de caballo, con ocho mil suizos, para que entrasen por el ducado de Borgoña: y procuraba, que los que hubieron la vitoria de Novara, entrasen por el estado de Saboya, y el Próspero Colona con ellos con la gente de armas. También deliberó de pasar a Bruselas: y mandó que el duque de Branzuych, que estaba en las fronteras de Gueldres, y tenía seiscientos de caballo, y dos mil alemanes, y le había ya despedido los que tenían cargo del gobierno de los estados de Flandes, se detuviese, con fin de ir en persona a hacer guerra al rey de Francia: y juntarse con el rey de Inglaterra. Había pasado a Calais el rey Enrique el postrero de junio: dejando el gobierno de su reino a la reina doña Catalina su mujer, aunque se recelaba que el rey de Escocia su cuñado le quería hacer la guerra: conociendo el valor de la reina, que era bastante para más de lo que se podía confiar de mujer. En este mismo tiempo que el rey de Inglaterra desembarcó en Calais con la mayor parte de su ejército, la otra que pasó primero, fue a

poner cerco sobre Tervana: y desta manera por todas partes se proseguía con gran furor la guerra contra el rey de Francia. En Italia, aunque los Adornos se apoderaron de la ciudad de Génova, con favor del rey Luis, y echaron della a Jano María de Campo Fregoso, que era duque, y dispusieron del gobierno de la ciudad a su modo, aquello duró pocos días: porque después de la batalla de Novara, estando el visorey para partir del río Trebia, para seguir el ejército de la señoría, llegaron a él Octaviano Fregoso, y Jano María: y en su nombre, y por el Común, y señoría de aquella ciudad, tomaron cierto asiento, para reducirlos a su primer estado: y debajo de la protección del rey. Para esto les prometió el visorey de darles tres mil infantes, y doscientos caballos ligeros: y acordóse, que quedase el gobierno de aquel estado a Octaviano, a quien habían creado duque: y ellos ofrecieron de conservar aquella señoría en la protección del rey: y siempre que quisiese servirse de su armada, fuesen obligados a darla, pagándoles el rey el sueldo que la señoría acostumbraba pagar. De la misma manera había de ayudar el visorey con la gente que fuese necesaria, cuando la pidiesen: y ellos pagaban treinta y cinco mil ducados para ayuda a socorrer el ejército, en siendo restituidos en su estado: y viniendo a su poder la fortaleza de la Lanterna, que se tenía por franceses, se había de derribar. Con estas condiciones tomó don Ramón de Cardona en nombre del rey, la protección de aquella señoría, que ellos llaman de S. Jorge, para defendella de sus comunes enemigos: y tomó a su cargo de restituir a los Fregosos en sus bienes. Hacían en el mismo tiempo el duque de Milán, y los suizos muy gran instancia, para que el visorey se juntase con ellos: porque los franceses se iban rehaciendo a gran furia: y determinó de partir luego: y vino en tres jornadas a Sarrasina, y envió delante la vía de Génova al marqués de Pescara con los tres mil infantes, y con doscientos caballos ligeros, con las compañías que el rey mandó dar a los capitanes Oliver, y Celdrán, que las tenían de muy escogida gente, y a don Hernando Castrioto, que era muy esforzado caballero, y tenía la capitanía de gente de armas del adelantado de Galicia. Llevaba el marqués orden, que se entrase en Génova: y pusiese en sus casas a los de aquel linaje: y púsose en esto mayor diligencia, porque se entendió, que los suizos se ponían en la fantasía de tomar esta empresa: y se desdeñaban porque el visorey se entremetiese en ella: y para esto eran muy requeridos de los del consejo del duque Maximiliano, por la sospecha que tenían de la concordia que se trataba entre el Rey Católico, y el rey de Francia, animándolos con la vanagloria del suceso pasado: diciendo, que pues habían echado a los franceses de Italia, tomasen a su mano de echar también a los españoles: y que por este camino quedarían señores della. Pensaba también el duque de Milán, si no salía con esto, en tomar a su cargo la defensa de Génova, con los Adornos: porque le ofrecían de entregarle aquella ciudad: pero el marqués se metió dentro con su gente, y con toda la parcialidad de los Fregosos sin ninguna dificultad: y dejó por duque a Octaviano Fregoso: y él salió luego con su gente para alcanzar al visorey. Quedó el tesorero Mateo Granada en Génova algunos días, por dar favor al duque: y esto era muy necesario, por haber mucha gente dentro del bando contrario: y tenía consigo doscientos caballos, y seiscientos soldados, que se juntaron en aquellos días en Génova, que habían salido de Trípoli: y de los que se desmandaban de nuestro campo. Con esto se dio gran favor, para que el duque asentase las cosas de

aquel estado: y el pueblo se sosegase: pues había cobrado su libertad, y salía de la sujeción de franceses: puesto que aquello se gobernaba temerariamente por el bando, y parcialidad de las partes. Como el duque Octaviano era hombre de gran valor, en breves días se reforzó de gente: y juntó más de cuatro mil soldados: y con su armada de mar, que era la mejor que había entonces, estaba sin ningún temor de sus contrarios, que habían ya deshecho su gente: y todos los más principales de la parte Fregosa, que eran Nicoloso de Oria capitán de la armada, hombre de mucho valor, y muy diestro en aquel menester, y el arzobispo de Salerno hermano del duque, Jerónimo de Oria, y Jacobo Lomelin eran muy enemigos de franceses, allende desta nueva causa que entonces hubo de serlo. Pareció cosa de gran importancia haber sacado tan presto aquella señoría de la opresión en que estaba, echando a los del bando contrario, que se quisieron favorecer de Francia: y así dio mucha reputación al ejército. En este medio deliberó don Ramón de partir de Casanova, adonde puso su campo, y pasar el río, y hacer cortas jornadas, por esperar la gente que envió a lo de Génova, con fin de estrechar el negocio hasta forzar a los venecianos a la concordia: y teniendo aviso que Bartolomé de Albiano tenía a Verona en aprieto, y que los de la ciudad determinaban de darse, por no ver talar sus mieses, apresuró su camino. En entrando por el término de Brescia, luego se le rindieron todas las fuerzas que estaban por venecianos: y las principales eran Pontevico, y Ursonovo, y toda la ribera de Salo: y de allí pasó a Bérgamo: y luego se le entregó la ciudad: y della hubo alguna composición de dinero, para ayuda a la paga del ejército: y pasó adelante por socorrer a Verona: y quedaba la Capilla de Bérgamo, que era la principal fuerza de aquella ciudad, por los venecianos.

Que el castillo de Peschiera se rindió al visorey: y puso cerco sobre Padua. LXXII.

Acercándose el visorey con su campo hacia Verona, algunas compañías de alemanes que bajaron del condado de Tirol, para socorrerla, entraron dentro: y Bartolomé de Albiano se había ya recogido a Linango: y aunque hacía daño en los campos, y mieses, no osaba emprender de combatir la ciudad. Entonces acordó el visorey de pasar adelante, e ir a combatir a Peschiera, cuyo castillo era a maravilla fuerte, y muy importante: y habíalo vendido un alemán que lo tenía a cargo, a los venecianos, pocos días había. Allende que convenía mucho ocuparse en esto, emprendiólo el visorey por no perder tiempo, entretanto que llegaba la infantería, y los caballos ligeros que llevó el marqués de Pescara a lo de Génova: y por esperar al Próspero: al cual, después de haber llegado con las cuatrocientas lanzas al duque de Milán, le despidieron cortésmente, por persuasión de Juan de Mantua, a quien el duque hizo gobernador de su ejército, porque no se le diese el cargo de capitán general. No pesó desto mucho al Próspero, entendiendo con su gran prudencia, cuán mal encaminadas iban las cosas del duque: y que si el emperador, o el Rey Católico no le amparaban, no sería posible sustentarse muchos días. Era aún mucho más necesaria la entrada de aquel castillo de

Peschiera: porque quedando en poder de venecianos, podían hacer de él mucho daño, teniendo a Crema, adonde estaba por la señoría un muy valeroso capitán llamado Renzo de Cherri, con casi dos mil soldados, y quinientos de caballo: y con esta gente corrían todo el territorio de Brescia: e hicieron levantar aquella comarca, y parte del estado de Milán, sin que la gente que había quedado en Brescia, lo pudiese resistir. Habiendo pasado el visorey de Bérgamo, dejando allí a mosén Puch, para recoger el dinero de la composición, fue avisado dello Renzo: y siendo de noche, diéronle una puerta de la ciudad: y tomaron el dinero que se había recogido: y prendieron algunos de la compañía de Puch, y él se acogió con el gobernador a una casa fuerte, adonde se pudo salvar. Llegando el visorey a Verona, envió con Antonio de Leyva algunas banderas de los españoles, y alemanes que vinieron de Tirol: y ciento cincuenta hombres de armas, y doscientos caballos ligeros, para que se pusiese en frontera de Cremona, y asegurase el paso de aquella comarca para su campo. Entonces pasó con su ejército a ponerse sobre el castillo de Peschiera: y comenzando a combatiarle muy fieramente, se le rindió en un día a merced: y comoquiera que Bartolomé de Albiano en sus palabras era descortés, y no menos en las obras, no quiso el visorey corresponder a ellas en crueldad: y dio a saco la ropa que tenían en el castillo a la infantería: y las personas que eran de rescate, como el capitán, y el proveedor, y los que tenían cargos, se repartieron entre los capitanes: y habiendo dentro hasta quinientos soldados en su defensa, no murió ninguno, si no fueron algunos, que antes de rendirse, como vieron mal parada la defensa, se echaban por el muro: y los mataban los nuestros. Ganado el castillo de Peschiera, el ejército de la señoría se fue a recoger a Padua: y la gente que tenían para la guarda de Treviso, que era el un tercio de su campo, así de caballo, como de pie, que estaba debajo de la capitania de Juan Pablo Ballón, se acordó que viniese a juntarse con los otros dos tercios, para ponerse todos dentro a defender aquella ciudad. Era la empresa de Padua muy difícil: porque estaba muy reparada, y fortalecida con mucha artillería, y con muy buenos baluartes: y es ella tan grande, que los que estaban dentro tenían muy buena disposición para salir fuera, y para entrarles el socorro: y tenían ventaja de caballos ligeros al doble: pero con todo esto pareciendo al visorey, que convenía poner cerco a una de las plazas más importantes, que quedaban a los venecianos, pasó a siete millas de Padua, con determinación de poner cerco sobre ella: pues aunque era la más fuerte, entendía que para su empresa era lo más expediente. Porque aunque Treviso era lugar pequeño, no era menos fuerte: y si se fuera hacia aquella parte, se desamparaba todo lo de Lombardía, que era lo mejor, y más fértil: y también por tener encerrada aquella gente que se había recogido en Padua: y esto fue con propósito, que cuando no fuesen parte para alcanzar el efeto principal de ganarla, se pudiese recoger el ejército hacia lo de Vicenza: y destruir aquel estado que tenían los venecianos: por forzarlos a que viniesen a la concordia con el emperador: y en este medio esperar la resolución de lo que el rey mandaría. Teniendo las cosas en este punto, bajó el de Gursa de Alemania: y fuese a juntar con el visorey: y con su llegada el campo se acercó a una milla de Padua, estando ya dentro Bartolomé de Albiano. Esto era en principio del mes de agosto: y comenzáronse a sacar las cavas, y a poner en orden lo que era necesario para el combate: pero los venecianos estaban tan determinados de esperar el suceso de la

guerra, que se declararon en no querer la paz con el emperador, si no se les restituía a su estado antiguo: porque pensaban defender muy bien a Padua, y Treviso: y mantener su ejército: teniendo por muy constante, que cuando el del Rey Católico se volviese al reino, lo cobrarían todo, porque el emperador solo no era parte para defenderlo: y la empresa de Padua todos la juzgaban por muy peligrosa. Sucedió al mismo tiempo que el cerco se ponía en orden, que teniendo en poco Alonso de Carvajal a los estradiotes albaneses, salió con cincuenta de caballo en busca de trescientos capeletes, habiéndoles puesto celada: mas como no le acudieron los suyos, como él lo dejó ordenado, al tiempo que fue menester, quedó preso, y con él otros dos capitanes, que eran Cárdenas y Espinosa: y no siendo Espinosa conocido, lo soltaron con otros: y Carvajal, y Cárdenas fueron llevados a Venecia, y puestos en prisión. El principal intento del visorey era, sacar de Italia la nación francesa: y conservar la amistad del emperador: y entretener la del Papa, si pudiese: aunque parecía claro que el rey de Francia no era fatigado dentro en su reino, el ejército de España, que estaba en Italia, no podría pasar los Alpes, como el rey lo había pensado, para que se pusiese en el ducado de Saboya. Por esto pareció al visorey, que convenía emprender lo de Padua, o entretenerse por aquellos confines: y sustentarse con las rentas de Vicenza, Brescia, y Bérnago: y con el ayuda del estado de Milán: y con lo ordinario del reino de Nápoles: porque si intentase de pasar los montes, en un instante lo cobraban todo los venecianos: y quedando el ejército en los confines de Padua, cerrando las tratadas de Sicilia, y del reino, si alguna armada se iba a poner a la parte de Istria, no sólo se daba gran molestia a la señoría, pero la ciudad de Venecia quedaría en mucho peligro de perderse. Estaban en Padua setecientos hombres de armas, y ochocientos caballos ligeros, y tres mil infantes de muy vil gente: y tenían muchas vituallas: y no se les podía quitar el agua, ni el socorro, aunque por la parte de Venecia se les pudiera atajar con mucha dificultad: y puesto que hubo gran contradicción, sobre cuál se emprendería primero, Padua, o Treviso, y lo de Padua se tuvo por tan difícil, la empresa se llevaba con mejor orden que el emperador la comenzó al tiempo que puso sobre ella el cerco. No embargante, que más parecía pretender el visorey tener encerrado dentro a Bartolomé de Albiano, y aquella gente, que pensar de poder ganar la ciudad: y así lo más del tiempo se consumía en escaramuzas.

Que el ejército del rey de Inglaterra, que pasó a Picardía, tomó por combate a Théroouanne: y el visorey levantó el cerco que tenía sobre Pavía. LXXIII.

Viéndose el rey de Francia acosado por tantas parte, tuvo más cuidado del daño que podía recibir de los ingleses, que eran enemigos vecinos, y crueles: y tenía mayor temor de aquella guerra, que era en su propia casa. Por esto comenzó luego a tratar de concertarse con el rey de Inglaterra, lo mejor que pudiese: y más señaladamente por vengarse del Rey Católico: afirmando, que todos los daños, y males que venían sobre él, se le encaminaban por su consejo: y que sin su medio, ni el emperador, ni el rey de Inglaterra no se movieran. Difería de venir a batalla, proveyendo bien sus

castillos, y fronteras: y puesto que Gabriel de Orti se detenía, esperando al secretario Quintana, con fin de procurar la paz universal, y ofrecían en lo público de enviarle con la oferta de la conclusión, y entregar luego al rey a Reynera, y mostraban buena voluntad, que este matrimonio se concertase, lo desviaban los principales del consejo del rey de Francia. Era el tiempo muy contrario a los ingleses: porque siendo en fin del mes de julio, cuando comenzaron la guerra por Francia, había casi un mes que no cesaba de llover: y después de haber puesto el cerco sobre Théroouanne, los franceses iban juntando todo su poder: y publicaban que les iban en socorro el duque de Gueldres, y Roberto de la Marcha, y el obispo de Lieja con diez mil hombres de buena gente. Tenía el rey de Francia seis mil alemanes, y gran muchedumbre de gente de la tierra: e iba juntando un muy poderoso ejército, cual se suele allegar por príncipes tan poderosos, cuando los obligan a salir a la defensa de sus reinos: y estaba muy más pujante de gente de caballo. Parecía comúnmente, que no habiendo hecho el rey de Inglaterra otro efeto, que poner cerco sobre Théroouanne, hallándose los franceses apercebidos, se haría menos de allí adelante: especialmente estando en tregua con el Rey Católico: y desistiendo el rey de Francia de las cosas de Italia. Aunque Bartolomé de Albiano le despertaba: avisándole, que había tomado la fortaleza de Linango: y que si enviase alguna gente a Lombardía, en breve tiempo podría ganar lo perdido: pero con la nueva de se llegado el ejército de suizos al condado de Aste, mandó el rey Luis al señor de la Tramulla, que de la gente que traía de Italia, enviase cierta parte a Guyena, la cual trujo el señor de Carcasona, y con la restante se fuese a Borgoña. Tenía en esta sazón el rey de Inglaterra hasta cuarenta mil infantes, y mil quinientos de caballo, entre hombres de armas, y caballos ligeros a la tudesca: y muy buena artillería: y pusieron el cerco sobre Théroouanne por tres partes. Halláronse en su defensa hasta doscientos cincuenta hombres de armas, y dos mil soldados, y entre ellos trescientos alemanes: y en Boulogne, Amiens, San Quintín, y en otros lugares circunvecinos tenía mil quinientos hombres de armas, y cinco mil alemanes, y otros seis mil entre franceses, picardos, normandos, y gascones. Había partido el delfín para Picardía, y con él el señor de Borbón, el de Lorena, Alençon, y Vendôme, con propósito de ponerse todos en Abbeville, que está entre Théroouanne, y Amiens: pero las cosas de Francia parecía que iban en muy gran caída, si no se descuidasen los ingleses: porque todos los más estaban muy desanimados, y mal contentos: y como suele ser muy cierto, cuando las cosas no suceden prósperamente, echaban la culpa al mal gobierno, y consejo que el rey de Francia tenía: ordenando todas las provisiones de la guerra, y de su estado, por la industria, y parecer de solos dos hombres, el obispo de París, que no era habido por el más prudente, y experimentado que otro, y el secretario Robertet, que no atendía sino a enriquecerse. Viose aquel príncipe en harta congoja, y aflicción, y muy doliente de gota: y con gran cuidado, por no hallar persona a quien encomendar aquella empresa contra ingleses, que tuviese algún crédito con la gente de guerra, si no era el de la Tramulla: y éste tenía cargo de lo de Borgoña, y quedaba en frontera contra el ejército del emperador, y contra los suizos, que se habían juntado con él. Hallándose en tal aprieto por tantas partes, estrecharon los ingleses con gran furia a Théroouanne, y entráronla por combate: y tras este suceso, saliendo el ejército del rey de Francia, que estaba en Picardía, a

socorrerla, vinieron a la batalla: y fueron en ella rotos, y vencidos los franceses: y quedaron presos el duque de Longueville, Bayardo, Busio, y otros capitanes. Sucedió diferentemente a los nuestros, que tenían cerco sobre Padua: porque llegando por el mismo tiempo a ponerse a media milla de la ciudad, aunque al principio se entendió ser muy fuerte empresa, el de Gursa, y los del consejo fueron de parecer que el cerco se alzase, por estar tan cerca el invierno: y se retrujesen a las poblaciones más vecinas. Allí se conoció bien de cuánto efecto son en un ejército, y lo mucho que importan los caballos ligeros: y que muchas veces es más expediente tener falta de gente de armas, y de infantería, que no de ellos: porque son los que señorean el campo, y fuerzan al enemigo a venir a la batalla, cuando menos le conviene, por la necesidad en que le ponen. Porque en este ademán que se hizo de cercar a Padua, los capeletes que tenían los venecianos, aunque eran de ruin gente, como eran muchos, y corrían el campo libremente, ponían a los nuestros en mucha fatiga, y necesidad: alzando los bastimentos: y como faltaban al visorey caballos ligeros, era forzoso que los hombres de armas se pusiesen a lo que no era de su ejercicio: y así ni cumplían en lo necesario, y faltaban en lo principal, que era propio suyo.

Que Bernardino de Carvajal, y Federico de Sanseverino cardenales cismáticos se redujeron a la obediencia de la Santa Iglesia Católica. LXXVIII.

Había ido el cardenal que fue de Sanseverino, a Roma, a mover al Papa de parte del rey de Francia, pláticas de grandes promesas, y ofrecimientos, para confederarse con él: afirmando, que sería contento que hiciese a Juliano de Médicis su hermano señor de Toscana, y aun de Romaña. Con esto prometía que le daría por mujer una sobrina suya: y aunque el Papa holgaba de oír esto, todavía mostraba desear más el acrecentamiento de su hermano, por mano del Rey Católico: y él le daba buenas esperanzas, con temor que no le acaeciese lo que con el papa Alejandro, y con el duque de Valentinois: que por no ser admitido, se vino a casar a Francia: y dello sucedieron grandes trabajos, y males. Ofrecía de tomar a su cargo lo que tocaba al acrecentamiento de su hermano: y sobre ello vino a España por mandado del Papa, el secretario Antonio Serón: y movióse entonces plática de casarle con la hija de la duquesa de Milán. Pero aunque parecía al Papa que el casamiento era de más calidad que para su hermano, como no veía que el rey hiciese mucha cuenta de los parientes que procedían de la casa real de Nápoles, no hacía tanta fiesta dello: y puesto que el rey le requería que tomase a Brescia, por vía de empeño, y la diese con título de duque a su hermano, no se quería empachar desto, hasta ver más caídos a los venecianos: y que hubiesen perdido todo lo que tenían en tierra firme: y con esto ponía en plática lo que tocaba a la seguridad de Italia: mas no concertándose el emperador con la señoría, había poca esperanza della. Entendiendo los venecianos esto, daban buenas palabras al Papa, por entretenerle: y alargar las cosas, y conservar la liga que tenían con Francia. Entre estas pláticas consultó el Papa con el Rey Católico si serían admitidos a la unión de la Iglesia Carvajal, y



Sanseverino: porque siempre el Papa, desde su promoción, se inclinó a admitir a Sanseverino: y con la prosperidad de los franceses no osaba, y dábales buenas palabras: y porque ellos entonces no querían condición ninguna, sino ser admitidos tan honrosamente, como si no hubieran sucedido las novedades que por su causa se siguieron en tanta ofensa de la Iglesia, y que se les volviesen sus rentas, y beneficios, hubo sobre ello en el colegio gran altercación. Mas cuando los suizos hubieron la vitoria en Novara, ellos se contentaban de muchas cosas, que antes no querían escuchar: y entonces el Papa cobró más ánimo: y quiso que cumpliesen todo lo que pareció convenir para la satisfacción de la Iglesia, y al honor de la sede apostólica: y cuando los más creían que la cosa estaba en rompimiento, y que el Papa había deliberado, si no aceptaban las condiciones que se les imponían, de enviarlos a un castillo de la Iglesia, ellos se redujeron. Salieron a penitencia pública, y abjuraron la cisma que habían introducido tan escandalosamente en la Iglesia, y la sospecha de error de herejía, de que estaban inculpados tan gravemente: y así mismo abjuraron el conciliábulo pisano: y votaron que perseverarían en la unión de la Iglesia: y reconocieron el concilio lateranense: y solenemente lo juraron en manos de Jacobo Sadoletto consistorialmente, a veintisiete del mes de junio deste año: y el mismo día fueron restituidos a la unión de la Iglesia: y en su primera dignidad de cardenales. Envió en esta sazón el rey de Francia por su embajador a Roma a Claudio de Seysello electo obispo de Marsella: y no permitió el Papa, que se le hiciese la honra que solía: ni fuese recibido, como era costumbre: y antes de oírle, quiso saber si llevaba orden para renunciar el conciliábulo pisano, y aprobar el concilio lateranense: y era contento el rey de Francia de dar su consentimiento, para que el conciliábulo se deshiciese: pero insistía en que se buscase algún medio, como él con algún descargo de su honra, lo pudiese hacer. Antes que esto se determinase, daba el Papa audiencia a su embajador hasta entender lo que el emperador, y el rey de Inglaterra harían: porque si el rey de Francia desistía de su error, era forzado que el Papa le admitiese: y entonces se perdía mucha parte de la justificación de la querrela que contra él se había emprendido, por el respeto, y autoridad de la Iglesia. Afirmaba el Papa, que él no persistía en esto por desear la guerra entre los príncipes cristianos: sino porque conocía, que no se podía conseguir buena paz, sino por esta vía de las armas, abajando la soberbia, y potencia francesa: y no se pudo alcanzar entonces el que alzase el entredicho que estaba puesto en el reino de Francia. Los cardenales que se nombraron para reconocer el poder que el embajador llevaba, para renunciar el conciliábulo, eran el de Senegalia, San Vidal, Ancona, y Farnés: y hallaron que era tan deshonesto, que no debiera ser admitido por embajador: porque toda la contextura dél se fundaba, en decir mal de la persona del papa Julio: y mostrar que el rey Luis tuvo justa causa, para emprender lo que hizo. Antes desto había procurado el obispo de Marsella, que se hiciese unión de la iglesia, que él llamaba galicana, a la romana: y que los perlados de Francia fuesen a dar la obediencia al Papa: y que para esto enviase sus comisiones apostólicas: señalando tiempo a los perlados dentro del cual fuesen algunos dellos a los pies del Papa, a pedir la absolución. Comunicándose esto con los embajadores del emperador, y de los reyes de España, e Inglaterra en presencia del cardenal de Sorrento, y del embajador de Milán, todos fueron conformes en que no se siguiese aquel camino:

porque allende que eran en deshonor del Papa, y de la Iglesia, que él convidase a los cismáticos a la absolución, debiendo ellos ir a reconocer su yerro con humildad, parecía pedirse con artificio: porque concediéndolo, se había de sospechar que estaba concertado con el rey de Francia. Desto se temía que entraría en sospecha el rey de Inglaterra, y también los suizos al mismo tiempo que caminaban para Borgoña: y que alzarían la mano de aquella empresa: pues toda su querella se fundaba sobre la defensa de la Iglesia. Hacía entonces el duque de Milán muy grande instancia porque el Papa le restituyese a Parma, y Piacenza: y él se excusaba aguardando el suceso de la guerra de Picardía: y de lo que harían los suizos por Borgoña: los cuales después de haberse visto el emperador con el rey de Inglaterra, fueron en fin del mes de agosto, en número más de quince mil a Vilancona: que es a los límites de Borgoña. Túvose grande temor de la entrada desta gente por toda Francia: y entendíase comúnmente, que si al mismo tiempo entrara por Bearne ejército del Rey Católico, por mediano que fuera, recibiera aquel reino un daño irreparable. Llegó esto a tal punto, que no le pareció al Papa cosa conveniente, que del todo se perdiese aquel reino: y que el rey de Inglaterra fuese señor de lo uno, y de lo otro: o se entremetiese en ello el Imperio: porque sería muy grande el aumento: y parecíale que bastaría que los ingleses cobrasen a Guyena, y Normandía, y el príncipe don Carlos hubiese a Picardía, y Borgoña: y requería al duque Maximiliano, que con esta ocasión emprendiese de haber los castillos de Milán, y Cremona: pues se le rindirían fácilmente, no pudiendo ser socorridos. Pero todo esto se desbarató, cuando se creía que era fenecida la empresa, en gran suerte, y ventura del rey de Francia: que estuvo en tanto peligro de perderse, que no fuera más menester, de que hubiera constancia en sus enemigos, para proseguirla: y para esto fue muy gran parte el Sumo Pontífice, que entendía cuán peligroso era, que el Imperio volviese a poner absolutamente sus fuerzas a deshacer los potentados de Italia.

Del concierto que hubo entre el Rey Católico, y el rey de Inglaterra: y del asiento que hicieron los suizos con el rey de Francia. LXXV.

Cuando el rey de Inglaterra hubo ganado a Thérouanne, que era la fuerza más importante de aquella frontera, como parecía que con dificultad se podría fortificar de nuevo, ni proveerse de gente necesaria, para su defensa, mandó el rey Enrique derribar la fortaleza, y los baluartes, y torres: y el lugar se dejó a la disposición del emperador. Pasó de allí con su ejército, para poner cerco sobre Tournai: y los de dentro pidieron algunos días de tregua, para tratar de partidos, y rendirse. En este medio que los ingleses hacían la guerra en Picardía, pareciendo al rey de Escocia, que quedaba el reino de su vecino sin ninguna defensa, y muy falto de gente, como lo estaba, y que era buena ocasión para acrecentar el suyo, juntó el mayor ejército que pudo: y entró por Inglaterra: y tomó un lugar de no mucha importancia del obispo dunelniense. Salióle luego al encuentro Thomas Havardo conde de Sorre, que tenía cargo de aquella frontera, con el ejército que pudo juntar, por el gran valor,

y cuidado de la reina doña Catalina: y a nueve del mes de septiembre vinieron a la batalla: y de ambas partes se hizo muy grande estrago: y murieron trece mil hombres: y la mayor parte de la nobleza, y caballería escocesa, y su rey con ellos. Tras este suceso tan próspero, se rindió luego al rey de Inglaterra la villa de Tournai: y vinieron allí a verse con el emperador, y la princesa Margarita: pero aisláronle allí los ingleses, de manera, que no pasaron adelante continuando sus vitorias: sabiendo que los franceses iban desamparando las fronteras, y sacaban la gente de guarnición que tenían en ellas: y parecía a las gentes, que si prosiguieran la guerra, como lo habían comenzado, se ganara más en aquel mes, que en todo el tiempo pasado. Por esto se volvió el emperador a Alemania muy descontento: y vino el príncipe don Carlos a Tournai, a visitar al rey de Inglaterra: y fuéronse con la princesa Margarita a Lille, que era una villa del príncipe: y allí quedó concertado que el matrimonio del príncipe con la hermana del rey de Inglaterra, se consumase el verano siguiente. Quedaron los ingleses tan ufanos con lo hecho, que no les parecía que restaba más por hacer: y deseaban volverse a Inglaterra: y si no se tuviera respeto a la utilidad que esperaban se les siguiera, en atar bien aquel casamiento, porque estuviesen los estados de Flandes unidos, y confederados con ellos, hubieran dejado antes la empresa: señaladamente por seguir la vitoria contra los escoceses: creyendo que de aquella vez se harían señores de aquel reino. Recelando ya esto el Rey Católico, y que los ingleses no habían de durar mucho en la guerra que habían emprendido por Picardía, aunque el rey su yerno entró en ella con gran afición, por tenerle más prendado a que la prosiguiese, envió a Pedro de Lanuza, y después a Gabriel de Orti a Tournai: dándole grande esperanza, que emprendería la conquista de Guyena: y la tomaría a su cargo, con sólo que pagase el rey de Inglaterra seis mil alemanes. Era venida por este mismo efeto a Tournai la princesa Margarita, para persuadir al rey de Inglaterra, que pues tenía tan buena ocasión, pasase su imperio a la tierra firme: y continuase la vitoria contra el enemigo, que estaba en punto de perderlo todo: y de parte del Rey Católico se decía, que se hubiera tenido tal forma por Navarra, que se rompiera la tregua por culpa de los mismos franceses: y que sería la ayuda por estas partes muy provechosa. Aunque se le ponían delante todas estas razones, pareció al rey de Inglaterra, que quedaba bien honrado con lo hecho: y que bastaba que aquello se concertase para la primavera, por ser ya entrado el invierno, y volvióse a Calais, a 20, de octubre. Púsose el rey de Francia en Amiens: y tenía más de mil hombres de armas, y diez mil alemanes con otra mucha gente de la misma tierra: y quedaba en Tournai por capitán Ponis, con cuatro mil ingleses, y con mil hombres de armas borgoñones, y seis mil alemanes: y a éstos daba el rey de Inglaterra treinta y cinco mil coronas de sueldo al mes: y lo que más se les había de pagar, quedaba a cargo del emperador, y de la princesa Margarita. Fue acordado de confirmar el asiento del matrimonio del príncipe don Carlos con su consentimiento: y porque quedaba acordado, que en cumpliendo los catorce años se diese la conclusión en él, y se consumase, y se cumplieran en el febrero siguiente, se trató, que pues el rey Enrique había de volver a Calais en la primavera, llevase a su hermana consigo. Entonces se deliberó, que atendido, que habían tomado las armas por la defensa de la Iglesia, y porque cobrase lo que el rey de Francia le había tomado, y hasta destruir la cisma, acabadas las treguas que se habían

asentado entre el rey de Aragón, y el rey de Francia, que salían el postrero de marzo siguiente, estuviesen confederados, para hacer la guerra juntamente contra el rey de Francia, cada uno de los confederados por sus fronteras. Prometieron que no prorogarían las treguas: y para el primero del mes de junio le moverían guerra el emperador, y el Rey de Inglaterra con sus ejércitos en Picardía, o Normandía: y si el rey de Inglaterra no se hallase en persona en hacer la guerra, enviaría dieciséis mil infantes, y cuatro mil caballos. El Rey Católico dentro del mismo plazo había de hacer la guerra por el ducado de Guyena, con quince mil quinientos soldados, y con mil quinientos caballos ligeros, y con formado ejército: y que por su persona, o por su capitán general entrasen en Guyena en nombre del rey de Inglaterra, para reducirla por él a su poder: y porque el rey deliberaba de traer para este ejército seis mil alemanes, el rey de Inglaterra se obligaba de pagar para su sueldo veinte mil coronas cada mes: desde el día que se levantasen en Alemania: y habíase de poner en Castilla antes del primer día de junio, la paga del sueldo de un año de los alemanes, y de su coronel, y capitanes: y no habían de cesar de hacer la guerra, sin consentimiento de todos. Reservóse lugar de entrar en esta liga al Papa, y al príncipe archiduque, y al duque de Milán, y a suizos, y florentinos: y habíase de jurar este asiento por cada uno de los príncipes confederados en el mes de mayo siguiente. Esto se concertó por Ricardo obispo de Uncestre, y Thomas Grey marqués de Orset, y por el señor de Berghas primer camarero del emperador Maximiliano gobernador de Nemur, y Gerardo de Plenie señor de Rocha presidente del consejo del emperador, y del príncipe archiduque, y don Pedro de Urrea, don Luis Carroz, y Juan de Lanuza embajadores del Rey Católico: que se juntaron en la villa de las islas, a diecisiete del mes de octubre deste año. Con esto alzó la mano el rey de Inglaterra de continuar la vitoria, y proseguir la guerra por este año: y las cosas se ordenaban de suerte, que todos estos presupuestos, pasada aquella ocasión, se fueron desbaratando: y pocos días después desta deliberación, los capitanes principales de los suizos, que pudieran hacer grande efeto por la parte de Borgoña, por donde entraron con grande furia, fueron rompidos por el de la Tramulla: y sin consulta del emperador se determinaron de volver a sus casas: y por su autoridad tomaron cierto asiento, haciéndose ellos árbitros de todas las diferencias de los príncipes: y esto se entendió ser el remedio, y salvación del reino de Francia: porque si se apoderaran de Dygun, estuviera, según parecía, en la mano de los suizos, pasar sin hallar resistencia ninguna, hasta las puertas de París: y si el rey de Inglaterra pusiera su ejército de la otra parte de Soma, sin ninguna dificultad se juntaba con ellos: que no fuera poderosos los franceses a defenderles el paso. Por justificar más su vuelta, y mostrar que volvían con alguna reputación, declararon en la concordia que hicieron, que el rey de Francia renunciaría el concilio pisano: y que de allí adelante no se apartaría de la obediencia de la sede apostólica: ni se entremetería en el estado de la Iglesia: y que restituiría al príncipe don Carlos la parte del ducado de Borgoña, que se declarase por letrados pertenecerle. También quedó asentado, que el rey de Francia mandaría sacar la gente que tenía de guarnición en los castillos de Milán, y Cremona: y que de allí adelante no se empacharía en lo de Lombardía: ni daría ningún sueldo a compañías de suizos, sin acuerdo de todos los burgomaestres: y que dentro de quince días les diesen doscientos mil

ducados, y otra tanta suma dentro de dos meses. Fueron admitidas estas condiciones por el de la Tramula, solamente por excusar el peligro presente, y no con pensamiento de cumplirlas, si no era en lo de reducirse a la obediencia de la Iglesia romana, como estaba tratado: y con recibir ciertas rehenes, de que se efetuaría esta concordia, los suizos se volvieron muy pacíficamente, por donde habían ido. Tras esto no pasaron muchos días, que no se cumpliendo la paga, se tuvieron por burlados: y cuando el rey Luis se vio libre de dos guerras tan peligrosas, y que era entrado el invierno, mostró que no tenía obligación de cumplir lo que su general había acordado, sin su orden, y comisión: entendiendo que a mal librar, tenía el remedio en la mano, con redimir el peligro pagando a los suizos.

Que el visorey don Ramón de Cardona pasó con su ejército a hacer daño en las tierras de venecianos: y llegó a vista de Venecia, y lombardeó la ciudad. LXXVI.

Sólo el ejército de España, que comenzó a hacer guerra contra venecianos, sustentaba las cosas de Lombardía, y la autoridad, y nombre de la liga, persiguiendo a los enemigos. Pasó después así, que habiéndose levantado el visorey del cerco de Padua, reformó su ejército a cinco mil soldados, con dieciocho capitanes, gente muy plática, y escogida: y como las condiciones de la capitania general, que el Próspero había de tener del duque de Milán, se iban dilatando, el visorey le dio facultad, que pudiese hacer de su gente lo que bien le estoviese: y lo mismo hizo con el conde de Santa Severina, y con el duque de Trageto, por la necesidad que padecía el ejército. Entretuvieron su gente, como mejor pudieron, hasta saber lo que el rey mandaría hacer de aquel ejército: porque el de Gursa trataba, que el duque de Milán se concertase con el Próspero: y tomase aquellas compañías de gentes de armas: y pagase alguna infantería: y con ella, y con la que Antonio de Leyva tenía en Brescia, se pusiese el Próspero en frontera de Crema: y no dejase desmandar la gente de guarnición que allí tenía Rezo de Cherri. Cuando esperaba la resolución de lo que el rey ordenaría en lo de la guerra, por lo cual fue enviado a España micer Armengol, deliberó el visorey, por complacer al de Gursa, salir con su ejército de Albareto, adonde tenía su campo, mediado el mes de septiembre, y correr toda la comarca que pudiese, dentro de las tierras de venecianos. Salió con determinación de llegar, si pudiese, hasta dar vista a Venecia, contra el voto, según Guicciardino afirma, de Próspero Colona: porque el tiempo, que estaba muy asentado, a su parecer lo sufría: y por otra parte envió con el tesorero Mateo Granada mil soldados, para que con la gente que tenía Antonio de Leyva, estuviesen sobre Crema: y entendiesen en el combate de la Capilla de Bérgamo. Esto era con fin, que el tesorero procurase de recoger algún dinero, para socorrer el ejército: porque había tanta necesidad, que el visorey había vendido toda su plata, y tomado todas las joyas que se hallaron en el ejército, y se enviaron todas a vender a Verona. Parecía que con esta salida se ponía en mucho estrecho la ciudad de Venecia: porque por la parte de donde se suele proveer, se le quitaba por nuestro campo todo el comercio. Tenía en este ejército dos mil alemanes de la gente del emperador, y doscientos

borgoñones de caballo, y algunas compañías de gente de armas del Papa: y porque no estuviesen ociosos, salió de Albareto a veintitrés de septiembre: y pasó por la vía de Montañana, y Este a Buvolenta: que es un lugar, que está a la ribera del Bachillón. Aunque estaban allí avisados, que la ida de nuestro ejército había de ser por aquel lugar, que era muy rico, y fértil, no pudieron apartar tan presto la ropa, que con la prisa que se dieron los soldados, no se hallase buen despojo en las barcas, que estaban cargadas en el mismo río, para recogerse a Venecia. Anegáronse muchos con la furia de ponerse en huida: y tomaron las más de las barcas, y gran número de carros cargados, que hacían el mismo camino: y hubieron algunos prisioneros. Detuviéronse en este lugar el día siguiente: porque como los alemanes llevaban la retaguarda, e iban cansados, y pasaron el río, para saquear algunas casas, que estaban de la otra parte, embarazáronse en esto: y no pudieron llegar otro día a Pieve de Saco, que es un lugar de los más apacibles, y deleitosos, que tienen los venecianos en tierra firme, y más poblado: y todo él es de casas de placer, que los gentiles hombres más principales de aquella señoría enriquecían con gran atavío para su recreación. Pegaron fuego en él los alemanes, como lo habían hecho en Buvolenta: y comenzaron a arder todos aquellos vergeles, y heredamientos, que era todo el regalo de aquella señoría, a vista de la ciudad: sin que hubiese quien lo pudiese resistir: y esto fue una de las mayores aflicciones que sintieron en esta guerra: porque por ninguna parte pasaban los alemanes, que no lo abrasasen todo, con la enemistad que tenían a aquella nación. Echaron otro día puente en la Brenta: y pasó todo el ejército a Mestre, que es un lugar extrañamente hermoso, y gentil, y como arrabal de Venecia, a cinco millas de la ciudad, adonde hacen su feria cada semana: y tenía un castillo en una roca: y en él se había puesto un proveedor de la señoría con gente, con propósito de defenderle. Entráronle por combate los de la avanguardia, sin esperar que se juntase el ejército: y pusieron a saco el lugar: y repararon allí aquella noche, porque la gente estaba cansada. Llegó el campo el día siguiente, que era domingo, a la ribera postrera del seno de Venecia, al cabo de los canales, adonde tienen ciertas casas, que llaman las palizadas: que es un lugar, en que se recogían los derechos, y alcabalas: y quemáronse todas: y porque el visorey había oído decir a Gursa, que el emperador había deseado llegar con su artillería a lombardear la ciudad, desde aquel lugar mandó que toda la que llevaban, que eran, según Guicciardino escribe, diez piezas gruesas, se asentase sobre un arce: y luego se pusieron en huida muchas barcas, que con arcabucería venían a defender, que no se pudiese fuego a las palizadas. Disparó de aquel puesto toda la artillería: y lombardearon aquella ciudad, de la misma suerte que si la hubieran de combatir: y llegaban las pelotas, según el mismo autor afirma, hasta el monesterio de S. Segundo: y esto sintieron aquellos senadores, y gentiles hombres mucho más que el daño principal que habían recibido: porque les pareció, que se llegaba a acometer, lo que nadie había osado emprender: y se descubría, en cuán vano fundamento consistía todo el ser, y misterio de la conservación de aquella república: que por la extrañeza del sitio se había escapado, y defendido tantos siglos de infinitas persecuciones de las naciones extranjeras. Fue este corrimiento ocasión de recibir harto mayor daño: porque habiendo pasado nuestro campo hacia aquella parte, talando, y abrasando todos los jardines, y lugares de Mestre, Margera, y Lizafusina, y

todas las alquerías, y granjas de aquella ribera, dejando a las espaldas a los enemigos que quedaban en Padua con formado ejército, y teniendo delante a Treviso, y habiéndose levantado los villanos de la montaña en grande muchedumbre, apareció Bartolomé de Albiano, que los tenía en medio encerrados: y envió a decir a la señoría, que viesen si se daría batalla a un ejército, que le tenía metido en una calza: y ellos teniendo la vitoria por cierta, y por satisfacer a tan grande afrenta, y vergüenza, fácilmente lo remitieron a su discreción: y él con su ardidez, y valentía se determinó de no dejarlos volver, sin que se les diese batalla: y habíalo acertado, si no que se apresurara más de lo que debiera, en el modo de emprenderla, y en el acometer a los enemigos.

De la batalla que tuvo el visorey junto a Vicenza con el ejército de la señoría, en la cual fue vencido Bartolomé de Albiano, su capitán general. LXXVII.

Púsose el visorey tan adentro del peligro, sin esperar otro efeto, que hacer daño en las tierras de venecianos a vista de aquella señoría, que se tuvo por desatino: y acabado aquello, pareció a todos los del consejo, que no debían ir a Treviso: ni pasar más adelante, por la falta que ya sentían de los bastimentos. Por esto acordaron de venirse a Ciudadela la vía de Vicenza: por ser camino más enjuto, y que no tenían que pasar otro río sino la Brenta. El día que partieron de Mestre caminaron catorce millas: porque estaba ya toda la comarca en armas: y tenían los villanos la montaña: y aquel mismo día salió el de Albiano con su ejército con tanta presteza, que llegó a ponerse poco menos que a la frente de nuestro campo. Quedaban en Padua doscientos gentiles hombres venecianos, con dos mil soldados esclavones, y marineros: y al mismo punto que los nuestros salieron de Mestre, Juan Pablo Ballón, que estaba en Treviso, hizo lo mismo: y por las espaldas de nuestro ejército, pasó a juntarse con el de Albiano, con toda la gente de guerra, y con otra mucha de la que ellos llaman encomendada, que traía de la comarca de Treviso. Tuviéronse entonces los nuestros por perdidos, por tenerles los pasos: y salirles al encuentro dos ejércitos, sin la gente que andaba por la montaña, que eran más de diez mil hombres: y venir ellos con la presa tan embarazados, que no les parecía que pudiese haber forma de pelear, sino de huir como mejor pudiesen, salvando las personas, y dejando el despojo. Allende desto, caminaban con mucha fatiga por el carruaje, que era tal, que había crecido a más de quinientos carros, por los sacos que hicieron, sin otra grande recua: y con toda esta dificultad llegaron otro día a un paso, por donde se vadeaba la Brenta. Estaba el ejército de la señoría de la otra parte puesto en ordenanza, y con su artillería: y para haber de allegar al río, era la salida muy estrecha, y el paso muy malo, por haberlo estragado: y por esta causa, hallando mala disposición para pasar por aquel lugar, deliberaron de salir por otro vado más abajo, por haber mejor comodidad para pasarle. Engañaron a los enemigos, haciendo ademán de asentar en derecho de aquel primer camino que llevaban: y tres horas antes del día comenzó a salir todo el campo con el carruaje de tal suerte, que a la alba todos se hallaron juntos al vado. Teníase esta orden con los alemanes, que un día su

capitán llevaba a la avanguardia, y otro la retaguarda: y de la misma suerte hacía el marqués de Pescara con la infantería española: y cupo este día al marqués él llevar la avanguardia: y pasó el río con su infantería en ordenanza: y cuando hubo pasado puso su gente en escuadrón: y tras él pasó el río la gente de armas: y el visorey hizo dar muy gran prisa, para que los alemanes pasasen. Cuando Albiano entendió que nuestro ejército venía para pasar el río por más abajo, levantó su campo, y vino a poner en un fuerte, que estaba ceñido de dos ríos: y como se acercaron sus caballos a nuestro ejército, y sonaban los atambores muy cerca, creyeron los nuestros, que sería allí la batalla: y estaban con buen ánimo, así alemanes, como españoles: y los hombres de armas, que postreramente fueron de Castilla, que traían la retaguarda, dejaron los carruajes: y diéronse gran prisa por hallarse en ella. Púsose todo el ejército a punto en un llano muy espacioso, y tendido, con fin de acometer a los enemigos, si se moviese: mas el de Albiano no quiso salir de su fuerte, para combatir aquel lugar, esperando de salirles al encuentro en otra parte, con mayor ventaja. Después que hubo pasado el río todo nuestro fardaje tan a su salvo, pareció al visorey, que no se debía perder allí más tiempo: y pasó con su campo a ponerse en un lugar, que está en el camino de Vicenza: y como se iba más sintiendo el impedimento, y embarazo que llevaban con los carros, señaladamente por las puentes que habían de pasar, acordóse de enviarlos por otro rodeo: y quemaron una puente, y las barcas que había en el río. Estuvo aquel mismo día el de Albiano en Vicenza a buena hora: y asentó su campo más adelante, desde un lugar que llaman el Olmo, que era un muy fuerte alojamiento, hasta Carriazo, que es a la punta de la sierra, por donde habían de pasar los nuestros: y tomáronles el paso, y gastaron el camino. Otro día, aunque no había sino tres millas de donde estaba nuestro campo, hasta el de la señoría, hubo hartos que hacer en llegar allá, a causa de los pasos, que era forzado allanar, para pasar la artillería: y atravesando un pedazo de sierra, que se dice de la Magdalena, les presentó el visorey otra vez la batalla, en un llano que allí hay: y el de Albiano no quiso salir del fuerte de su alojamiento: y hacía tirar desde allí con su artillería: y envió sus caballos para que escaramuzasen. Tenían los enemigos, según se supo por relación de Juan Pablo Ballón, siete mil infantes, y diez mil de la tierra, todos en ordenanza: y mil cien hombres de armas, y mil quinientos caballos ligeros, sin los diez mil villanos, que estaban en la montaña sobre nuestro campo, con arcabuces que eran mayores que escopetas, y con escopetas, y arcos: y visto de la manera que estaban, y que no los podían sacar de su fuerte, y que era grande temeridad irlos a combatir, y se ponían a muy conocido peligro, deliberaron de volver por el mismo camino que habían llevado. Esto era con diversos fines: y el principal, porque viéndolos retraer, como Albiano era de gran corazón, y muy ardiente, creían que saldría tras ellos de su fuerte, y podrían pelear con él, sin que les tuviese ventaja en el lugar: o si les dejase algún portillo por donde pudiesen salir, pasar por él: y cuando esto no hubiese lugar, seguir por aquel camino que tomaban, la vía de Trento, para volver a Verona: porque en esto no había otro embarazo, sino el rodeo, que era muy largo. En todo este sobresalto, y peligro fue mucho de loar en los nuestros, que viéndose encerrados, y en tanto estrecho, y con tanta fatiga, nunca perdieron un solo carro: y caminando desta suerte, y llevando el carruaje primero con los caballos ligeros españoles, iba tras ellos don Pedro de



Castro con su gente de armas: y luego seguían los alemanes, porque este día les cupo la avanguardia: y la retaguarda con los españoles al marqués. Echaron por el camino de la montaña un escuadrón de hasta ochocientos soldados españoles, por los villanos que iban por la sierra: y por los costados mandó poner el visorey cuatrocientos caballos ligeros: y luego que se levantó el real para volver atrás con esta orden, movió el de Albiao con el suyo en su seguimiento, con toda su gente, y con dieciocho piezas de artillería, dejando las otras en su fuerte: y cuando llegaban a ponerse cerca de los nuestros, tiraban con su artillería, y por los lados, con más de trescientos arcabuceros, y con mucha escopetería: y los caballos ligeros, y los villanos acometían hacia los carruajes. Caminando desta manera, fue muy señalado en este día el esfuerzo, y gran valentía del marqués de Pescara: porque iba con tanto ánimo, y llevaba tan concertada su gente, como si tuviera muy ciertos indicios de la vitoria: y algunas veces se determinó de revolver sobre los enemigos, que les daban mucha molestia, y rebato, y no le quiso dar lugar a ello el visorey: y aunque se creía, que lo hacían por no detenerse, y no dejar de caminar, era por sacarlos adonde la tierra era más llana, y menos espesa. Con esto iban los enemigos cebándose más para pelear, y más acercándose a los nuestros, teniéndolos ya por perdidos: y tuvieron tanta confianza desto, que el día antes había mandado pregonar su general, que no dejasen a ningún alemán, ni español a vida. Acercáronse tanto a la retaguarda, y cerraron con tanta furia sobre ella, que hubo de acudir el visorey hacia aquella parte, por hablar al marqués que iba a buscarle: y dijo al visorey: «Señor veis aquí a los enemigos: demos en ellos si Vuestra Señoría manda: que si place a Dios, la vitoria será vuestra». Allí acordaron los dos, que la batalla se diese: y el marqués se puso con la infantería animándolos: y el visorey acudió a ordenar la gente de armas de la retaguarda: e hizo avisar a los alemanes, para que volviesen para los enemigos: y luego acudieron con gran ánimo, y concierto: y el Próspero se juntó con el visorey, y fue del mismo parecer, que se les diese la batalla en aquel lugar, y revolviesen sobre ellos. Comenzóse la batalla por los nuestros muy animosamente: y hallando a los enemigos desordenados, acometiéndolos la infantería por una parte, acudieron los hombres de armas, y caballos ligeros con grande concierto por los lados: y fueron en muy breve espacio rotos, y vencidos: y pusieronse en huida vilísimamente. Ejecutó el alcance el marqués con la infantería española con extraño valor: y juntamente con él siguió la vitoria el Próspero con la gente de armas, hasta llegar a las puertas de Vicenza: y como el visorey entendió que los enemigos eran rotos, recogió hasta trescientos hombres de armas, y la mayor parte de los alemanes: y fue con ellos recogiendo el campo, y toda la infantería: porque una parte de la infantería veneciana, y parte de la caballería, se recogió hacia la montaña, donde tenían los contrarios cinco piezas de artillería. Visto esto, movió el visorey con el escuadrón que quedaba de los alemanes, y con algunas compañías de españoles contra ellos: y ganáronles la artillería: y luego se pusieron todos en huida: y se acabó de recoger todo el campo. Acometió por el mismo tiempo Mercurio capitán de los capeletes la avanguardia donde estaba don Pedro de Castro, con la gente de armas, y con los caballos ligeros, que iban en guarda de los carruajes: y don Pedro salió contra ellos tan animosamente, y con tan buena orden, que con la misma facilidad fueron rotos, y vencidos. Fue esta vitoria a siete del mes de

octubre: y de las más señaladas de aquellos tiempos: porque perdieron en ella los venecianos setecientos hombres de armas, y todos los más capitanes de aquella gente: y de los caballos ligeros, y de la infantería no se escaparon sino el general, y el conde Guido Rangón, y Mercurio: y todos los otros principales, o fueron muertos, o presos: aunque según Guicciardino escribe, salieron de la batalla huyendo el de Albiano, y Andrés Gritti, el uno a Padua, y el otro a Treviso: y fue muerto el proveedor Lauredano, teniéndole prisionero: y quedaron presos Juan Pablo Ballón, y Julio hijo de Juan Pablo Manfrón, Malatesta de Sollano, y otros muchos capitanes: y que entre presos, y muertos fueron cuatrocientos hombres de armas, y cuatro mil soldados: y recibieron mayor daño en el alcance: porque Teodoro de Trivulcio mandó cerrar las puertas de Vicenza: y muchos por irse a salvar en ella, se anegaron en el río: y entre ellos Hermes Bentivolla, y Sacromoro Vizconde. Mas lo que se puede afirmar es, que se ganó el estandarte, y todas las otras banderas, con veintidós piezas de artillería: y como el alcance fue largo, no se pudo haber tan buena razón de los muertos: puesto que se tuvo por cierto, que murieron más de cinco mil: y éstos fueron de la gente más principal, y lucida, y bien armada: y como entre los capitanes que fueron presos, fue Juan Pablo Ballón, mandólo después soltar el visorey, porque procurase, que la señoría de Venecia pusiese en libertad en su lugar, a Alonso de Carvajal: o que volviese a la prisión: pero ello sucedió de manera, que Juan Pablo se quedó libre, y Alonso de Carvajal murió en su prisión. De los caballeros españoles que más se señalaron en esta jornada, fueron Hernando de Alarcón, Diego García de Paredes, Garci Manrique, hermano de Diego Hurtado de Mendoza, Marco Jiménez Cerdán señor de Pinseque, Francisco Tello, don Álvaro de Guzmán, y Diego de Quiñones. Púdose bien entender entonces, cuánto puede en las cosas de la guerra cualquier ocasión, por ligera que sea: porque el de Albiano echaba con gran daño, y vergüenza a los nuestros, sin llegar a las armas, cuando no fueran del todo cobardes los suyos: y con salir a dar la batalla, dio la vitoria al visorey, con muy grande reputación. Toda la gente que se escapó della, se fue a recoger a Padua, y Treviso: y el de Albiano con ellos: y siguiendo el visorey la vitoria, fuese a Vicenza: y el día que allí llegó era acabado todo el pan: que no hallaban de comer sino carne: y con la nueva de la vitoria les fue algún bastimento, con que se remedió el ejército. Por esta causa, y porque también les faltaban las municiones, y no se halló ninguna con la artillería de los enemigos, y por ser entrado el invierno, pareció, que no convenía pasar adelante: y deliberó el visorey dejar, por algunos días, el ejército en Vicenza, que luego recogió a los nuestros, mientras lo sufría el tiempo: y que después bajase por la mano derecha de Padua hacia Ferrara: porque estuviese a la frente de los enemigos. Entonces se pasó a Verona, para comunicar con el de Gursa lo de la guerra: y era el visorey de parecer, que la gente de armas se pusiesen en algún buen alojamiento: y que él fuese con la infantería sobre Crema: porque la gente que allí estaba de guarnición daba tanto trabajo a los nuestros, que no se pudo aprovechar de los que quedaron en Brescia. Habíase enviado para solo este efeto el tesorero Mateo Granada: y para que combatiесе la Capilla de Bérgamo: y dando gran furia en minar, y combatir aquella fuerza, estando en una zanja, fue muerto de un tiro: y los soldados, con el

sentimiento que tuvieron de su muerte, se hubieron tan bien en el combate, que la fortaleza se entró por ellos, con gran daño de los que estaban en su defensa.

Que el Papa procuró, que el visorey desistiese de hacer la guerra contra la señoría de Venecia: y los castillos de Milán, y Cremona se rindieron al duque Maximiliano: y se defendió la ciudad de Génova por los españoles de los Adornos, y Fliscos. LXXVIII.

Con esta vitoria que hubo el visorey de venecianos, y después de haber entrado su ejército en Vicenza, pareció que corría gran peligro todo aquel estado que tenían en tierra firme: y atribuíase a gran misterio, y juicio de Dios, que lo encaminaba, para que fuesen castigados de su malicia. Porque estando ellos en liga con los reyes de España, e Inglaterra, y confirmando el papa León lo que su predecesor había rompido, no curando de todos ellos, se concertaron con el mayor enemigo que tuvo aquella república: y con él llegaron juntamente a términos de perderse. Había seguido el visorey aquella empresa, de ponerse tan adentro en las tierras de los enemigos, según decía, por satisfacer al de Gursa: y pareció gran temeridad, por tan liviana causa aventurar el ejército a tan notorio peligro: y así al tiempo que estuvieron en tanta aventura de perderse, se declaraban bien las intenciones de los italianos, que tenían por muy cierto, y lo publicaban, que deshecho aquel campo, y estando el rey de Francia en la necesidad en que estaba, todos los bárbaros iban fuera de Italia: y quedaba libre en poder de los suyos. De la misma suerte, como los que muy fácilmente confían, suelen desconfiar con poco fundamento, después de habida aquella vitoria, estaban con grande temor, que el ejército de España ganaría a Padua, y todo lo demás, o acetarían los venecianos las condiciones que el emperador les quisiese poner. Sucedió en este medio, que como el rey de Francia no quiso acetar la concordia que hicieron los suizos en Borgoña con el señor de la Tramulla, se conspiraron con grande indinación de proseguir la venganza de aquella injuria: y continuar adelante la empresa de Borgoña: y esto fue gran ocasión de la adversidad que sucedió por ellos. Considerando el Papa entonces a cuánto peligro estaban las cosas de la señoría, se determinó de impedir que el visorey no pasase adelante: y requerirle que sobreseyese de la ofensa que hacía en las tierras de venecianos, entretanto que se resolvía en tomar algún buen asiento en lo de la concordia. Decía, que sería cosa digna de su prudencia, no aventurar todo lo que se esperaba, que de allí había de resultar en público beneficio de la cristiandad, por la tardanza, y sobreseimiento de algunos días. Pareció que esta tregua venía bien al emperador: pues tenía en su poder a Verona, Linango, Peschiera, Valegio, Brescia, Bérgamo, y Vicenza con todos los lugares de su comarca: y que en este medio se podría tratar de la paz: y hacerse unión de los potentados italianos: y poner en extrema necesidad al rey de Francia, hasta reducirle a la renunciación de las cosas de Italia. Por este nuevo negocio envió el visorey a Roma a micer Armengol, que era ido de España poco antes, para que él, y Briceño secretario del visorey, que allá estaba, entendiesen del Papa más claramente lo que pretendía. Había enviado antes desto a España

Juliano de Médicis en su nombre, y de la señoría de Florencia, a Juan Cursio: para proponer al rey, que todo el amparo de aquel estado, y el suyo, y su acrecentamiento le esperaban por su medio: y el rey dio grandes esperanzas dello, por conservar la amistad del Papa: y mandó al almirante de Nápoles, que tratase con la duquesa de Milán sobrina del rey, que diese a su hija por mujer a Juliano. Desdeñóse mucho dello la duquesa: y no lo quiso consentir: pensando casarla por medio del emperador, con el duque de Milán: pretendiendo que aquel estado pertenecía de justicia a su hija: mas el emperador había ofrecido de dar una de las infantas sus nietas al duque: y deseaba extrañamente, que el rey diese lugar a ello. Estuvo la duquesa tan sentida de lo que el almirante trató con ella en este caso, y tan lejos de venir en ello, que aun no dio lugar que se entretuviese la plática como el rey lo deseaba, por asentar mejor sus cosas con el Sumo Pontífice. Con todo esto mostraba el Papa querer perseverar en la misma voluntad, e intención de ser continuamente confederado con el rey: dando a entender, que pensaba fundar todas sus cosas, y su casa con su amistad: y que su hermano esperase el acrecentamiento en sus reino, y le fuese vasallo: y como el casamiento de la hija de la duquesa de Milán no pudo haber efecto, tratóse que se concertase con doña Teresa de Cardona prima del rey, hija del duque de Cardona. En este tiempo se trataba de la reformación de algunos abusos de la curia romana con gran fervor: y habíase de proponer en el concilio lateranense: al cual fueron admitidos los embajadores del rey de Francia: y renunciaron el concilio pisano. También con el suceso de la vitoria, que hubieron los nuestros, fueron más combatidos los franceses, que tenían el castillo de Milán, por la gente del duque: y fueron forzados a rendirse: y entregaron el castillo a veinte del mes de noviembre: y con esto pareció que acababan de salir los franceses de la posesión de Lombardía: mayormente, que por los mismos días, los que estaban en la defensa del castillo de Cremona le rindieron a partido: y como sucedió principalmente por la vitoria que hubieron los españoles de la señoría de Venecia, gozaron del triunfo, de sacar a los enemigos del todo de aquel estado, y del resto de Italia. Como las cosas se encaminaban en tanto daño de los franceses, instaba más la reina de Francia, en procurar, que el casamiento del infante don Fernando, con su hija Reynera, se hiciese: y para mayor seguridad dél ofrecían los franceses, que harían antes poner en poder del de Gursa las fortalezas de Milán, y Cremona: sabiendo que no tenían remedio, y estaban para rendirse. No restaba ya en poder de franceses en toda Italia cosa de importancia que sustentase su opinión, sino sólo el castillo de la Lanterna, que era gran freno para la ciudad de Génova: y como el Rey Católico tenía en su protección aquella ciudad, envió allá a don Lucas de Alagón, para que se diese orden en estrecharle por combate. Entendió el duque en ello con más calor, dejando el gobierno de la ciudad al arzobispo de Salerno su hermano. Había en el puerto seis galeras, y muchos navíos, para impedir la entrada de la armada francesa: y teniendo el duque en mucho estrecho el castillo, los Adornos, y Fliscos que eran del bando contrario, juntaron con el favor del duque de Milán, y del cardenal de Sidón, hasta mil trescientos suizos, y cinco mil italianos: y con los de su parte, que serían ocho mil hombres, y con quinientos caballos ligeros, entre los cuales había algunos españoles, llegaron a poner cerco sobre la ciudad. Fueron ayudados para esto con dinero por el rey de Francia, por medio del bastardo de

Saboya: y estuvo aquella gente en torno de los muros once días, sin hacer ningún acometimiento de guerra, con sola esperanza, que los de su parte les darían alguna entrada, o favor: pero el duque había puesto tal diligencia en tener aquel bando tan bajo, que no les salió como pensaban. Por esto les fue forzado partirse con mucho miedo, y vergüenza, dejando parte de la artillería: y en este trance se señaló don Lucas de muy buen capitán: porque tuvo muy en orden hasta quinientos españoles, que se hallaron dentro: y con ellos puso tanto ánimo a la gente italiana de guerra que allí había, que se pudo defender aquella ciudad, principalmente con el nombre, y apellido de España, que no recibiese un notable daño.

Que el duque de Braganza ganó la ciudad de Azamor: y el rey de Portugal dejó el derecho que pretendía a la ciudad de Vélez, y al Peñón: y quedaron a la Corona de Castilla. LXXIX.

Destá manera andaban revueltos en guerra los príncipes cristianos: y el rey que era tanta parte en ella, no podía emplear sus gentes en la empresa de África, como lo había deliberado. Sólo el rey de Portugal, que se hallaba libre de tanta turbación, y amigo, y confederado con todos, porque no desistiesen los suyos de proseguir la guerra contra los infieles, mandó juntar una muy gruesa armada por el mes de agosto deste año: por continuar su conquista contra los reinos de Fez, y Marruecos. Juntóse esta armada en el cabo de Santa María, e iba por general don Jaime duque de Braganza sobrino del rey, hijo de su hermana: y fue con él por principal en su consejo, don Juan de Meneses, ayo del príncipe don Juan de Portugal: y llevaba, según se afirmaba, más de dos mil de caballo: y los doscientos encubertados: y más de quince mil de pie ballesteros, y espingarderos, y de gente de ordenanza toda muy útil, y bien armada con artillería gruesa, y menuda: y con las municiones necesarias, para un ejército tan poderoso. Luego se publicó, que iban sobre Azamor, o contra Tetuán: y de aquel cabo se hizo a la vela: y estuvo toda la armada un día, y una noche sobre la barra de San Lúcar, por ser muy peligrosa: y pasó con buen tiempo al puerto de Mazagán, por no poder entrar en el río de Azamor, siendo contraria la mar, y por grande escuridad de una niebla que se levantaba del río. Está aquel puerto a tres leguas de Azamor: y desembarcó allí toda la gente de caballo, y la infantería un lunes a veintinueve de agosto: y repararon tres días: y aunque se había ya juntado gran morisma de pie, y caballo, y se pusieron a vista de la armada, no les embarazaron la salida: puesto que les dieron algunos rebatos. Partió el duque con su ejército la vía de Azamor, con sus batallas ordenadas: y tuvieron aquel día algunas escaramuzas con los alárabes, y fueron a asentar su real muy tarde. Otro día siguiente, después de tener en orden su fuerte como convenía, comenzaron a combatir la ciudad: y había en su defensa más de ocho mil moros de pelea: y fuera en el campo más de diez mil de caballo, e infinita gente de pie: y con toda esta pujanza que tenían los moros, los portugueses la combatieron con tanta furia, y esfuerzo, que siendo muertos algunos de los moros principales en su defensa, y perdiendo los de dentro la esperanza de ser socorridos por los alárabes, que estaban en el

campo, en quien tenían toda su confianza, no osaron esperara el segundo combate. Salióse aquella noche toda la gente, por una puerta que no se pudo guardar: porque la ciudad tiene tal sitio, que no se puede cercar por todas partes: y entróse el duque en ella otro día por la mañana con su ejército: y hallaron dentro muchas armas, y artillería. Sabiendo los moros de Almedina, que está a dieciséis leguas de Azamor, la toma de aquella ciudad, desampararon el lugar: y los de Tite, y otros de aquella comarca se rindieron al duque: y se hicieron tributarios del rey de Portugal. En este mismo año se concertaron el Rey Católico, y el rey don Manuel su yerno de trocar la ciudad de Vélez, y el Peñón que pretendían los portugueses ser de su conquista, y convenía tanto para la defensa de las costas del reino de Granada, por lo que se extendía al occidente, y mediodía en la costa del Océano, desde los límites del reino de Fez, hasta el cabo de Bojador, y de Naun: adonde comenzaban las marcas de Guinea: que como dicho es, se pretendía ser de la conquista de los reinos de Castilla. Por esta concordia dejó el rey don Manuel a la reina doña Juana, y a sus sucesores la ciudad de Vélez, con su puerto, y con todos sus términos, y lugares, y poblaciones: y con toda la costa que se extiende desde Vélez hasta Melilla, y Cazaza: y el Peñón, y la fortaleza que en él se había labrado: y fue con condición, que no se extendiese su término más de seis leguas hacia la parte de Ceuta. Dejó el rey en cambio desto, en nombre de la reina su hija, todo lo que hay desde los límites del reino de Fez, en la costa de Berbería, hasta el cabo de Bojador, y de Naun: adonde comenzaban las marcas de Guinea, que estaban por declarar en las alianzas pasadas: y se pretendía pertenecer a los reyes de Castilla, por estar fuera de los límites del reino de Fez. Por este tiempo se concertó el matrimonio de doña Ana de Aragón nieta del rey, y de don Alonso Pérez de Guzmán duque de Medina Sidonia: y estaba ya concertado el de don Íñigo López de Mendoza hijo del duque del Infantadgo, con doña Isabel de Aragón hija del infante don Enrique. En los reinos de Castilla se gozaba de una muy cierta, y segura paz, debajo del amparo, y gobierno del rey, y de la ejecución de la justicia: puesto que los más deseaban ver la mudanza de las cosas presentes: y como es cosa muy ordinaria, los que no eran favorecidos, y gratificados del rey, no podían sufrir con paciencia, que el príncipe estuviese ausente: y no entendiese en el regimiento de sus reinos, que había de heredar: y como para persuadir esto en Flandes, era muy gran parte don Juan Manuel, el rey por medio de la princesa Margarita hacía muy gran instancia que fuese preso: encareciendo que entendía en diversos tratos muy perjudiciales a su persona, y estado real: y el emperador venía en que si hubiese cometido algún caso tan criminal, como le informaban, la princesa le mandase prender: y recluir en una honesta prisión.

Del movimiento que hubo en este reino por los bandos que había entre los señores dél: y de la declaración que hizo el rey, porque cesasen sus diferencias. LXXX.

En el reino de Aragón, que era como dentro de casa, prevaleciendo tanto las armas entre los príncipes de la cristiandad, y ardiendo todo en guerra, tenía el rey por este tiempo mayor fatiga en

apaciguar una disensión, y bando que se movió entre don Alonso de Aragón conde de Ribagorza hijo del duque de Luna de una parte, y don Miguel Jiménez de Urrea conde de Aranda, y don Pedro de Urrea su hermano, de la otra: del cual vino a revolverse entre ellos, y sus valedores, que era todo lo principal del reino, formada guerra. Habían precedido muchas veces algunas ocasiones entre el conde de Aranda, y don Alonso de Aragón, de mostrar que estaban bien dispuestos para toda disensión, y discordia: y postreramente estando el conde de Aranda en Sevilla, para pasar con el rey a la empresa de África, haciendo don Pedro de Urrea su hermano cierta tala en el lugar de Añón, que él pretendía que de muchos años atrás, se solía hacer con justicia, los de Añón, y Veruela, y gente de don Alonso de Aragón fueron al lugar de Trasmoz, que era de don Pedro de Urrea, y talaron muchas viñas, y heredades, estando don Pedro ausente: y según él decía, descuidado de cosa tan nueva: y que tras aquello don Alonso apercibió diversos señores, y caballeros, y gentes contra don Pedro, haciéndose principal en aquella pendencia. Vuelto el conde de Aranda de Sevilla, y con propósito de ponerse en orden para la empresa de África, el arzobispo de Zaragoza lugarteniente general procuró atajar aquellas diferencias: y trataron de comprometerlas en cierta forma en su poder, y del conde de Belchite: y como se declaró que cesaba la empresa de África, aunque volvió segunda vez el conde de Aranda de Sevilla, no se ponía remedio ninguno en sus diferencias: y el arzobispo pretendió, que don Pedro de Urrea diese su palabra de seguro para los de Añón, y Veruela del caso pasado: y así se la dio: y no advirtiéndole que don Alonso de Aragón se había hecho en él, principal parte, no se habló en él: ni se trató de seguro dél a don Pedro, ni de don Pedro a él: y quedó así olvidado: y no se llevó cuenta del daño que se había hecho en la tala de Trasmoz. Estando desta manera las voluntades siempre dañada, viéndose la parte del conde de Ribagorza muy honrada, y con bastante satisfacción, envió al conde de Aranda, por medio de Bartolomé de Reus señor de Lurcenic, a proponer, y pedir la concordia: y el conde de Aranda con mucha disimulación respondió, que el mes de abril vendría a Zaragoza, y aquí trataría dello: y así lo fue dilatando, esperando sazón para la enmienda. En este medio se ofreció cierta diferencia entre la ciudad de Zaragoza, y don Francisco de Luna señor de Ricla, y Villafeliz, por razón de una cequia que sacaban los de La Almunia: y porque don Francisco se ponía en no dejar a los de Zaragoza entrar a ver su término, la ciudad se valió del conde de Aranda contra él: e hizo apercibimiento para valerla: declarando, que siempre su casa había ayudado a la ciudad de Zaragoza con lo más que había podido, así en su tiempo, como en el de sus pasados: y con aquella gente salió don Pedro de Urrea: y hallándose en Zaragoza con ella, requirió al conde su hermano que le valiese contra don Alonso de Aragón: afirmando, que él fue el principal autor de su daño, y de quien podía tomar satisfacción, y enmienda. Tomando aquello el conde por causa propia, diciendo, que don Alonso se apropiaba lo ajeno, le dio la gente que se hallaba en Épila: y envió por más: y dio orden, según se refería por su parte, que no se hiciese daño en Pedrola, que era de la casa de Ribagorza, adonde don Pedro iba: sino que solamente cortasen dos pinos veros, en señal que podían hacer más: pues era muy cerca del lugar: y con aquella demostración se volvió don Pedro a Épila el mismo día. Sintióse más aquel acometimiento, porque el conde de Ribagorza se halló aquel

día en Pedrola: y otro día se dio un rebato en Épila, diciendo, que salía la gente de Pedrola: y salió el conde de Aranda con la suya: y como supo que no salía la gente Pedrola, él dejó de entrar en su término: y el arzobispo salió a mandar que se despidiese la gente: y fuese el conde de Aranda a la villa de Alagón, con pena de la fidelidad: y él respondió, que la gente que no fuese menester, él la despidiría: pero la que le convenía tener, para defender su tierra de sus enemigos, la tenía a punto, entretanto que no hubiese más asiento, del que entonces tenía con sus contrarios. El arzobispo por apaciguar las partes en tanto rompimiento, tomó preso a don Pedro de Urrea, y aun al conde de Aranda su hermano: y los puso en tregua con el conde de Ribagorza: a quien por la tala de los pinos se había ofendido: y púsose otra tregua por los diputados del reino: y quedando en el mismo rompimiento que antes, el conde de Ribagorza, publicando que iba a las cortes de Monzón, apercibió su gente de armas, que le acompañasen: y estando el conde de Aranda, según se decía, descuidado, y pacífico, por razón de la tregua, fue con el duque de Luna su padre, y con sus valedores al lugar de Lumpiaque, que está cerca de Épila, del conde de Aranda: y entrólo por fuerza de armas: y peleó con los del lugar: y fueron algunos muertos, y presos: y por otra parte fue don Francisco de Luna con gente de armas a Lucena, que era del conde de Aranda, y pusieron fuego al lugar, casi en presencia de los diputados del reino, que iban a derramar aquellas gentes: y de tal manera se apercibieron, que no solamente se ponían en este tiempo todos en armas en todo el reino, para acudir a valer a las partes, pero en el principado de Cataluña se ponían en orden generalmente, unos para venir con el duque de Luna, que se hallaba en esta sazón en Barcelona, y los otros con la casa de Cardona: aunque también lo era el conde de Ribagorza: pero estaba viudo: y en lo mismo concurrían los reinos de Valencia, y Navarra: por ser estos señores tan grandes, y tan principales en este reino. Procuró el rey en tan gran rompimiento, no sólo concertar estas diferencias, pero conciliar en gran amistad, y parentesco las casas destos dos señores: y puso entre otros por medianero con el duque de Luna, que estaba en Barcelona, un religioso de grande autoridad de la orden de S. Francisco, que se llamaba fray Juan de Estúñiga provincial del reino de Aragón, nacido en Valencia, y profeso en el monesterio de Jesús de Zaragoza: y aunque propuso lo del matrimonio del conde de Ribagorza, con la hija mayor del conde de Aranda, y del hijo mayor del conde de Aranda con otra hija mayor del conde de Ribagorza, representándole, que no podía en estos reinos haber mejor casamiento, pues la hija del infante don Enrique era casada con el hijo del duque del Infantado, y aunque respondía, que le parecían bien estos casamientos, porque convenían a todas las partes, no lo admitía por el cuarto de Cardona: diciendo, que estaba ya muy cansado dél: y ni poco, ni mucho no quería adeudar en aquella casa: pues con los matrimonios que se hicieron de las dos hermanas del conde de Aranda, y con su hijo, siendo para más conformidad, se siguió dellos mayor discordia. No pudiendo el provincial reducirle a ningún buen medio, quejándose que había sido parte con el rey de Francia, y con el rey, que asentasen treguas, y que con el duque no podía acabar ninguna cosa, fue por lo mismo a Barcelona, un contino del rey, que se llamaba Luis de Lizarazo: y aunque el duque vino en el trato de los casamientos, y se trató de alargar las treguas que se pusieron entre ellos, el conde de Aranda no venía en ello: y



mostraba claramente estar consolado de perder la vida, y el estado, por satisfacer a su honra: no dudando que el rey había de mandar hacer con él, por causa del arzobispo su hijo, todo lo peor que ser pudiese: y daba a entender, que pensaba poder bien vengarse. Esto era a catorce del mes de septiembre deste año: y el conde de Aranda se apercibía todo lo que podía: y el lugarteniente general informaba al rey, que los del consejo le certificaban, que estos caballeros guerreaban desaforadamente, sin preceder desafíos: y pues ellos no guardaban el fuero, el rey, o su lugarteniente tenían largo poder: y que de parte del rey podían ser requeridos, así los principales, como los que venían a valerlos, que derramasen sus gentes: y si no lo hiciesen se podía preceder a tomarles las armas, y caballos: y si perseverasen en no querer despedir sus gentes, se podían prender sus personas: y a los mismos condes podía llamar el lugarteniente general, que fuesen a él, por cosas que tocaban al estado del rey: y si no fuesen los podían hacer llevar de la falda, que el fuero llama de gremio, y después detenerlos, y ponerlos en arresto: y creciendo la contumacia, y desobediencia, podía ocupar los lugares adonde se hiciesen los ayuntamientos de gentes: y mucho más se podía hacer en las gentes de armas, que venían de otros reinos. Siendo esto en principio del mes de octubre, estaba todo el principado de Cataluña puesto en armas, y movimientos de gentes, para acudir a valer las partes: y considerando el rey el daño que se podría seguir, si entrase aquella gente en la necesidad que le pondrían de castigar, deliberó en virtud del compromiso, determinar aquella contienda por justicia: pues por vía de parentesco, no se daba lugar a la concordia. Pretendía el conde de Ribagorza, que la gente que se juntó para combatir a Lumpiaque, fue debajo de su capitania, y apellido suyo: y que los apercibimientos de las gentes de los pueblos se hicieron en su nombre, con ocasión, que la injuria de la primera tala se le hizo a él, por serle los lugares de Añón, y otros encomendados: y que así lo publicaba él en el apercibimiento, que aquel caso a él tocaba principalmente: y por esto don Pedro de Urrea con la gente de su hermano el conde, por vengarse del conde de Ribagorza, a quien él tenía por principal, fue a Pedrola, y taló los pinos. El rey informado de todo lo pasado tan cumplidamente, como en cosa en que iba la paz, y sosiego del reino, dio su sentencia en buen grado a seis días del mes de octubre deste año: y declaró, que el conde de Ribagorza fue el que rompió la tregua: y había incurrido en las penas impuestas a los quebrantadores dellas: pero mirando más a la equidad, que a rigor del derecho, condenó por ello al conde de Ribagorza a destierro de todo el reino de Aragón, por lo que fuese su voluntad: y a pagar los daños que se habían declarado.

De la alteración que se movió en la provincia de Calabria por los pueblos que se habían levantado contra sus señores. LXXXI.

En esta misma sazón estaba puesta en armas la provincia de Calabria, por causa de los pueblos que se habían levantado contra sus señores: y estaba tan alterada, que cuando se descubrían por aquella costa diez galeras de la señoría de Venecia, toda ella se rebelaba: y esto fue el principal

fundamento de la rebelión de Santa Severina, y de los otros pueblos de aquel estado, que pensaron no ser solos en aquel hecho. Dioles ayuda para su atrevimiento descubiertamente el lugar de Cotrón, haciendo rebelar, como dicho es, la torre de la Isola: y fue sobre ello enviado por el almirante, Luis de Montalvo: y siendo ayudado del conde de Santa Severina, se fue a poner en Cotrón: y cobró la Isola, y dejóla en poder del barón: y apoderóse de Policastro, y S. Juan, que eran lugares del conde de Santa Severina, cuyos oficiales habían hecho tan malos tratamientos a sus vasallos, que no fueron peor tratados los sicilianos de franceses. Era un Pablo de Stocco el que hizo rebelar a Marturano: y tenía revuelta la mayor parte de aquella provincia: y no faltaba quien procurase que no se apaciguase aquella revolución, estando la gente de guerra fuera del reino, y tan revuelta en la guerra de venecianos. Llegó su atrevimiento, y soltura, a tanto rompimiento, que el rey había proveído, que el visorey de Sicila pasase con gente de guerra para reducir aquella provincia: y señaladamente lo del estado de Santa Severina: porque se tuvo recelo que tenían atrevimiento de estar tan pertinaces por alguna otra inteligencia. Pero después se tomó otro acuerdo: y fue enviado a Calabria, para que entendiese en allanar aquella provincia, don Pedro de Castro: y reducir los pueblos, que persistían en su rebelión a la obediencia del rey. Como en el mismo tiempo habían los venecianos mandado detener algunos navíos en Corxulla, y Cataro, y juntaban en aquella comarca gente de caballo, echando fama que querían pasar a Apulia, el almirante mandó poner buen recaudo en los castillos, y proveyó de gente los lugares de aquella costa: y que el conde de Muro, que era gobernador de Apulia, se fuese a residir en su cargo: y porque Gerau Icart había sido proveído por capitán de la montaña de Abruzo, y estaba con el visorey, se envió Miguel de Ayerbe, para que la fuese a tener en la defensa.

De lo que el rey proveía para la conservación del reino de Navarra. LXXXII.

En el principio del año del Nacimiento de Nuestro Señor de 1514 tuvo el marqués de Comares aviso, que el rey don Juan de Albret tenía trato con algunos soldados de S. Juan de Pie del Puerto, para que enclavasen la artillería: y se le diese entrada en la fortaleza. Esto se descubrió por uno dellos al capitán Gonzalo Pizarro: y porque cada día se conocía del señor de Lussa, que tenía gran afición a las cosas de Francia, y de aquel príncipe, y se entendió que le habían dado dinero para que juntase gente, y basteciese sus castillos, el Rey Católico por reducirle a su servicio, y tenerle más cierto, trataba de gratificar a Beltrán de Armendárez, y otros caballeros de tierra de vascos, de suerte, que quedasen satisfechos. También el condestable de Navarra buscaba medios para atraer al de Lussa a la obediencia del rey: y se le ofrecía, y a los de su bando, de pagalles ciertas asinaciones que tenían del rey don Juan. Tratando el rey de la conservación de aquel reino, como cosa que tanto importaba a la Corona de España, considerando la variedad de la gente dél, entendió, que lo que en aquella sazón era expediente para sostenerle, contentando a los naturales, era justo, y muy necesario que se hiciese

de suerte, que con tener en aquel reino buen recaudo de gente, y gratificando los servidores, se pudiese fácilmente conservar, en tanto que se asentaban las cosas: para que después se acabase de fundar en toda justicia, y sosiego. Consideraba, que para lo que convenía, así a la defensión, como al buen gobierno, importaba atender principalmente a apaciguar las pasiones, y diferencias que había entre los bandos, y parcialidades del reino: porque el condestable tenía alguna pasión: y dejaba en su casa a su hijo debajo de la defensa, y amparo del duque de Nájera: y aunque no pensaba sino en servir al rey, como de una parte le movían partidos, y de otra le persuadían cosas bien diversas de aquel camino, y él estuviese con algún descontentamiento, porque pensó, que conquistando aquel reino, como fue tanta parte para ello, lo había de gobernar todo, y había de ser muy gratificado en lo del bando contrario, y salía muy al revés, pareció al rey, que convenía ocuparle en otra parte, o buscar medio para entretenerle. Entendiendo el condestable estos fines, él mismo movió partido de trocar su estado con el rey por otro que se le diese en Castilla, o en Aragón: y parecía comúnmente, que si aquello se efetuara entonces, con contentamiento suyo, era cosa que importaba a la paz, y sosiego del reino que el mariscal, y él estuviesen ausentes, que lo habían de poner todo en revuelta, y bando. Con esto se proponía, que debía el rey de gratificar a don Juan de Beamonte, que era hombre anciano, y más pacífico: para que él, y el conde de S. Esteban, a quien se dio título de marqués de Falces, estuviesen conformes: que parecía ser menos apasionados que los otros. Entendía también el rey en hacer merced a los caballeros que le habían servicio, o podían servir: para que cuando fuese necesario sirviesen mejor: y porque teniendo en qué sustentarse, no pensasen en otras novedades, proveyó que por entonces se diese algún alivio al pueblo en los cuarteles, e imposiciones, y servicios. Determinó de nombrar para la Iglesia de Pamplona un perlado de muy buenas calidades, y partes: porque aunque esto es muy importante en cualquier provincia, podía servirle en muchas cosas, haciendo bien su oficio en la paz, y buena gobernación de lo espiritual en lo de sus súbditos: porque los clérigos en aquel reino no son la menor parte dél. Cuanto a la defensión de la tierra era cierto, que la fuerza de todo aquel reino entonces consistía en las fortalezas de Pamplona, Maya, y Lumbierre: y parecía que fortificando aquello, y siendo el reino bien proveído de gente, y artillería, se defendería bastantemente: y que no se podía entrar en él por ninguna parte, que hiciesen los enemigos mucho daño. Juzgaban los que bien lo entendían, que para su defensa no se debía hacer caso de la fuerza que se sostenía por el rey en S. Juan de Pie del Puerto, que era con grande obligación, y con poco provecho: pareciéndoles, que si la gente, y artillería que estaba en aquel lugar, se pusiese en Pamplona, desde ella mandaría mejor la tierra de vascos: y se sojuzgaría más fácilmente: y para continuar la guerra por lo de Bearne, se tenía por muy necesario hacer fortaleza en el puerto: y tener a Salvatierra, Olorón, y Mauleón: porque lo uno sin las otras fuerzas se había de conservar con excesiva costa, y peligro. Estaba la fortaleza de Gárate en buena defensa, que se tenía por Guillén Arnal de Ansa: y en ella se daba gran favor a sustentarse las cosas de la tierra de vascos, en la obediencia del rey: mayormente que Beltrán de Armendárez, y los otros gentilhombres de vascos, que eran del reino de Navarra, se despidieron de las compañías de las ordenanzas de Francia: y vinieron a Pamplona a hacer el pleito

homenaje al rey en manos del marqués de Comares. Mas por la misma razón deliberó el rey, que el lugar, y fuerza de S. Juan se sustentase: entendiendo que importaba mucho para ayudar a ganar las otras: y principalmente entendió en que se incorporase aquel reino, y uniese con la Corona de Castilla: pues aquello era lo que más convenía para la conservación dél: así para gobernalle, como para defendelle. Esto entendió con su gran prudencia ser lo más importante, no teniendo él hijo varón: ni esperando tenerlos por su enfermedad, y vejez: porque puesto que en lo antiguo estuvo Navarra unida mucho tiempo a Aragón, considerando que era nuevamente conquistada, y que quedaba en su frontera el enemigo, que perpetuamente había de procurar por volver a la posesión della, convenía que fuese una misma cosa con Castilla: pues por la mayor parte está continuada con ella, y con las provincias de Álava, y Guipúzcoa: y con el discurso del tiempo volviese a parecer una misma tierra en leyes, y costumbres. Cuando esto no se pudiese conseguir, por la diversidad, y naturaleza de las naciones, no se diferenciase más: ni se diese ocasión, que por estar unida con Aragón, sospirasen los navarros por mayores exenciones, y libertades: que habían de ser muy dañosas, por tener siempre las armas en la mano, y a los enemigos a las puertas: y con esta obligación el reino de Castilla, como más poderoso, y tan comarcano, se amparase de la defensa, y guarda de aquel reino. Este consejo del rey se tuvo por muy acertado: y fue cosa muy accepta a los reinos de Castilla: y así se puso en ejecución en las cortes que tuvo el rey el año siguiente en la ciudad de Burgos. Dábase forma que en aquellos principios la gente de armas, y los mantenimientos, y dinero anduviese sobrado en aquel reino, hasta que se asentasen las cosas: y se fortificase, y pusiese en orden, como el rey lo pensaba hacer. Acercábase por este tiempo gente de guerra francesa a los puertos de Bearne, y Bayona: y el delfín se esperaba en Burdeos, para el día de los Reyes: y en Carsi, y Agen, que son dos lugares de la ribera de la Garona, se había alojado mucha gente de armas de ordenanza: y como el mariscal de Navarra había vuelto a la corte del rey de Francia, para requerir que se pudiesen en orden las cosas necesarias para la empresa de Navarra, el marqués de Comares la puso en las guarniciones de las fronteras, y en las capitánías de las guardas: y proveyó, que todos los bastimentos, que se pudiesen haber en tierra de vascos, se recogiesen a S. Juan: y envió gente para ello. Estaba deliberado, que si los franceses se fuesen más acercando, se derribase la cerca de Ostabat: mas como falleció la reina de Francia a nueve del mes de enero deste año, casi repentinamente, el rey de Francia, que estaba en Blois muy doliente de gota, y calenturas, tuvo mucho temor, que no se rebelase Bretaña: y desta muerte Juan Jacobo de Trivulcio perdió toda su esperanza: porque la reina le había ofrecido, que volvería a Italia con ejército, contra la voluntad de los capitanes franceses, que lo estorbaban: porque la reina se mostraba más enemiga del duque de Milán, que el rey su marido: y decía: que antes se determinaría de perder a Bretaña, que a Milán: y así no se tenía tanto recelo, que los franceses ofendiesen por nuestras fronteras: pues ellos estaban con harto temor, no se rebelase Bretaña: y tenían la guerra con ingleses tan arraigada dentro de su reino. Esto se conocía bien, pues tenían sus guarniciones, y gente tan repartida: y el delfín, y el señor de Lautrec tomaron cargo de las fronteras contra España: y el señor de la Paliza, y Luis de Aste estaban a la

frontera de los ingleses: y el duque de Borbón en Digun con mil lanzas, y diez mil alemanes contra los suizos: y Juan Jacobo de Trivulcio residía en el Delfinado en Embrun: y había en él cuatrocientas lanzas: y la mayor parte estaban alojados al derredor de Grenoble: y el duque de Saboya daba a los suizos doce mil escudos: y se publicaba, que les había ofrecido el paso, para que hiciesen la guerra a franceses. Publicóse por este tiempo, que el rey mandaba ir a Castilla al arzobispo de Zaragoza su hijo, para descargarse con él en la gobernación de aquellos reinos: y tomar alguna manera de descanso: viéndose fatigado de grave dolencia: y comenzaban los pueblos a publicar, que lo tendrían por agravio: diciendo, que pues el reino contradijo, que no fuesen gobernadores a Castilla del príncipe, no era bien, que no queriendo gobernar el rey por sí, los pusiese de su mano. Supo la reina de Aragón la nueva de la muerte de la reina de Francia, por letras del señor de Lautrec: y envió a visitar al rey de Francia su tío con fray Bernardo de Mesa obispo de Trinópolis: pero la embajada era para más que esto: porque la reina pretendía suceder en los estados, que decía pertenecer a Gastón de Foix su hermano, a quien ella llamaba duque de Nemours, y conde de Foix, y de Estampas: y que allende destes estados, le pertenecían por la muerte de su padre, y hermano, el vizcondado de S. Florentín, y la baronía Dutariba, Herbicastel, la Puente de S. Pedro, y Redepont, y otras tierras: cuyo derecho fue muy fundado por los mayores letrados del reino de Francia, desde la muerte de la reina doña Leonor de Navarra.

De la confederación que asentó Ramiro Núñez de Guzmán con la señoría de Génova: y la causa porque difería el papa de restituir al duque de Milán a Piacenza, y Parma. LXXXIII.

Envió por este tiempo el rey al duque de Milán a Diego del Águila, para alegrarse con él, teniendo por fenecida la guerra con franceses, y haberlos echado de Lombardía con tanta reputación. Salió el duque con toda su corte a recibir al embajador, reconociendo al rey por su protetor: por cuyo medio, y favor había sido restituido en aquel estado: y favoreciéndose mucho de aquella embajada, creyendo que iba con determinación de tomar su persona debajo de su amparo, como el rey lo ofrecía. Mas el principal intento desta embajada fue, para procurar, que el duque principalmente atendiese a conservarse en la confederación, y protección de la liga: y tener por amigos a los suizos: lo que él supo mal granjear: y procurase este caballero de dar favor a la parte Fregosa: porque la ciudad de Génova, y aquel estado se sostuviesen en su libertad: pues de los Adornos no se podía tener seguridad alguna. Era esto muy importante: porque el duque Maximiliano determinó de entremeterse en las cosas de aquel estado, pretendiendo ser de su señoría: acordándose que el primer duque de Génova, después que aquella señoría salió de su casa, fue Fregoso, y enemigo: y por esto habían tentado los suizos de pasar allá por mudar el gobierno. Allende desto, como los Adornos con los Fliscos tentaban de alterar las cosas de Génova, por entrar en la posesión del gobierno, y para esto habían requerido al duque de Milán con grandes ofertas, y con promesa de poner en sus manos aquel

estado, de la misma suerte que lo estuvo en tiempo del duque su padre, y había gran sospecha que los suizos iban con orden del duque, envió el rey a Génova por estorbarlo, a Ramiro Núñez de Guzmán. Este caballero asentó nueva confederación, y liga entre el rey, y el duque Octaviano de Campo Fregoso, y con los ancianos de Génova, a cinco del mes de marzo deste año: y renovóse la confederación que en tiempo del Rey, y de la Reina Católica se asentó con aquella señoría, siendo gobernador della Agustín Adorno, por medio de sus embajadores: hallándose en Barcelona en el año 1493, como se ha referido. Fundábase esta nueva confederación en que hasta este día se había perseverado en aquella de Barcelona: y después el rey había adquirido los reinos de Nápoles, y Navarra: y los genoveses habían cobrado su antigua libertad, debajo del principado, y gobierno de Octaviano de Campo Fregoso duque de Génova: y por bien de amor, y paz confirmaron aquella confederación el embajador, y el duque, y ancianos de la señoría. Deliberóse que se notificase a los que estaban desterrados de la señoría, y no obedecían al duque, para que cesasen de inquietar el estado del duque: y no lo haciendo, el rey los declaraba por enemigos: y se obligaba de sustentar al duque Octaviano en el estado en que se hallaba: y en su principado: y para en la defensa de sus estados se habían de ayudar, y valer. Remitieron la satisfacción de los daños, y represalias a la determinación del embajador, y del duque, y de Juan de Oria, y de otros cuatro diputados por la señoría: y dieron calidad de la mitad de los votos al embajador, aunque el duque, y los otros cinco fuesen más en número. Entonces quedó asentado, que en viniendo el poder del duque, y de la señoría, asolarían el castillo de la Lanterna: recelando, que si el rey de Francia le enviase a socorrer, hallándose desembarazado de otras empresas, se levantaría por él la ciudad. Entendíase en esto con mayor cuidado, por ser el duque de Génova pariente del Papa, y muy amigo de florentinos: los cuales, puesto que en lo público hablaban en favor de la liga, en lo secreto seguían la opinión francesa, como lo tenían de costumbre: y dellos, y del duque tenía sospecha, que por tanto tiempo se conformarían con el Rey Católico, cuanto él, y el Papa se concertasen en una voluntad. Por esto hacían mayor instancia los Adornos, y Fliscos con los suizos en sus ayuntamientos, y congregaciones públicas, para que les diesen ayuda para volver a Génova: y se quejaban del papa, porque se entremetía en las cosas de aquella república, y no se hacía caso dellos. Había intentado el Papa de hacer liga particular con el duque Maximiliano: y que entrasen en ella suizos, y florentinos con el estado de Génova, para la defensión de Italia: excluyendo al emperador, y a todos los otros príncipes: y como el duque lo rehusó, no saliendo con su intención, se declaró ser neutral: afirmando, que él deseaba paz para todos, o alomenos para Italia. En lo secreto se determinó de ayudar a venecianos: y difería la concordia entre el emperador, y ellos: y por buenos terceros trataba con el rey de Francia, para que no cumpliese lo capitulado con los suizos cuanto a la paga: y que no desistiese de proseguir el derecho del estado de Milán, y del condado de Aste: y Juliano su hermano más a la descubierta procuraba la amistad de Francia: y de obligar al rey Luis: y todo esto principalmente era con fin, de retenerse a Piacenza, y Parma: y no restituillas al duque. Había prometido el Papa de volverlas: y dilatábalo con buenas palabras, con gran sentimiento, y queja del duque: por recibir en ello mucho daño: siendo lo de

aquellas ciudades más del tercio de la renta de su estado. Interpúsose el rey en procurarlo: y el Papa se excusaba diciendo, unas veces, que esperaba que el duque estuviese en su estado pacífico: y otras que la sal que fuese menester para todas las tierras de la Iglesia, se diese de sus salinas: y viniendo el duque en ello, siempre interponía otras causas de dilación. Entre las otras que se descubrieron, porque el Papa lo difería fue, porque deseaba casar una sobrina suya con el duque Maximiliano: y queríalo tener por torcedor, hasta que se concluyese: y con esto, no sólo ofrecía de restituirlas, pero de hacerle entregar a Génova: y el duque no quiso venir en ello, deseando casar con una de las infantas hermanas del príncipe don Carlos: de lo cual le había dado buena esperanza el rey su agüelo: y el emperador no esperaba otro, que ver al duque bien confirmado en su estado. Estando las cosas en estos términos, y teniéndose por más cierta la guerra con Francia, que la concordia, el cardenal de Gursa, y el visorey enviaron a Francisco de Valdés, que era capitán de la ribera de Salo en el territorio de Brescia, por comisario general al Piamonte, para recibir la obediencia de los señores de aquella provincia, como de vasallos del Imperio. Fueron requeridos para que fuesen a nuestro campo con sus gentes, o se impusiese tributo sobre sus tierras, para ayuda de la guerra: y sin poner en ello dilación, se compusieron los marqueses de Monferrat, Cena, Final, Ancisa, y Bermo, y otros muchos señores: y solamente se excusaron de contribuir en esto, el duque de Saboya, y el marqués de Saluces.

De la sentencia que dio el Papa entre el emperador, y la señoría de Venecia, la cual había de ejecutarse con expreso consentimiento del Rey Católico. LXXXIII.

Tenía el Papa muy gran sospecha del Rey Católico, que trataba de confederarse con el rey de Francia, por medio del matrimonio, que se trataba entre el infante don Fernando, y Reynera: y que prometía el rey Luis de renunciar en el infante el estado de Milán. Estaba con gran temor, que todo esto se encaminaba por destruir a venecianos: recelando que por aquel camino el emperador, y el rey se hacían señores de toda Italia: y esto se confirmaba más por lo que el Rey Católico decía, de que el Papa hacía gran fundamento, que era afirmar, que hasta este tiempo él había hecho la guerra a Francia, por la causa de la Iglesia: y que ya no tenía querella tan justa para proseguirla: pues el rey Luis había renunciado el concilio pisano, y se reducía a la unión de la sede apostólica: y aprobó el concilio lateranense, como legítimamente convocado: lo cual se había hecho con poder suyo, en presencia del Papa, por el cardenal de San Severino, y por el obispo de Marsella, y Luis Forbún señor de Solier embajadores del rey de Francia, a seis de octubre pasado: y se confirmó por él en Corbey a veintiséis del mismo: y se había unido la iglesia galicana con su cabeza. Conformábase ya también por otro camino el emperador con el rey, afirmando, que la guerra con Francia hacía poco a su propósito, pues la costa era grande, y lo que en ella se esperaba ganar era poco: porque la renta de Borgoña no valía mucho, y que lo que a él satisfacía, era la empresa contra la señoría de Venecia. Por esta sospecha el Papa no acababa de determinarse en declarar la concordia entre el emperador, y aquella señoría,

aceptando el compromiso en virtud de la bula que había concedido, por la cual otorgaba de no declarar las condiciones de la paz, sino con expreso consentimiento del Rey Católico. Comenzaban ya muchos a recelar el aumento del emperador en Italia: temiendo que no solamente perderían la libertad, y el Papa a Florencia, mas se pornían las manos a ocupar las temporalidades de la Iglesia: y puesto que hasta este tiempo tuvieron poco recelo del emperador, porque no le vieron tan poderoso, pero conociendo que estaba muy confederado con el Rey Católico, y siendo una misma la sucesión de entrambos, temían lo que podía ser: mayormente que el rey de Francia no pretendía tener derecho, sino al estado de Milán: y el emperador todo decía que era suyo. Esto fue causa que el Papa, con no ser muy bullicioso, ni mostrarse amigo de guerra, porque no le tuviesen en menos, mandó hacer gente de infantería a Juan Pablo Ballón: aunque tomaba color que se hacía para la guarda de la costa de la Marca de Ancona, con recelo de la armada del turco. Pasó esto más adelante: porque porfiaba de hacer su liga con venecianos, y suizos: y juntar con ellos los otros potentados de Italia: y con temor que el rey se concertaba con el rey de Francia, determinó de disolver el concilio lateranense: habiéndose propuesto en el consistorio de cardenales. Habían llegado a Alcalá de Henares por el mes de enero Galeazo Butrigario, y un gentil hombre de Juliano de Médicis, para procurar de parte del Papa, que el Rey Católico prometiese por escrito, que daría favor para que los venecianos cobrasen todo el estado que antes tenían, con composición de dinero: y como el rey no salió a ello resolutamente, no pasaron a tratar en particularidad de las otras comisiones que traían a cargo: principalmente del casamiento de Juliano: presuponiendo, que aquel concierto había de preceder a todos los otros negocios. Mas el intento del Papa era, si ser pudiese que el rey se conformase con él en aquella opinión, de favorecer a la señoría, para que cobrasen, dando dinero, el estado que antes tenían, ecetando a Verona, se concertasen, sin estrechar tanto que se diese escritura dello: y el casamiento de su hermano se concluyese, y se le diese estado. Desde entonces dio el Papa gran prisa para declarar lo de la concordia, por medio del cardenal de Gursa, que era ido a Roma por esta causa. Estaba tratado entre las partes, que el emperador, y la señoría quedasen con lo que en esta sazón poseían: dando venecianos al emperador cincuenta mil ducados dentro de un mes, y quedando lo de más remitido a lo que declarase el Papa, como árbitro: con obligación que hizo a parte, de no declarar cosa alguna, sin expreso consentimiento del Rey Católico: y aunque esto tenía nombre de paz, no era más que un solo sobreseimiento de guerra, si el Papa, y el Rey Católico no se conformaban en las condiciones del censo, y dinero que habían de dar. Tenían señalado término de un año, para que se determinase: y estaban las cosas en términos, que no faltaba sino que se declarase la paz: y el Papa sobreseyó en ello, mostrando mucho descontentamiento: y fundando gran sospecha por haber ido a Francia el secretario Quintana: porque tuvo aviso de España, que se enviaba para concluir el casamiento del infante don Fernando con Reynera, renunciando el rey don Luis el derecho del estado de Milán, y de todo lo que tenían venecianos en tierra firme, en el infante. Esto era con gran recelo, que si los de la casa de Austria sucedían en el reino de Nápoles, y en aquellos estados de Lombardía, se harían señores de toda Italia. Confirmábase más el Papa en sus temores, por las continuas



exhortaciones del cardenal de Sanseverino: y por desviarle destas sospechas, el embajador Vic decía, que el rey no deseaba cosa más, que la unión de las cosas de Italia: y dar cierta, y segura paz a la cristiandad: y que para asegurarla, no restaba sino firmar la paz entre el emperador, y la señoría de Venecia. Con esto mostró el Papa asegurarse: y firmó el de Gursa en nombre del emperador el compromiso, y él le aceptó: pero quería que el emperador pusiese en su poder a Vicenza: y se tomase las rentas della, por excusar a venecianos el gasto que habían de tener en Padua, con la gente de guarnición: y quería que también ellos depositasen a Crema, por seguridad de Brescia: y quedó muy resuelto de pronunciar la paz dentro de breves días, con las condiciones que se han referido, si la señoría no se pudiese persuadir a entregar a Crema. Mas como en esto se puso dificultad por ambas partes, dejóse a voluntad del emperador, y de la señoría: y el cardenal de San Severino, y los embajadores de Francia hacían todo su poder, porque no se concluyese esta concordia: sino que se entendiese en la paz universal: y les quedase esperanza de poner la mano en las cosas de Italia: temiendo que por aquel concierto quedaban del todo excluidos della. Finalmente el Papa dio su sentencia a dieciocho del mes de marzo deste año: y declaró, que el emperador quedase con Verona, y Vicenza: y Venecianos con Brescia, y Bérnago, dándole doscientos cincuenta mil ducados, y treinta mil de censo en cada un año. Para que esto se ejecutase, no restaba sino el consentimiento del Rey Católico: y estaba el Papa con mayor recelo de las pláticas, que se movieron de nuevos casamientos, que se trataban en Francia: que eran casar a la infanta doña Leonor hermana del príncipe con el rey de Francia, que muerta su mujer, hallándose muy viejo, y enfermo, no pensaba en otro que casarse con alguna doncella de sangre real, con esperanza que podría haber hijo, que le sucediese en el reino, y a la infanta doña Isabel, que era la segunda de las hermanas del príncipe, con el duque de Milán. De todo esto estaba el Papa muy temeroso: pero mucho más del descasamiento del infante don Fernando con Reynera: temiendo que el emperador le había de poner en la posesión de las tierras que se habían ganado, y ganasen de la señoría de Venecia, y fundar un nuevo reino en príncipe de aquella casa de Austria, que tan venturosa era en la sucesión de tan grandes reino, y estados, como se había visto desde el tiempo del emperador Rodolfo: y esto se atribuía por las gentes a la gran religión, y fe de aquel príncipe, y de sus decendientes: que fueron siempre muy devotos de la santa sede apostólica: y de los Sumos Pontífices.

De la liga, y confederación que se movió entre el Papa, emperador, y el Rey Católico, para en ofensa del Gran Turco. LXXXV.

Aunque hasta este tiempo el Gran Turco estuvo embarazado dentro en su imperio con guerra muy cruel de sus hermanos, y nietos, y señaladamente del sofí Ismael, ponía gran fuerza en aparejar su armada de mar, la mayor que se había visto en aquellos tiempos: en que se publicaba, que armaba más de ciento cincuenta galeras, y muchos navíos de carga: y señaladamente se amenazaba

que había de emprender Italia, que era la silla, y cabeza de la cristiandad, por estar tan discorde, y muy debilitada con tantas guerras: y se tenía mucho miedo que había de acometer por la Marca de Ancona: y el Papa, emperador, y Rey Católico deliberaron de hacer entre sí una muy estrecha confederación, para tener sus fuerzas unidas contra el ímpetu de un tan poderoso adversario: con propósito de juntar consigo los otros príncipes, y potentados de Italia, y la nación suiza tan vecina a Italia: cuya reputación, y disciplina militar en las cosas de la guerra estaba en esta sazón en muy grande estimación, por diversas vitorias que habían alcanzado en grandes, y dificultosas empresas: y confiando que se juntarían con ellos en una tan santa causa, el Cristianísimo Rey, y los reyes de Inglaterra, Hungría, Portugal, Polonia, Escocia, y Dacia: y la señoría de Venecia: porque hallándose todos juntos no se pensase salir a la defensa, pero en conquistar, y cobrar los reinos, e imperios que los enemigos de la fe habían ocupado con tanta ignominia de toda la cristiandad: y de acometer la guerra por sus estados: y no de apartarla de nuestros confines, y provincias. Parecía que el rey de Francia fácilmente sería atraído a esta liga, por el nombre que le obligaba tanto a la defensa de la fe: y por participar en aquella tan santa empresa: y no pareciese haber alguna vez menospreciado aquella ecelente gloria, que le dejaron sus antecesores. Lo primero deliberaron, que quien con guerra invadiese alguno de los príncipes confederados, fuese tenido de todos en lugar de común enemigo: y saliesen a la defensa, y venganza, como si a todos hubiese acometido. Recibieron en la confederación a Maximiliano Sforza duque de Milán, y a Octaviano Fregoso duque de Génova, y aquella señoría. Porque en este tiempo el reino de Hungría era muy acometido, y guerreado por el Gran Turco, fue acordado, si la guerra se prosiguiese por aquella parte, de enviar el socorro conviniente, por estar aquel reino a tan evidente peligro: y esto se entendía para la defensa de Rodas, Chipre, Candía, y Dalmacia, y de cualquier otra provincia de fieles que fuese acometida. Acordóse, que el Papa para esta guerra acudiese con seiscientos hombres de armas, y cuatrocientos caballos ligeros: y el emperador con seiscientos hombres de armas, a la costumbre alemana: y el Rey Católico con ochocientos hombres de armas, y cuatrocientos caballos ligeros: y el duque de Milán con cuatrocientos hombres de armas, y doscientos a la ligera, con las piezas de artillería de guerra, mayores y menores, y con las municiones necesarias. Porque el dinero siempre fue el nervio de la guerra, y no faltase al menester, habían de dar fianzas en Roma, Milán, Génova, o Florencia, que pagaría cada uno su porción todo el tiempo de la guerra: el Papa por la suya por cada mes veinte mil ducados, el emperador, y el Rey Católico, Milán y Génova cada diez mil, y éstos se habían de emplear en conducir peones según fuese necesario. Mas porque podía acaecer, que la necesidad de la guerra pidiese mayores, y más graves gastos de los que se podían hacer con aquella suma, acordaron que cada uno de los confederados diese fianzas, que pagaría en espacio de un mes aquello que en un mes y medio, o en dos meses hubiese de pagar, según se requiriese por la razón de la guerra, y los capitanes del ejército juzgasen ser más provechoso. El Papa no había de dar fianzas de menor suma que de ciento veinte mil ducados: y los otros príncipes, y señoría de sesenta mil: y se renovasen las fianzas de seis en seis meses: y fuese esta liga por todo el tiempo que durase la vida de los

confederados. Declararon, que ninguno dellos pudiese recibir súbditos de sus confederados, so protección, y amparo suyo, ni conducirlos a sueldo, sino con consentimiento, y voluntad del confederado, cuyos súbditos fuesen: y que se conduciesen hasta dieciséis mil peones de la nación suiza, de suerte, que las dos partes de gente de pie fuesen de aquella nación. Habíase también de dar orden pareciendo al Papa, que se predicase la cruzada en sus reinos: y se aplicase para los gastos de la guerra: y esto fue un vano cumplimiento con las gentes, para que creyesen, que aunque estaban tan envueltos en sus pretensiones de acrecentar sus estados, no se olvidaban del todo de la causa de Dios, y de su Iglesia.

Que el rey prorogó la tregua que tenía con el rey de Francia: y por el desgrado que dello tuvo el rey de Inglaterra, se determinó de hacer paz perpetua con los franceses. LXXXVI.

En el mes de marzo deste año sucedió, que viniendo por embajadores a Francia el señor de Floming, y Jacobo Ogilbe escoceses, que eran enviados por la reina de Escocia, y por los que tenían cargo del gobierno de aquel reino, en nombre del rey su hijo, que estaba debajo de la tutela de su madre, con tormenta que hubieron, aportando a La Coruña: y por mandado del gobernador de Galicia fueron allí detenidos hasta que el rey proveyese en su libertad. Mas como siempre había procurado que se concertasen las diferencias, y guerras que había entre los ingleses, y escoceses, pues había entre aquellos príncipes tan cercano deudo, proveyó luego que se pusiesen en libertad, haciendo primeramente juramento, que volverían por derecho viaje al reino de Escocia, sin pasar por Francia: y que trabajarían para que el tratado de la concordia entre aquellos reyes se efetuase. También sucedió por el mismo tiempo, que fue preso en Flandes don Juan Manuel, procurándolo la princesa Margarita, y algunos del consejo del emperador, que le tenían mala voluntad: y publicóse ser por algunas inteligencias que traía en Francia contra el Rey Católico: y que esto se había descubierto con la prisión de Diego de Castro secretario del príncipe, de que arriba se ha hecho mención: pero no pasaron muchos días, que el emperador le mandó poner en su libertad, y lugar como antes estaba. Hízose grande instancia por don Pedro de Urrea, para que no le librasen: afirmando, que había cometido algunos delitos muy graves: y que se mandase ejecutar en su persona justicia, conforme a lo que merecía la calidad de sus culpas: pero la mayor de todas era estar en desgracia del rey: y haber servido al rey don Felipe su yerno, y al emperador en cosas que se tuvo por ofendido: y como fuera desto no resultase otro delito, y don Juan fuese hombre principal, y muy buen caballero, y había otros, aunque no de su calidad, que por el mismo camino, no eran menos culpados que él, y en aquel negocio no se podía proceder tan libremente en Flandes contra ellos, ni conviniese a la autoridad del rey, se dejó de proseguir: y volvió don Juan Manuel a ser puesto en su libertad: mas no con la reputación que antes tenía: tan peligrosa cosa es ofender a un príncipe, aunque no sea señor natural, en confianza de otro, por ser su enemigo: cuánto más no lo siendo. En este medio resultó del tratado

de la paz, que se movió con el rey de Francia, por medio del secretario Quintana, que pareciendo al Rey Católico que tenía en muy seguro estado todas sus cosas, y la sucesión de tantos reinos que heredaba el príncipe su nieto, con tanta gloria suya, habiendo sacado la guerra del reino de Nápoles, y pasado a Lombardía, adonde se había puesto quien defendiese la entrada de su enemigo con poca ayuda suya, y que no había que temer por Navarra, que se poseía ya pacíficamente, y que era mejor sustentase en aquella autoridad, y conservar lo ganado, que encargarse de otra guerra, determinó de prorogar la tregua que tenía con el rey Luis, por otro año. Esta tregua se asentó con las mismas condiciones: entendiendo el rey que quedaba libre de otros cuidados: siendo el rey de Francia tan enemigo de los otros príncipes sus confederados, y de los suizos, que juntaban todo su poder para proseguir la guerra. Atajáronse con esta tregua los pensamientos que el rey de Inglaterra tenía de continuar su empresa por Picardía, o Guyena, como estaba tratado: y el emperador no se curó mucho dello, habiendo vuelto todo su pensamiento a las cosas de Italia: antes comenzó a tratar, que el príncipe casase con Ana hija de Ladislao rey de Hungría: y ofrecía que aprobando el Rey Católico aquel matrimonio, sería contento que se asentase la paz con Francia, por medio del casamiento del infante don Fernando, y Reynera tan platicado. Quería que se les diese el estado de Milán, como se había tratado: y que la infanta doña Leonor su nieta casase con el rey Luis: y venía bien el Rey Católico en estos matrimonios, porque el emperador confirmase la tregua: y tenía por más conviniente para el príncipe su nieto el casamiento de Hungría, que el de la hermana del rey de Inglaterra: y parecía al rey, que el emperador casase con la inglesa, porque no perdiesen al rey su yerno. Esto era en lo público con intención, que el rey daba a entender, que los tres juntamente asentasen después la paz: y se concluyesen los casamientos de Francia: pero lo cierto era, que el rey pretendía que el emperador confirmase la tregua sin esperar al rey de Inglaterra: y los dos procediesen a concluir la concordia, por medio de aquellos casamientos. Por esta causa la princesa Margarita, con orden del Rey Católico, entretenía a los embajadores ingleses, que se habían enviado para hacer gente de caballo, e infantería en los estados del príncipe, para juntarla con la otra, que se ponía en orden, para hacer la guerra en Francia, hasta que la tregua fuese confirmada por todos. Siendo concluido el asiento de la tregua, el secretario Quintana se vino de Francia: y quedó en su lugar en aquella negociación de la paz, que se trataba con los casamientos, fray Bernardo de Mesa obispo de Trinópolis de la orden de Santo Domingo, que fue proveído por obispo de Cuba, y le envió la reina Germana para visitar al rey, por la muerte de la reina su mujer: y para procurar, que no se le pusiese impedimento en la posesión de los estados que le pertenecían por la muerte del duque de Nemours su hermano. Perdió el rey de Inglaterra con la tregua que el rey hizo con Francia, toda la esperanza que tenía de sus empresas: y estuvo dello tan desesperado, y aborrecido, que luego se determinó de hacer perpetua paz con Francia, como en venganza por haberle burlado su suegro: y no contento con esto, pensaba en hacerle todo el daño, y contrariedad que pudiese. El emperador solamente había puesto todo su cuidado en la guerra contra venecianos: para la cual se ayudaba del ejército que el rey tenía en Lombardía: creyendo que con él había de fenecer aquella conquista. Estuvo el duque de Angulema

delfín de Francia muy descontento de la tregua: temiendo que se había de conseguir la paz por los casamientos que el Rey Católico había movido: y también los más del consejo del rey Luis la temían, por lo que tocaba al estado de Milán: y el Papa se conformaba bien en su opinión, para que se estorbasen: siendo aquello el principal remedio para la paz entre España, y Francia: y pretendía de casar a Juliano su hermano, con una hermana del duque de Saboya, como se hizo: y hubo harta sospecha que no faltaban algunas ofertas por parte del Papa, de hacer a su hermano rey de Nápoles. Había juntado Bartolomé de Albiano más de mil doscientos de caballo, y bastante número de soldados: y llevando consigo la gente de guarnición que estaba en Treviso, salió en el mismo tiempo con increíble presteza al encuentro a ciertas compañías de alemanes, que entraron por el Friuli: y desbaratólos, y se le rindieron algunos lugares que se tenían por el emperador. Fue esta nueva de grande contentamiento para el rey de Francia: aunque mostraba no hacer caso de aquel suceso, porque tuvo confianza, que por esta causa los venecianos no venían en la tregua con el emperador: ni se reducirían a la concordia que el Papa había declarado: y con su favor el duque de Gueldres tomó la villa de Arlan, contra la tregua que se había asentado.

Que el lugar llamado Ciudadela fue entrado por combate, por los españoles. LXXXVII.

Por causa de la salida del de Albiano al Friuli, y visto que los venecianos no querían aceptar la concordia que se había declarado por la sentencia del Papa, se deliberó por el cardenal de Gursa, y por el visorey, y don Pedro de Urrea, que nuestro ejército, que estaba en Montañana, y Este, saliese a talar los campos de los lugares de la señoría. Con este acuerdo se fue el visorey a poner con todo su ejército entre Padua, y Vicenza, por dar favor a los comisarios del emperador, para que pudiesen con sus espaldas recoger algún dinero del Vicentín, para la paga de los alemanes. Tratándose desto, supo el visorey, que Bartolomé de Albiano había enviado al conde Bernardino su sobrino con cuatrocientos de caballo, que eran todos soldados, y lanzas suyas de gente muy escogida, y ejercitada en la guerra, que ellos llaman espezadas, y de quien más confiaba: entre los cuales había ochenta estradiotes escogidos entre toda su gente: e iba a un lugar que se dice Ciudadela. Está a dos millas de la Brenta entre Padua, y Treviso, y la montaña, en distancia de doce millas de cada uno destes lugares: y había otras tantas a nuestro campo: y teniendo aviso desto, pareció que convenía más haber aquel lugar con la gente de caballo, que se iba a poner en él, que otra cosa que se pudiera emprender, y de mayor daño para los enemigos. Con esta deliberación un miércoles, antes de la fiesta de San Juan Bautista, se enviaron todos los carros, y cosas inútiles del ejército a Vicenza, adonde estaba Antonio de Leyva con doscientas lanzas, y con la gente del Papa, y con los alemanes: y envió el visorey para que tuviesen en amaneciendo cercado el lugar, al marqués de Pescara: y con él fueron don Hernando Castrioto, y su compañía, y las del duque de Termens, y de Fabricio Colona, y dos compañías de

soldados con escopetas, y picas: y algunos caballos ligeros. Siguió luego el visorey con el relato de su ejército, y con ocho piezas de artillería, que eran cuatro cañones, y cuatro medias culebrinas: y el marqués, que iba de delante, viendo que se acercaba el día, apresuró su camino con tanta ligereza, que le fue forzado dejar los de a pie, y adelantarse con la gente de caballo: y aunque se dio tanta prisa, no pudo llegar allá tan presto, que no fuesen dos horas de día. Habíase puesto dentro el conde Bernardino, con determinación de esperar todo lo que le podía suceder: así por ser el lugar muy fuerte, como por tener por cierto, que el de Albiano venía en su socorro con toda su gente: y persuadióse a esto con más confianza, porque al tiempo que el emperador fue sobre Padua, estando aquel lugar a su cargo, fue cercado, y combatido por el ejército de venecianos: y se hubieron de levantar dél sin ningún efeto. Presumía el conde de muy valiente: y salió a escaramuzar fuera con el marqués: y recibiólo con tanto esfuerzo, y concierto, y los capitanes que con él iban, pelearon tan valerosamente, que aunque los enemigos eran pocos menos, y mataron al marqués el caballo, apeándose con otros caballeros, los hicieron retraer hasta las puertas del lugar: e hirieron algunos: y dando aviso al visorey de punto en punto, se dio la mayor prisa que pudo: y llegó a tal hora, que antes de medio día fue la artillería asentada, y se dio la batería. Pero los españoles, que de su condición suelen ser demasiadamente sobresalidos, y ardientes, no pudieron tener sufrimiento a esperar lo que debían: y allegáronse al combate sin ninguna orden: y comenzaron a pelear con una furia muy extraña, defendiéndose animosamente: y esta desorden, que pudiera ser de mucho peligro, fue de harto provecho: porque se pudo reconocer lo alto que había de la batería abajo, que era demás de pica y media. Tornóse a batir con la artillería por donde era necesario: y habiéndose puesto en orden los escuadrones, por si a caso les viniese el socorro, dio el marqués el combate con los capitanes, y caballeros, y con la infantería que estaba acordado: y esto se hizo con tanta destreza, y perseverancia, y con tanto esfuerzo, que el lugar se entró por combate. No se pudo ejecutar más valerosamente, para ser cosa tan presta, y no prevista, siendo tan fuerte el lugar, que a penas se podía batir el muro: y la batería salió tan alta, que parecía imposible poder bajar: pero diéronse tal maña, que dándose la batalla, subieron a escala vista: y peleando con los enemigos los echaron del muro: y un soldado, que se decía Bassón, que era de las compañías de Cataluña, se echó de alto abajo, siendo tan altos los muros, que después de ganado el lugar, no se podía bajar con las escalas, sino con harta dificultad. Fue en esto muy señalado el valor del capitán Juan Mancho, que era aragonés, y muy valiente soldado: el cual por dar ánimo, y ejemplo hizo lo mismo: y Romeo su alférez que le vio dentro, se arrojó tras él con la bandera, y se quebró las piernas: y los otros no recibieron ninguna lesión: y los soldados los siguieron descolgándose por las picas. Con esta furia se combatió, y entró el lugar, y fue puesto a saco: y húbose en él gran despojo, y muchos caballos: y el visorey con la misma presteza volvió con su ejército a pasar la Brenta aquella misma noche: y asentó su campo a dos millas del río. Recelando Antonio de Leyva no resultase algún inconveniente con lo que podía suceder, porque sintieron que era muy tarde cuando batía la artillería, salió a gran furia de Vicenza con los alemanes, y con otra gente para juntarse con el visorey: y dejó en la guarda de Vicenza dos compañías de alemanes, con la gente

del Papa. Hallaron ya al visorey que había pasado la Brenta: y aquella misma noche alojaron juntos con gran alegría, y regocijo de los alemanes, en haberse tomado aquella gente de caballo: porque entendieron que eran los que habían destrozado a sus compañías en Friuli: y que aquéllos eran los ejecutores de todo lo que el de Albiano emprendía. Volvióse el visorey el viernes a su fuerte, que era en un lugar que llamaban la Puente de la Torre: y Antonio de Leyva se tornó con los suyos a Vicenza. De aquel puesto pasó luego el visorey con su campo a Monceles, que está a diez millas de Padua: y allí se detuvo hasta el principio del mes de agosto: y Próspero Colona, que estaba sobre Crema, con la gente del duque de Milán, fue más estrechando el cerco: pero el Papa no ayudaba nada a esta empresa: con recelo, que si el duque cobrase aquel lugar, pretendería luego de haber a Parma, y Piacenza: y con esto Renzo de Cherri, que estaba dentro, tuvo más ánimo para defenderla.

De la confederación, y paz que el rey de Inglaterra trató con Francia, con el matrimonio de su hermana María con el rey Luis: y procuró la reina de Inglaterra de reconciliar al rey su padre, con su marido. LXXXVIII.

Por este mismo tiempo no cesaba el rey de entretener la plática de asentar nueva confederación, y concordia con el rey de Francia: y de Valladolid a doce del mes de agosto deste año, envió su poder en su nombre, y del emperador, por la comisión que dél tenía para esto, a fray Bernardo de Mesa obispo de Trinópolis, y a Gabriel de Orti, que estaban en Francia: y también lo proponía en nombre de la reina de Castilla su hija: de cuya persona, y bienes tenía la legítima administración, y del príncipe Carlos su nieto: y que esta concordia fuese con él, y sus sucesores: y con sus reinos, y estados. Para mayor confirmación desta concordia, y en grado de mayor obligación, y deudo se trataba, que la infanta doña Leonor nieta del rey casase con el rey de Francia: y con esto juntamente daba a los mismos su poder para efetur el matrimonio del infante don Fernando, y Reynera. Mas del descontentamiento que el rey de Inglaterra tuvo, por la tregua que el rey su suegro hizo con el rey de Francia, se siguió confederarse antes con su enemigo: y también al rey Luis, viendo esta ocasión, le pareció, que con una honesta concordia redimía la gran vejación, y peligro en que estaba, si los príncipes confederados perseveraban en la liga. Remediólo con asentar esta paz con ingleses: la cual se concluyó con el matrimonio de María hermana del rey de Inglaterra, que se tenía por esposa del príncipe don Carlos: y determinóse de casar con ella, aunque estaba muy viejo, y enfermo de gota: entendiendo que con este casamiento aseguraba buena parte del peligro en que estaba su reino, si la guerra se prosiguiera. Esto fue en Londres a siete del mes de agosto: y concertóse su confederación por medio de Thomas Durnoff tesorero, y mariscal de Inglaterra, Thomas Volseo obispo de Lincoln, que era promovido al arzobispado de York, y por Ricardo obispo avintoniense comisarios del rey de Inglaterra: y por los del rey de Francia: que fueron Luis de Orleáns duque de Longueville marqués de Rutehlin gran camarlengo de Francia, y por Juan de Selva presidente de la corte del parlamento de Normandía, y Thomas Bolner. Fue entre los confederados

del rey de Inglaterra excluido el rey su suegro: y no le quiso nombrar entre ellos, nombrando con el Papa el Sacro Imperio, y al príncipe don Carlos, y a la princesa Margarita, y los estados, y tierras que pertenecían al príncipe: y por parte del rey de Francia fueron el Papa, y el Sacro Imperio, y los reyes de Hungría, Portugal, Dacia, Navarra, y Escocia. Mas los confederados no se comprendían en lo que pertenecía al ducado de Milán, y a la señoría de Génova, y condado de Aste: ni a los estados de Lombardía, en que el rey de Francia pretendía tener derecho. La confederación era contra todos los príncipes que los ofendiesen: y el rey de Inglaterra se obligaba de enviar en socorro del rey de Francia, si le pidiese, a costa del mismo rey de Francia diez mil arqueros: o el número de la infantería que le pidiese de menos gente: y para en guerra por mar, cinco mil con la armada de mar que fuese necesaria: y el rey de Francia había de dar socorro de mil doscientas lanzas armadas, según la costumbre del reino de Francia: que llegaban a ser diez mil de caballo también a costa del rey de Inglaterra: y este socorro había de ser para en su defensa: y para en ofensa de otro cualquier príncipe, en prosecución de su derecho, se habían de valer con cierto número de gente menos que para la defensa. Pero si con ocasión desta confederación algún príncipe moviese guerra a alguno dellos, el otro, a sus gajes propios había de socorrer a su aliado. Mostró el Rey Católico al principio con gran disimulación, que hubo placer que su yerno efetuase aquel casamiento: y con esto el rey de Inglaterra por medio de los obispos de Lincoln, y Uncestre, daba a entender al embajador don Luis Carroz, que tenía mucha gana de reconciliarse en gracia del rey: y creyóse que no era con arrepentimiento de lo pasado, sino porque pensaba tener necesidad dél: temiendo que entre ingleses, y franceses no podía durar mucho la concordia: y pareció a los de su consejo, que les convenía conservar su amistad. Allende desto, como la reina de Escocia su hermana se había casado con un conde escocés, y no de los principales de aquel reino, y después de casado, tentó de matar al canceller de Escocia, que era el que gobernaba la tierra, por tomar a su mano el gobierno, y hubo entre los escoceses tanta discordia, que estaban partidos en dos bandos, y porque entre ingleses no se tiene por cosa grave, que una reina case con un caballero particular, el rey su hermano no mostró dello ningún descontentamiento: antes se declaró, que no podía faltar a su cuñado. Por esto se creyó que tenía fin de favorecerle, para que se apoderase del gobierno del reino, y del rey su sobrino, por tenerlo a su mano: y temía que la otra parte que tenía en su poder al rey, se había de valer del rey de Francia, por resistir al conde, y a su parcialidad. De manera que por estas razones se sospechaba haberse movido el rey de Inglaterra, a congraciarse con su suegro, en el tiempo que se le mostró más contrario: no embargante que la reina doña Catalina estaba generalmente tan bien quista, que todos deseaban complacerla, y ella servir al rey su padre. Agora fuese por esto, o porque el rey Enrique entendió que no le convenía desavenirse del rey, el obispo de Lincoln dijo a don Luis de Carroz, que por desear él grandemente servir a la reina, y saber que le haría gran servicio, en procurar que las cosas que habían pasado entre aquellos príncipes, se apaciguasen, pues tenían entre sí tanto deudo, y volviesen al primer estado: y no se enconasen: mas quería saber dél lo que le parecía se podría hacer buenamente. A esto respondió el embajador, que después que las cosas se habían innovado tanto, con el matrimonio de la hermana del



rey de Inglaterra, no podría dar ningún parecer sobre ello: y que de sola una cosa le certificaba, que el rey su señor amaba al rey de Inglaterra, como a hijo: y deseaba su honra, y bien: y conservarse en su amistad: pero con todas estas demostraciones querían los del consejo del rey Enrique, que el rey se enviase a excusar, y justificar con solene embajada: dando razón a su yerno de las causas que le habían movido a conceder la última tregua, sin que él tuviese noticia della: afirmando, que de allí se seguiría entre ellos su reconciliación. Puso don Luis de Carroz este negocio en tales términos, que se tomó acuerdo con la reina, que él, y los obispos de Lincoln, y Uncestre, con fray Juan de Estúñiga provincial de la orden de S. Francisco en el reino de Aragón determinasen, por qué medio se podrían concertar: puesto que el obispo de Uncestre, que era muy astuto, y resabido, lo trataba con tanto artificio, como si hubiera de concertar dos grandes enemigos: significando, que por culpa del Rey Católico había sido forzado el rey su señor, de asentar la concordia que había hecho con franceses: y así duró muchos días entre ellos, que con no querer ser enemigos, ni convenirles, no se podían reducir a la primera concordia: justificando cada uno su querella.

Que Bartolomé de Albiano entró por combatir a Robigo, y fueron allí presos García Manrique, y otros capitanes españoles: y Bérghamo se rindió a Renzo de Cherri, y lo cobró el visorey. LXXXIX.

Mas el rey aunque deseaba reducir en su gracia al rey Enrique su yerno, tenía mayor cuidado en esta sazón que el emperador se persuadiese a la paz con venecianos: porque se hiciese liga general de los potentados de Italia. Para esto procuraba que se ganase a su opinión la nación de los suizos, ofreciéndoles el socorro, y ayuda de España, para la defensa del estado de Lombardía. Era este negocio de gran dificultad: porque aunque el emperador restituyera a la señoría de Venecia cuanto se les había ganado, y con ello a Verona, no mostraban satisfacerse: y parecían, que cuando hubiesen cobrado su estado, como antes lo tenían, le había de ser muy trabajoso defender la entrada de Italia a franceses, por la parte que tenían en el estado de Milán, y en Ferrara, y Florencia: por lo cual podía el rey de Francia disponer fácilmente de venecianos en aquella ocasión, hasta ver otra mudanza de tiempos, en que pudiesen seguir el intento que solían. Dábales también harto ánimo, para esperar nuevas mudanzas, y sucesos, como es costumbre, el capitán que tenían: porque con ser arriscado demasadamente, como escarmentado andaba tan atento, por restaurar la mengua, y daño recibido, que no dejaba pasar ninguna ocasión. Así sucedió en este tiempo, que teniendo el visorey repartido su ejército en diversos alojamientos, y habiendo pasado a Verona, para comunicar con el de Gursa algunas cosas que convenían para la conservación de aquel ejército, como García Manrique estoviese en Robigo con algunas compañías de gente de armas, y buena parte de gente de caballo, y de la infantería se hubiese alojado en la Bastida, hizo ademán el de Albiano de salir la vía de Treviso: y de noche dio la vuelta por Vicenza, y fue a ponerse sobre Robigo. Halló a los españoles tan desapercibidos, y descuidados de cualquier rebato, que fue entrado el lugar antes que tuviesen nueva

que estaban sobre ellos: y aunque se comenzaron a defender como mejor pudieron a la entrada, y mataron al capitán que iba delante con la gente que entró dentro, sobreviniendo el de Albiano con su ejército, no pudiendo hacer mayor resistencia, se rindieron. Fueron llevados a Vicenza prisioneros García Manrique, y los capitanes que con él se hallaron: y así con el mismo ardid, no pasaron muchos días, que el de Albiano se satisfizo en alguna parte del daño que había recibido en la destroza de la gente de armas que entró en la Ciudadela con el conde Bernardino su sobrino. Por el mismo tiempo, teniendo Silvio Sabelo capitán de la gente del duque Maximiliano cercada a Crema, estando los cercadores muy descuidados, Renzo de Cherri, que era capitán valeroso, y de gran vigilancia, salió una noche de Crema, y dio tan de rebato sobre ellos, que fueron desbaratados, y vencidos. Con este suceso pasó a Bérgamo, siendo requerido, y llamado por los del pueblo, y entróse dentro sin ninguna resistencia: y los españoles se recogieron a la fortaleza: e hiciera lo mismo Brescia, si no por el valor, y gran esfuerzo que tuvo Luis Icart, en su defensa.

Púsose este caballero con la gente que allí estaba de guarnición tan en orden, y con tanto ánimo, para defender aquella ciudad, que los brescianos no osaron moverse: y perseveraron en su obediencia. Estaba el ejército del rey en extrema necesidad: y con grande fatiga procuraba el visorey de sustentarle, hasta que pasasen los suizos a Lombardía: y para solicitar su venida, había enviado a Lope de Soria, ofreciendo a los cantones más principales de parte del rey, grandes promesas, si bajasen a juntarse con el Próspero: que se fue a poner sobre Crema: y con todas estas dificultades salió el visorey el primero de noviembre la vía de Bérgamo: pero a penas se puso el cerco sobre ella, cuando Renzo, desconfiando de poderse defender de los nuestros, que iban con grande ánimo por vengarse, rindió la ciudad a partido: y él salió, aunque no con toda la ignominia con que suelen salir en semejantes afrentas, pero por ser él muy valeroso, y haber gozado tan pocos días de aquella vitoria, fue con mayor vergüenza, y corrimiento suyo. Reforzó el visorey su ejército con una extraña, e increíble diligencia: y partió para ir a tomar el paso por el Cremonés al de Albiano: pero como andaba ya más recatado, no quiso ponerse en aquel peligro, de aguardar: y haciendo su camino por lagunas, y pasos nunca usados, recogió su ejército con gran presteza: y fuese a poner en salvo. Por este tiempo el castillo de la Lanterna, que se había sustentado por el rey de Francia mucho tiempo, y era gran freno para la ciudad, y pueblo de Génova, se rindió al duque Octaviano Fregoso.

Que don Pedro de Castro redujo los lugares que se habían rebelado en la provincia de Calabria: y el marqués de Comares apaciguó la tierra de vascos que estaba muy alterada. XC.

Pasó don Pedro de Castro por este tiempo gran peligro en reducir los lugares que se habían rebelado en Calabria, a los barones: y entró por fuerza de armas la ciudad de Santa Severina, que se había alzado contra el conde. Tenían los vecinos de aquel lugar muy alterada, no sola la comarca, pero toda la provincia: y por esto mandó don Pedro cortar las cabezas al capitán, y a los síndicos, y

jurados, y otras personas principales: y derribóse el muro, y las torres: y rompiéronse todas las cisternas, que fue la mayor seguridad que se pudo tomar de aquella gente: porque sin ellas no podían durar en cerco muchas horas: por ser forzado que bajasen por el agua adonde se les podía quitar ligeramente. Tras esto se rindieron a la obediencia del rey los de Policastro, antes de llegar a las armas: y por esta causa no fueron castigados en las personas: puesto que se derribaron los muros, y puertas, y los reparos que habían hecho para su defensa. Entendiendo don Pedro, que los de Marturano, confiados de la fortaleza del lugar, y en la aspereza del sitio, querían probar la ira de nuestra gente, salió de Policastro para allá con su ejército: pero detúvose algunos días en mover la artillería solas cuatro millas, por la grande fragura de aquella sierra: lo cual daba ánimo a los rebeldes, para ponerse en defensa: porque había cincuenta millas de camino, y no era posible subir a Marturano más gruesa artillería, que falconetes. Pero don Pedro se hubo en ello con tanto valor, que parte por fuerza, parte voluntariamente, se le fueron rindiendo todos los pueblos: y de paso en paso se fue todo allanando, y reduciendo a la obediencia del rey, antes que entrase el invierno: y entendió con gran prudencia en la reformación de aquella provincia de suerte, que en parte se pudo llamar conquista. También por estas partes había pasado el marqués de Comares en lo más recio del invierno a S. Juan de Pie del Puerto: porque el señor de Lussa con grandes cuadrillas de lacayos, y malhechores andaba por tierra de vascos, haciendo guerra a los nuestros, rebelándose contra la obediencia del rey. Pero el marqués pasó más principalmente por sacar la artillería, y la gente que allí estaba, y dejar la necesaria, para la defensa de aquel lugar: y esto se hacía por la sospecha que hubo de guerra: y la artillería se pasó a Pamplona, con grandísima dificultad, por el mal tiempo: y sacó la gente extraordinaria, que residía en aquella fuerza. Entonces fueron el coronel Villalva con la infantería, y don Hernando de Sandoval con trescientas lanzas a S. Pelayo, y a Garriz, para hacer pagar los cuarteles: y a requerir al señor de Lussa que se redujese al servicio del rey: y él se puso con ellos en tratos de suerte, que se concluyó, que se apartase de aquella tierra por cincuenta días: y echase de su casa los malhechores, y deservidores del rey: y pagase lo que se había robado: y juró de no hacer más daño. Con esto hizo pleito homenaje, que de aquella casa el rey no recibiría ningún deservicio: ni acogería en ella a ninguno que fuese enemigo de España: y que enviaría a Navarra un hijo suyo en rehenes: y serviría al Rey Católico, por lo que tenía en aquel reino: y fuele permitido, que su persona pudiese servir a cualquier príncipe, que quisiese fuera de Navarra. Derribóse la fortaleza de Garriz: y con esto pareció que quedaba aquella tierra de vascos con sosiego: y como el marqués los hizo jurar a todos, puso tal orden en sus diferencias, que se juramentaron en unión, y conformidad para defensa de la tierra, contra Francia, y Bearne: y cobráronse los cuarteles, de donde se pagaron los que llevaban acostamiento del rey en aquella tierra. Entró en esta unión el señor de Agramonte, y todos los principales de tierra de vascos, ecepto Juan de Lussa. Desta manera se sacó juntamente la gente, y artillería de S. Juan, para ponella adonde más pudiese aprovechar, y estuviese segura: y se dejó aquella tierra de vascos en más razón, y obediencia, de lo que antes estaba. Comenzó el rey don Juan a juntar gente, para estorbar esto: y no halló tan buena disposición para

impedirlo por vía de hecho: y quedó en S. Juan Antonio de Ávalos: y en la fortaleza había doscientos soldados, y sesenta espingarderos de la coronelía de Villalva: y mandó poner el marqués en Maya, y en las otras fortalezas más gente de la que había. Juntamente con proveer a las cosas de la guerra, y a la defensa de aquel reino, atendía el rey muy particularmente, y con mucho cuidado, a reformar las cosas del gobierno, y de la justicia: y acordó de tener en su consejo real, que residiese en aquel reino, seis personas, tres de cada parcialidad, porque la gobernación, y administración de la justicia fuese derecha, y muy igual: y nombró por la parte Beamontesa a Lizarazo, Goni, y Redín: y a Iassu, Sarriá, y Lumbierre por la Agramontesa. Con esto, porque deseaba que la reformación de las cosas del gobierno se hiciese, sin que se agraviasen ninguno, ni aun se desdeñase, si posible fuese, proveyó que el prior de Roncesvalles, que dejaba el cargo que tenían del consejo, fuese gratificado. Estas cosas se proveían por el rey en Madrid, y Segovia, por los meses de octubre, y noviembre deste año: y de Segovia, se fue a León a caza: y llevaba a la reina consigo en tiempo de grandes tempestades de lluvias: contra el parecer, según Pedro Mártir escribe, de los médicos, y de los de su consejo: y se le fue más agravando la dolencia: y entonces, estando en tan gran peligro de su vida, y padeciendo una tan grave enfermedad, se escribe con mucho encarecimiento, que ejercitándose toda la vida pasada en el gobierno, y expedición de las cosas del estado, y de la justicia, con particular afición, comenzó a aborrecer los negocios.

De la muerte del rey Luis de Francia: y de la liga que se asentó contra Francisco de Valois, que sucedió en aquel reino, por el emperador, el Rey Católico, y duque de Milán con los suizos: y de la concordia que se asentó entre el rey Francisco, y el príncipe archiduque, con el matrimonio de Reynera hermana de la reina de Francia: y de los matrimonios del infante don Fernando, y de la infanta doña María nietos del rey, con los hijos de Ladislao rey de Hungría. XCI.

La causa de recelarse tanto la guerra por la parte de Navarra era, por estar el rey Luis muy enfermo: y que se tuvo por cierto que no podía vivir muchos días: y así fue, que falleció el primer día del mes de enero del año de Nuestro Señor de 1515. Con su muerte se atajó, y desbarató la plática que el Rey Católico traía con él, sobre la paz entre ellos, y sus reinos, y la casa de Austria, con el casamiento del infante don Fernando, y de Reynera: pues estaba tan entendido, que Francisco de Valois duque de Angulema que sucedió en el trono no solamente había de trabajar por cobrar para sí, si pudiese, el ducado de Milán, y no dejallo en dote a Reynera, como el rey Luis su padre era contento de se lo dar, pero aun quería tener libremente a su disposición a Reynera, y sin casarla, hasta que hubiese hijos en Claudia su mujer: porque si falleciese sin dejar sucesión, o con el tiempo se entendiese, que no era para haber hijos, y perdiese esperanza dellos, pudiese casar con la hermana que había de suceder en el estado de Bretaña: y con ella había de pretender también que le pertenecía el estado de Milán: y así porque estos estados no saliesen de la Corona de Francia, si Reynera casase con otro príncipe, se tenía por cierto que no daría lugar a ello. Con esto consideraba el Rey Católico,

que el nuevo rey era muy ardiente, y de gran corazón: dispuesto para todo trabajo, bien quisto, y muy codicioso de grandes empresas: y que casi desde su niñez se había siempre conocido dél, ser naturalmente enemigo de alemanes, y españoles: y que tenía extraña ambición de hacerse señor de Italia: y perseguir las casas de España, y Austria. Por otra parte había tenido muy estrecha amistad, y confederación con el rey don Juan de Albret, y con la reina doña Catalina: y les daba gran esperanza de restituirlos en el reino de Navarra: y tenía a punto de honra lo de aquella empresa, por haber tomado en ella primero las armas, y ejercitádose en la guerra. Juzgaba el rey por todas estas causas, que si antes le había parecido que les convenía al emperador, y a él seguir el camino de librar a Italia de la sujeción de los franceses, pues por él se allanaba mejor la sucesión del príncipe su nieto, y era el remedio de la defensa de sus comunes estados, era mucho más conveniente en esta sazón, y muy necesario, que hiciesen nueva liga. Mayormente, que se tuvo por constante, que el rey Francisco en el principio de su reinado, se había de poner con toda su pujanza a cobrar, en pudiendo, el estado de Lombardía: y ocupar lo que bastase del reino de Navarra, y del ducado de Gueldres, como ya lo amenazaba: diciendo públicamente con gran gallardía, que no sufriría como su predecesor, que el príncipe archiduque pusiese más dilación en darle la obediencia, y reconocerle por superior en lo de Flandes: y que quería que luego se la fuese a dar. Para impedir que no tuviese lugar de ejecutar tan fácilmente como pensaba, esta empresa, ni ganase la voluntad del Papa, o de los suizos, y para necesitarle a condescender en honestas, y justas condiciones de paz, procuraba el rey de persuadir al emperador, que por su parte diesen orden, que sin dilación se asentase la liga general, que estaba ya platicada, entre ellos, y el Papa, y suizos: y con el duque de Milán, y con los otros potentados de Italia para su defensión. Bastábale esto al rey hallándose ya muy enfermo, y viejo, para la conservación de los reinos que él había conquistado: y de más de obligarse a la defensa, y protección de Italia, pretendía que se ofreciesen de ayudar al emperador para la guerra contra venecianos, hasta destruir aquella señoría, que tanta turbación movía en toda la cristiandad: y con esto parecía al rey, que debía el emperador complacer al Papa: y tener por bien el partido que le había movido con el cardenal de Santa María en Pórtico. Era este trato, que con ayuda del Papa, y de todos los de la liga, se ocupase a la señoría de Venecia todo lo que tenía en tierra firme: y que de las tierras de aquel estado quedasen al emperador Verona, Vicenza, el Friuli, y Treviso, y todos sus condados: que sería un gran estado, y muy a propósito para las cosas del Imperio: y que Brescia, Bérgamo, y Crema fuesen del duque de Milán, en trueque de Parma, y Piacenza, que el Papa deseaba para Juliano de Médicis su hermano. Parecía al rey, que era cosa muy razonable, que declarándose el Papa contra venecianos, y contra el rey de Francia, y obligándose a tanta costa, y guerra, hubiese aquella utilidad: mayormente que de otra suerte no quería entrar en la liga: y trabajaba el rey de persuadir al emperador, que se contentase de aquella partición, con que Brescia quedase depositada en su poder, como entonces lo estaba, hasta que se hubiese acabado de tomar a venecianos todo el estado que poseían, y el emperador tuviese con efeto la posesión de todas aquellas tierras: y cuando todo fuese conquistado, se entregase Brescia al duque de Milán. Entendía, que aquel depósito sería grande seguridad, para que el Papa, y los de la

liga guardasen al emperador, y a él, todo lo que se asentase. Por este camino creía el rey, que también se aseguraba la persona del duque Maximiliano: y se estorbaba que los franceses no pudiesen volver a Lombardía: y ofrecía, que con esto sería contento, que se diese por mujer al duque una de las infantas sus nietas: o que casase con la princesa Margarita, o con la reina de Nápoles su sobrina. Porque perdiendo el rey Francisco la esperanza de poder entrar en Italia, sería constreñido a condescender a la paz con los confederados, con las condiciones que se le quisiesen dar: y si rehusase de aceptarla, podría el emperador con ayuda de los suizos, y de toda la liga, tomar la empresa de Borgoña: de lo cual habían de resultar infinitos, e inestimables beneficios. Daba el rey mayor prisa para que esta confederación se concluyese, con recelo que el rey de Francia, por ser muy cercano deudo del duque de Saboya, ganaría la voluntad del Papa, por estar para concluir el casamiento de Juliano de Médicis con una hermana del duque: y temiendo que se confederaría con suizos: porque por este tiempo enviaba el rey de Francia a tierra de suizos al bastardo de Saboya, que tenía mucha parte con aquella nación: y llevaba grandes promesas. Fue tan grande la prudencia del rey, y tanta la sagacidad de que usaba en mover, y entablar semejantes negocios, que las más veces le salió cierto el fin que esperaba: y así conservó lo que había conquistado, sacando la guerra fuera de su casa, y entreteniéndola en las de sus vecinos: divirtiendo al enemigo, con no aventurar tanto. Estuvo en esta opinión muy firme por no desavenirse de la concordia que tenía con el emperador, y conservarse en su amistad: y a la verdad era más necesario que lo hiciese así en este tiempo, que se fue más declarando su enfermedad ser hidropesía: y parecía, que dejaba en la mayor autoridad, y pujanza a su nieto, que se hubiese visto jamás en otro príncipe su antecesor. Dio también mayor ocasión para que esto se moviese, y lo procurase, que poco después Octaviano Fregoso duque de Génova, que fue puesto en aquel estado con su amparo, y favor, se confederó con el rey de Francia. Pero aunque su enfermedad se iba de cada día más agravando, entendiendo cuán diversas eran las condiciones, y costumbres de los flamencos, y cuán diferente el modo de su gobierno, tuvo por menos inconveniente la ausencia del príncipe, y que estuviese en Flandes, que su venida: y mandó venir a don Luis Carroz su embajador, que estaba en Inglaterra. Difiriendo el Papa de entrar en la nueva confederación que se proponía contra el rey Francisco, los embajadores del emperador, y del Rey Católico, y del duque de Milán se juntaron en tierra de suizos: y asentaron su confederación en nombre de sus príncipe, por la defensa de Italia: reservando su lugar al Papa, si quisiese entrar en ella. Quedó asentado, que por forzar al rey de Francia, que desistiese de la empresa de Lombardía, se diesen en cada mes por los príncipes confederados, treinta mil ducados a los suizos, porque entrasen haciendo la guerra por Borgoña, o por el Delfinado. Por este tiempo el señor de Lautrec, por comisión del rey de Francia, que había puesto todo su pensamiento en las cosas de Italia, envió a mover al rey, por medio del marqués de Comares, que se asentase entre ellos tregua por tiempo de un año: y ésta fue muy cierta señal, que todo su fin era pasar a la empresa de Milán: pero el rey no la quiso acetar, determinándose de no venir en ningún sobreseimiento de guerra con este príncipe, si no fuese general por estas fronteras, y por toda Italia. En este medio los embajadores que el príncipe tenía en Francia, que eran

Enrique conde de Nassau, y de Viena, y señor de Breda, que era un gran señor en aquellos estados, y Miguel de Croy señor de S. Pi, ambos camareros del príncipe, y de su consejo, y caballeros de la orden del Toisón, asentaron con el rey Francisco nueva confederación, y concordia, con el matrimonio del príncipe, y de Reynera hermana de la reina de Francia. Esto se concluyó en París a 24 de marzo deste año: y con estas condiciones. Juraron el rey, y la reina de Francia con gran solemnidad este día, que con efeto procurarían, que Reynera hermana de la reina de Francia, cuando hubiese cumplido siete años, se desposaría por palabras de por venir, con el príncipe de España: y teniendo doce años cumplidos, le tomaría por palabras de presente por su legítimo marido, y esposo: y los embajadores en nombre del príncipe juraron, que el príncipe lo cumpliría, y solenizaría el matrimonio dentro de diez meses, que hubiese Reynera cumplido doce años. Por los derechos que le podían pertenecer por la parte del padre, y madre, y por lo que podía pretender de la Corona, como hija del rey de Francia, le señalaron en dote seiscientos mil escudos de oro: los doscientos mil en dinero: y por los cuatrocientos mil, se le daba el ducado de Berry. En caso que este matrimonio no se efetuase, y se rompiese por el rey, y reina de Francia, se declaró, que sucediese el príncipe en el condado de Pontierus, y en las villas de Perona, Mondier, Roye, San Quintín, Corbie, Amiens, Abbeville, Mostreul, Leturton, Salvalier, y Dorlans. Habían de jurar esta concordia los príncipes de la sangre, y casa real: señaladamente los que tenían tierras en los estados del príncipe: que eran los duques, y duquesas de Vendôme, y Longueville, la condesa de Vendôme, Luis de Vendôme príncipe de la Roxa, y el señor de la Val, y otros. Dábanse otras seguridades: y el príncipe se había de obligar, para en caso que no se efetuase este matrimonio, y se rompiese por su culpa, de renunciar los condados de Artois, y Caroloys, con el señorío de Noyers, y Xatelxinou: y quedaba concertada una muy entera, y segura confederación, y amistad entre ellos, y sus súbditos: teniendo el rey de Francia principal fin a quedar libre para la empresa de Italia: y que no le desviase della el príncipe, con el favor del rey su agüelo, o del rey de Inglaterra. Esto era en sazón, que el príncipe había salido de la tutela, y fue emancipado por el emperador Maximiliano, y por la princesa Margarita sus tutores, con gran solemnidad en la villa de Bruselas: y tomó la posesión del gobierno de los estados de Flandes: y con esta concordia se reducía, no sólo su persona, pero todo lo de allá, a la dispusición del rey de Francia, siendo principales en el consejo del príncipe que lo procuraban, el conde de Nassau, que con el favor del rey de Francia se concertó de casar con la hija del príncipe de Orange, y el gobernador de Brescia, y los que el rey tenía por servidores, y que llevaban dél sus pensiones, que eran el señor de Xebres, el señor de Berghas, Carlos de la Noy caballero mayor del príncipe, el canceller, y el deán de Lovaina maestro del príncipe, que eran poco menos franceses que los otros: y no se daban mucho por desviallos de aquel propósito: mayormente teniéndose poca esperanza de la salud, y vida del rey. Quedó declarado por este asiento, que el rey de Francia permitiría, que se difiriese por el príncipe de prestar la fe, y homenaje, que era tenido de hacerle, por razón, y causa de las tierras, y señoríos que tenía debajo de su obediencia: hasta que fuese de edad de veinte años: y si en este medio, viniese en persona adonde el rey de Francia estuviese, le podría hacer aquella obediencia: prestando su fe, y

homenaje: y sería recibido por el rey de Francia. Por este tiempo fueron a Flandes embajadores del rey de Francia, para que en su presencia el príncipe jurase el asiento de la concordia del matrimonio, y paz concluida por sus embajadores: y el principal de la embajada era el obispo de París: y también fueron del rey de Inglaterra, con color de alegrarse en su nombre con el príncipe, por haber tomado la posesión del gobierno de aquellos estados: y para procurar confirmación de la concordia, que el rey don Felipe asentó cuando pasaba a Castilla: porque estuviesen aquellos príncipes unidos, y confederados, como lo procuraba el rey: pero los que gobernaban las cosas del estado del príncipe, preferían a todo la amistad, y alianza con Francia, con tanta declaración, que hacían que el príncipe llamase padre al rey de Francia: y le escribiese con este título: y conocíase bien los fines que llevaban: pues querían que al rey de Francia tuviese en cuenta de padre, y en el asiento de la concordia de París ninguna mención se hacía del rey su agüelo: habiéndole de suceder en reinos, que se habían por él conquistado, para tanta grandeza, y gloria de su nieto: y siendo tan formada, y fundada la enemistad del rey de Francia, con la casa de Austria, como con la de Aragón. Fueron en este año muy señaladas las vistas que hubo en la ciudad de Viena en Austria, entre el emperador Maximiliano, y Ladislao rey de Hungría, y Luis rey de Bohemia su hijo, y Segismundo rey de Polonia hermano del rey de Hungría: que entraron en aquella ciudad, a diecisiete de julio deste año: y en la fiesta de la Magdalena se celebraron en la iglesia de San Esteban los desposorios del infante don Fernando, y de la infanta doña María su hermana, nietos del rey de Aragón, con Ana hija del rey de Hungría, y con Luis rey de Bohemia su hermano: y el emperador se desposó por el infante don Fernando su nieto, que estaba en Castilla: y desposólos Tomás cardenal de Estrigonia, legado de la sede apostólica: y es de advertir, que así como el infante don Fernando, y la infanta doña María su hermana fueron bisnietos del rey don Juan de Aragón, también Ana reina de Hungría mujer del rey Ladislao, madre de Luis rey de Bohemia, y de Ana su hermana, que casó con Gastón de Foix señor de Candala, fue hija de Gastón conde de Foix, y de la infanta doña Leonor princesa de Navarra: que sucedió al rey don Juan su padre en aquel reino: y vivió tan pocos días después de su muerte: y es mucho de considerar, lo que comprehendió la sucesión del rey don Juan de Aragón en los reinos de la cristiandad: pues en esta sazón sucedían dél los herederos de Castilla, Portugal, y Navarra, y los legítimos sucesores de Francia, Inglaterra, Hungría, y Bohemia, con la casa de Austria.

De la incorporación del reino de Navarra en la Corona de Castilla: y que todos los derechos de la sucesión de aquel reino recayeron legítimamente en la casa de Austria. XCII.

Con esta resolución acordó el rey de convocar cortes generales en un mismo tiempo en Castilla, y en estos reinos, con fin de procurar de ser socorridos en los gastos que se le ofrecían para poner en orden las fronteras de España, y reforzarlas con nuevas guarniciones: y que el ejército de Lombardía se sustentase, para defender la entrada de los franceses: con la ayuda de la gente que el



Papa, y el emperador habían mandado hacer, para suplir los gastos de la guerra. Mandó juntar a los aragoneses en la ciudad de Calatayud, con determinación, que fenecidas las cortes, en las cuales había de asistir la reina Germana, como estaba admitido en las cortes del año de 1510, para poderlas tener, y concluir, la reina pasase a Lérida adonde se había de congregarse los catalanes: y después fuese al reino de Valencia a celebrarlas a los de aquel reino. Había ido el rey a la Mejorada, para tener en aquel monesterio la Semana Santa: y de allí se fue muy debilitado, y doliente a la villa de Olmedo: y estuvo en Ventosilla, que era una muy miserable aldea, discurriendo por los bosques a caza de ciervos. Desde Olmedo mandó convocar las cortes a los aragoneses a doce del mes de abril, para que se juntasen a once de mayo: y partió la reina de la Mejorada el mismo mes de abril: y acompañóla el rey hasta la villa de Aranda: y de allí se fue a Burgos, para tener las cortes que se habían de juntar de los reinos de Castilla: y en ellas se hizo servicio de ciento cincuenta cuentos: y se procedió a un auto muy señalado, y digno de la prudencia, y consideración del rey: para del todo acabar de fundar la unión, y paz de sus reinos, con los de Castilla: que fue unir, e incorporar el reino de Navarra en aquella Corona, según lo había deliberado, como dicho es. Alguna vez oyeron decir al rey personas muy graves de su consejo, que dejando a parte ser conquistado aquel reino por recuesta del Sumo Pontífice, para castigo, y extirpación de la cisma, tenía tan asegurada, y justificada su conciencia en la defensa, y sucesión dél, como en la del reino de Aragón, que era tan propio patrimonio suyo. Quien considerare las guerras, y muertes de príncipes hermanos, que se emprendieron por la sucesión de aquel reino, entre los reyes que en él reinaron, y con los de Castilla, y Aragón, desde los hijos, y nietos del rey don Sancho el Mayor, y la variedad de sucesiones que hubo de los que sucedieron de la casa de Francia, hasta la del príncipe don Carlos hermano del Rey Católico, entenderá manifiestamente, que la providencia divina, que muda los tiempos, y las edades, transfiere los reinos, y los establece: y no solamente los pasa, de gente en gente, por injusticias, e injurias, pero, como lo representa la Sagrada Escritura, por solos denuestos, y engaños. Así vemos, que por la desobediencia del príncipe don Carlos, se dividió, y arrebató el reino de su mano: y tuvo parte dél en ofensa, y guerra del rey su padre: y no sucedió en él. Después desto, referídose ha cuánta tiranía intervino en procurar el príncipe Gastón de Foix, y la princesa doña Leonor su mujer, hermana del príncipe don Carlos, el desheredamiento, y muerte de la princesa doña Blanca su hermana mayor, que era la legítima sucesora del reino: y cuánto lo procuraron con el rey de Francia: hasta que el rey su padre con lastimoso, y miserable ejemplo la entregó en sus manos, siéndole tan declarados enemigos. Con el dolor, y sentimiento dentro, aquella princesa después de haber como invocado la ira divina contra la infanta doña Leonor su hermana, y contra su sucesión, estando en San Juan de Pie del Puerto, sabiendo que la querían pasar a San Pelayo, del señorío de Bearn, y el rey su padre, y los caballeros navarros, que seguían su opinión, habían acordado, que se entregase a sus enemigos, y que forzarían que renunciase en persona, que había entrevenido en la muerte del príncipe su hermano, con cuyo fin ella sucedía en aquel reino legítimamente, por la venganza de su muerte, y de la suya, hizo, como dicho es, donación entre vivos de aquel reino, y de los estados que le pertenecían, al rey don Enrique

de Castilla, y a sus herederos: y privó de la sucesión, y herencia a la infanta doña Leonor su hermana. Nunca de allí adelante hasta que el rey don Juan falleció, dejó un momento de arder aquel reino en guerras, y disensiones de partes, muy crueles, y sangrientas: y la infanta doña Leonor, después que sucedió en el reino, no vivió veinticinco días. Quedó después competencia formada entre Juan de Foix señor de Narbona, y Gastón de Foix su hijo con el rey Francés Febo, y con la reina doña Catalina, por la sucesión: hasta que murió Gastón de Foix en la batalla de Ravena, que fue tan favorecido del rey Luis de Francia su tío, que se tuvo por cosa muy averiguada, y cierta, que si en ella quedara vencedor, la reina doña Catalina, y el rey don Juan de Albret su marido no duraran en su reino un año entero. Mas ellos, como fue quitado de medio aquel peligro, todo su remedio, y amparo le pusieron en la protección, y defensa del rey de Francia: y esto fue causa, que aquel ceptro saliese de sus manos. Aunque la razón natural, que es habida como una secreta, y callada ley, atribuye la herencia de los padres a los hijos, llamándolos, como a cierta sucesión, que les pertenece, y por ello en el derecho civil les pusieron nombre de propios herederos suyos, y ni por juicio, y sentencia de los padres podían ser desechados de aquella sucesión, hallaron los sabios, y prudentes varones de los derechos humanos algunas causas, por las cuales por la pena del padre, eran privados de sus bienes los hijos, a quien ninguna parte llegaba, ni alcanzaba de la culpa. Celébrase por muy justo, que dado que parezca tener mucha parte de crueldad, llegue la pena a los hijos, que ninguna cosa merecieron: y en la república de los atenienses fue señalado ejemplo de muy notoria justicia, que los hijos de Temístocles padecieron gran necesidad, y lacería por esta causa. De suerte que fue ordenado por la disposición divina, que los derechos antiguos, adquiridos por los reyes de Aragón, y Castilla, que fueron los que se han referido en los Anales, y lo que se conquistó por las armas por el rey, viniese a parar en la casa de Austria, por la sucesión del príncipe don Carlos su nieto: y aun a ello se juntó otro nuevo derecho. Porque después de la muerte del rey, viniendo su nieto a tomar la posesión de legítimo sucesor, y gobernador destes reinos, con título de rey, y celebrando cortes a los aragoneses en esta ciudad en el año de 1518, la reina Germana pretendía ser reina natural, y legítima sucesora, y heredera del reino de Navarra: y que le pertenecía por legítima sucesión, como nieta que era de la reina doña Leonor: porque al tiempo de su muerte no dejó otro hijo primogénito sino a don Juan de Foix vizconde de Narbona su padre: pues Gastón su hermano mayor falleció en vida de sus padres: y por el fallecimiento del vizconde de Narbona, perteneció aquel reino a Gastón duque de Nemours su hijo, y después a ella, que era su hermana. Allende desto se fundaba pertenecerle por la disposición, y ley dada en la concordia del matrimonio de Gastón de Foix, y de la infanta doña Leonor, que fue reina, sus agüelos. Por estas causas, considerando su estado de viuda en que se hallaba, y lo mucho que el Rey Católico la amó, y honró, y los grandes beneficios, y mercedes que le hizo, para que viviese en estado conforme a su persona, y estado real, y por su testamento la encomendó muy cara, y afectadamente al tiempo de su fallecimiento al príncipe don Carlos su nieto, y a ella encomendó al príncipe, para que en todo lo que pudiese le honrase, y gratificase, y tuviese por hijo propio, y que siempre la había honrado, y tratado como a madre, en tanto grado, que con justa razón se había

convencido de permanecer en sus reinos todo el tiempo de su vida, debajo de su amparo, y protección, y le obligaba a hacer en su acrecentamiento todas las buenas obras, que de verdadera madre a verdadero hijo se podían, y debían hacer, siguiendo la voluntad del Rey Católico, y conformándose con la incorporación que hizo del reino de Navarra, en los reinos de Castilla, y con lo que ordenó por su testamento, y dispuso que sucediese el príncipe en él, hizo donación de aquel reino al rey don Carlos por él, y por sus herederos, y sucesores: y esta donación se recibió por el rey don Carlos abrazando el derecho, que fue siempre rechazado por el rey su agüelo: pero estaba tan fundado en razón, y justicia, que según el parecer del rey Luis, y de los mayores letrados del reino de Francia, como dicho es, se prefería al de la reina doña Catalina: y para quien tenía la posesión adquirida por las armas, con el derecho tan declarado por la sede apostólica, sin el que se heredó de tan antiguo de los reyes de Aragón, y Castilla, no pudo ser con mayor fundamento, que el que se concedía por la reina Germana bisnieta del rey don Juan de Aragón, y Navarra, al rey don Carlos, que era también su bisnieto. Esto se ordenó con la solemnidad que se requería en esta ciudad, a veintidós del mes de agosto de aquel año: como cosa, que al parecer de grandes varones de letras en los derechos civiles, convenía, para del todo acabar de fundar la legítima sucesión de aquel reino, en presencia de Guillén de Croy duque de Sora, y señor de Xebres almirante de Nápoles, y capitán general de todo el ejército marítimo del rey de don Carlos, su primer consejero, y camarero, y contador mayor de Castilla, y de Lorenzo de Garevedo gobernador de Brescia, y de Juan Hannarth vizconde de Hibenk de la orden de santiago, que llamaban Juan Alemán, y audienciero, primer secretario, y del consejo del rey don Carlos, que comenzó a ser en su cargo el mayor ministro: por haber fallecido poco antes el gran canceller Juan Sauvage, y de don Aymeric de Centellas camarlengo de la reina, y de Juan Gaspar Tolsa señor de Navarrés, y de Francisco de los Cobos secretario del rey, y Gabriel de Orti: que por ser auto tan señalado, me pareció que convenía no dejarse de referir en este lugar, aunque se anticipe tanto el tiempo: pues podría ser, que ni los que han tratado de justificar la sucesión, y conquista de aquel reino, ni los que tuvieron cargo hasta aquí, de escribir las cosas sucedidas en el reinado del emperador don Carlos, tuviesen noticia desto: y para los que vinieren, no se pierda la memoria de hecho tan digno de saberse: así como lo fue la donación que la princesa doña Blanca legítima heredera, y sucesora de aquel reino hizo al rey don Enrique de Castilla: de que se dio razón en los Anales: en que se veen las maravillas de los consejos de Dios, que proceden de un abismo, en otro: y así traspasó aquel reino de sus primeros conquistadores, a la casa real de Francia, y della a la de Castilla, en el rey don Juan, y después a las de Foix, y Albret: y postteriormente con nueva conquista a la maravillosa sucesión de la casa de Austria: a cuyo dominio estaba reservado, que habían de ir a parar todos los reinos de España, como lo vemos en nuestros días: lo que no se vio jamás, desde el reino de los godos.

De las cortes que se celebraron en la ciudad de Calatayud por la reina Germana: y de la ida del rey a ellas, por la disensión que hubo entre los estados del reino. XCIII.

Las cortes de los aragoneses se comenzaron a proseguir con más dilación de lo que se dio al principio a entender al rey: y como no se encaminaban las cosas, como él lo quisiera, y lo daban hecho los que procuraban, que sin tratar de satisfacer los agravios, se otorgase el servicio, comenzó el rey a tener mucho sentimiento dello. Fuese tratando en las cortes hasta trece del mes de junio, sobre lo que tocaba a la reformación del consejo del justicia de Aragón: y entre ello se intentó por los barones, y caballeros que tenían vasallos, que se revocasen los recursos de sus vasallos al rey, que llamaban perhorrescencias, en respeto suyo, y de sus tierras: de tal suerte, que por las personas de los lugares de la Corona real, ni de otros, no se pudiese haber justicia de los malhechores, ni de los que se recogiesen a sus lugares: siendo aquéllos, como decían, perhorrescentes a los actores, que pidían se les administrase justicia. Informando al rey desta manera, estando en Burgos a veintitrés del mismo mes, escribió a los jurados de Zaragoza, que por ser aquello tan perjudicial, y dañoso a todo el reino, nunca había permitido que tal cosa se les concediese: antes decía, que poniendo su persona real con ellos, como con iguales, le placía hacer en ello, todo lo que conforme a justicia, y fueron del reino se debía. Mas porque por esta vía no se satisfacían los intereses, y pensamientos de algunos principales que lo habían movido, insistían, que toda vía se revocasen las perhorrescencias, sin que se viese por justicia: y publicaban, que no entendían proceder adelante en el servicio, anteponiendo sus respetos particulares, a lo que tanto cumplía a la defensa de todo este reino, en la cual se había de emplear el servicio. Afirmaba el rey, que estaba aparejado para esperar cualquier inconveniente, antes que permitir en sus días, que sin conocimiento de justicia, se ordenase cosa en perjuicio de la república: y porque el proceso de la corte estaba sobreseído, les encargaba, y pedía, que tuviesen por bien, que el estado eclesiástico, y el real, juntamente pudiesen, como fieles aragoneses, y celadores del bien público, proceder por su parte, a hacer el servicio particularmente por ellos, en defensa del reino: con que se socorriese en alguna parte, a lo que convenía proveer: y para ello se enviase poder a sus síndicos, con la brevedad que lo requería la necesidad que se ofrecía. Eran el arzobispo de Zaragoza, el duque de Luna, y el conde de Ribagorza su hijo, y don Francisco de Luna, y otros caballeros de aquel bando, los que principalmente instaban en cortes, que se tratase del servicio: y como no salían con su propósito, habían aconsejado al rey, que siguiese el camino de procurar el servicio particular: y entonces se declaró el rey en publicar, que tenía muy gran queja de los aragoneses, porque se mostraban tan obstinados en su opinión. Con este sentimiento envió a decir a los más principales, qué cosas oía entonces, que pasaban en aquellas cortes, que no solamente nunca las vido, pero no las pudiera pensar jamás: ni aun en aquella sazón las podría creer, aunque las viese. Que lo que él tenía por peor era, que todo el daño nacía de quien debía procurar el remedio: y que no era aquélla la confianza que él tenía dellos: ni la fidelidad que debían a su servicio: y lo que más le desplacía era, que quisiesen perder la buena opinión en que los tenía: pues no lo debían en ninguna manera querer:

sino ser los más delanteros, en lo que tocaba a su servicio: y hacer libremente lo que debían: y no darle cada día causa de mayor descontentamiento. Mas el arzobispo, con el deseo que tenía de servir a su padre, y como tomó este negocio a su mano, lo encarecía más gravemente: afirmando, que había treinta y tres años, que comenzó a tener el gobierno destes reinos: y que como creció en edad, y experiencia, y vio fuerzas, e injurias que se hacían de las tierras de los barones, y que luego por la corte del justicia de Aragón se empachaba que no se hiciese justicia, desvelándose sobre el remedio de tanto mal, por su industria, y trabajo, con acuerdo, y consejo de letrados, se habían ganado muchas preeminencias reales: señaladamente lo de las perhorrescencias: que eran las sospechas de jueces, y lugares no seguros a las partes, que se querellaban: y que agora por aquella vía se podía alcanzar justicia de los barones, por las personas que tenían domicilio en los lugares de la Corona real: y de los que estuviesen en los lugares de los barones, teniendo recurso al rey, o a su lugarteniente general: que era la cosa de mayor preeminencia real, que en este reino tenía el rey su señor. Que esto era lo que lastimaba en el alma a los caballeros, que contradecían lo del servicio: y el vicescanner les ayudaba a retratarlo: y les pareció que habían perdido mucho, en que el ceptro real cobrase lo suyo, por su industria: y teniendo los enemigos por el mes de abril, mucha gente de armas a las faldas de los montes Pirineos, y a la raya destes reinos, no querían consentir, que se hiciese servicio de gente de armas, para la defensa del reino: sino que el rey por auto de corte les otorgase cierto sueldo, que llamaban caballerías: y quitase el recurso de sus súbditos al rey: para que los barones quedasen absolutos señores. Que ellos tenían, y querían que el justicia de Aragón fuese superior entre el rey, y sus súbditos: y cada día iban extendiendo esto con abusos: y en ninguna manera querían consentir, que el rey, y sus oficiales tuviesen sobre ellos alguna jurisdicción por recurso de los vasallos, por causa, y razón de sospechas, y miedos de jueces, y lugares no seguros. Como los barones, y caballeros entendieron cuán gran cargo se les daba por el arzobispo, por justificar su pretensión con el rey, enviaron a Burgos, no sólo los más principales fautores de su querella, pero los caudillos della, a quien seguía la mayor parte de los estados de los barones, y caballeros, e infanzones: que eran don Miguel Jiménez de Urrea, conde de Aranda, y don Jaime Martínez de Luna: y lo que resultó de su ida fue, quedar el rey con mayor sentimiento: y publicar el arzobispo, que trataron dello con el rey, con muy poco acatamiento. Que el rey su señor, como príncipe muy católico, y justo no quiso por ningún interese perder tan grande preeminencia: porque era perder la justicia: y hacer a sus súbditos vasallos de los barones: y constituirlos, que fuesen señores absolutos: y que esto los otros estados del reino lo atribuyeron a gran virtud: y lo estimaban por beneficio inmortal: y acordaron sin consentimiento de aquellos barones, hacer el servicio particular, por vigor de una bula, y privilegio apostólico, que se había concedido al rey. Tuvo el arzobispo de su opinión, que él entendía ser servicio del rey, y beneficio de la república, el estado eclesiástico, y a los síndicos que asistían en cortes por la ciudad de Zaragoza: que eran Miguel Cerdán señor de Sobradíel jurado primero, Juan de Paternoy, Antonio Agustín tío del vicescanner, y Pedro Marcilla letrado en derecho civil, y los más procuradores de las ciudades, y villas del reino, que concurren a cortes: y antes a doce del mes de julio por el capítulo que

llaman, y consejo de la ciudad de Zaragoza, se había deliberado, que pues no había esperanza, que en conformidad de los cuatro estados se hiciese el servicio, según era costumbre, se concediese por el medio que el rey lo pedía, juntamente con el estado eclesiástico: pues era para la defensa del reino. Con esto que a su parecer había de hacer llano el camino, para que el rey fuese servido, y se concluyesen las cortes, se hizo muy más peligroso, y difícil: publicando los del estado de los barones, y del de los caballeros, e infanzones ser muy dañosa, y perjudicial aquella introducción, que estaba prohibida mucho tiempo antes. Todos los desta opinión persistieron en su primer acuerdo: y suplicaron al rey, que no los agraviase por tal camino: y se sirviese de todos generalmente, como lo ordenaba la razón, y lo disponían sus leyes: mas no contentos, según el arzobispo informaba al rey, con haber hecho contradicción a lo de aquel servicio particular, procuraron públicamente, y de secreto con el vicescanner, que aquel servicio no pasase adelante: induciendo, y engañando algunos pueblos, de los que al principio habían dado a ello su consentimiento. Decía, que considerando aquellos barones, que se introducía forma, como el rey pudiese sin ellos ser servido de sus súbditos, se confederaron a contradecirlo, con orden, según afirmaba, y consejo del vicescanner: y entendiendo el rey, por lo que el arzobispo le informaba, y persuadía, cuánto importaba a su servicio, y de sus sucesores, la introducción, y uso deste servicio particular, y hallándose tan agravado de su dolencia en Burgos, que una noche le tuvieron por muerto, mandó que le trujesen a Calatayud: y publicó que quería venir a Aragón, a dar conclusión a las cortes: y envió a mandar a su vicescanner Antonio Agustín, que se fuese para él, porque tenía algunos negocios que comunicarle. Este llamamiento del vicescanner fue, porque sus émulos, y declarados enemigos, que para serlo se favorecían por extremo del arzobispo su hijo, pusieron muy grave sospecha al rey, que por su causa se le difería el servicio: y que tenía sus inteligencias secretas con el conde de Aranda, y con don Jaime de Luna, para que contradijesen el particular que se había ofrecido en contradicción de los barones, y caballeros, e infanzones. También le oponían éstos con declarada pasión, y malicia, que lo iba entreteniendo mañosamente: y que había dicho, que si le introducía forma, como el rey, sin los barones, pudiese ser servido de sus súbditos, era tanto, como dar al rey otro reino de nuevo: y pasaban las sospechas tan adelante, que se creía, que procuraba en ello de hacer servicio al príncipe: porque con su venida, que no se podía diferir, por estar el rey muy al cabo, se le hiciese servicio general: del cual no podría aprovecharse, haciéndose aquél, que el rey pretendía. Sin esto se sembraban otras calunias: y entre ellas que tenía grandes inteligencias en Flandes: y se entendía con los gobernadores del príncipe: que para con el rey, no se tenía por pequeño delito: mayormente informando al arzobispo, que se comunicaba con ellos, en cosas muy perjudiciales al estado real. De aquí resultó, que en llegando el vicescanner a Aranda de Duero, adonde halló al rey, el mismo día, a trece del mes de agosto a la noche, fue preso en su posada, por el alcalde Hernán Gómez de Herrera: y luego fue llevado con gente de caballo al castillo de Simancas por don Juan de Vilarasa teniente de Jerónimo de Cabanillas capitán de la guarda del rey: habiendo hecho tanta confianza de su persona, en cosas principales del estado, hasta lo postrero de su vida, que en un testamento que otorgó en aquella villa de Aranda de

Duero, a veintiséis del mes de abril deste año, intervino con los que se hallaron con el rey, a un auto tan señalado: que eran todos muy aceptos, y de quien se hacía gran confianza: y fueron el duque de Luna castellán de Amposta, el marqués de Denia, don Ramón de Espés, Miguel Juan Gralla, el tesorero Luis Sánchez, y Martín Cabrero. Como era persona de mucha autoridad, y tan principal en el consejo del rey, dio ocasión a los que no entendían lo que se trataba, y lo que el arzobispo había promovido con todo el favor, y poder que alcanzaba, a que pensasen las gentes diversas cosas: y pudo ser que fuese entre ellas una de muy gran liviandad, e indigna de creerse, y aun de escrebirse: puesto que el doctor Carvajal no la calla en sus Anales: antes, lo que es de maravillar de autor tan grave, la afirma por verdadera. Partió luego el rey arrebatadamente de Aranda para Segovia: adonde se le agravó más la enfermedad: y como toda su ansia era caminar, por el desasosiego que le causaba la dolencia, y pensando dar conclusión a las cortes, no pudiendo fenecerlas la reina, como él quisiera, volvió aún más aceleradamente para Calatayud: y dejó en Segovia al cardenal con el consejo real: y trujo consigo al infante don Fernando. Llegó a la ciudad de Calatayud casi mediado el mes de septiembre: y como no estuviese en disposición para poder sufrir ninguna dilación, tuvo por principal intento de seguir lo que se había movido del servicio particular, por abreviar, y concluir como quiera. Persistieron con gran fuerza los barones, y caballeros en su opinión: y no quisieron consentir el servicio, si no se revocasen los recursos de las causas de sus tierras, que se seguían por la vía de las evocaciones, que llaman perhorrescencias: pretendiendo, que por aquel camino recibían agravio en entremetérseles en la jurisdicción: y que era en grave lesión de los privilegios, y libertades del reino: y por esta causa se iba difiriendo el servicio general. Por este tiempo, no sólo andaba el rey luchando con la basca de la muerte, pero si es verdad lo que se afirma, hacía señal della, como pregonera, aquella tan famosa campana de Velilla, que siempre se tenía por mensajera, como en los Anales se escribe, de grandes acontecimientos, y muertes de reyes: aunque el crédito que yo podría dar de caso tan extraño, y milagroso, y que dura hasta nuestros días, con admiración de las gentes, sería lo que afirma de sí Estrabón, que le sucedió con la estatua de Memnón: de la que se imaginaba en los tiempos de César Augusto, y muchos años después, según lo escriben autores muy graves de las cosas de la naturaleza, y de la historia del Imperio Romano, y de las antigüedades de Grecia, que en la ciudad de Tebas de Egipto, en el templo de Serapis, cada día con el resplandor de los rayos del sol, cuando salía, resonaba la piedra de aquella estatua, conforme al sonido de las cuerdas de una vihuela: y se tenía por una de las maravillosas cosas de la tierra: y como a tal la iban a ver grandes príncipes. Porque aquel autor escribe, que hallándose en aquella ciudad para ver aquella maravilla, con Cornelio Galo, que fue el primero presidente que el emperador César Augusto puso en Egipto, después de haber reducido el reino a forma de provincia, y con él otras personas, que eran amigos del presidente, y con diversos soldados, casi a la primera hora del día, oyó cierto sonido, que aquel autor dice, que o salía de la basa, o de la estatua: o era por la industria de los que allí se hallaban a la representación de tan gran milagro: y que él ninguna cosa destas osara afirmar: considerando, que por ser tan incierta la causa de una obra tan extraña, a cualquier cosa diera antes crédito, que a pensar, que había de resultar

un tal sonido, por una compostura de piedras como aquélla: y así con certificar todo un pueblo entero, y sus vecinos, haber visto esta maravilla muchas veces, no serán pocos los que no darán crédito a ella.

Que el rey después que se le denegó el servicio general en las cortes de Calatayud, volvió a su gobierno de los reinos de Castilla. XCIII.

Antes que el rey llegase a Calatayud, vino el arzobispo su hijo a Zaragoza, y trujo consigo a Miguel Cerdán jurado primero de la ciudad: y juntándose en las casas de la puente, a donde se suelen congregar los que tienen cargo del regimiento della, tuvo el arzobispo cierta plática ante los jurados, y su consejo: pidiendo, que atendido que la negociación de las cortes estaba sobreseída, e insistiendo los barones en su porfía, no procederían a otorgar el servicio, considerando la necesidad que había de proveer a la defensa del reino, en lo cual entendía el rey con toda solicitud, tuviesen por bien, como tan fieles, y celadores del bien público, que por su parte se pasase a otorgar el servicio juntamente con los estados de las universidades, e iglesias: con que se socorriese en alguna parte, a los gastos que se ofrecían en la defensa del reino. Tratando el arzobispo esta negociación con las personas, que él tomó por ministros para persuadir a los ciudadanos que viniesen a esto, procuraron, que la ciudad ofreciese el servicio particular: porque a su ejemplo las otras ciudades, y pueblos del reino, y el estado eclesiástico concediesen lo mismo: y se pudiese ejecutar la justicia contra los malhechores. Ayuntado el capítulo y consejo de la ciudad, se determinó con acuerdo de los más principales ciudadanos, que por vía de concordia se concediese el servicio, con las condiciones que se pedía: fundándose en cierta bula que el rey había impetrado del papa Sixto IV, al tiempo que quiso emprender la guerra contra los moros. Relevaba el Sumo Pontífice al rey por esta bula, por la urgente necesidad que ocurría entonces, de la prohibición, y juramento, y censuras que se publicaron en virtud del fuero que se hizo en las cortes que se celebraron en Zaragoza, en tiempo del rey don Martín, por el cual se prohíben, y condenan, con graves penas, las imputaciones que se hicieren de servicios, y sisas por cualquier universidad, y villa del reino en particular: lo cual se había también denegado al rey: habiendo tanto más justa causa para pretenderse en la conquista del reino de Granada. Ofrecían en aquellos capítulos, por la necesidad que ocurría de la defensa del reino de Aragón, y de todas las tierras, y señoríos de su Corona, de imponer sisa en los estados eclesiástico, y popular, con las salvas, y protestaciones ordinarias por tiempo de tres años: con las condiciones que se suele otorgar, cuando el servicio es general, y se otorga en cortes de común acuerdo, y consentimiento de todos. Este servicio se había de pagar por las villas, y lugares del rey, y de la Iglesia: y por los perlados, y religiosos, y personas eclesiásticas, y monesterios, y casas de aquellos estados, y de sus súbditos: y por los que quisiesen entrar en aquella concordia. El dinero que de allí resultase, había de servir para los gastos, y necesidades de la guerra: y para el sueldo de la gente de armas, y de pie: y se había de librar con intervención de las personas que se nombrasen por aquellos estados: y la gente se había de hacer en



el reino, y residir en él, y no salir de sus límites, sino para su defensa: y los capitanes había de ser aragoneses, o valencianos, o catalanes: y en defeto dellos de Castilla, o Navarra: reservando este conocimiento al rey, y a su capitán general de guerra. También, por quanto para la ejecución desto les pareció convenir que hubiese alguna gente, aunque no hubiese guerra, para fin que con ella el capitán general tuviese poder, y facultad de poner en obra lo que estaba ordenado, el rey de voluntad de aquellos dos estados proveyó, que se hiciesen quinientos hombres de pie: y que a éstos, residiendo en sus casas, se les diese medio ducado al mes: y en tiempo de guerra se les pagase el sueldo entero: y que se compartiesen por el reino, a voluntad del capitán general, para que obedeciesen lo que él les mandase. Dábase orden, que siempre que conviniese favorecer alguna provisión de justicia, o castigar, e impedir cualquier resistencia que se hiciese a los oficiales reales, o en cualquier otro caso que conviniese a los estados eclesiástico, y popular, el capitán general diese el favor, y ayuda que fuese necesaria, hasta que la ejecución se acabase con efeto, con la gente que le pareciese, siendo requerido por la parte, de cuyo interese se tratase, o por el juez ejecutor: conque se comprehendiesen en esta concordia. Acordóse en ella, que se pagasen las costas de los bienes de aquél, contra quien se hiciese la ejecución, y fuese inobediente: no embargante cualquier dispusición de fuero, o derecho: y que si mayor ayuda fuese necesaria, el capitán general convocase los estados: y se hiciese lo que por ellos se ordenase. Proveían, que el capitán general en todo esto tuviese el mismo poder que le pertenecía por fuero, y costumbre del reino de Aragón. Las ciudades de Calatayud, y Tarazona, y algunas villas del reino al principio no querían venir en esto, sino que se otorgase el servicio en la forma que era permitida: y después que la ciudad de Zaragoza lo concedió, se conformaron en ello, y el estado eclesiástico, y algunos barones, y caballeros que siguieron al arzobispo. Mas como no era en conformidad de todos, se dejaba una gran división, y discordia civil: quedando excluidos los barones, y caballeros, e hidalgos del reino: que era encender una llama con que ardiese, y se abrasase en parcialidad, y guerra. Esto se ordenó con tanta confusión, y contradición, que no se pudo testificar el instrumento con la solemnidad que se acostumbra, en la conclusión de las cortes: y hubo algunas protestaciones, y autos que se hicieron de parte de los ricoshombres, y del estado de los caballeros, e infanzones: sin los cuales se acordó de hacer el servicio particular. Hallaron esta salida para la conclusión de las cortes, los que mostraban desear el servicio del rey, disminuyéndolo, no menos por este camino en la autoridad, que en el interese: de lo cual se siguió, no sólo división, pero casi una guerra civil entre los hidalgos, y ciudadanos, y populares de la ciudad, y comunidad de Calatayud: que duró muchos días tan reñida, y cruel, que no pudiera ser mayor entre enemigos extraños. Resultó esta enemistad por razón, que teniendo el rey gran sentimiento de los caballeros, e hijos dalgo de aquella ciudad de Calatayud, que no quisieron otorgar el servicio, estando él presente, los privó de los oficios, y de la parte que tenían en el regimiento: y de los privilegios de que gozaban, como los otros ciudadanos: y los sacó de la administración, y gobierno a que eran admitidos: sacándolos de los cargos públicos: e inhabilitándolos, para que no los pudiesen tener de allí adelante. Desta novedad se siguió tan gran disensión, y enemistad entre ellos, y los otros ciudadanos, y la comunidad, que casi

vino a ser guerra formada, que duró hasta la venida del príncipe: y se apaciguó con su nueva sucesión en el reino, habiendo sucedido muchos daños, y muertes. El arzobispo no dejaba de encarecer al rey su padre, el servicio que en esto hacía, no solamente a Su Alteza, pero al príncipe su nieto: afirmando, que todos los pueblos, y caballeros principales, y medianos, y las otras personas de todos los estados del reino al principio consentían en ello: aunque los barones que lo contradijeron, y habían de contribuir en una pequeña parte, pusieron toda la fuerza que podían, en que con inhibiciones de la corte del justicia de Aragón se defendiesen. Desto daba gran cargo el arzobispo a Juan de Lanuza justicia de Aragón: afirmando, que después que él presdía en aquel tribunal, que eran muy pocos años, se habían seguido más inconvenientes por los bandos, y estorbo de la justicia, que en cuarenta años antes: y se había perdido el consejo de letrados, que solía ser muy útil, y provechoso: y los barones entendían, que el arzobispo les había hecho mucho daño, en quitarles tanta licencia como tenían de maltratar a los vasallos de las villas reales, de que ellos, y los suyos alcanzaban algunas utilidades no justas, ni debidas: y por haber restituido al ceptro real sus preeminencias: que nunca estuvieron en los tiempos pasados más sublimadas, que entonces: y que se había ya introducido remedio para concluir cortes, y servicio, sin que tuviesen sujeto a su rey, y señor, como solían: y no le hubiesen de rescatar. Mas esto no fue tan cierto, y llano como el arzobispo se persuadía, o se le daba a entender: porque se comenzó luego a poner mucha dificultad en cobrar lo que tocaba al servicio particular: y fue necesario después, que el mismo arzobispo se obligase a la ciudad de Zaragoza, para que de los dineros que se fuesen recogiendo se pudiese juntar la infantería para proveer a Jaca, y Sos, y otros lugares de las fronteras: teniéndola por más útil, que gente de caballo: por haber de servir en las montañas: y con fin, que los caballeros principales no llevasen sueldo de capitánías: y se diese a mayor número de gente. Partió el rey de Calatayud para Madrid entrado el mes de octubre, con todo el descontentamiento, y desgrado que se puede pensar, de sus súbditos, y naturales, a quien él tanto había amado, y favorecido: y fue por Buitrago por correr monte: y la reina se vino a Zaragoza: y de aquí pasó al principado de Cataluña para asistir a las cortes que se habían convocado a los catalanes, para la ciudad de Lérida. Su partida muy arrebatada de aquella ciudad de Calatayud, para volverse a Castilla, con tanto desgrado de los aragoneses, padeciendo mucho tormento de una tan grave, y larga dolencia, y teniendo tan presente la muerte, se pareció mucho con la que hizo el rey don Fernando su agüelo de Barcelona cien años antes, estando para expirar, con el mismo sentimiento, y queja de los catalanes: en tanto extremo, que declararon bien el uno, y el otro, en cuánto más estimaban ser gobernadores de aquellos reinos, que con aquella libertad de los súbditos, reinar en los suyos.

De la entrada del rey Francisco en Lombardía: y de la batalla que venció a los suizos: y que la ciudad de Milán se entregó al rey de Francia, y el duque Maximiliano Sforza con el castillo. XCV.

Había juntado el rey Francisco toda la flor de gente de armas de su reino, y un muy poderoso ejército, para la empresa de Lombardía, con determinación de pasar en persona a Milán. Por otra parte se iban acercando, casi en fin del mes de agosto, quince mil suizos a Lugano, y Belinzona, y por aquel contorno: y esperaban que se habían de juntar hasta cuarenta mil infantes dentro de pocos días: y estaban con gran ánimo para salir a dar la batalla al rey de Francia: y pasando el Próspero Colona con la gente de armas que tenía, a tomar cierta entrada a los franceses, fue atajado por la gente del señor de la Paliza, y preso en Villafranca estando muy descuidado, y cenando. Esperaba el visorey don Ramón de Cardona que se juntasen con él los suizos, y la gente del Papa que había llevado Lorenzo de Médicis hijo de Pedro de Médicis que murió en el Garellano: y con ella estaba determinado de salir a dar la batalla a los franceses: y tenía por muy cierta la vitoria. Entendió el rey en esta sazón los inconvenientes que se seguían, por no haberse juntado el visorey con su ejército con los suizos, y con la otra gente de la liga: y por aquella causa estaba, no solamente Italia, y el reino de Nápoles, y su ejército en evidentísimo peligro, pero toda la cristiandad: y díoles orden que dejando la gente de guarnición que le pareciese en Verona, si no hubiese enviado el Papa la suya, se partiese: y fuese a juntarse con la gente del Papa, y con los suizos. Mas después que supo por letras de su embajador que estaba en Roma, de veintitrés de agosto, que el ejército del rey de Francia, y su persona misma habían pasado los montes, y estaban en lo llano de Lombardía, y que fue preso Próspero Colona, y rota la gente de caballo que tenía, y que Alejandría de la Palla estaba por los franceses, y los suizos dejaban los pasos, y se juntaron en Riboli, adonde tenían una dieta para determinar lo que debían hacer, y estaban muy mal contentos, y en gran manera sospechosos de ver, que el visorey con aquel ejército, y con la gente del Papa no se juntaba con ellos, tenía el rey gran recelo, que viéndose sin gente de armas, y sin caballería, y con los ofrecimientos que el rey de Francia les hacía, tomasen algún siniestro, y se concertasen con franceses: o se volviesen a sus casas, desamparando al duque de Milán. Porque en resistir que franceses no entrasen en Italia, consistía la seguridad della, ordenaba el rey, que si ya no fuese junto el visorey con suizos, y no era tarde, lo hiciese luego: y si no lo hubiese hecho, ni pudiese hacerse, se recogiese adonde se salvase, y pudiese volver a Nápoles: y no dejase gente en Verona de guarnición: y no remitiese al Papa la determinación de las cosas de la guerra: sino que se proveyese por el consejo de guerra que tenía consigo. Estaba en Vallegio Diego del Águila por el mismo tiempo solicitando, que el visorey se juntase con los suizos, y con la gente del Papa: y repartía la paga de aquella gente: y procuraba que los suizos pasasen a Pavía: pero puesto que el duque Maximiliano, que se quedó en Milán, escribió al visorey que estaba desta parte del Po con su ejército junto a la Ada, que apresurase su partida, si quería participar de la gloria que se esperaba, teniendo por cierta la vitoria, y que no consintiese que fuese de sola aquella nación suiza, y hubiese determinado que se juntasen en Lodi con los suizos, que se resolvió que

pasasen a Pavía, ellos tomaron otro acuerdo: y siguieron el camino de Milán. En este medio tomó el rey de Francia a Novara: y combatió, y ganó la fortaleza, con industria del conde Pedro Navarro, que llevaba cargo de la infantería de Gascones, y vascos: al cual prendó el rey Francisco, y granjeó para servirse dél en la guerra: y pagó veinte mil escudos por su rescate. Fue así, que muerto el rey Luis, y sucediendo en su lugar un príncipe tan animoso, y deseoso de entrar en tan grande empresa, como era la de Italia, al conde Pedro Navarro, por no haber acudido el rey a lo de su libertad, con el favor, y demostración, que él quisiera, y que el nuevo rey de Francia le hizo grandes ofrecimientos, y dio mucha esperanza de emplearle en gran lugar, con cargo de guerra, fue cosa muy fácil de concertarse: y pagó el rey de Francia aquellos veinte mil escudos. Entonces el conde con un religioso, que se llamaba fray Alonso de Aguilar, envió al Rey Católico la renunciación del condado de Olivito: y requirió que se le alzase la fidelidad que le debía, para poder servir al rey de Francia: de quien había alcanzado la libertad. El rey, aunque tarde, entendió, que el conde era para servir, y deservir: y envióle a encargar, con muy dulces palabras, que no siguiese tan errado camino: porque teniendo el conde en tanto su honra, como la tenía, y como era razón de tenerla, no debía negar a su rey, y señor natural, por servir al rey de Francia: y que quería pagar los veinte mil escudos, que el rey de Francia había dado: y más si fuese menester: y que se viniese luego para él: que le haría otras mercedes: y le trataría con el amor, y favor, que era razón: y que si no le había dado a entender esto, en tres años que había estado en prisión, fue porque el rey Luis nunca quiso dar a ello lugar. Pero ya el conde era tan francés, como antes se había mostrado español: y debajo de aquella ley tornó a perder, por su desastrada suerte, otra vez la libertad: y acabó su miserable vejez en prisión. Como después deste suceso de Novara se tratase por parte del rey de Francia de concertarse con los suizos, no quiso el visorey pasar adelante, ni moverse, por no confiarse de la poca firmeza, y fe de aquella nación: y deteniéndose por esta causa, el rey acercó su campo a Lodi, por tomar el paso a los nuestros, porque no pudiesen juntarse con los suizos: y como se recelaba que por la parte del río Ada había de bajar Bartolomé de Albiano a juntarse con el ejército veneciano, con el rey de Francia, viendo el visorey el peligro en que quedaba, si le encerrasen en medio, dejando en la guarda de Verona a Marco Antonio Colona con cien hombres de armas, y setenta caballos ligeros, y dos mil soldados alemanes, y en Brescia mil doscientos lanzacaneques pasó con su ejército de la otra parte del Po, cerca de Piacenza, por una puente que había hecho de barcas. Con esta nueva salió el de Albiano de Poles de Robigo a toda furia, y pasó el Ada, llevando el camino junto a las riberas del Po: y traía, según Guicciardino afirma, novecientos hombres de armas, y mil cuatrocientos caballos ligeros, y nueve mil infantes: y con muy buena artillería se fue a poner junto a los muros de Cremona: y el rey de Francia se pasó a Mariñano: porque con menos peligro del de Albiano se juntase con él. Así tenía fin el visorey de juntarse con los suizos: y recibir en Piacenza a Lorenzo de Médicis, que tenía cargo del ejército del Papa, y de florentinos: pero recogióse el visorey con mayor determinación: porque tenía menos confianza, que Lorenzo de Médicis, que había quedado en Piacenza con la gente del Papa, le siguiese para juntarse con los suizos: antes sabía que tenía sus tratos con el rey de Francia, por prevenir que si

los suizos venciesen, no se apoderasen de Parma, y Piacenza, como lo habían amenazado. No quería el visorey ponerse en aventura de lo que suizos pudiesen hacer: de cuya infidelidad, y fiera condición se tenía gran experiencia en lo pasado: ni tenía por seguro consejo, dejar la gente italiana a las espaldas, de quien estaba con mayor recelo. De manera, que no queriendo más esperarle los suizos, que estaban en Milán, con una soberbia, y arrogancia increíble salieron a dar la batalla al rey de Francia: y a combatirle: que tenía su ejército junto a San Donato muy cerca, en un fuerte: y estaba su gente apercebida, y en orden con un maravilloso concierto. Peleóse por entrambas partes con extraño esfuerzo, y furor: y habiendo rompido los suizos el fuerte, y ganado parte de la artillería francesa, sobreviniendo la noche, pelearon con el mismo furor gran parte della: y después cesó el estruendo de las armas, teniéndose los suizos por señores del campo: y apercibiéndose los franceses con gran valor, para cuando amaneciese. El combate duró desde las tres horas después del medio día, hasta entre once, y doce, que la una les faltaba, y la noche los despartió: y estando el rey más cerca de los enemigos, le convino hacer la guarda demanera, que no les dieron ningún rebato: y parece por relación del mismo rey, una cosa de gran ejemplo de esfuerzo, y valentía, que es haber durado veintisiete horas a caballo, el almete en la cabeza, sin comer, ni beber: y que persistieron en la batalla los unos, y los otros, desde las tres horas de la tarde, hasta el otro día de mañana dos horas, sin saber quién la había perdido, o ganado, sin cesar de combatir: y de tirar la artillería de día, y de noche. Luego que comenzó a resplandecer el alba, se mezcló de nuevo más fiera la batalla: y a la postre sobreviniendo Bartolomé de Albiano con algunas compañías de caballo, creyendo los suizos que llegaba con todo el ejército de venecianos, desampararon el campo, y fueron a recogerse a Milán. Fue esta batalla a trece, y catorce del mes de septiembre: y de las muy famosas, y terribles que ha habido en Italia: en la cual se señaló ser tan grande el ánimo, y coraje del rey Francisco, que a solo él se atribuyó la gloria del vencimiento. No esperaron en Milán los vencidos: y con achaque que no les dieron cierta paga que pidían, desampararon al duque, que se había retraído al castillo: y ellos se volvieron por el lago de Como: y la ciudad se rindió al rey por los milaneses. Púsose cerco al castillo por el conde Pedro Navarro, que era gran artífice de aquel menester: y habiéndose minado, y combatido, y teniéndole en gran estrecho, a la postre el duque, que ni tuvo ánimo, y le faltaron las fuerzas, y ventura para defenderse, se entregó con el castillo al rey a partido: y él fue enviado preso a Francia. Con esta vitoria tan señalada, visto el peligro en que estaban las cosas del reino, en caso que se estorbase la ida del emperador a Italia, y la de los suizos se dilatase, porque no convenía despedir el ejército, que el rey tenía en Lombardía, hasta ver el suceso que tendrían las cosas y no estuviere ocioso en Nápoles, ni se hiciese daño, y estrago en los pueblos de aquel reino, y también porque no había forma de donde pagar tanto gasto, dio orden el rey a don Ramón de Cardona, que hiciese luego una armada: y la enviase con la gente de caballo, y con la infantería que le pareciese que bastaba, para hacer la empresa de los Gelves: porque acertándose, se podría sostener aquel ejército algunos días. En esto se puso mayor diligencia, porque se entendió del cardenal de Santa María en Pórtico, que el rey de Francia ninguna cosa deseaba más, que tomar la empresa del reino, y proseguirla: y que esto se

procuró más principalmente con el Papa, en las vistas que se concertaron para en la ciudad de Bolonia. Envió por este tiempo el señor Desparrés al rey un Domenjo de Turbida, con plática que la reina de Francia quería enviar al rey a Gilles de Camacre su secretario, con nueva negociación: y estando el rey en El Burgo de Osma, a veinte del mes de septiembre, le mandó responder, que si aquello era sobre las cosas de Navarra, en favor del rey don Juan de Albret, y de la reina doña Catalina de Foix su mujer, en aquel caso era excusada la venida de aquel secretario. Porque poseyendo el rey, como poseía, aquel reino tan justamente, negociación que fuese contra esto, no era razón de la escuchar: pero si la venida había de ser, para tratar en otros negocios, la reina su sobrina le hiciese saber, si eran negocios, que tocaban al rey solamente, o al rey, y a sus confederados. Demás desto mandó decir al señor Desparrés, que en todo tiempo holgaría de recibir los mensajeros, y criados que la reina su sobrina le quisiese enviar: pero porque tenía muchos amigos, y confederados con quien había de cumplir, y recibir mensajero suyo en tal tiempo, estando las cosas de la manera que estaban, sería poner sospecha a los príncipes sus aliados, y estaba determinado de no la poner, ni les dar ninguna ocasión en dicho, ni en hecho, por esto era necesario antes de recibir su mensajero, saber, si la negociación que había de traer, era enderezada a paz general: o qué negociación era: porque pudiese mejor responder. Sabida la vitoria que hubo aquel príncipe, en que mostró tan gran valor, y señaló su persona en la flor de su edad, con ánimo tan gallardo, y valiente, no fue muy perezoso el Pontífice en rendírsele, con esperanza de grande acrecentamiento para los suyos, y para toda aquella casa de Médicis: en sazón, que cada hora estaba aguardando la nueva de la muerte del rey: que sabía dar ánimo, y consejo, y socorro en las mayores necesidades: mayormente teniendo tan conocida la necesidad del emperador, y la variedad de sus empresas: y considerando la edad del príncipe don Carlos: y creyendo que no se le había de ofrecer poca fatiga para asentar las cosas de la sucesión de los reinos de Castilla: pues no le quedaba pequeña contienda, por la pendencia del de Navarra: y cuando aquello se pudiese sustentar con la grandeza, y pujanza de Castilla, ¿en cuánta aventura ternía lo del reino de Nápoles? Así se concertaron presto las vistas del Papa, y del rey de Francia en Bolonia, y dellas resultó la confederación suya, y de la señoría de Venecia, que fue principio de nueva guerra entre dos príncipes tan grandes, en la nueva sucesión de sus reinos: y de las señaladas que hubo en otros tiempos: que con mucha razón quedaran remitidas para sus autores, cuando se va dando debida conclusión a esta obra.

De la deliberación que tuvo el rey, de mandar prender al Gran Capitán: y de la nueva confederación que se asentó con el rey de Inglaterra. XCVI.

Con la dolencia del rey, que estaba en el postrer peligro de su vida, había recelo de mayores novedades, y de la venida del príncipe, sin orden de su agüelo: y que el Gran Capitán, con color que era requerido por el rey de Inglaterra, que le fuese a servir, quería pasar a Flandes: y para podello

hacer con autoridad, y como conviniese a su honor, y a la empresa de traer al príncipe a Castilla, estaba deliberado, que se juntasen con él en Málaga los condes de Cabra, y Ureña, y el marqués de Priego. Estuvo el rey tan indinado desto, que envió a Málaga a Manjarrés para embarazar su embarcación: y si necesario fuese, hacer oficio de espía para prenderle: y lo más cierto, porque se entendía, que tenía bula de la sede apostólica, para suceder al rey en el maestrazgo de Santiago: temiendo el rey con su gran prudencia, los peligros, y males que podían recrecer en la nueva sucesión del príncipe, si a esto se diera lugar. Esto era por el mes de octubre, estando el Gran Capitán en Loja, adonde adoleció: y hubo tanto temor de su partida, que pensaban ser la dolencia fingida: la cual se le agravó de manera, que hubo de morir della. Antes desto, se procuraba con mucha instancia por el rey, por el medio de fray Bernardo de Mesa obispo de Trinópolis su embajador, de ganar la afición del rey de Inglaterra, para reducirle a muy estrecha confederación: y envióle con el comendador Luis Gilabert un muy rico presente de joyas, y caballos muy ricamente enjaezados a la brida, y a la jineta. Recibióse el presente con tanto contentamiento en Windsor a veinte de septiembre, que otro día salió el rey a misa con un collar de balajes, y la reina con un balaj grande muy rico, que eran de las joyas que envió su padre, que se estimaban en cien mil ducados. Aunque el rey de Inglaterra mostraba que tenía en más el ánimo, y voluntad del rey, que el presente, cuando fuera de muy mayor valor, todos estos amores se enderezaban a que el rey de Inglaterra se confederase con su suegro, para estorbar que el príncipe no se empachase en las cosas de Castilla: y para la defensa de Navarra: ofreciéndose de parte del rey, que ayudaría para en defensa de la guerra de escoceses. Este día fue en aquel palacio real de muy grande alegría, y contentamiento: porque fue el primero en que se confirmó estar preñada la reina, cosa en gran manera deseada por todo el reino: y sintió tener viva la criatura: y llegaron a Thomas Volseo arzobispo de York los breves del Papa de ser creado cardenal: y que la reina de Escocia hermana del rey de Inglaterra se había escapado de donde la tenían presa: y estaba ya dentro del reino de Inglaterra, con que se daba esperanza de cobrar al rey de Escocia su sobrino, y echar de aquel reino al duque de Albania. Era el arzobispo de York toda la privanza de aquel príncipe: y de quien colgaba el gobierno de su estado: y con ser de muy baja suerte, se elevó tanto con la dignidad, que a la mañana le vino la nueva de ser promovido a ella, y a la misa, y al comer ya usaba de nuevas cerimonias. Parecía, que lo desta confederación se deseaba tanto por el rey de Inglaterra, como por su suegro: porque no le ponían menos miedo en su casa con la vitoria del rey de Francia en Lombardía, que al rey en lo de Nápoles, y Navarra. Tenían los del consejo del rey de Inglaterra por rompida la confederación que había entre los reyes, suegro, y yerno, por muchas cosas en que habían venido contra ella: y así lo habían dado a entender manifiestamente, en no haber comprendido el rey Enrique a su suegro en ninguna de las confederaciones que habían hecho: y por esto decía el rey de Inglaterra, que había agora de hacer confederación con el rey tal, que entrambas las partes la pudiesen cumplir: y ellos y sus reinos viviesen en perpetua unión. Esto se tuvo por muy grave: porque el rey daba a entender a su yerno, que siempre había tenido por inviolada, y firme su confederación, por tenerle prendado a salir a la defensa de Navarra: y los del consejo del rey de Inglaterra persistían en

no querer obligar a su príncipe a la defensa della, y a las cosas del gobierno de Castilla: que eran dos cosas muy principales, para las cuales se pretendía la nueva confederación de Inglaterra: y como se publicó entonces, que el Papa, y suizos se habían concertado con franceses, y que el rey de Francia sería señor de todo el estado de Milán, y que las cosas de Italia estaban en extremo peligro, lo que peor parecía, que los que estaban cerca del rey Enrique, se tenían por prendados, y galardonados por el rey de Francia, no acudían a lo de la nueva confederación, como el rey lo pensaba. No mostraba el rey menos recelo, que el rey su yerno se concertase con el príncipe su nieto, para lo del poner la mano en el gobierno de Castilla, que el juntarse con el francés: y tanto más temor se tenía desto, cuanto los días pasados habían mostrado ingleses procurar de hacer algún pesar al rey: mas en lo del príncipe, como al rey de Inglaterra no se le daba mucho, porque viniese, o dejase de venir a gobernar estos reinos, así decía, que no convenía que el rey, y él perdiesen la autoridad, y crédito que se requería, para poder desatar el casamiento, y amistad del príncipe, con la casa de Francia: pues a ello le aficionaban, e inducían los que le gobernaban: y por esto no querían los ingleses, que en la nueva confederación se declarase, que habían de ser contra el príncipe, por ningún caso: habiéndose tan pocos días antes concertado amistad, y alianza con él: y ofrecían de dar todo favor a la princesa Margarita, y al señor de Berghas: y hacer todo el mal posible al de Xebres: que le tenían por muy aficionado a Francia, y a los de su parcialidad. A dieciocho del mes de octubre firmaron el cardenal, y el embajador de España en nombre del rey, y de la reina su hija, la confederación entre los reyes: diciendo el cardenal en nombre del rey de Inglaterra, y en presencia de todo el consejo, «El rey de Inglaterra quiere guardar esta confederación de estrechísima amistad con el Rey Católico: y guardarla ha perfectamente. La pasada luego se rompió: y no se podía guardar: ni se había de guardar. Sobre este fundamento que agora hacemos de tanta concordia, levantaremos otras cosas muy mayores. Tenemos confianza que el Rey Católico hará lo mismo de su parte». El obispo mostró la misma confianza: quedando con harto descontentamiento, de no haber podido sacar más prendas en particular, en lo que tocaba al príncipe, y a la defensión de Navarra: porque era en generalidad de perpetua amistad: con asentar que los súbditos de ambas naciones viviesen en mucha paz, y comercio: y juróla el rey de Inglaterra, a veintisiete del mes de octubre sobre los Santos Evangelios: y sobre el canon de la misa, en presencia de algunos grandes de su reino: y el de Trinópolis la juró en nombre del rey: aunque se había de jurar acá con la misma solemnidad por el rey, como se hizo: y se pregonó mediado el mes de diciembre. Procurábase de tener muy prendados a Carlos Brandon duque de Suffolk, y al cardenal: porque teniendo ganados a aquellos dos, no había dificultad ninguna para gobernar aquel príncipe, a contentamiento de su suegro. Entonces supo el rey por aviso del cardenal de York, que el príncipe enviaba a España al deán de Lovaina por su embajador: y que no venía con buena intención: y que más era enviado para tratar algunas cosas en perjuicio suyo, con los grandes de Castilla: y dábale crédito, porque a los del consejo del estado del rey de Inglaterra, ningún secreto se les encubría de las cosas que pasaban en el consejo de estado del príncipe. Lo público era, que esta confederación entre los reyes de Aragón, e Inglaterra, y sus sucesores, era para común defensión de todos sus reinos, y



estados: y con ella se tenía por cierto, que aunque los suizos se concertasen con el rey de Francia, y no tornasen a bajar juntamente con el emperador en favor de las cosas de Italia, el rey de Francia no osaría emprender cosa alguna contra el reino de Nápoles, ni contra otro estado destes reinos: y si lo emprendiese, se le podía bastantemente resistir: mas la poca seguridad que había en los que trataban del estado del rey de Inglaterra, por tenerlos el rey de Francia prendados con buenas pensiones, era causa, que el rey confiase poco en ningún asiento: sino para ir entreteniendo el tiempo.

De la vitoria que hubo don Luis de Requesens junto a la Pantalarea, del Arrayz Solimán: y del socorro que el visorey don Miguel de Gurrea dio a Bugía, teniéndola cercada Omich Barbarroja capitán turco. XCVII.

Antes desto, hallándose don Luis de Requesens capitán general de la armada del rey en la Pantalarea, para ir con toda ella la vuelta de Berbería, siendo casi en fin del mes de julio, sobrevino un recio temporal: y por él salieron de allí una nao, y un galeón, que llevaba: y él se quedó con nueve galeras en aquella isla. Forcejó la nao con el tiempo: y volviendo para el puerto, de donde había salido, descubrió trece fustas de turcos, cuyo capitán era Arrayz Solimán, que había tomado una galera del papa Julio: y pocos días antes hizo mucho daño en las costas del reino de Sicilia en las mares de Trapani, y Marsala. Estas fustas salieron a combatir la nao: y sintiendo las galeras la artillería, pusieron en alta mar: y reconocieron las fustas: e hicieron vela para allá: y los turcos se pusieron en huida, luego que descubrieron nuestras galeras. Fueron en su seguimiento a muy gran furia: y viéndose los turcos muy acosados, y que les iban al alcance, afrenillaron sus remos, y amainaron las velas, y recogieron las antenas, y comenzaron a bogar todo lo que pudieron, por salir a sobreviento. Cuando vieron que las galeras les iban ganando mucha ventaja, y se les acercaban, pararon: pareciéndoles que la nave, y el galeón quedaban muy atrás: y que no podían juntarse con las galeras, por ser el viento contrario: y entonces los nuestros fueron a remo hacia las fustas: y comenzó a jugar la artillería de ambas partes. La pelea se comenzó a trabar entre ellos valerosísimamente: y de suerte, que hubo muchos heridos de las dos partes: porque los turcos tuvieron el viento más favorable, y hacían mucho daño con las flechas. Duró la batalla más de dos horas: y a la postre fueron los turcos vencidos: y de las trece fustas se escaparon las cuatro, y tres fueron a fondo, y las seis quedaron en poder de los nuestros: en las cuales había hasta quinientos turcos, y cuatrocientos moros, y murieron los más dellos. El capitán murió de un tiro de artillería, que era muy famoso cosario, y muy temido por todas las mares de Levante. Con esta presa volvió don Luis muy vitorioso al puerto de Trapani: y envió a Roma las banderas de la Iglesia, que se cobraron en esta jornada, y presentólas al papa León en nombre del rey, Ramiro Núñez de Guzmán, que residía allí por embajador. Andaba por el mismo tiempo por la mar otro capitán turco, que de muy bajos principios, llegó a ganar gran reputación, y se llamaba Omich: y vulgarmente le decían Barbarroja. Éste tenía gran parte en los lugares de la costa del reino de Túnez: y era muy estimado, y temido de los moros:

y su principal empresa era hacerse rey de Bugía: y tenía ganadas las voluntades de los moros más principales, y de los alárabes. El año pasado entró con su armada en el puerto de Bugía: y salió a tierra con hasta quinientos turcos, y fue a reconocer los castillos que el rey había mandado labrar, el uno sobre la mar, y el otro al castillo viejo: y acercándose a la ciudad, estando arrimado a una torre junto a la puerta Quemada, reconociendo el castillo mayor, un artillero que en él había pegó fuego a un cañón: y llevóle de aquel tiro el brazo por encima del codo. Persistiendo en su oficio, y con ánimo de vengar su daño particular, juntó una buena armada, en la cual llevaba más de mil turcos: y con la confianza que tenía, que le había de valer los moros de todas aquellas montañas, se fue a poner en el puerto de Bugía: y siendo de noche, porque la artillería de los castillos no pudiese hacer daño en su gente, entró con sus galeras, y fustas por la boca del río, que llaman la Flumayra: que va a entrar en el puerto. Subió por el río arriba dos leguas: y sacó su gente, y artillería: y con los moros que se juntaron con él, que fueron en gran número, puso cerco sobre los castillos: y combatió el castillo pequeño, que estaba sobre una roca, que guardaba el puerto: y ganóle en muy breves días por combate: y murieron todos los que estaban en su defensa, si no fue el teniente del alcaide, y algunos pocos, que siendo entrado el castillo se echaron a la mar, y a nado se recogieron al castillo grande. Era alcaide, y capitán de Bugía un caballero principal del reino de Valencia, llamado don Ramón Carroz: y con muy gran esfuerzo se dispuso a la defensa: ordenando, y animando su gente: y dio aviso al rey del peligro en que estaba aquella ciudad: porque era cierto, que por largo cerco, no bastaban a defenderse, ni resistir a los turcos, y moros que se habían juntado. Visto lo que importaba sostener aquella ciudad, y en cuánto peligro quedarían las otras fuerzas que se habían conquistado en África, sin aquélla se perdiere, mandó el rey a don Miguel de Gurrea señor del Honor de Gurrea, que era visorey de Mallorca, que fuese a socorrer a Bugía, con la gente que pudiese juntar. Tenía ya don Miguel aviso de aquella armada turquesca: y había mandado juntar toda la gente de la isla: y con el dinero que pudo recoger para pagar la gente, y los bastimentos, y municiones necesarias, escogió tres mil hombres, que los más eran mallorquines: y con esta gente se embarcó en los navíos que había en la isla. Hízose a la vela el día de Nuestra Señora de agosto: y llevó consigo a don Francés Burgués procurador real: y fueron con él mosén Pedro Pax, mosén Fortesa, y Juanot de Pax, mosén Puy Dorsila, y otros caballeros: pero aunque la diligencia del visorey fue grande, el pasaje fue muy tardío: porque tuvieron calmas, y no llevaban galeras: y duróles ocho días en llegar a vista de la costa de Bugía, frontero de Tedeliz, que está entre Bugía y Argel. Otro día por la mañana refrescó algún tanto el viento: y llegó la armada antes de medio día a la boca del puerto de Bugía: y surgió allí por temor de los tiros que tiraban los turcos desde el castillo pequeño: y como sobrevino la noche, dio don Miguel aviso de su llegada, para que le tuviesen abierta la puerta del castillo, que salía a la mar: y recogiesen la gente, y bastimentos necesarios: y en pocas noches se puso todo dentro. Tenían ya los turcos en muy estrecho el castillo: porque habían derribado algunas torres: y cegaban la cava con rama, y tierra, con fin de dar el combate. Con este socorro, trataron los nuestros de dar en las estancias de los turcos: pero pareció que no se debía intentar: porque los del socorro iban muy

fatigados de la mar: y como la ciudad por todas partes estaba derribada, y el alcázar della, adonde Barbarroja había hecho su fuerte, estaba en lugar muy eminente, y los que habían entrado al socorro no sabían los atajos, y traveses de las calles, que estaban ciegas, con las ruinas de los edificios, ni por dónde se habían de socorrer unos a otros, pareció que se pondría a peligro de perder mucha gente. Luego que entró el socorro, mandó Barbarroja recoger, y retraer su artillería de las minas hacia la parte del alcázar: y así estuvieron muchos días que no se acometió ningún hecho de armas: y porque vinieron a faltar los bastimentos, y se vieron en extrema necesidad, convino que se despidiese la mitad de la gente: y aun con todo esto estuvieron a muy gran peligro de perderse, si no fuera por una nave de Cerdeña, que envió el visorey de aquella isla, con algún bastimento. En este medio se fue juntando gran morisma: y creció tanto el ánimo a Barbarroja, que determinó de volver a combatir la fortaleza: y comenzaron a sacar nuevas minas desde lo cubierto de la ciudad: y pasáronlas junto a la cava: y asentaron la artillería: y en esto se detuvieron hasta el principio del mes de noviembre. Combatieron la fortaleza por aquella parte: y entendiendo que era lo más fuerte, mudaron la batería hacia la parte de oriente: y batieron un lienzo: y en menos de diez días arrasaron cerca de cien pasos del muro de suerte, que se podía entrar por él a pie llano: aunque por la parte de dentro estaba el suelo de la fortaleza algo más bajo. Entendióse con gran diligencia en reparar lo batido: y los capitanes se ponían con tanto ánimo a todo trabajo, y afán, que la gente no rehusaba ningún peligro: y pusieron los turcos tan cerca sus minas, que desde las torres del castillo se entendió, que para cierto día les habían de dar el combate: y el visorey, y don Ramón repartieron los cuarteles: y anduvieron exhortando, y animando los suyos: encareciendo el servicio que hacían en defender aquella fuerza de los infieles: mostrándoles, que tenían en sus manos la honra de la nación aragonesa, de cuya conquista era aquella ciudad: y que habiendo sido también defendida por los caballeros castellanos que habían residido en ella, era más razón que fuese amparada por ellos, y pusiesen las vidas por su defensa, cuánto eran más obligados a la naturaleza, y lealtad que debían a su rey, como a señor natural. Quedaron dentro hasta mil quinientos hombres: y estaban tan animados, que con ser el ejército de Barbarroja muy grande, y continuar el cerco con mucha furia, y tener en harto estrecho el castillo, esperaban con gran deseo la pelea: y otro día después de la fiesta de Santa Catalina, en amaneciendo levantaron los turcos encima de las minas muchas banderas: y en un instante con mucho estruendo de trompetas, y atabales, arremetieron a combatir la fortaleza por cinco partes, por divertir más la gente: sabiendo que quedaban pocos en su defensa. Como lo batido estaba muy reparado, y los nuestros salieron con muy valeroso ánimo al encuentro a los enemigos, y ninguno rehusaba el peligro de la muerte, peleóse a todo trance: y perdieron los turcos, y moros mucha gente: porque duró el combate hasta las nueve: y nuestra artillería, y los espingarderos, y ballesteros hicieron en ellos mucho estrago. Visto el daño que habían recibido hubiéronse de retraer, y no parar en sus minas: y salió un capitán vizcaíno llamado Machín de la Rentería con algunos soldados: y ganaron las banderas que habían levantado: y otro día salieron a enclavarles su artillería. Entonces mandó Barbarroja levantar su campo: y pasó el río, haciendo puente de sus galeras, y fustas: y los turcos que

estaban en el castillo menor, le desampararon. Fue muy señalado en este hecho el valor del visorey don Miguel de Gurrea, por haber socorrido tan valerosamente aquella fuerza: y haberla defendido por su persona con tanto estrago, y pérdida de los enemigos: y en ello se señalaron de muy valerosos caballeros, los deudos, y amigos de don Ramón que fueron de Valencia al socorro: y vuelto el visorey con tanta honra a Mallorca, envió con la nueva de la vitoria al rey, a Juan de Latrás, hijo de Juan Pérez de Latrás señor de Ligüerre. Era esto en fin del mes de diciembre: y por el mes de enero del año de 1516 se comenzó a poner en defensa la isla que estaba delante de Argel, adonde había el rey mandado labrar un castillo: porque los moros que estaban en aquel lugar, conforme a su infidelidad, y costumbre, cada día se ponían en armas: y era un gran freno para que no se desmandase: y también importaba defender aquella guarida, para que no se acogiesen en ella cosarios. Entendióse en esto con tanta diligencia, por Diego Pérez de Vargas, que se puso en buena defensa el castillo: y el rey envió por capitán y alcaide dél a mosén Nicolás Quint: y residían en el puerto algunas naves de armada, para lo que tocaba a las obras de la fortaleza: señaladamente tres las mejores de aquellas mares: que eran de los capitanes Martín de Arana, Machín de la Rentería, y Miguel de Salinas.

De la concordia que posttramente se asentó entre el Rey Católico, y el príncipe don Carlos su nieto. XCVIII.

Había salido el rey de Madrid, con propósito de ir a Sevilla, y de allí a Granada, como quien se acercaba a su sepultura: y fue por el campo de Arañuelo a Palencia, a donde llegó en fin del mes de noviembre: e iba tan debilitado, y doliente, que se tuvo muy entendido que no podía vivir muchos días. Recibiónle los de aquella ciudad con gran aparato de fiesta, porque no había entrado en ella después que la sacó del poder del duque de Béjar, y la redujo a su obediencia, y se incorporó en la Corona real. Allí se celebraron las bodas de doña Ana de Aragón su nieta, con don Alonso Pérez de Guzmán duque de Medina Sidonia, no embargante que ya se tenía alguna noticia de la inhabilidad, y demencia del duque. Era la enfermedad del rey tan confirmada en hidropesía, que aunque él la quería disimular, no se tenía ninguna esperanza de su salud. Continuando su camino, y la caza de ciervos, fue al lugar de la Abadía, muy deleitoso, y apacible del duque de Alba: y allí a once del mes de diciembre, en presencia de don Juan Rufo arzobispo de Consenza, y micer Galeazo nuncios del Papa, y de don Bernardo de Rojas marqués de Denia, y de don Hernando de Toledo comendador mayor de León, juró en su nombre, y de la reina de Castilla su hija, que guardaría inviolablemente la concordia, y confederación, que se había asentado con su embajador, y el embajador, y comisario del rey de Inglaterra. Sabiéndose en Flandes, cuán al cabo estaba el rey, los que tenían cargo del gobierno de la persona del príncipe, acordaron de enviar a España, con color de embajada a su maestro Adriano de Traiecto deán de Lovaina, varón de gran religión, y de vida muy ejemplar, y muy doto en la sagrada teología: que después fue obispo de Tortosa, inquisidor general, cardenal, y Sumo Pontífice. Esta

embajada era con publicación de tomar nuevo asiento en las cosas de la gobernación de los reinos de Castilla, a contentamiento, y satisfacción del rey: y más principalmente fue su venida, para en caso, que si el rey muriese, se tratase en nombre del príncipe, lo que convenía a su servicio: sospechando, que el rey tenía fin de dejar los maestrazgos al infante don Fernando: y todo lo demás que pudiese en los reinos de la Corona de Aragón, en perjuicio del príncipe: y recibían en ello muy grande engaño. Para que no se diese lugar a esto, y pudiese tratar con los grandes de Castilla en nombre del príncipe, se dieron muy bastantes poderes al deán, declarándose en ellos, que el príncipe venía luego a tomar la posesión destes reinos. Otorgáronse en Bruselas mediado el mes de octubre del año de 1515: y el deán llegó a la Serena, donde el rey estaba, por la fiesta de Navidad del año de 1516: y recibióle, según Pedro Mártir escribe, en la Abadía: y de allí se pasó a la Corcheyuela camino de Jerez de Badajoz: y allí se declaró más su ida a Sevilla, por Guadalupe: y de allí a Granada: y fue en coyuntura, que habían fallecido el Gran Capitán, y Gutierre López de Padilla comendador mayor de Calatrava, que pretendían ser proveídos, si el rey muriese, el uno del maestrazgo de Santiago, y el otro del de su orden: por tener mucha parte en el reino, de que se pudieran seguir grandes inconvenientes. Había procurado el rey mucho antes, por la afición que tenía al arzobispo de Zaragoza su hijo, que don Hernando de Aragón su nieto, que era caballero de la orden de Calatrava, y de edad de nueve años, tuviese regreso, o coadjutoría del maestrazgo de Montesa, después del fallecimiento de maestre fray Bernardo Dezpuch: y así hubo la coadjutoría del papa León por el mes de mayo del año de 1513: porque no se pudo alcanzar de Julio: y fueron inhibidos el capítulo, y frailes de Montesa, que no procediesen a otra elección: como se hizo al tiempo que aquel maestrazgo se reservó para don Felipe de Aragón hijo del príncipe don Carlos, a suplicación de rey don Juan su agüelo, por la muerte del maestre fray Luis Dezpuch. Pero antes que el maestre muriese, entró don Fernando en otra religión en la orden de S. Bernardo, siendo comendador mayor de Alcañiz. Deseando su acrecentamiento, procuraba también muerto el comendador mayor Gutierre López de Padilla, que su nieto fuese elegido por los comendadores de aquella orden por comendador mayor: mas con ver al rey tan al cabo de sus días, y entendiendo de hacer en ello servicio al príncipe, fue fácil cosa diferir por tan pocos días, lo que él deseaba. Estuvo el Gran Capitán tan determinado en pasar adelante, en esta pretensión, que hacía tales precauciones, que indignaron tanto al rey, que se tuvo por cierto, como dicho es, que le mandara prender: con ser la persona de quien mayor honra, y servicio había recibido. Como esta tan público que se quería pasar a Italia, o Inglaterra, y Flandes, aunque adoleció en Loja de quartana, y se puso en camino para ir a Granada, al rey se daba a entender, que todo era ficción: y aunque iba en andas, y tomó el camino de Archidona, y fue a las ventas de Riofrío, y a Solar, y Santa Fe, y otro día entró en Granada, no se podía asegurar el rey: andando el uno, y el otro en lo postrero de su vida: hasta que falleció el Gran Capitán, a dos días del mes de diciembre: y siempre Manjarrés estaba como buitre a su parte aguardando su muerte. Ésta lo atajó a sazón que el rey vivió pocos días después: y las honras del Gran Capitán fueron tan generales, como lo había sido la fama de sus victorias: y lo merecía la memoria del mejor capitán que hubo en diversos siglos: pues en la fortaleza, y

valor, y en la noticia, y experiencia grande que tenía en las cosas de la guerra, y en la disciplina militar, y en los consejos en que fue muy cauto, y prudente, y en la aceleración, y presteza del acometer al enemigo, fue tan ecelente, que se igualó con los capitanes más famosos que hubo en los tiempos pasados: de quien nos queda memoria, haber sido muy ecelentes por cada una destas virtudes, siéndolo él en todas ellas juntas. Por su fallecimiento vacó el oficio de gran condestable del reino: y el rey hizo merced dél a Fabricio Colona, por sus señalados servicios: y por favorecer a la parte Colonesa, que fue siempre en gran manera aficionada a su servicio: y la capitania de hombres de armas que tenía el Gran Capitán, la proveyó en el visorey de Nápoles. Con la llegada del deán de Lovaina, se comenzaron a asentar algunas cosas que estaban ya platicadas con nueva capitulación, y concordia entre el rey, y el príncipe: porque como el rey estaba ya en lo último de sus días, no paraba mucho el deán en alargar el tiempo de su gobierno. Declaróse en ella, que así como el rey había tenido hasta entonces la gobernación de los reinos de Castilla, y León, la administrase todo el tiempo de su vida, aunque muriese la reina doña Juana su hija: y que el príncipe no le impidiese la libre administración que tenía: y que él comenzase a gobernar después de los días de su agüelo. Para que en este medio pudiese el príncipe entretenerse mejor, y gobernar los estados de Flandes, se ordenó, que le diesen en la villa de Amberes cada año cincuenta mil ducados: y cuando viniese a España, y residiese en ella se le acudiese con las rentas, y derechos que pertenecen al principado de Asturias, según la costumbre de aquellos reinos. En caso que la reina su madre falleciese antes que el rey, se le señalasen rentas, según se concertase entre ellos, a consejo de algunas personas que lo habían de determinar. También se resolvió, que el rey enviase con su armada al infante don Fernando hasta por todo el mes de mayo venidero: y tenían concertado, que en llegando a alguno de los puertos de Flandes, Zelanda, o Brabante, el príncipe se viniese a aquel puerto: y en un mismo instante él se embarcase: y su hermano saliese a tierra: y viniesen con el príncipe los de su casa, sin traer otra gente de guerra: y el rey le socorría para su viaje con treinta mil ducados. Por esto, considerando lo que parecía convenir a la Corona real de Castilla, unir a ella los maestrazgos, ofrecía el rey de procurar con el Papa que se incorporasen perpetuamente a la corona real: conque él tuviese la administración dellos durando su vida: y porque es costumbre en los reinos de Castilla dar estado condeciente a los infantes hermanos de los reyes, se trató, que el príncipe fuese obligado de dar a su hermano, después de la muerte del rey, otra tanta renta en dinero, quanto valía el menor de los maestrazgos. Allende desto se trató, que muerto el emperador, se diese al infante la legítima que le competía: y luego se señalase lo que le pertenecía de las tierras del príncipe. Quedó también acordado, que el príncipe mandase salir de sus tierras, y estados, a los que el rey tenía por sus deservidores, que estaban en Flandes sin su licencia: y no quedasen en su corte, ni en su servicio: si no fuese el caso, que el rey, por méritos de alguno holgase dello. Había de nombrar el rey personas para el servicio del príncipe, en los oficios de camarero mayor, y mayordomo mayor, tesorero, secretario, y contador: y éstos se debían admitir después que hubiese llegado a España. Determinóse que el regimiento de los estados de Flandes se diese al infante don Fernando, y quedasen por principales en su consejo la princesa

Margarita, y el señor de Berghas: y quedaba a cargo del rey de mandar juntar al cardenal, y a los perlados del reino, y grandes, y procuradores de cortes, para que declarasen, que muerta la reina doña Juana, recibirían al príncipe por rey: conque el rey su agüelo tuviese la gobernación mientras viviese: y que resistiesen a los que procurasen lo contrario con todo su poder. Esto había de jurar el príncipe en presencia de Juan de Lanuza, que residía en Flandes por embajador del rey: y que tenía por enemigos a los que le quisiesen persuadir lo contrario: y lo mismo habían de jurar la princesa Margarita, el señor de Rabastán príncipe de Simay, y el conde de Nassau, Xebres, Berghas, el canceller Sauvage, y Montany: y seis de las villas principales de aquellos estados. Hecho esto, había el rey de hacer el mismo juramento delante de los grandes, y de los embajadores del príncipe: y habían de mandar, que lo jurasen el cardenal, y don Juan de Fonseca obispo de Burgos, el duque de Alba, y el condestable de Castilla.

De la salida del rey de la ciudad de Plasencia, y de su muerte. XCIX.

Salió el rey de Plasencia: y fue a Zaraizejo: y de allí con harto trabajo, y fatiga pasó sin parar a Madrigalejo, aldea de la ciudad de Trujillo: con fin de continuar su camino para Sevilla. Los fines que llevaban eran, por ser aquella tierra más conviniente para su salud: y para proveer de hacer allí una armada de mar, como la otra vez: con publicación de ser contra infieles: porque si el rey de Francia quisiese emprender algo contra el reino, se pudiese enviar allá con la gente necesaria: y comenzaba a señalar los capitanes: y por otra parte procuraba que el rey de Inglaterra rompiese la guerra contra Francia: y ya se le acababa la vida, con una muy larga dolencia, y no el dejar de entender por su persona en las cosas del estado, y de la guerra. Pasó por aquella comarca, por haber en ella muy buenos vuelos de garzas: y ser él muy aficionado a la caza de aves, sobre todos los otros pasatiempos. El infante don Fernando fue su camino derecho a Guadalupe: e iban con él don Pedro Núñez de Guzmán claverero de Calatrava su ayo, y don fray Álvaro Osorio obispo de Astorga su maestro, y el deán de Lovaina. Con el rey iban el duque de Alba, y el almirante de Castilla, don Hernando de Aragón, don Bernardo de Rojas, y Sandoval marqués de Denia, el obispo de Burgos, y Antonio de Fonseca su hermano, y Juan Velázquez contadores mayores de Castilla: Luis Sánchez tesorero general de Aragón, don Pedro Sánchez de Calatayud, Martín Cabrero camarero del rey, el licenciado Zapata, el doctor Carvajal, y el licenciado Francisco de Vargas del consejo real: y Jerónimo de Cabanillas. Como el rey iba de cada hora empeorando, y su dolencia le estrechaba más, enviaron por el protonotario Miguel Velázquez Clemente: porque el rey comunicaba con él muy a menudo lo de su testamento: y sabiendo el deán de Lovaina, que el rey estaba ya a la muerte, fue de Guadalupe a Madrigalejo: y dello recibió el rey enojo: sospechando que iba por ver si estaba tan al cabo, que no podía vivir: y mandóle que volviese a Guadalupe: porque él entendía ser allí luego: adonde tenía

determinado detenerse, por celebrar capítulo de la orden de Calatrava. Esto era con fin, que fuese proveído según orden, don Fernando de Aragón su nieto de la encomienda mayor: porque algunos años antes, deseado que fuese acrecentado en estado en las órdenes de Calatrava, y Montesa, se le había dado la coadjutoría del maestrazgo de Montesa, con facultad de inhibir al capítulo, y freyles, en caso de vacación, por muerte, o renunciación del maestro: de la misma manera, que se reservó aquel maestrazgo para don Felipe de Aragón hijo del príncipe don Carlos: en tiempo del rey don Juan: pero como el rey iba tal, que se entendía claramente, que estaba en lo último de su vida, los caballeros de la orden de Calatrava, que se comenzaron a juntar, no tuvieron la cuenta que solían con el rey: y comenzaron a dividirse: y una parte favorecía al clavero don Pedro Núñez, y otra que tuvo más respeto a la voluntad del rey, porfiaba que fuese elegido don Fernando de Aragón: y algunos con dañada intención, deseaban pasar más adelante: porque la elección fuese de maestro: en caso que el rey muriese. Al punto que entendió que su enfermedad le estrechaba, y se debilitaba del todo su vida, se confesó con fray Tomás de Matienzo de la orden de los Predicadores su confesor, con muy gran fervor: y recibió los sacramentos como muy católico príncipe: y mandó llamar ante sí al licenciado Zapata, y al doctor Carvajal, que eran los principales en el consejo real, y del que llaman de la cámara: y al licenciado Vargas, que era su tesorero, y de quien hacía gran confianza. Con éstos, y con su protonotario comunicó lo que tocaba a la disposición de su testamento. En este medio, sabiendo la reina cuán fatigado iba el rey de su dolencia, salió de Lérida, adonde se tenían las cortes de Cataluña: y fue con ella don Fadrique de Portugal obispo de Sigüenza, y llegó a Madrigalejo un día antes que se otorgase el testamento: y otro día miércoles antes de amanecer, entre la una, y las dos, que fue a veintitrés de enero deste año, falleció el rey desta vida. Escribe muy particularmente el mismo doctor Carvajal en sus Anales, que el rey en mucho secreto les encargó a él, y a los de su consejo, que allí se hallaron, muy encarecidamente, que le aconsejasen lo que debía proveer: principalmente acerca de la gobernación de los reinos de Castilla, y Aragón: porque en un testamento que había ordenado en Burgos, la encomendaba al infante don Fernando su nieto, que se había criado a la costumbre, y manera de España: y afirma este autor, que dijo, que creía, que el príncipe Carlos su nieto no vernía: ni estaría de asiento en ellos a los regir, y gobernar, como era menester: y que estando fuera dellos, y los reinos debajo de gobernación de personas naturales, mirarían antes su propio interese, que el del príncipe: ni el bien común de los reinos. A esto escribe este autor, que le respondieron los del consejo, que eran el licenciado Luis Zapata, y el mismo Carvajal, sus relatores, y refrendarios, y de su consejo de cámara, y el licenciado Francisco de Vargas su tesorero, representándole las turbaciones que en los tiempos pasados hubo en aquellos reinos, por la ambición de reinar: y por la costumbre, y naturaleza de los grandes, y caballeros de Castilla: que con tener a quien pudiesen seguir, procurarían toda división, y discordia en el reino: por poner necesidad: como se hizo en el tiempo del rey don Enrique, y del príncipe su hermano: por no alegar ejemplos de lo más antiguo, que son infinitos. Que en esta parte ninguna diferencia había entre el mayor, y los otros hermanos, sino hallarse el primogénito en la posesión: y que él así mismo conocía la condición de los grandes, y caballeros de



Castilla: que con movimientos, y necesidades en que ponían a los reyes, acrecentaban sus estados. Que por esta causa les parecía, que debía dejar por gobernador de los reinos de Castilla al que de derecho pertenecía a la sucesión dellos, que era el príncipe don Carlos su nieto: porque puesto que el infante don Fernando su hermano era tan ecelente en virtudes, y buenas costumbres, que en él cesaba toda la sospecha, pero sientio de tan poca edad, había de ser regido, y gobernado por otros: de quien no se podía tener tanta seguridad, que puesto en la posesión, y gobierno, no atendiese a nuevas cosas estando ausente el príncipe, y viviendo la reina su madre: y quedando la posesión del gobierno al infante don Fernando, que estaba presente: mayormente si le dejaba los maestrazgos, como se decía. Mas lo que yo puedo afirmar es, que hallándose el rey en la ciudad de Burgos en las casas del condestable de Castilla, en el año de 1512, a dos del mes de mayo, había ordenado su testamento: y en él disponía, que considerado, según lo que de la reina su hija había podido conocer en su vida, estaba muy apartada de entender en gobernación, ni regimiento de reinos, ni tenía para ello la disposición que convenía, lo cual sabía Nuestro Señor cuánto él sentía, y por ser muy necesaria la provisión dello, ya que de su impedimento sentía la pena como padre, que era de las más graves que en este mundo se podían ofrecer, mandaba a la reina, debajo del amor, y obediencia de hija, que luego en falleciendo, con mucha diligencia enviase por el príncipe Carlos su hijo primogénito: y con mucho cuidado entendiese, que su venida fuese presta: y si la reina por su indisposición no lo pudiese hacer, sus testamentarios lo solicitasen: y que el príncipe gobernase los reinos por la reina su madre: teniendo el príncipe consejo formado para todos los negocios destes reinos, y residiesen los que el rey tenía entonces, en su consejo: conque se nombrasen dos letrados, uno de Nápoles, y otro de Sicilia: y todos los despachos se firmasen por el príncipe, en el lugar que había de firmar la reina: y que el príncipe tuviese cada semana consulta con los del consejo, y los oyese. Que las cosas del estado se tratasen por personas que entonces entendían en ellas: y los que estaba proveídos en estos reinos por lugartenientes generales, y visoreyes, tuviesen los mismos cargos: y lo mismo se guardase en los oficios, y audiencias: y encargaba al príncipe, que mirase mucho por los naturales de la Corona de Aragón: y tratase a los poblados en ellos con mucho amor, como a muy fieles, y buenos servidores, que siempre habían servido a sus progenitores: porque la misma fidelidad, y celo ternían a él: y no le faltarían a cosa que cumpliese a su servicio, y estado: pues les era muy natural la fidelidad, y honra de sus reyes: a la cual nunca faltaron. Visto que no se podían sufrir un momento aquellos reinos de Castilla, y los desta Corona, sin tener forma de gobierno, dejaba ordenado en aquel testamento, que hasta que el príncipe viniese a estas partes, gobernase el infante don Fernando su hermano, y su nieto, durando la ausencia del príncipe: siguiendo la misma orden que se dejaba al príncipe: y encargaba al príncipe, que mirase mucho por el estado de su hermano: y suplía el defeto de sus edades: y los hacía hábiles, y capaces para el gobierno. Nombraba por testamentarios a la reina doña Germana, y al arzobispo de Zaragoza, y Valencia su hijo, y a doña Aldonza Enríquez duquesa de Cardona su tía: y con ellos fueron nombrados don fray Juan de Enguera obispo de Lérida su confesor, y don Ramón de Cardona su caballero mayor visorey de Nápoles, y Juan Cabrero

comendador mayor de Moltalbán su camarero. Fueron testigos al otorgar deste testamento, don Alonso de Aragón duque de Villahermosa, don Ramón de Espés, Antonio Agustín vicecancellor, Luis Sánchez tesorero general, Miguel Juan Gralla, y Pedro de Alpont, y Juan de Gualbes regentes la cancellería de Aragón. Después en el año pasado de 1515, estando el rey en la villa de Aranda de Duero, y muy agravado de su dolencia, en las casas de don Juan de Acuña, a veintiséis de abril, tornó a ordenar su testamento: y en él nombró por gobernador de los reinos de la Corona de Aragón, por el impedimento de la reina su hija, al príncipe don Carlos su nieto: pues estaba en edad para tener la gobernación general, como lo disponen las leyes dellos: y para el gobierno de las cosas de Castilla, declarando la forma del consejo que había de presidir en las cosas del estado, hasta la venida del príncipe, ordenó, que por los reinos de ambas Coronas se enviasen embajadores que la solicitasen: y nombró gobernador, para que tuviese el gobierno de aquellos reinos, entretanto que el príncipe venía, al cardenal de España. Pensar que deliberaba dejar los maestrazgos al infante, es cosa sin ningún fundamento: y así ninguna mención hizo dello en favor del infante don Fernando, en ninguno de sus primeros testamentos: y muéstrase bien, que el doctor Carvajal ninguna noticia tuvo de lo que se asentó con el deán de Lovaina, sobre la incorporación de los maestrazgos en la Corona de Castilla: pues de tal manera estaba aquello dispuesto, que la administración le estaba encomendada por la sede apostólica: y nunca en su vida le pasó por el pensamiento procurarla para el infante: y menos se había de presumir, que después de su muerte, se le había de conceder por el Sumo Pontífice. En este testamento dejaba por testamentarios a la reina doña Germana, y al príncipe, y al arzobispo de Zaragoza, y Valencia su hijo, y a la duquesa de Cardona, y a don Fadrique de Toledo duque de Alba su primo, y al visorey don Ramón de Cardona, y a fray Tomás de Matienzo su confesor, y a su protonotario Miguel Velázquez Clemente: a quien principalmente comunicaba la disposición de su última voluntad: y asistieron a la testificación, los que se han nombrado. Declaró en él, que aunque fuese muy feo, y detestable el caso que el duque don Fernando de Aragón había cometido, así en la calidad, que no podía ser mayor, como en la sazón que lo cometió, que no pudiera ser peor, ni de más inconvenientes, tenía deseo de remediar sus cosas en sus días: y encargaba al príncipe, que lo hiciese muy bien con él: y le diese manera de estado: y le perdonó lo que contra él hizo, y cometió: y mandaba que luego que el príncipe viniese, le sacasen sus testamentarios de la prisión en que estaba en el castillo de Játiva: y le llevasen a buen recaudo al príncipe. Proveyó que a la reina doña Juana su sobrina se diesen por sus testamentos siempre que casase, cien mil ducados que había recibido del reino de Nápoles para su dote: y se habían gastado en cosas del estado del mismo reino. Encomendaba también al príncipe al infante don Enrique su primo, y a don Alonso de Aragón duque de Segorbe su hijo, y a don Alonso de Aragón arzobispo de Zaragoza, y Valencia. En el último testamento, como en los pasados, dejó por heredera universal y sucesora en los reinos de la Corona de Aragón, y en los de Nápoles, y Navarra, y en las ciudades de Bugía, Trípoli, y Argel, y en la parte que le pertenecía en las Indias, como en nueva conquista, a la reina doña Juana, y a sus hijos, y nietos: ora fuesen por línea de varón, o por hembra, siendo de legítimo matrimonio: declarando en él

testamento lo mismo, que en el que se otorgó en Burgos: que según lo que de la reina había podido conocer en lo pasado, estaba muy apartada de entender en el regimiento de los reinos: y que no tenía para ello la habilidad, y disposición que convenía. Por esto, y por ser muy necesario proveer en lo que convenía al buen gobierno destes reinos, y señoríos, y de sus naturales, que siempre habían sido fidelísimos a él, y a todos sus progenitores, declaró, que por la mejor vía que podía, y debía dejaba por gobernador general al príncipe don Carlos su nieto, para que los gobernase en lugar de la reina su madre, y porque entretanto que estaba ausente no se pudiese seguir algún inconveniente, o escándalo, nombró al arzobispo de Zaragoza su hijo, para que rigiese como lugarteniente general, hasta que el príncipe viniese. En esto se halló después mucha contradicción, y repunancia: porque por los fueros deste reino no puede haber sino un solo gobernador: y éste es el príncipe primogénito: y hubo sobre ello mucha turbación, y diferencia: y así deliberaron los del consejo real, y los letrados que se juntaron con ellos en Zaragoza, en conformidad, después de la muerte del rey, que el nombre que el arzobispo había de tener, para regir el reino, en virtud del testamento, no fuese de gobernador, sino de curador: no mudando cosa alguna del efeto de la disposición del rey. Desto afirmaban, que tenían ya ejemplo: porque había poco más de dos años, que el rey se hizo crear curador de la reina su hija: y pretendieron, que guardando el arzobispo lo que de fuero, y derecho se debía, hiciese en nombre de la reina, en poder del justicia de Aragón, el juramento acostumbrado, de guardar los fueros, y privilegios: pero habiendo deliberado de jurar otro día, no quiso el justicia de Aragón recibir el juramento: declarando que por fuero no podía haber dos gobernadores en el reino: y así todo paró en confusión, y bando: y esto me pareció referir en este lugar; porque no se pierda la memoria de una cosa tan señalada. Encargó muy encarecidamente al príncipe por el testamento, que no hiciese mudanza de los oficiales, que él tenía proveídos en los reinos de la Corona de Aragón: y que no comunicase los negocios con personas extrañas dellos, así para el gobierno, como en el consejo: porque entendía que era cosa muy necesaria, que los oficios se proveyesen en personas naturales de la misma tierra: afirmando que tenía experiencia, que era esto lo que más convenía. Nombró por gobernador de los reinos de Castilla, durando la ausencia del príncipe, al cardenal de España, como lo proveía el testamento que se ordenó en la villa de Aranda de Duero: y dejó por testamentarios al príncipe, y al arzobispo de Zaragoza, y a la duquesa de Cardona, y al duque de Alba, y al visorey don Ramón de Cardona, y a su confesor: y protonotario. Es de maravillar, que escriba Carvajal, que estuvo muy vario, y dudoso, en lo que le aconsejaron, que nombrase por gobernador de Castilla, durando la ausencia del príncipe, al cardenal de España: pues ya el año antes le había nombrado: y que dijese que le conocía bien: y esto era porque le tenía por hombre de muy extraña, y peligrosa condición: y de grandes pensamientos: y de muy elevado juicio: pues entendiendo que mostró siempre tener mucho celo a la buena ejecución de la justicia, y lo que era de gran consideración, que no tenía parientes, y que era hechura de la reina, y suya, y que siempre le había conocido tener la afición que debía a la Corona real, y también atendido, que los del consejo en aquella ocurrencia de tiempo, no serían parte para conservar en su autoridad el buen gobierno de la justicia, y que si se

nombrara grande, fuera de mayor inconveniente, según se conocía por la experiencia de lo pasado, por la discordia que habría entre todos ellos, tuvo por buena aquella elección. Fue tal la deliberación, y consejo que siguió, en no dejar al infante don Fernando la administración de los maestrazgos, cual se había de esperar de un príncipe, que a ninguna cosa atendió más principalmente, que a dejar del todo fundada la paz, y justicia de los reinos de Castilla: y conocióse bien, que si lo contrario se hiciera, según los tiempos después sucedieron, fuera ocasión de mayores inconvenientes. Por esta causa, como el rey por autoridad apostólica tenía la administración dellos, declaró en su testamento, que considerando que se había conocido por la experiencia, el beneficio que de aquello resultó, y el aumento, y reformation que se había seguido a las órdenes, y deseando que esto se conservase, había suplicado al Papa, que se le diese facultad para que los pudiese renunciar en el príncipe su nieto: y con ella los resignó para que los tuviese como administrador perpetuo. Dejó por legado al infante en el reino de Nápoles el principado de Tarento: y en la provincia de Calabria las ciudades de Cotrón, Tropea, y la Amantia: y en la provincia de tierra de Bari, a Gallipoli: para que él, y sus descendientes lo poseyesen en feudo: de la misma suerte que los otros barones del reino tenían sus tierras,: y en rentas dél, le situó cincuenta mil ducados en cada un año: hasta que el príncipe su hermano le hubiese heredado en otra tanta renta en estado, en el mismo reino. Proveyó en él, en lo que tocaba a la persona del duque don Fernando de Aragón, lo que en el testamento que se ordenó en la villa de Aranda de Duero: mas quanto a su vicescanciller Antonio Agustín, no hubo memoria, ni palabra que tratase de su deliberación: a lo que yo creo, porque tuvo entendido, que el príncipe en su sucesión, no sólo le mandaría poner en libertad, pero aun le haría merced, como ello fue: porque después de su prisión fue mandado librar por el cardenal muerto el rey: y le sacaron del castillo de Simancas: y le mandó ir a Flandes, para que el príncipe mandase proveer en lo que tocaba a su causa: y visto su proceso, fue declarado por inocente, en la villa de Bruselas por el príncipe, ya con título de rey, a veintitrés de septiembre deste año: y haber gobernado justa, y derechamente en el ejercicio de su cargo. Pareció que el rey no quiso dejar público el arrepentimiento de haberse persuadido, e inducido apasionadamente, que aquella prisión se ejecutase rigurosamente. Mas en lo que tocaba a la persona del duque don Fernando, como en aquello iba tanto a lo del estado, pasaron muchos años antes que se cumpliese, lo que el rey dejó ordenado: y es señalado ejemplo, para que entiendan los reyes, cuán poca firmeza tiene lo que ordenan en su postrera voluntad: siéndolo de tanta fuerza los testamentos en las acciones de todos los hombres: persuadiéndose que los suyos han de tener aquella autoridad, que alcanzan las leyes en los hechos públicos.

Que el cuerpo del rey fue llevado a sepultar a la capilla real de la ciudad de Granada. C.

Después que se publicó el testamento ante los perlados, y señores que se hallaron a su muerte, fue acordado que se llevase su cuerpo a la ciudad de Granada: puesto que los más le desampararon: porque desde que expiró cada cual pensaba que tenía menor lugar en lo porvenir, con los que tenían cargo del gobierno de la persona del príncipe, cuanto más hubiese perseverado en el servicio de su agüelo. Salieron con el cuerpo de Madrigalejo solos don Fernando de Aragón, y el marqués de Denia, y algunos caballeros, y criados de la casa: y cuando llegaron a Córdoba, como estaba aquella ciudad en poder del marqués de Priego, y del conde de Cabra, que era la casa, y linaje con quien el rey se mostró muy riguroso, y rigiendo lo espiritual el obispo don Martín de Angulo presidente de la cancellería de Valladolid, que poco antes había sido removido por el rey de la presidencia, hallándose presentes, salieron con toda la caballería, y pueblo de aquella ciudad a recibir el cuerpo del rey. Desde allí fueron acompañando el cuerpo el obispo de Córdoba, y don Pedro de Ayala obispo de Canaria, y veinticuatro religiosos de la orden de S. Domingo, y S. Jerónimo, y la capilla real. Concurría la mayor parte de los pueblos por donde pasaban al recibimiento, de tal suerte, que estaban los caminos llenos de gente, y el día que llegó a Granada, salió la ciudad, clero, y cancellería a recibirle con toda la pompa, y aparato que se pudo ordenar en semejante auto por los pasados, o se inventó por la curiosidad de los presentes. Celebráronse las exequias tres días con toda la solemnidad que se debía, como a único fundador de aquella ciudad, y reino: y fue sepultado el cuerpo en la capilla real, con el de la Reina Católica, que estuvo depositado en la Alhambra. Mostraban las gentes comúnmente un extraño sentimiento, y tristeza: revolviendo en su memoria la gloria, y triunfo con que había sido recibido el primer día que entró en aquella ciudad, después que la sacó del yugo, y servidumbre de los infieles: y representábaseles la variedad del tiempo que había reinado, y ellos estuvieron debajo de su gobierno en paz, y en guerra: temiendo que no les quedaba ninguna buena esperanza en lo venidero: antes descubriendo tales, y tan diversos temores, que parecía, que no hacían cuenta, que quedaba quien pudiese reinar en su lugar. Por otra parte, los más de los grandes de Castilla mostraron tanto contentamiento, y alegría de su fallecimiento, que no podían contenerse de publicarlo: y daban gracias a Nuestro Señor: afirmando que los había librado de una muy dura sujeción, y servidumbre: teniendo cuenta cada uno con su sentimiento, y queja particular: porque aunque el rey se había con todos con una extraña facilidad, y mansedumbre, tenían más su benignidad, y clemencia, que el rigor de la Reina Católica: pero cuando el respeto de lo propio, y particular se fue olvidando, fueron reconociendo, que había perdido aquellos reinos el más ecelente gobernador que tuvieron jamás. Ésta es a mi juicio la mayor miseria que pasa por el estado de los príncipes: que cuando reinan, como rigen la espada de la justicia, son más temidos, que amados: aunque después se estimen las virtudes de cada uno sin ninguna lisonja, en el grado que merecen, cuando el juicio es más cierto, y verdadero, siendo libre de toda afición, y pasión: pues

como dicen los sabios, la fama es el más libre juez, que tienen sobre sí los príncipes. Porque si es así, que cuanto fueren mayores, son obligados a tener la gobernación de sus reinos tan ordenada, y compuesta, que su principal fin sea conservar el estado público firme, y fundado en riqueza, que es el nervio de todo lo que se debe emprender, y lleno, y abundoso de gente útil para la guerra, y que la gloria de su nación esté muy extendida, y sobre todo esto sean los pueblos, no sólo religiosos, pero honestos en las costumbres, si el rey no alcanzó estas partes con la perfección, que lo imaginaron aquellos maestros tan ecelentes de la sabiduría humana, que con tanto estudio, y prudencia dejaron instituido el verdadero gobernador, que ellos andaban debujando, y componiendo para una bienaventurada vida de los súbditos, bien se vee, que como príncipe católico procuró, que sus reinos gozasen de buena parte desto: pues introduciendo una paz general en toda España, lo de la religión, y costumbres nunca estuvo en mayor reformación, juntamente con el ejercicio de la guerra. Mas en estos reinos, que era como propia heredad, y patrimonio suyo, fue tan general el sentimiento, y dolor de su muerte, que no parecía haberles faltado solamente el que era su rey, y señor natural, beneficiador, y conservador de la libertad, sino como si fuera el que la había introducido: y padre de la patria: y mostraban universalmente quedar tan lastimados, y tristes, como si dejara estos reinos sin sucesor: y así comúnmente se decía, que habían perdido al que con justa razón le podían llamar el postrer rey de Aragón: pues los que le sucederían, no tenían aquello por lo principal de su estado: y todo se había de atribuir de allí adelante al poderío, y grandeza del reino de Castilla: debajo de cuyo nombre, y gobierno se reducirían todas las cosas de la majestad, y dignidad real. Este amor le tuvieron siempre: porque conocieron dél, que antepuso el bien universal de sus reino a su propio interese: y de común consentimiento de los buenos, que juzgaban como debían de sus ecelentes virtudes, se aventajó en todo género de valor entre los más señalados príncipes que antes dél reinaron. Con esto en algunas de las virtudes que suelen ser propias de los reyes, se puede con mucha razón, afirmar, que fue muy ecelente: porque era magnánimo en el valor con que emprendía muy grandes, y señaladas cosas, teniendo siempre fin que no se alzase la mano de las armas: no sólo con ánimo de defender sus reinos, pero apercibiéndose para ofender al enemigo, cuanto pudiese: poniéndole siempre en necesidad dentro de su propia casa. Esto fue de tal suerte, que si como después de fallecida la Reina Católica, se vio en harto trabajo, para asegurarse en el pacífico gobierno de los reinos de Castilla, en lo cual tuvo tanta contrariedad, fuera tan legítimo rey en ellos como antes, se prosiguieran con mayor vigor las empresas de Italia, y África: lo cual no se permitía el rey a sí mismo, teniéndolos, como debajo de tutela, en nombre de la reina su hija. Cuando fue necesario mostrar el valor de su persona, contra la fuerza, y poder de otros príncipes, ninguno de los de sus tiempos se señaló más: y juntamente con estas virtudes, fue grave, severo, y justo: y después de haber cumplido con la autoridad de su dignidad real, no parecía dejar señal de aquel supremo poderío, para que fuese temido: porque desechaba de sí con gran facilidad, todo vigor, y venganza. Nunca en él, lo que suele acontecer muy pocas veces, la humanidad, y mansedumbre grande con que trataba con todos, disminuyó parte de su autoridad: ni tampoco su gravedad desterró el amor, que generalmente le tenían

cuantos le comunicaban familiarmente. En las otras virtudes, que suelen ser también compañeras del estado, y dignidad real, que es largo, beneficiador, y liberal, los tiempos no dieron lugar que se señalase en ellas, como se esperaba de un príncipe tan grande: por convenir tanto, por los ecesos pasados, que las cosas del patrimonio, y Corona real se redujesen a debido estado: restituyéndose en la posesión de lo que se había usurpado por malos medios, con nombre, y título de servicios. Comenzábanse ya entonces a estragar las costumbres de los españoles, con la comunicación de las otras naciones, demanera, que lo que se debía atribuir a propia virtud del rey, en usar de templanza, y modestia en su vida, se tenía ya por miseria, y codicia: siendo cosa muy averiguada, que estuvo tan lejos destos vicios, que ninguno de los reyes sus predecesores se señaló más en gastar, y despender, cuanto la necesidad lo sufría, en las cosas de la guerra: que es, donde más se echa de ver, si un príncipe es codicioso: y las necesidades fueron tan ordinarias, y continuas, y él se mostró tan enemigo de querer allegar ningún tesoro, para otros usos, que al tiempo de su muerte, a penas se halló con qué poder hacer el gasto de su enterramiento, y exequias. Puede se afirmar con toda verdad, que no fue amigo del dinero ajeno: y de lo suyo era moderado: y del público muy avaro: tan diferente del rey don Enrique su antecesor, que sin modo, ni juicio dio lo suyo, y derramó lo ajeno. De manera que los que le notan de codicioso, no entendieron cuán gran alabanza suya fue conformarse con la Reina Católica, en lo que tocaba a la conservación del patrimonio real. Después de su muerte, ¿quién no considera, que fue muy gran virtud del rey, tratarlo con el mismo cuidado, siendo gobernador de aquellos reinos, como justo tutor, y administrador ellos, por el príncipe su nieto? Y aun con todo esto no cesaban las calunias de los que le daban cargo, por ser tan ordinarios los gastos en las empresas de Italia y Berbería: por las cuales no se pudo excusar, que no se impusiesen sobre los pueblos algunos pechos: y así se debe loar por señalada virtud de aquel príncipe, que en las cosas particulares, y propias suyas, no fuese liberal de lo ajeno, y en las públicas correspondiese con la dignidad que requería el estado real. Una cosa fue mucho de considerar, que con estar tan atento a lo que le convenía en paz, y guerra, y al gobierno de tales, y tantos reinos, ocupaba mucho tiempo en la caza, y juego, y en otros pasatiempos: de tal suerte, que daba a entender, que lo uno le servía de recreación, y alivio, para el cansancio de lo otro: pues tan apaciblemente se ejercitaba en todo lo que era negocio, como en lo de su propio descanso: y con tanto descuido de ánimo se ocupaba en la caza, y juego, como si no cargaran sobre él otros cuidados. Así acaecía, que donde al parecer había más remisión, y negligencia, para disimular lo que se había de proveer en las cosas arduas, y muy importantes, y estaba más divertido en sus pasatiempos, y placeres, allí no se cerraba la puerta a los de su consejo: y aquello era lo que siempre se ponía delante. Fue muy notado, no sólo de los extranjeros, pero de sus naturales, que no guardaba la verdad, y fe que prometía: y que se anteponía siempre, y sobrepujaba el respeto de su propia utilidad, a lo que era justo, y honesto: pues el verdadero fundamento de la justicia consiste, en la constancia, y firmeza en las palabras, y mucho más en las obras: y el que quebranta la fe, desbarata todo el bien universal de los hombres. No es tan fácil cosa cargar la culpa, que fue de todos los príncipes de aquel tiempo, a uno solo: porque había llegado ya a ser esta usanza

entre los reyes, tener por tan cierta, y segura ley, que no se debe reconocer por fe, la que promete al que no la guarda, y es infiel, que no se tenía esto por nuevo: y el rey se gobernaba con los príncipes que con él concurrieron tan conforme a sus tratos, y costumbres, que en todo género de prudencia se señaló entre todos ellos: aunque estuviesen más diestros en engañar al enemigo, y aventajar sus cosas, por cualquier camino: que esto llaman las gentes saber reinar. Previno siempre con gran juicio a los sucesos prósperos, y contrarios, con un vigor natural que tuvo, en considerar de muy lejos todas las cosas con sutileza: de tal manera, que se puede afirmar, que quebrantó las puertas de las ciudades de sus enemigos, y derribó sus fortalezas, y baluartes, y trastornó los fines, y presupuestos de los príncipes con quien competía, no con dádivas, y tesoro, como se encarece que lo solía hacer Filipo rey de Macedonia, pero con su gran prudencia, y consejo: y así con muy justa razón queda su nombre tan ensalzado con perpetua fama en la memoria de las gentes. En las mayores empresas se sucedieron las cosas prosperísimamente: como fue, asegurar la sucesión de los reinos de Castilla, llegando el hecho a tanto peligro, que se puso todo en aventura de una batalla, y acabar de sojuzgar: y destruir el reino que los reyes de Granada tuvieron en España: y extirpar aquella secta de los moros, que por tantos siglos se había opuesto a sus antecesores: y las conquistas de los otros reinos, con que se acrecentó la Corona real de Castilla: y el descubrimiento de otro nuevo mundo: y en suma ser siempre vencedor en todas las guerras que emprendió. Pero esta prosperidad no fue tan constante, que no revolviessen sobre él algunas adversidades: ordenándolo Nuestro Señor, porque no fuese menos señalado su valor en los sucesos contrarios, que en los que le vinieron prósperamente. Siendo príncipe envida del rey su padre, desde su niñez, como lo encarece bien Hernando del Pulgar autor de aquellos tiempos, fue guerreado, corrido, cercado, y combatido de sus súbditos, y de los extraños: y anduvo la reina su madre con él en los brazos, huyendo de peligro, en peligro: y así se vio en la mayor parte de la afrenta en que estuvieron las cosas, por las turbaciones del principado de Cataluña: y no fueron menores los trabajos, y necesidades en que se vio, cuando fue llevado, y llamado por su sucesor de los reinos de Castilla. Después desto fue caso muy atroz, y cruel, ser acometida su persona real tan fieramente por un hombre furioso, y vil, que puso en tanto descrimen su vida: y no dejó de ser llaga que lastimó en lo vivo, la muerte del príncipe don Juan su hijo: y después la del príncipe don Miguel su nieto, en quien estaba fundada toda la esperanza de la sucesión: y recaer en persona extraña, y no decendiente de la antigua línea de la casa real de Castilla de varón: aunque, según después pareció, se disponía, y ordenaba así, por la providencia divina, para mayor ensalzamiento, y gloria della. Podría bien entrar en esta cuenta, lo mucho que hubo de padecer en sufrir la condición de la Reina Católica, que era de tanto valor, y de tan gran punto, que no parecía contentarse con tener el gobierno del reino, como con su igual: y ser forzado a llevar aquel gobierno en su compañía con tanta disimulación, y mansedumbre. Fue también una de las mayores adversidades, el impedimento, y defeto de la reina su hija: y aquella tan afrentosa salida de Castilla: que se pudo juzgar por una de las mayores tormentas, que pasaron por su persona real: y el casamiento de la reina Germana, que más de una vez confesó haber sido muy de por fuerza: y finalmente la pérdida, y destrozo de sus ejércitos en las jornadas de



los Gelves, y Ravena: y aquella larga, y tan trabajosa dolencia, que cumplidos los sesenta y tres años le acabó la vida. En todas estas adversidades fue tan señalado su esfuerzo, y constancia, en la mayor necesidad, y peligro, que de allí parecía que sacaba mayores fuerzas: y no dejaba a sus enemigos de qué pudiesen agraviarse, sino de su consejo, y poder, y grandeza: y con este valor, habiendo sido tan vitorioso, y conquistador en la guerra, y tan ecelente gobernador, fue el primero, después de la destrucción del reino que tuvieron en España los godos, que dejó fundada perpetua tranquilidad en ella, con tanta igualdad, y justicia, que mientras vivió, fue el más estimado, y temido de las otras naciones: como aquél que tenía la paz, y la guerra a su albedrío sobre todos los otros reyes, y príncipes, que concurrieron en su tiempo: y feneció sus días con la mayor gloria, y alabanza que se vio en grandes tiempos: considerando el estado en que halló aquellos reinos, cuando entró a ser rey dellos: y al que volvieron, cuando dejó de serlo, en el nuevo reino del rey don Felipe su yerno: y en su salida de Castilla: y en el que los dejaba, como gobernador, al príncipe don Carlos su nieto, para sus sucesores.

IMPRIMIÓSE LA HISTORIA DEL REY  
don Fernando el Católico, de las empresas, y ligas de Italia,  
por mandado de los señores diputados del reino de Aragón:  
y acabáronse de imprimir los cinco libros postreros,  
en la muy insigne ciudad de Zaragoza:  
en la oficina de Domingo de Portonariis, y Ursino  
impresor de la Sacra, Real, y Católica Majestad: y del reino de Aragón:  
a veintidós días del mes de abril.  
Año M.D.LXXX.